

ANNE McCAFFREY

EL VUELO DEL DRAGÓN

EDICIONES ACERVO
Apartado 5319 - Julio Verne, 5-7
BARCELONA, 6

Título de la obra original:
DRAGONFLIGHT

Versión española de JOSÉ M.^a AROCA

Sobrecubierta:
EL CUBRI

© ANNE McCaffrey, 1968
EDICIONES ACERVO, BARCELONA

Printed in Spain

ISBN: 84-7002-215-6
Depósito Legal: B. 13.781 – 1977

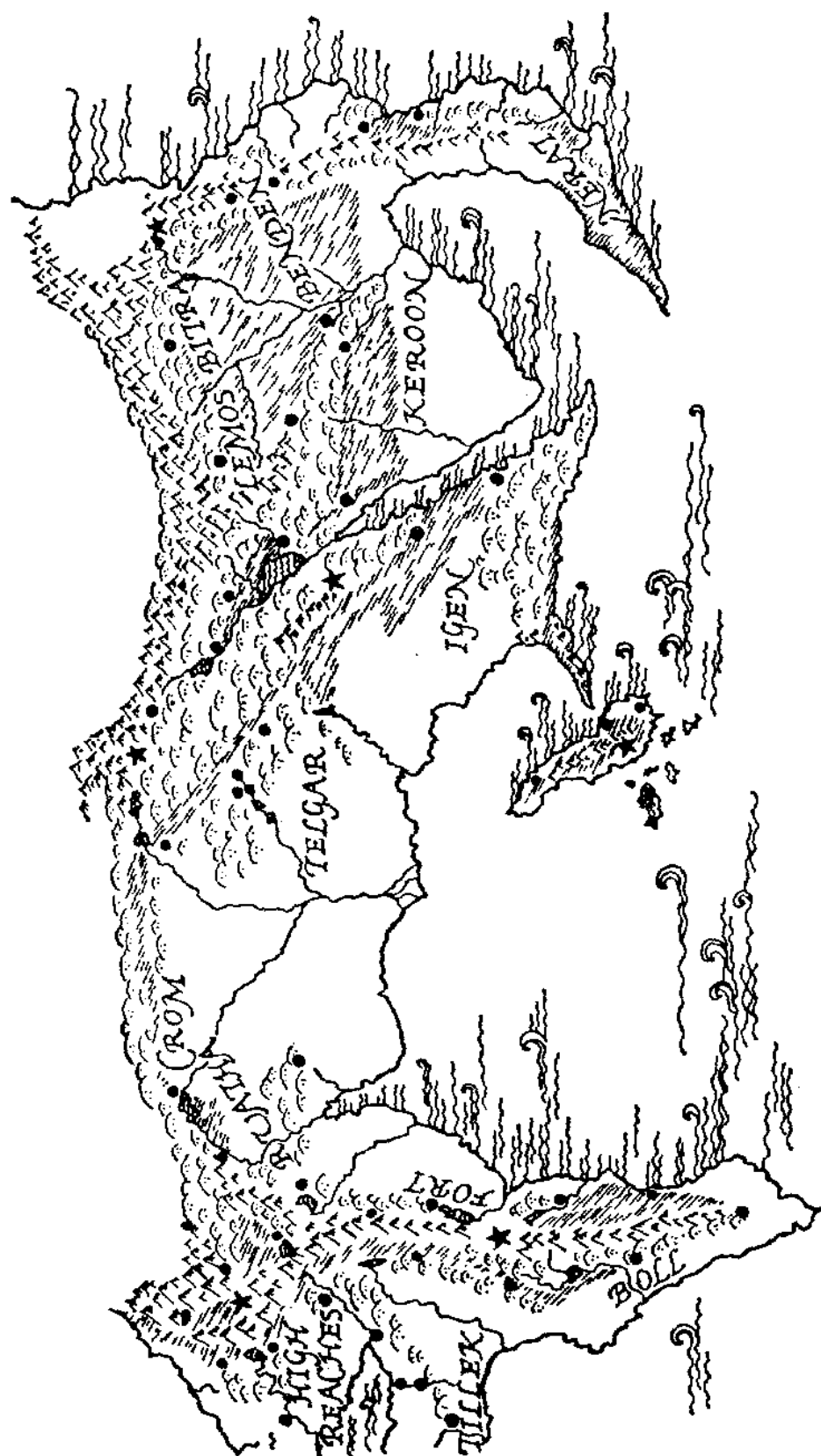
Gráficas Lorente, Ciudad, 13. Barcelona-2

DEDICATORIA

Querido Dios,

Sí, existe una Virginia que me ayudó a crear este planeta y las maravillas que encierra. Y por lo cual te doy las gracias.

AMJ



- Llanuras
 ~~~~~ Mesetas y Altiplanicies  
 ~~~~~ Colinas bajas  
 ▲ Montañas
- ~~~~~ Ríos
 ☉ Lagos
 ★ Weyas
 ● Fuentes



Perm

INDICE

| | |
|---------------------------|-----|
| Introducción | 5 |
| Primera Parte | |
| LA BÚSQUEDA DEL WEYR..... | 7 |
| Segunda Parte | |
| EL VUELO DEL DRAGÓN | 63 |
| Tercera Parte | |
| CAE POLVO..... | 104 |
| Cuarta parte | |
| EL FRÍO INTER | 154 |

INTRODUCCIÓN

¿Cuándo una leyenda es leyenda? ¿Por qué un mito es un mito? ¿Cuán antiguo y desusado tiene que ser un hecho para ser relegado a la categoría de «Cuento de hadas»? ¿Y por qué determinados hechos permanecen incontrovertibles en tanto que otros pierden su validez para asumir un carácter gastado e inestable?

Rukbat, en el sector de Sagitario, era una estrella dorada tipo G. Tenía cinco planetas y uno extraviado que había atraído y retenido en el reciente milenio. Su tercer planeta estaba envuelto por aire que el hombre podía respirar, decantaba agua que el hombre podía beber, y poseía una gravedad que permitía al hombre andar confiadamente erecto. Los hombres lo descubrieron y no tardaron en colonizarlo. Hacían eso con todos los planetas habitables, y luego —bien por insensibilidad o a través del colapso del Imperio, los colonos nunca lo descubrieron y eventualmente se olvidaron de preguntarlo— dejaban que las colonias se las arreglaran por sí mismas.

Cuando los hombres se establecieron por primera vez en el tercer mundo de Rukbat y lo llamaron Pern, apenas se habían fijado en el extraño planeta que giraba alrededor del que ellos habían adoptado en una órbita elíptica descabelladamente errática. Al cabo de unas cuantas generaciones habían olvidado su existencia. La absurda órbita del planeta errante le acercaba a su hermanastro cada doscientos años (terrestres) en el perihelio.

Cuando los aspectos eran armónicos y la conjunción con su planeta hermano lo bastante próxima, como ocurría a menudo, la vida indígena del planeta errante trataba de salvar el abismo espacial hasta el planeta más templado y hospitalario.

Durante la frenética lucha para combatir aquella amenaza que caía a través de los cielos de Pern como hebras plateadas, el tenue contacto de Pern con el planeta madre quedó roto. Los recuerdos de la Tierra se alejaron un poco más de la historia pernesa con cada generación sucesiva, hasta que la memoria de sus orígenes degeneró, más allá de leyenda o mito, en olvido.

Para prevenir las incursiones de las temidas Hebras, los perneses, con la inventiva de sus olvidados antecesores terráqueos, desarrollaron una variedad altamente especializada de forma de vida indígena de su planeta adoptado. Los humanos que poseían un elevado nivel de empatía y cierta capacidad telepática congénita fueron adiestrados para utilizar y conservar este singular animal, cuya capacidad de teleportación era de gran valor en la ardua lucha para mantener a Pern libre de Hebras.

Los alados, rabudos y escupefuego dragones (bautizados con ese nombre a causa de los legendarios animales terrestres a los cuales se parecían), sus jinetes, una raza aparte, y la amenaza a la que combatían, crearon un grupo enteramente nuevo de leyendas y mitos.

Una vez a salvo de todo peligro inminente, Pern estableció un sistema de vida más cómodo. Los descendientes de los héroes cayeron en desgracia, como las leyendas caen en descrédito.

PRIMERA PARTE

LA BÚSQUEDA DEL WEYR

*Tambor redobla y flautista sopla,
arpista toca y soldado marcha.
Libera la llama y quema las hierbas
Hasta que haya pasado la Estrella Roja.*

Lessa despertó, fría. Fría con algo más que la frialdad de las perpetuamente viscosas paredes de piedra. Fría con la presciencia de un peligro más intenso que el que la había enviado, hacía diez Revoluciones enteras, gimiendo de terror, a ocultarse en la fragante madriguera del wher guardián.

Rígida a causa de la concentración, Lessa yacía en la paja de la olorosa quesería que compartía como dormitorio con los otros marmitones. En el ominoso portento había un apremio distinto a cualquier otra advertencia. Captó la vigilancia del wher guardián, bamboleándose en sus rondas en el patio. Daba vueltas en torno al estrangulante límite de su cadena. Estaba desvelado, pero indiferente a algo anormal que acechaba en la oscuridad que precedía al amanecer.

Lessa se enroscó en un apretado nudo de huesos, abrazándose a sí misma para aliviar la tensión a través de sus tensos hombros. Luego, obligándose a relajarse, músculo por músculo, articulación por articulación, trató de percibir la sutil amenaza que podía angustiarla a ella, sin inquietar al sensible wher guardián.

El peligro no estaba concretamente dentro de las murallas del Fuerte de Ruatha. Ni se acercaba al enlosado perímetro exterior del Fuerte, donde la implacable hierba se había abierto paso a través del antiguo hormigón, verde testigo del deterioro del otrora Fuerte de piedra limpia. El peligro no avanzaba por el ahora poco utilizado estriberón que ascendía del valle, ni acechaba en las viviendas de piedra de los artesanos al pie del acantilado del Fuerte. No perfumaba al viento que soplaba desde las frías playas de Tillek. Pero, sin embargo, percutía agudamente a través de los sentidos de Lessa, haciendo vibrar todos los nervios de su delgada figura. Completamente desvelada, trató de identificarlo antes de que su presciencia se desvaneciera. Se proyectó al exterior hacia el Paso, más lejos de lo que nunca había llegado. La amenaza no estaba en Ruatha... todavía. Ni tenía un sabor familiar. En consecuencia, no era Fax.

A Lessa le había complacido cautelosamente que Fax no se hubiera dejado ver en el Fuerte Ruatha en tres Revoluciones enteras. La apatía de los artesanos, la decadencia de los dominios agrícolas, incluso las piedras atacadas por la hierba del Fuerte enfurecían a Fax, autonombrado Señor de las Altas Extensiones, hasta el punto de que prefería olvidar el motivo por el cual había sometido al en otro tiempo orgulloso y rentable Fuerte.

Implacablemente impulsada a identificar aquella opresora amenaza, Lessa buscó a tientas sus sandalias en la paja. Se levantó, sacudiendo maquinalmente la paja pegada a sus largos cabellos, los cuales recogió rápidamente en una especie de moño sobre su nuca.

Avanzó con cuidado entre los marmitones dormidos, apretujados para calentarse unos a otros, y subió los gastados peldaños que conducían a la cocina. El cocinero y su ayudante yacían sobre la larga mesa delante del gran hogar, recibiendo en sus anchas espaldas el calor del fuego mortecino y roncando de un modo discordante. Lessa se deslizó a través de la cavernosa cocina hasta la puerta del patio-establo. Abrió la puerta sólo lo suficiente para que pudiera pasar su delgado cuerpo. Los guijarros del patio estaban helados a través de las delgadas suelas de sus sandalias, y Lessa se estremeció cuando el aire de la madrugada cruzó la débil barrera de su vestido remendado.

El wher guardián avanzó con paso torpe a través del patio para ir a su encuentro, suplicando, como siempre hacía, que lo soltara. Cariñosamente, Lessa acarició los dobleces de las puntiagudas orejas mientras el animal se acomodaba a su paso. Mirando la espantosa cabeza, Lessa le prometió una buena rascada dentro de un rato. El animal se agachó, gruñendo, mientras Lessa subía los acanalados peldaños que conducían al baluarte sobre la maciza poterna del Fuerte. En lo alto de la torre, Lessa miró hacia el este donde los senos de piedra del Paso se erguían en una recortada silueta negra contra las primeras claridades del alba.

Indecisa, giró a su izquierda, ya que la sensación de peligro procedía también de aquella dirección. Miró hacia arriba, sus ojos atraídos por la estrella roja que recientemente había empezado a dominar el cielo del amanecer. Mientras miraba, la estrella irradió una pulsación rúbea final antes de que su resplandor se perdiera en el brillo del sol naciente de Pern. Incoherentes fragmentos de cuentos y baladas acerca de la aparición al amanecer de la estrella roja cruzaron por el cerebro de Lessa, con demasiada rapidez para que tuvieran sentido. Además, su instinto le decía que, si bien el peligro podía proceder del nordeste, también existía un peligro mayor con el que enfrentarse procedente del este. Tensando sus ojos como si la visión pudiera salvar el bache entre peligro y persona, miró fijamente hacia el este. La leve y silbada pregunta del wher guardián la alcanzó en el preciso instante en que la presciencia se desvanecía.

Lessa suspiró. No había encontrado ninguna respuesta en el amanecer, sólo portentos discrepantes. Tenía que esperar. La advertencia había llegado, y ella la había aceptado. Estaba acostumbrada a esperar. Astucia, resistencia y superchería eran sus otras armas, cargadas con la inagotable paciencia de una dedicación vengativa.

La luz del alba iluminó el desordenado paisaje, los campos sin labrar en el valle inferior. La luz del alba cayó sobre raquíticos prados, donde los dispersos rebaños de animales de leche cazaban desperdigadas briznas de hierba primaveral. En Ruatha, murmuró Lessa, la hierba crecía donde no debía hacerlo, y moría donde debía florecer. Lessa apenas podía recordar ahora el aspecto que había tenido el Valle Ruatha en otros tiempos, dulcemente risueño, ampliamente feraz. Antes de que llegara Fax. Una extraña sonrisa distendió unos labios desacostumbrados a semejante ejercicio. Fax no obtuvo ningún provecho de su conquista de Ruatha... no lo obtendría mientras ella, Lessa, viviera. Y Fax no tenía la menor sospecha de la fuente de esta ruina.

O la tenía, se preguntó Lessa, su mente reverberando aún a causa de la salvaje presciencia de peligro. Al oeste se encontraba el ancestral y único Fuerte legítimo de Fax. Al nordeste sólo había montañas desnudas y rocosas y el Weyr que protegía a Pern.

Lessa se desperezó, arqueando su espalda, aspirando el suave y puro viento matinal.

Un gallo cacareó en el patio-establo. Lessa se sobresaltó, súbitamente alerta, temiendo ser observada en una postura inusitada en ella. Soltó sus cabellos, dejando

que cayeran alrededor de su rostro, semiocultándolo. Su cuerpo recuperó su fingido desmadejamiento. Bajó rápidamente la escalera, dirigiéndose hacia el wehr guardián, que gritó en tono lastimero, con sus grandes ojos parpadeando contra la creciente claridad. Indiferente al hedor de su fétido aliento, Lessa atrajo la escamosa cabeza hacia ella, rascando sus orejas y sus párpados. El wehr guardián estaba extasiado de placer, con su largo cuerpo tembloroso y sus cerradas alas vibrando. Era el único que sabía quién era Lessa y lo que se proponía, y era el único ser en todo Pern en quien ella había confiado desde el amanecer en que había buscado ciegamente refugio en su oscura y hedionda madriguera para escapar de las sedientas espadas que habían bebido con tanta avidez sangre de Ruatha.

Lessa se irguió lentamente, recordándole al wehr guardián que debía mostrarse tan arisco con ella como con todos los demás, por si había alguien cerca. El animal prometió obedecerla, oscilando hacia atrás y hacia adelante para subrayar su disgusto.

Los primeros rayos del sol resbalaron sobre la muralla exterior del Fuerte y, gruñendo, el wehr guardián penetró en su oscuro nido. Lessa regresó rápidamente a la cocina y a la quesería.

*Desde el Weyr y desde el Cuenco,
Bronce y pardo y azul y verde,
Se elevan los dragoneros de Pern,
Arriba, en escuadrón, visibles, luego invisibles.*

F'lar, sobre el gran cuello de bronce de Mnementh, apareció el primero en los cielos encima del Fuerte principal de Fax, llamado Señor de las Altas Extensiones. Detrás de él, en correcta formación triangular, se hicieron visibles los hombres voladores, F'lar revisó la formación maquinalmente; era tan precisa como en el momento de su entrada al *inter*.

Mientras Mnementh se curvaba en un arco que les llevaría al perímetro del Fuerte, consecuente con la naturaleza amistosa de esta visita, F'lar observó con creciente aversión el mal estado de las defensas del espolón. Los pozos de pedernal estaban vacíos, y los canalones cortados en la roca que irradiaban de los pozos aparecían teñidos de verde con una vegetación musgosa.

¿No había un solo Señor en Pern que mantuviera rocoso su Fuerte, en cumplimiento de las antiguas Leyes? Los labios de F'lar se apretaron hasta formar una línea más estrecha. Cuando esta Búsqueda terminara y se realizara la Impresión, habría que celebrar un Consejo solemne y punitivo en el Weyr. Y por la dorada concha de la reina que él, F'lar, sería su moderador. Cambiaría el letargo por el trabajo. Barrería la verde y peligrosa escoria de las alturas de Pern, las briznas de hierba de sus estructuras de piedra. Ninguna cenefa verde sería indultada en ningún Fuerte y los diezmos que habían sido pagados con tanta tacañería, tan a regañadientes, afluirían, bajo pena de pedernalia, con honesta generosidad al Weyr de los Dragones.

Mnementh murmuró su aprobación mientras se disponía a posarse ligeramente sobre las losas veteadas de hierba del Fuerte de Fax. El bronceo dragón plegó sus grandes alas, y F'lar oyó el claxon de aviso en la Gran Torre del Fuerte. Mnementh se dejó caer de rodillas cuando F'lar indicó que deseaba desmontar. El bronceo jinete permaneció de pie junto a la enorme cabeza cuneiforme de Mnementh, esperando cortésmente la llegada del Señor del Fuerte. La ociosa mirada de F'lar se posó en el valle, caliginoso con la luz del sol de la cálida primavera. Ignoró las furtivas cabezas que espiaban al dragonero desde las troneras de los parapetos y las ventanas del acantilado.

F'lar no se volvió cuando una fuerte corriente de aire le anunció la llegada del resto de los jinetes. Supo, sin embargo, cuándo F'nor, el jinete pardo que era coincidentalmente su hermanastro, ocupaba la acostumbrada posición a su izquierda, una longitud de dragón detrás de él. Por el rabillo del ojo, F'lar vio como F'nor pisoteaba furiosamente con el tacón de su bota la hierba que crecía entre las piedras.

Una orden, embozada en un intenso susurro, surgió del interior del gran Patio, más allá de las poternas abiertas. Casi inmediatamente se hizo visible un grupo de hombres

al frente de los cuales marchaba un robusto individuo de estatura mediana.

Mnementh arqueó su cuello, doblando su cabeza en ángulo de modo que su barbilla reposara sobre el suelo. Los ojos multifacetados de Mnementh, situados al mismo nivel que la cabeza de F'lar, se posaron con desconcertante interés en el grupo que se aproximaba. Los dragones nunca podrían comprender por qué inspiraban un miedo tan abyecto a las personas corrientes. En un solo momento de su vida atacaría un dragón a un humano, y eso podría ser disculpado atribuyéndolo a simple ignorancia. F'lar no podía explicarle al dragón la política que se ocultaba detrás de la necesidad de inspirar terror a los moradores de un Fuerte, Señor y artesanos incluidos. Sólo podía observar que el miedo y la aprensión que se reflejaban en los rostros de los hombres que avanzaban, y que intrigaban a Mnementh, resultaban extrañamente agradables para él, F'lar.

—Bienvenido, caballero bronce, al Fuerte de Fax, Señor de las Altas Extensiones. El está a tu servicio —y el hombre hizo un saludo adecuadamente respetuoso.

Un meticuloso podría haber sospechado que el uso de la tercera persona del pronombre era un velado insulto. Esto encajaba con los informes que F'lar poseía de Fax, de modo que lo ignoró. Sus informes eran también correctos al describir a Fax como un hombre codicioso. Se reflejaba en los inquietos ojos que parpadeaban a cada detalle del ropaje de F'lar, en el leve ceño al observar el puño de la espada intrincadamente grabado.

F'lar observó, a su vez, los valiosos anillos que resplandecían en la mano izquierda de Fax. La mano derecha del soberano permanecía ligeramente erguida, de acuerdo con la costumbre del espadachín profesional. Su túnica, de tela excelente, estaba manchada y no era demasiado nueva. Los pies del hombre, calzados con pesadas botas de piel de wher, estaban sólidamente plantados en el suelo, con el peso equilibrado hacia adelante sobre los dedos. Un hombre con el que había que tratar cautelosamente, decidió F'lar ya que no podía olvidar que era el conquistador de cinco Fuertes vecinos. Semejante audacia era una revelación en sí misma. Fax se había casado en un sexto Fuerte... y había heredado legalmente, a pesar de lo anormal de las circunstancias, el séptimo. Fax tenía fama de hombre lascivo. F'lar anticipó una provechosa Búsqueda dentro de aquellos siete Fuertes. Dejaría que R'gul marchara hacia el sur a continuar la Búsqueda entre las indolentes aunque encantadoras mujeres de allí. En esta ocasión el Weyr necesitaba una mujer fuerte; Jora había resultado mucho peor que inútil con Nemorth. Adversidad, incertidumbre: esas eran las condiciones que engendraban las cualidades que F'lar deseaba en una Dama para el Weyr.

—Estamos realizando un viaje de Búsqueda —anunció F'lar lentamente—, y solicitamos la hospitalidad de tu Fuerte, Señor Fax.

Los ojos de Fax se ensancharon imperceptiblemente a la mención de una Búsqueda.

—He oído decir que Jora había muerto —respondió Fax, renunciando bruscamente al uso de la tercera persona, como si F'lar hubiese superado alguna clase de prueba ignorándolo—. De modo que Nemorth ha puesto una reina, ¿eh? —añadió, proyectando su mirada a través de las filas de dragoneros, observando el disciplinado porte de los jinetes y el color saludable de los dragones.

F'lar no dignificó lo evidente con una respuesta.

—Y, mi Señor... —Fax vaciló, inclinando expectantemente su cabeza hacia el dragonero.

Por un instante, F'lar se preguntó si el hombre le estaba provocando deliberadamente con semejantes insultos sutiles. El nombre de los caballeros bronce

tenía que ser tan bien conocido en todo Pern como el nombre de la reina dragón y su Dama del Weyr. F'lar mantuvo su rostro impassible, con sus ojos clavados en los de Fax.

Lentamente, con el adecuado aire de arrogancia, F'nor se adelantó, deteniéndose ligeramente detrás de la cabeza de Mnementh, con una mano negligentemente apoyada en la articulación de la quijada del enorme animal.

—El caballero bronce de Mnementh, Señor F'lar, pedirá alojamiento para él mismo. Yo, F'nor, caballero pardo, prefiero alojarme con mis compañeros. Somos, en total, doce.

A F'lar le gustó aquella intervención de F'nor, poniendo de relieve la fuerza del escuadrón, como si Fax fuera incapaz de contar. F'nor se había expresado con tanta habilidad que a Fax no le sería posible protestar por el insulto que acababan de devolverle.

—Señor F'lar —dijo Fax, a través de sus dientes fijados en una sonrisa—, las Altas Extensiones se sienten honradas con tu Búsqueda.

—La reputación de las Altas Extensiones quedará acrecentada —replicó F'lar suavemente— si una de ellas suministra al Weyr.

—Nuestra reputación se prolongará —replicó Fax con la misma suavidad—. En los viejos tiempos muchas notables Damas del Weyr procedían de mis Fuertes.

—¿De tus Fuertes? —preguntó F'lar, sonriendo, mientras subrayaba el plural—. Ah, sí, ahora eres soberano de Ruatha, ¿no es cierto? Ha habido muchas de aquel Fuerte.

Una extraña y tensa expresión cruzó por el rostro de Fax, reemplazada rápidamente por una sonrisa decididamente afable. Fax se apartó a un lado, haciendo un gesto a F'lar para que entrara en el Fuerte.

El jefe de los soldados de Fax ladró una orden apresurada y los hombres formaron dos hileras, con sus botas con bordes de metal arrancando chispas de las piedras.

Obedeciendo a una orden inexpresada, todos los dragones se irguieron con un gran remolineo de aire y polvo. F'lar avanzó indolentemente a través de las dos hileras formadas en señal de bienvenida. Los hombres ponían sus ojos en blanco con evidente alarma mientras los animales se deslizaban hacia los patios interiores. Alguien en la alta Torre profirió un aullido de terror mientras Mnementh ocupaba su posición en aquel punto privilegiado. Sus grandes alas enviaron aire que olía a fósforo a través del patio interior mientras trataba de acomodar su enorme estructura en el inadecuado espacio de aterrizaje.

Externamente indiferente a la consternación, temor y espanto que los dragones inspiraban, F'lar estaba secretamente divertido y más bien complacido por el efecto. Los Señores de los Fuertes necesitaban que se les recordara que debían tratar con dragones, y no sólo con sus jinetes, que eran hombres, mortales y asesinables. El antiguo respeto hacia los dragoneros así como hacia la raza de los dragones debía ser reinstilado en los pechos modernos.

—El Fuerte acaba de levantarse de la mesa. Señor F'lar —sugirió Fax—. Si... —No terminó la frase, ante la sonriente negativa de F'lar.

—Presentaré mis respetos a tu dama, Señor Fax —declaró F'lar, observando con íntima satisfacción el endurecimiento de los músculos de la mandíbula de Fax ante la ceremoniosa petición.

F'lar estaba gozando intensamente. No había nacido aún cuando tuvo lugar la última Búsqueda, la que por desgracia proporcionó a la incompetente Jora. Pero había estudiado los relatos de Búsquedas anteriores en los Antiguos Archivos, que incluían

modos sutiles de confundir a los Señores que preferían mantener secuestradas a sus damas cuando los dragoneros cabalgaban. Para Fax, negarle a F'lar la oportunidad de presentar personalmente sus respetos habría representado un grave insulto, una ofensa que sólo podía dirimirse en un combate a muerte.

—¿No prefieres ver antes tu alojamiento? —inquirió Fax. F'lar sacudió una mota imaginaria de su suave manga de piel de wehr y agitó la cabeza.

—Mis respetos primero —dijo, en tono firme.

—Desde luego —asintió Fax, echando a andar, expresando con sus tacones la rabia que no podía expresar de otra manera.

F'lar y F'nor le siguieron a un paso más lento, a través de la entrada de doble puerta con sus grandes paneles metálicos, hasta el Gran Vestíbulo, labrado en la ladera del acantilado. La mesa en forma de U estaba siendo despejada por unos nerviosos servidores, que se sobresaltaron y dejaron caer algunas piezas de vajilla cuando entraron los dos dragoneros. Fax había llegado ya al otro extremo del Vestíbulo y aguardaba impacientemente junto a la abierta puerta de piedra, único acceso al Fuerte interior, que, como todos los Fuertes, penetraba profundamente en la roca y era el refugio de todos en momentos de peligro.

—No comen mal —observó F'nor casualmente, examinando los restos que quedaban sobre la mesa.

—Mejor que en el Weyr, al parecer —replicó secamente F'lar, disimulando sus palabras con su mano al ver a dos marmitones que se tambaleaban bajo el peso de una bandeja que contenía el esqueleto de un animal medio devorado.

—Joven y tierno —dijo F'nor en voz baja y tono mordaz—, a juzgar por su aspecto. En tanto que a nosotros nos envían animales viejos y depauperados.

Cuando estuvieron junto a Fax, F'lar dijo amablemente:

—Un Vestíbulo muy bien situado. —Luego, notando la impaciencia de Fax por continuar, F'lar se volvió deliberadamente de espaldas y le señaló a F'nor las ventanas en forma de troneras con las pesadas persianas de bronce abiertas al brillante cielo del mediodía—. Y encarado al este también, como es debido. Me han dicho que el nuevo Vestíbulo del Fuerte de Telgar está encarado al sur. Dime, Señor Fax, ¿eres partidario de las antiguas prácticas y montas una guardia del amanecer?

Fax frunció el ceño, tratando de analizar el significado de las palabras de F'lar.

—Siempre hay una guardia en la Torre.

—¿Una guardia oriental?

Los ojos de Fax se posaron en las ventanas, luego se deslizaron hacia el rostro de F'lar, pasaron al rostro de F'nor, y luego volvieron a posarse en las ventanas.

—Siempre hay guardias —respondió secamente— en todos los accesos.

—Oh, sólo en los accesos —y F'lar se volvió hacia F'nor y asintió juiciosamente.

—¿En qué otra parte? —preguntó Fax preocupado, mirando alternativamente a los dos dragoneros.

—Debes preguntárselo a tu arpista. ¿Tienes un arpista adiestrado en tu Fuerte?

—Desde luego. Tengo varios arpistas adiestrados —dijo Fax, tensando sus hombros.

F'lar fingió no haber comprendido.

—El Señor Fax es el soberano de otros seis Fuertes —le recordó F'nor a su jefe.

—Desde luego —asintió F'lar, con exactamente la misma inflexión que Fax había utilizado un momento antes.

Fax se dio perfecta cuenta de la imitación, pero dado que no podía considerar como

un insulto deliberado una inocente afirmación, echó a andar por los iluminados pasillos. Los dragoneros le siguieron.

—Resulta agradable ver cómo el Señor de un Fuerte conserva tantas costumbres antiguas —le dijo F'lar a F'nor en tono de aprobación, pero a la intención de Fax, mientras pasaban al Fuerte interior—. Hay muchos que han abandonado la seguridad de la roca sólida y han ampliado sus Fuertes exteriores en proporciones peligrosas. No puedo aprobar ese riesgo.

—Su riesgo, Señor F'lar, representa ganancia para otros —replicó Fax desdeñosamente, moderando su paso.

—¿Ganancia? ¿Cómo es eso?

—Cualquier Fuerte exterior es invadido fácilmente, caballero bronce, con fuerzas adiestradas, mando experto y estrategia cuidadosamente elaborada.

El hombre no era un fanfarrón, decidió F'lar. Ni, en aquellos días de paz, dejaba de montar guardias en la Torre. Sin embargo, se mantenía dentro de su Fuerte, no en obediencia a las antiguas Leyes, sino por prudencia. Mantenía arpistas por ostentación y no porque lo exigiera la tradición. Pero permitía que los pozos quedaran inutilizados; permitía que creciera la hierba. Por una parte se mostraba cortésmente hospitalario con los dragoneros, y por otra les insultaba veladamente. Un hombre al que no había que perder de vista.

Los alojamientos de las mujeres en el Fuerte de Fax habían sido trasladados desde los tradicionales pasillos más interiores a los situados en la fachada del acantilado. La luz del sol penetraba allí a través de las tres ventanas provistas de persianas dobles y profundamente encajadas en la muralla exterior. F'lar observó que los goznes de bronce estaban muy bien engrasados. Las paredes tenían el espesor requerido: Fax no había incurrido en la reciente práctica de adelgazar la muralla protectora.

La cámara estaba adornada con lujosos tapices que reproducían escenas adecuadamente simpáticas de mujeres ocupadas en toda clase de tareas femeninas. A ambos lados de la cámara principal se abrían varias puertas a unas alcobas más pequeñas, y de ellas, a una orden de Fax, surgieron sus mujeres con paso vacilante. Fax dirigió un gesto severo a una mujer que llevaba una bata azul, con los cabellos veteados de blanco, el rostro arrugado por decepciones y amarguras y el vientre hinchado por el embarazo. La mujer avanzó torpemente, deteniéndose a varios pasos de distancia de su señor. Por su actitud, F'lar dedujo que no se acercaba a Fax más de lo absolutamente necesario.

—La Dama de Crom, madre de mis herederos —dijo Fax, sin orgullo ni cordialidad.

—Mi Dama... —vaciló F'lar, esperando que le informaran de su nombre.

Ella miró tímidamente a su señor.

—Gemma —dijo Fax de mala gana. F'lar se inclinó profundamente.

—Mi Dama Gemma, el Weyr está en viaje de Búsqueda y solicita la hospitalidad del Fuerte.

—Mi señor F'lar —replicó la Dama Gemma en voz baja—, aceptad mi mejor bienvenida.

A F'lar no le pasó por alto el hecho de que Gemma, que le había llamado por su nombre, le había dado la bienvenida a título personal. Su sonrisa fue más cálida de lo que la cortesía exigía, cálida de gratitud y simpatía. A juzgar por el número de mujeres reunidas allí, Fax tenía una vida sexual intensa. Posiblemente habría algunas de las que Dama Gemma se despediría sin el menor pesar.

Fax empezó con las presentaciones, murmurando indistintamente nombres hasta que

se dio cuenta de que aquella estrategia no daría resultado. F'lar le rogaba cortésmente que repitiera el nombre de la dama. F'nor, ensanchando su sonrisa mientras tomaba nota mentalmente de las damas que Fax prefería mantener en el anonimato, permanecía en actitud indolente junto al umbral. Más tarde, F'lar compararía sus respectivas anotaciones, aunque a simple vista no parecía que entre aquellas mujeres hubiese alguna digna de la Búsqueda. Fax las prefería bajitas y rollizas. No había una sola mujer decidida, o al menos dicharachera, en todo el lote. Tal vez lo habían sido en otro tiempo, pero ahora habían cambiado. Fax, sin duda, era un semental, no un amante. Algunas de ellas no habían hecho mucho uso del agua en todo el invierno, a juzgar por la cantidad de aceite oloroso que se había enranciado en sus cabellos. De todas ellas, si estaban todas allí, la Dama Gemma era la única que valía la pena, y era demasiado vieja.

Terminadas las presentaciones, Fax empujó casi literalmente a sus mal acogidos huéspedes hacia el exterior. F'lar autorizó a F'nor para que fuera a reunirse con los otros dragoneros. Y Fax acompañó al caballero bronce al alojamiento que le había asignado.

La cámara se encontraba a un nivel más bajo que la *suite* de las mujeres, y era ciertamente adecuada a la dignidad de su ocupante. Los tapices multicolores reproducían aquí batallas sangrientas, combates a espada individuales, dragones de tonos brillantes en vuelo, pedernales ardiendo sobre los espolones, y todo lo que la historia teñida de escarlata de Pern ofrecía.

—Un cuarto agradable —reconoció F'lar, despojándose de los guantes y de la túnica de piel de wher y arrojándolos descuidadamente sobre la mesa—. Tengo que ver a mis hombres y a los animales. Todos los dragones han sido alimentados recientemente —comentó, poniendo de relieve con ello la desatención de Fax al no haberlo preguntado—. Solicito libertad de movimientos a través del Fuerte.

Fax concedió de mala gana lo que era tradicionalmente privilegio de un dragonero.

—No me interferiré más en tus obligaciones, Señor Fax, que deben ser muy numerosas, con siete Fuertes que supervisar...

F'lar inclinó su cuerpo ligeramente hacia el soberano, como un gesto de despedida. Pudo imaginar la expresión enfurecida del rostro de Fax mientras se alejaba ruidosamente. Esperó largo rato para asegurarse de que Fax estaba fuera del pasillo, y entonces se dirigió al Gran Vestíbulo.

Las bulliciosas sirvientas interrumpieron su tarea de instalar mesas adicionales de caballete para contemplar de reojo al dragonero. F'lar las saludó amablemente, observando si alguna de aquellas hembras poseía el material del que están hechas las mujeres Weyr. Gastadas por el trabajo, mal alimentadas, marcadas por el látigo y las enfermedades, no eran más que lo que eran: sirvientas, aptas únicamente para rudos trabajos manuales.

F'nor y los hombres se habían instalado en un barracón vaciado apresuradamente. Los dragones estaban cómodamente posados sobre los rocosos espolones encima del Fuerte. Se habían situado de modo que pudieran vigilar el ancho valle en toda su extensión. Todos habían sido alimentados antes de abandonar el Weyr, y cada uno de los jinetes cuidaba debidamente de su dragón: en una Búsqueda no podía haber incidentes.

Los dragoneros se pusieron en pie como un solo hombre cuando F'lar entró en el barracón.

—Mantened los ojos bien abiertos, sin provocar disturbios ni crear problemas —

dijo F'lar lacónicamente—. Regresad a la puesta del sol, con los nombres de cualesquiera posibles candidatas.

Los hombres asintieron, brillando en sus ojos la comprensión. Confiaban plenamente en el éxito de la Búsqueda, a pesar de que las dudas de F'lar eran mayores ahora que había visto a todas las mujeres de Fax. Lógicamente, lo más selecto de las Altas Extensiones debería encontrarse en el Fuerte principal de Fax, pero no estaba allí. Sin embargo, el Fuerte era muy extenso, y además les quedaban otros seis por visitar...

De tácito acuerdo, F'lar y F'nor salieron del barracón. Los hombres seguirían, discretamente, solos o por parejas, para reconocer la zona de los artesanos y las fincas agrícolas más próximas. Los hombres estaban tan abiertamente deseosos de salir afuera como lo estaba F'lar en su fuero interno. Había habido una época en la que los dragoneros eran frecuentes y apreciados huéspedes en todos los grandes Fuertes de Pern. desde el Nerat meridional hasta el alto Tillek. Esta agradable costumbre había muerto también justamente con otros usos, evidenciando la poca consideración que en la actualidad merecía el Weyr. F'lar se había jurado sí mismo cambiar este estado de cosas.

Se obligó a recordar los insidiosos cambios. Los Archivos, que cada mujer Weyr llevaba, eran una prueba de la gradual pero perceptible decadencia, localizable a través de las últimas doscientas Revoluciones. El conocer los hechos no mejoraba la situación. Y F'lar era de los pocos en el propio Weyr que prestaba crédito igualmente a los Archivos y a las baladas. Y si podía creerse en las antiguas leyendas, la situación se modificaría radicalmente dentro de muy poco tiempo.

F'lar sentía que había un motivo, una explicación y un propósito para cada una de las Leyes del Weyr, desde la Primera Impresión hasta los Pedernales, desde las alturas libres de hierba hasta los canalones a lo largo de los espolones. Hasta para elementos tan nimios como controlar el apetito de un dragón para limitar los habitantes del Weyr. Aunque F'lar ignoraba por qué habían sido abandonados los otros cinco Weyrs. Se preguntó ociosamente si existirían Archivos, polvorientos y destrozándose, en los Weyrs en desuso. Tenía que comprobarlo la próxima vez que su escuadrón saliera a patrullar. Desde luego, en el Weyr de Benden no había ninguna explicación.

—Hay actividad, pero no entusiasmo —estaba diciendo F'nor, dirigiendo de nuevo la atención de F'lar a su recorrido de la zona artesana.

Habían descendido por la acanalada rampa desde el Fuerte hasta la zona artesana, la ancha carretera con casitas a ambos lados subiendo hasta los imponentes talleres de piedra de los artesanos. Silenciosamente, F'lar observó los canalones llenos de musgo en los tejados, las enredaderas trepando por las paredes. Resultaba doloroso para alguien como él ser testigo de la flagrante omisión de elementales medidas de seguridad. La vegetación estaba prohibida en las proximidades de las viviendas de seres humanos.

—Las noticias viajan con rapidez —rió entre dientes F'nor, al tiempo que saludaba con un gesto a un artesano, que llevaba una bata de panadero y que había pasado apresuradamente junto a ellos, murmurándoles los buenos días—. Ni una sola hembra a la vista.

Su observación era exacta. A esta hora, las mujeres deberían estar en el exterior, trayendo provisiones de las tiendas, lavando en el río en un día tan caluroso, o dirigiéndose a las casas de labor para ayudar en las faenas agrícolas. Pero no había ni una sola a la vista.

—Nosotros solíamos ser compañeros preferidos por cualquier mujer —observó F'nor cáusticamente.

—Visitaremos en primer lugar la Pañería. Si la memoria no me falla...

—Nunca te ha fallado —le interrumpió F'nor alegremente. No se aprovechaba de su parentesco con F'lar, pero se encontraba más a gusto con el caballero bronce que la mayoría de los dragoneros, incluidos los otros caballeros bronce. F'lar era excepcional en una sociedad estrechamente unida en un plano de igualdad. Mandaba un escuadrón muy disciplinado, pero los hombres maniobraban para servir a sus órdenes. Su escuadrón sobresalía siempre en los juegos. Ninguno de sus subordinados tropezó nunca en el *inter* para desaparecer para siempre, y ningún animal de su escuadrón había enfermado, dejando a un hombre en exilio sin dragón del Weyr, con una parte de sí mismo paralizada para siempre.

—L'tol siguió este camino y se estableció en una de las Altas Extensiones —continuó F'lar.

—¿L'tol?

—Sí, un caballero verde del escuadrón de S'lel. Tienes que acordarte.

Un movimiento mal calculado durante los Juegos de Primavera habían situado a L'tol y su animal en el mismo centro de una emisión de fosfina de Tuenth, el bronce de S'lal. Al tratar de eludir la explosión, el dragón había desmontado a su jinete, el cual había sido puesto a salvo por otro compañero de escuadrón; pero el dragón verde, con su ala izquierda quemada y el cuerpo chamuscado, había muerto a causa del choque y por intoxicación de fosfina.

—L'tol nos ayudaría en nuestra Búsqueda —convino F'nor, mientras los dos dragoneros subían hasta las puertas de bronce de la Pañería.

Se detuvieron en el umbral, adaptando sus ojos a la tamizada luz del interior. Unas lámparas puntuaban los nichos de la pared y colgaban en racimos encima de los telares en los que eran tejidos los más delicados tapices y telas por maestros artesanos. El ambiente era de silenciosa y deliberada laboriosidad.

Sin embargo, antes de que sus ojos se hubieran adaptado, una figura se deslizó hasta ellos, murmurando una cortés aunque breve intimación para que la siguieran.

Fueron conducidos a la derecha de la entrada, a una pequeña oficina separada por una cortina del vestíbulo principal. Su guía se volvió hacia ellos, con su rostro visible a la luz de una lámpara. Había en él aquel aire que le señalaba de modo indefinible como un dragonero. Pero su rostro estaba profundamente arrugado, y en uno de los lados mostraba las cicatrices de unas antiguas quemaduras. Sus ojos, enfermos de un hambriento anhelo, dominaban su rostro. Parpadeaba continuamente.

—Soy Lytol, ahora —dijo con voz ronca.

F'lar asintió, reconociéndole.

—Tú debes ser F'lar —dijo Lytol—, y tú F'nor. Los dos tenéis el mismo aire de vuestro padre.

F'lar asintió de nuevo.

Lytol tragó saliva convulsivamente, crispando los músculos de su cara a medida que la presencia de los dragoneros reavivaba su consciencia del exilio. Trató de sonreír.

—¡Dragones en el cielo! La noticia se ha extendido con más rapidez que las Hebras.

—Nemorth ha puesto una hembra.

—¿Y Jora ha muerto? —preguntó Lytol en tono preocupado, con su rostro libre del nervioso movimiento por un instante—. ¿Fue Hath quien la cubrió?

F'lar asintió.

Lytol sonrió amargamente.

—Así que otra vez R'gul, ¿eh? —Permaneció unos instantes silencioso, con aire pensativo, aquietados sus párpados pero con los músculos de su mandíbula en continuo movimiento—. ¿Vais a recorrer las Altas Extensiones? —preguntó finalmente—. ¿Todas ellas? —añadió, poniendo un ligero énfasis en «todas».

—Desde luego —respondió F'lar.

—Habéis visto a las mujeres —dijo Lytol, con visible disgusto. Sus palabras eran una afirmación, no una pregunta, ya que se apresuró a añadir—: Bueno, no las hay mejores en todas las Altas Extensiones.

Su tono reflejaba un profundo desdén. Se apoyó en la pesada mesa que casi llenaba una esquina de la pequeña habitación. Sus manos agarraban con tanta fuerza el ancho cinturón que sujetaba a su cuerpo la túnica suelta que el recio cuero estaba doblado.

—Uno casi esperarí­a lo contrario, ¿no es cierto? —continuó Lytol. Estaba hablando demasiado y con demasiada rapidez. Ello hubiera resultado ofensivamente brusco en otro hombre inferior. Lo que en Lytol provocaba aquella locuacidad era la terrible soledad derivada de su exilio del Weyr. Lytol rozaba las superficies con apresuradas preguntas que él mismo se contestaba, en vez de profundizar en materias demasiado delicadas para ser tocadas... tales como su insaciable necesidad de aquellos de su raza. Pero estaba proporcionando a los dragoneros exactamente la información que necesitaban—. Pero a Fax le gusta que sus mujeres sean cómodamente gordas y dóciles —añadió Lytol—. Incluso la Dama Gemma ha claudicado. Sería distinto si Fax no necesitara el apoyo de la familia de ella. Ah, sería muy distinto. De modo que la mantiene constantemente embarazada, esperando matarla en un parto cualquier día. Y lo hará. Lo hará.

La risa de Lytol resonó desagradablemente.

—Cuando Fax accedió al poder, todos los hombres listos enviaron a sus hijas lejos de las Altas Extensiones o marcaron sus rostros con un hierro candente. —Hizo una pausa, sumido en amargos recuerdos, con los ojos llenos de odio—. Yo fui un estúpido y me creí inmune debido a mi posición.

Lytol se irguió, cuadrando sus hombros y encarándose con los dos dragoneros. Su expresión era vengativa, su voz baja y tensa.

—Matad a ese tirano, dragoneros, por el bien y la seguridad de Pern. Del Weyr. De la reina. El sólo espera su momento. Propaga el descontento entre los otros Señores. El... —la risa de Lytol se hizo histérica ahora— ...se imagina a sí mismo tan bueno como los dragoneros.

—Entonces, ¿no hay candidatas en este Fuerte? —inquirió F'lar, con voz suficientemente aguda como para introducirse a través de la preocupación del hombre con su curiosa teoría.

Lytol miró fijamente al caballero bronce.

—¿Acaso no lo he dicho? Las mejores murieron a manos de Fax o fueron enviadas lejos. Las que quedan no son nada, nada. Débiles mentales, ignorantes, estúpidas, sosas. Ya tuvisteis eso con Jora. Ella...

Se interrumpió súbitamente y agitó la cabeza, apretándose las sienes con las manos, incapaz de disimular su angustia y su desesperación.

—¿Y en los otros Fuertes?

Lytol movió negativamente la cabeza, frunciendo el ceño.

—Igual que aquí. Muertas o fugitivas.

—¿Qué me dices del Fuerte de Ruatha?

Lytol dejó de agitar la cabeza y miró fijamente a F'lar, con los labios curvados en una astuta sonrisa. Luego rió sin alegría.

—¿Piensas encontrar una Torene o una Moreta ocultas en el Fuerte de Ruatha en estos tiempos? Bueno, caballero bronce, todos los de sangre Ruatha están muertos. La espada de Fax estaba sedienta aquel día. Conocía la verdad de los relatos de los arpistas en los que se hablaba de la hospitalidad que los Señores de Ruatha otorgaban a los dragoneros y se afirmaba que los Ruatha eran una raza aparte. En aquella Línea —la voz de Lytol se convirtió en un susurro confidencial— había hombres de Weyr exiliados, como yo...

F'lar asintió seriamente, no queriendo privar al hombre del ingenuo placer de aquella supervaloración de sí mismo.

—No, en el Valle de Ruatha apenas queda nada —continuó Lytol—. Y Fax no obtiene nada de aquel Fuerte, nada que no sean problemas... —Esta reflexión pareció tranquilizar a Lytol, y el cambio de humor se reflejó en su rostro—. Los de este Fuerte somos ahora los mejores pañeros de todo Pern. Y nuestros herreros fabrican las armas mejor templadas. —En sus ojos chispeó el orgullo por su comunidad de adopción—. Los reclutas de Ruatha tienden a morir de extrañas enfermedades o accidentes. Y las mujeres que Fax solía tomar... —Su risa se hizo desagradable—. Se rumoreó que quedó impotente por espacio de muchos meses.

La activa mente de F'lar saltó a una curiosa conclusión.

—¿No queda nadie de la Sangre?

—¡Nadie!

—¿Ninguna familia en tierras del Fuerte con sangre Weyr? Lytol frunció el ceño y miró a F'lar con aire de sorpresa. Se frotó pensativamente las cicatrices de su rostro.

—Las había —admitió lentamente—. Las había. Pero dudo que hayan sobrevivido. —Meditó unos instantes, y luego sacudió la cabeza enfáticamente—. La resistencia a la invasión fue encarnizada, y no se dio cuartel. En el Fuerte, Fax no respetó ni a las damas ni a los niños. Y encarceló o ejecutó a cualquiera que hubiera empuñado las armas por Ruatha.

F'lar se encogió de hombros. La idea había sido una mera posibilidad. Con unas represalias tan severas, Fax había eliminado indudablemente la resistencia así como a los mejores artesanos. Eso justificaría la mala calidad de los productos de Ruatha y el hecho de que los pañeros de las Altas Extensiones se hubieran convertido en los mejores en su oficio.

—Me gustaría tener mejores noticias para ti, dragonero —murmuró Lytol.

—No importa —le tranquilizó F'lar, extendiendo una mano para apartar la cortina que separaba la pequeña habitación del vestíbulo.

Lytol se acercó a él y habló en tono apremiante.

—No olvides lo que te he dicho acerca de las ambiciones de Fax. Obliga a R'gul, o a quienquiera que sea el próximo caudillo del Weyr, a mantener vigilancia sobre las Altas Extensiones.

—¿Está enterado Fax de tus inclinaciones? El hambriento anhelo volvió a reflejarse en el rostro de Lytol. Tragó saliva nerviosamente y respondió, sin ninguna emoción en su voz:

—Eso no tendría la menor importancia si al Señor de las Altas Extensiones le diera por meterse conmigo, pero mi gremio me protege de la persecución. En el artesanado estoy a salvo. Fax depende demasiado de la buena marcha de nuestra industria. —Se echó a reír, con una risa burlona—. Soy el mejor tejedor de escenas bélicas. Desde

luego —añadió, enarcando una ceja jocosamente—, los dragones ya no se tejen en la tela como los camaradas de los héroes. Habrás observado, desde luego, el predominio de la vegetación...

F'lar hizo una mueca de disgusto.

—Eso no es lo único que hemos observado. Pero Fax conserva las otras tradiciones...

Lytol descartó esta consideración con un gesto de su mano.

—Obra así por pura exigencia militar. Sus vecinos se han armado después de que tomó Ruatha, ya que lo hizo valiéndose de la traición, permíteme que te lo diga. Y permíteme también que te advierta —Lytol disparó un dedo en dirección al Fuerte— que se mofa abiertamente de las leyendas de las Hebras. Les reprocha a los arpistas las absurdas tonterías de las antiguas baladas, y ha eliminado de su repertorio toda alusión a los dragones. La nueva generación crecerá completamente ignorante del deber, de la tradición y de las precauciones.

A F'lar no le sorprendió oír eso como remate de las revelaciones de Lytol, aunque le preocupó mucho más que todo lo demás que había oído. Otros hombres, también, renegaban de las transmisiones verbales de acontecimientos históricos, calificándolas de simples chismorreos de los arpistas. Pero la Estrella Roja latía en el cielo, y se acercaba el momento en que aquellos hombres volverían histéricamente al redil de los antiguos ritos, temiendo por sus vidas.

—¿Has estado en el exterior a primeras horas de la mañana últimamente? —preguntó F'nor, sonriendo maliciosamente.

—He... —empezó a decir Lytol, pero se interrumpió bruscamente, como si se hubiera atragantado. Suspiró audiblemente y se apartó de los dragoneros, con la cabeza inclinada entre sus hundidos hombros—. Marchaos —dijo, rechinando sus dientes. Y, al ver que vacilaban, suplicó—: ¡*Marchaos!*

F'lar salió rápidamente del cuarto, seguido por F'nor. El caballero bronce atravesó el silencioso Vestíbulo a grandes zancadas y emergió a la radiante luz del sol. Su impulso le llevó hasta el centro de la plaza. Allí se detuvo tan bruscamente que F'nor, pegado a sus talones, casi tropezó con él.

—Pasaremos exactamente el mismo tiempo dentro de los otros Vestíbulos —anunció F'lar con voz ronca, hurtando el rostro a la mirada de F'nor. Tenía un nudo en la garganta. Súbitamente, le resultaba difícil hablar. Tragó saliva varias veces.

—Encontrarse sin dragón... —murmuró F'nor en tono compasivo.

La conversación con Lytol le había deprimido, sumiéndole en una especie de melancolía a la que no estaba acostumbrado. El hecho de que F'lar apareciera igualmente impresionado era un rotundo mentís a la opinión particular de F'nor de que su hermanastro era incapaz de emocionarse.

—No existe otro camino una vez se ha realizado la Primera Impresión. Lo sabes perfectamente —logró decir F'lar, y echó a andar en dirección al Vestíbulo que ostentaba el emblema de los curtidores.

*Honra a los que cuidan de los dragones,
En pensamiento y favor, de palabra y de obra.
Se pierden mundos o se salvan mundos
De los peligros que los dragones arrostran.*

*Dragonero, evita los excesos;
La codicia atraerá desgracia al Weyr;
Respetar las antiguas Leyes,
Para que así prospere el Weyr.*

F'lar estaba divertido... y no estaba divertido. Este era su cuarto día en compañía de Fax, y únicamente el firme control que F'lar ejercía sobre sí mismo y sobre su escuadrón estaba evitando que la situación desembocara en un estallido de violencia.

Había sido una afortunada casualidad, pensaba F'lar, mientras Mnemeth se deslizaba plácidamente hacia el Paso de los Senos de Ruatha, que él, F'lar, hubiera escogido las Altas Extensiones. La táctica de Fax habría tenido éxito con R'gul, que era muy consciente de su honor, o con S'lan o D'nol, que eran demasiado jóvenes para haber desarrollado mucha paciencia o discreción. S'lel se hubiera retirado lleno de confusión, un desenlace casi tan desastroso como el combate para el Weyr.

El tenía que haber correlacionado las indicaciones hacía mucho tiempo. La decadencia del Weyr y de su influencia no procedía únicamente de los Señores de los Fuertes y de sus gentes. Procedía también del interior del Weyr, un resultado de reinas inferiores y de Damas del Weyr incompetentes. Procedía de la inexplicable insistencia de R'gul en no «molestar» a los Señores, en mantener los dragoneros dentro del Weyr. Y dentro del mismo Weyr se había puesto demasiado énfasis en los preparativos para los Juegos, hasta que la competición interna entre escuadrones se había convertido en la principal, por no decir la única, de las actividades del Weyr.

El crecimiento de la hierba no se había producido de la noche a la mañana, ni los Señores se habían despertado un buen día, recientemente, decididos a no seguir pagando el tradicional diezmo al Weyr. La cosa había tenido un desarrollo paulatino, abonado por la lenidad del Weyr, hasta desembocar en una situación en la que un advenedizo, heredero colateral de un antiguo Fuerte, podía permitirse el lujo de despreciar a los dragoneros y de omitir las precauciones elementales que mantenían a Pern libre de Hebras.

F'lar dudaba de que Fax hubiera desarrollado su programa de agresión contra los Fuertes vecinos si el Weyr hubiese conservado su antigua autoridad. Cada Hold debía tener su Señor para proteger al valle y a la gente de las Hebras. Un Fuerte, un Señor... y no un Señor reclamando siete Fuertes. Esto último, además de ir contra la antigua tradición, era un craso error ya que, ¿cómo podía proteger un hombre siete valles al

mismo tiempo? Un hombre, a excepción de un dragonero, sólo puede estar en un lugar cada vez. Y a menos de que un hombre montara en un dragón, tardaba horas en trasladarse de un Fuerte a otro. El antiguo Weyr no hubiera permitido esa falta de respeto a los viejos usos.

F'lar vio los chorros de llamas a lo largo de las áridas alturas del Paso, y Mnementh modificó obedientemente su deslizamiento para una mejor visión. F'lar había enviado a la mitad del escuadrón por delante de la cabalgata principal. El vuelo rasante sobre un terreno irregular era un buen entrenamiento para ellos. Les había entregado pequeños trozos de pedernal con instrucciones para agostar cualquier tipo de vegetación como práctica. Esto le recordaría a Fax, así como a sus soldados, la terrible capacidad de los dragoneros, un fenómeno que la gente normal de Pern parecía haber olvidado.

Las ígneas emisiones de fosfina, a medida que los dragones eructaban gases, eran todo un espectáculo. R'gul podía argüir contra la necesidad de extraer pedernal, podía citar incidentes tales como el que había exiliado a Lytol, pero F'lar conservaba la tradición... y lo mismo hacía cualquier hombre que volara con él, so pena de tener que abandonar el escuadrón. Ninguno le fallaba.

F'lar sabía que los hombres disfrutaban tanto como él mismo cabalgando sobre un dragón llameante; las emanaciones de la fosfina eran exhilarantes a su manera, y la sensación de poder que surgía a través del hombre que controlaba la potencia y la majestad de un dragón no tenía parangón en la experiencia humana. Una vez realizada la Primera Impresión, los jinetes de los dragones se convertían en hombres aparte para siempre. Y cabalgar sobre un dragón combativo, azul, verde, pardo o bronce, compensaba los riesgos, el incesante estado de alerta, el aislamiento del resto del género humano.

Mnementh plegó sus alas oblicuamente para deslizarse a través de la angosta hendidura del Paso que conducía de Crom a Ruatha. Inmediatamente después de haberla cruzado, la diferencia entre los dos Fuertes se hizo patente.

F'lar quedó anonadado. A través de los cuatro últimos Fuertes había estado seguro de que el final de la Búsqueda se encontraba en Ruatha.

Habían encontrado a aquella morenita cuyo padre era pañero en Nabol, pero... Y una muchacha alta y cimbreante con unos ojos enormes, la hija de un Guardián de baja categoría de Crom, pero... Eran posibilidades, y si F'lar hubiese sido S'lel o K'net o D'nol podría haberlas tomado a las dos como parejas potenciales, aunque no como posibles Damas del Weyr.

Pero F'lar se había convencido a sí mismo de que la verdadera elección tendría lugar en el sur. Ahora, contemplando la ruina que era Ruatha, sus esperanzas se desvanecían. Debajo de él, vio el estandarte de Fax formando la secuencia que le reclamaba a su lado.

Dominando su sensación de desaliento, ordenó a Mnementh que descendiera. Fax, controlando a duras penas el terror de su montura terrestre, agitó una mano en dirección al valle de aspecto abandonado.

—Contempla la gran Ruatha en la cual tenías tantas esperanzas —comentó sarcásticamente.

F'lar sonrió fríamente, preguntándose cómo había adivinado Fax aquello. ¿Tan transparente había sido F'lar al sugerir la Búsqueda en los otros Fuertes? ¿O se trataba de una sospecha correcta por parte de Fax?

—Basta una ojeada para comprender por qué son preferidos ahora los productos de

las Altas Extensiones —se oyó replicar F'lar.

Mnementh rezongó, pero F'lar le llamó severamente al orden. El bronce había desarrollado una antipatía lindante con el odio hacia Fax. En un dragón, semejante antipatía no era normal, y constituía un motivo de preocupación para F'lar. No hubiera lamentado lo más mínimo la muerte de Fax, pero no la deseaba bajo el aliento de Mnementh.

—Ruatha no produce nada bueno —dijo Fax en un tono que no disimulaba su cólera. Tiró bruscamente de las riendas de su montura, y la espuma que cubría el hocico del animal se tiñó de sangre. La bestia echó la cabeza hacia atrás para aflojar la dolorosa tensión, y Fax la golpeó salvajemente entre las orejas. Aquel golpe, observó F'lar, no era tanto consecuencia de la protesta del pobre animal como del espectáculo de la improductiva Ruatha—. Soy el soberano. Mi proclamación no fue discutida por nadie de la Sangre. Tengo todos los derechos. Ruatha debe pagar su tributo a su legítimo soberano...

—Y pasar hambre el resto del año —observó F'lar secamente, tendiendo su mirada sobre el ancho valle.

Pocos de sus campos estaban arados. Sus pastos mantenían a unos rebaños raquíticos. Incluso sus huertos parecían agostados. Los capullos que habían sido tan abundantes en los árboles de Crom, el valle contiguo, escaseaban aquí, como si se negaran a brotar en un lugar tan desalentador. Aunque el sol estaba muy alto, no parecía haber ninguna actividad en las casas de labor, o no había nadie lo bastante cerca como para ser observado. La atmósfera era de tétrica desesperación.

—Ha habido resistencia a mi gobierno de Ruatha.

F'lar miró curiosamente a Fax, ya que la voz del hombre estaba cargada de odio, augurando mayores males para los rebeldes de Ruatha. El carácter vengativo de la actitud de Fax hacia Ruatha y sus rebeldes estaba teñido de otra fuerte emoción que F'lar había sido incapaz de identificar pero que había captado en el mismo instante en que había sugerido esta visita a los Fuertes. No podía ser miedo, ya que Fax no temía a nada y estaba odiosamente seguro de sí mismo. ¿Repugnancia? ¿Horror? ¿Incertidumbre? F'lar no podía etiquetar la naturaleza de la aversión especial de Fax a visitar Ruatha, pero al hombre no le había gustado la perspectiva, y ahora reaccionaba violentamente al encontrarse dentro de aquellas inquietantes fronteras.

—Absurdo por parte de los de Ruatha —observó F'lar amistosamente.

Fax giró a su alrededor, con una mano en la empuñadura de su espada y los ojos llameantes. F'lar anticipó con una sensación cercana al placer la posibilidad de que el usurpador Fax atacara realmente a un dragonero... Quedó casi decepcionado cuando Fax se dominó, asió con mano firme las riendas de su montura y la espoleó, lanzándola a una frenética carrera.

—Sin embargo, le mataré —se dijo F'lar a sí mismo, y Mnementh agitó sus alas para manifestar su aprobación. F'nor se dejó caer al lado de su caudillo bronce.

—Me ha parecido ver que Fax ha estado a punto de atacarte.

Los ojos de F'nor tenían un extraño brillo, su sonrisa era ácida.

—Hasta que recordó que yo estaba montado sobre un dragón.

—No le pierdas de vista, caballero bronce. Se propone asesinarte lo antes posible.

—¡Si puedes!

—Está considerado como un luchador sin escrúpulos —advirtió F'nor, desaparecida su sonrisa.

Mnementh agitó de nuevo sus alas, y F'lar acarició con aire ausente el largo cuello

de piel suave.

—¿Estoy en desventaja? —preguntó F'lar, picado en su amor propio por las palabras de F'nor.

—Que yo sepa, no —se apresuró a decir F'nor, sobresaltado—. No le he visto a él en acción, pero no me gusta lo que he oído. Mata a menudo, con y sin motivo.

—Y como los dragoneros no estamos sedientos de sangre, no somos temidos como adversarios, ¿verdad? —dijo F'lar en tono sarcástico—. ¿Te avergüenzas de haber nacido en el seno de nuestra raza?

—¡No! —exclamó F'nor, dolido por el reproche implícito en las palabras de su jefe—. ¡Ni yo, ni mis compañeros de escuadrón! Pero en la actitud de los hombres de Fax hay algo que... que me hace desear algún pretexto para luchar.

—Tal como has observado, probablemente tendremos esa lucha. Aquí en Ruatha hay algo que pone nervioso a nuestro noble soberano.

Mnementh y ahora Canth, el pardo de F'nor, extendieron sus alas, agitándolas para llamar la atención de sus jinetes.

F'lar miró fijamente mientras el dragón volvía la cabeza hacia su jinete, con sus grandes ojos brillando como ópalos iluminados por el sol.

—Hay una fuerza sutil en este valle —murmuró F'lar, traduciendo el excitado mensaje del dragón.

—Es cierto; también mi pardo la siente —dijo F'nor.

—Cuidado, caballero pardo —advirtió F'lar—. Cuidado. Envía todo el escuadrón arriba. Registra este valle. Debí darme cuenta. Debí sospecharlo. Todo estaba ahí para ser valorado. ¡Diríase que los dragoneros están convirtiéndose en unos tontos!

*El Fuerte está cautivo,
El Vestíbulo está vacío,
Y los hombres desaparecen.
El suelo es estéril,
La roca desnuda.
Toda esperanza se desvanece.*

Lessa estaba recogiendo cenizas del hogar cuando el excitado mensajero entró tambaleándose en el Gran Vestíbulo. Lessa se hizo lo más inconspicua posible para que el Gobernador no la despidiera. Aquella mañana se las había ingeniado para que la enviaran al Gran Vestíbulo, sabedora de que el Gobernador se proponía castigar al pañero principal por la deficiente calidad de los géneros preparados para ser enviados a Fax.

—¡Fax viene hacia aquí! ¡Con dragoneros! —anunció el hombre, mientras se adentraba en la penumbra del Gran Vestíbulo.

El Gobernador, que estaba a punto de descargar su látigo sobre el pañero principal, se giró, asombrado, de su víctima. El mensajero, un agricultor de las afueras de Ruatha, avanzó tambaleándose hacia el Gobernador, tan excitado con su mensaje que agarró el brazo del Gobernador.

—¿Cómo te atreves a abandonar tu Fuerte? —El Gobernador apuntó con su látigo al desconcertado agricultor. La fuerza del primer golpe hizo caer al hombre de rodillas. Aullando, se arrastró fuera del alcance de un segundo latigazo—. ¡Dragoneros! ¿Fax? ¡Ja! Fax no viene a Ruatha. ¡Toma! —El Gobernador descargó otro golpe sobre el indefenso agricultor antes de girarse, sin aliento, hacia el pañero y los dos subgobernadores—. ¿Cómo ha podido llegar hasta aquí con semejante mentira?

El Gobernador se dirigió hacia la puerta del Gran Vestíbulo. Cuando alargaba una mano hacia el pomo de hierro la puerta se abrió de par en par, casi derribando al Gobernador, empujada por el oficial de guardia, cuyo rostro estaba ceniciento.

—¡Dragoneros! ¡Dragones! ¡Por todas partes sobre Ruatha! —tartamudeó el hombre, agitando los brazos salvajemente.

También él agarró el brazo del Gobernador, arrastrándole hacia el patio exterior para que pudiera comprobar que estaba diciendo la verdad.

Lessa metió en su cubo el último montón de cenizas. Recogiendo sus utensilios de limpieza, se deslizó fuera del Gran Vestíbulo. Detrás de la pantalla de sus cabellos sueltos había una sonrisa muy complacida en su rostro.

¡Un dragonero en Ruatha! Una oportunidad: tenía que ingeniárselas para humillar o enfurecer a Fax hasta el punto de que renunciara a sus pretensiones sobre el Fuerte, en presencia de un dragonero. Entonces, Lessa podría hacer valer sus derechos de nacimiento.

Pero tendría que obrar con extraordinaria cautela. Los dragoneros eran hombres excepcionales. La rabia no nublaba su inteligencia. La codicia no empañaba sus juicios. El miedo no embotaba sus reacciones. Los ignorantes podían creer en sacrificios humanos, lascivias anormales, orgías insensatas. Ella no era tan crédula. Y aquellas historias le repugnaban por otro motivo: los dragoneros seguían siendo humanos, y en las venas de *ella* había sangre Weyr. Era sangre del mismo color que la de cualquier otro; se había derramado la suficiente como para demostrarlo.

Lessa se paró un instante para recobrar el aliento. ¿Era éste el peligro que había intuido hacía cuatro días, al amanecer? ¿El encuentro final en su lucha por reconquistar el Fuerte? No, se advirtió Lessa a sí misma, en aquel portento había algo más que venganza.

El cubo lleno de ceniza golpeaba su pierna mientras avanzaba por el pasillo de techo bajo que conducía a la puerta del establo. Fax se encontraría con una fría bienvenida. Lessa no había encendido otro fuego en el hogar. Su risa resonó desagradablemente, devuelta por las húmedas paredes. Dejó el cubo en el suelo y se descargó también de la escoba y la pala mientras forcejeaba con la pesada puerta de bronce que daba acceso a los establos nuevos.

Habían sido contruidos en el exterior del acantilado de Ruatha por el primer Gobernador de Fax, un hombre más sutil que sus ocho sucesores. Había hecho más cosas que todos los otros, y Lessa había lamentado sinceramente la necesidad de su muerte. Pero él habría hecho imposible su venganza. La hubiera descubierto antes de que ella hubiese aprendido a pasar inadvertida. ¿Cómo se llamaba aquel Gobernador? Lessa no podía recordarlo. Bueno, lamentaba su muerte.

El segundo hombre había sido adecuadamente codicioso, y había resultado fácil establecer una pauta de incomprensión entre Gobernador y artesanos. Aquel Gobernador estaba decidido a estrujar sin piedad a Ruatha de modo que sus bolsillos salieran favorecidos sin que Fax sospechara que le estaban robando una parte de su botín. Los artesanos, que habían empezado a aceptar la hábil diplomacia del primer Gobernador, se sintieron indignados ante los métodos rapaces del segundo. No olvidaban las heridas infligidas a Ruatha, se sentían humillados por la posición secundaria que ahora ocupaba en las Altas Extensiones, y no perdonaban las ofensas individuales que los habitantes del Fuerte, artesanos y agricultores, sufrían bajo el segundo Gobernador. Se precisó muy poca manipulación para lograr que en Ruatha las cosas fueran de mal en peor.

El segundo Gobernador fue reemplazado, y su sucesor no tuvo mejor suerte. Fue sorprendido apartando para él lo mejor de los productos que debían ser entregados a Fax, y éste le hizo ejecutar. Su huesuda cabeza rodaba todavía de un lado a otro en el principal pozo de pedernal encima de la gran Torre.

El actual Gobernador no había sido capaz de mantener al Fuerte ni siquiera en la misma lamentable situación en que lo había encontrado. Asuntos aparentemente sencillos desembocaban rápidamente en desastres. Como la producción de paño. Contrariamente a lo que el Gobernador le había asegurado a Fax, la calidad no había mejorado, y la cantidad había descendido.

Y ahora Fax estaba aquí. ¡Y con dragoneros! ¿Por qué dragoneros? La importancia de la cuestión paralizó a Lessa, y la pesada puerta cerrándose tras ella golpeó dolorosamente sus talones. Los dragoneros solían visitar con frecuencia Ruatha... que ella supiera e incluso recordara vagamente. Aquellos recuerdos eran como el relato de un arpista, algo contado por otros labios y que no pertenecía al caudal de su propia

experiencia. Lessa había limitado su atención a Ruatha. Ni siquiera podía recordar el nombre de reina, o de Dama del Weyr, de la instrucción que había recibido en su infancia, ni recordaba haber oído mencionar a ninguna reina ni Dama del Weyr por alguien en el Fuerte durante las últimas diez Revoluciones.

Tal vez los dragoneros iban por fin a llamar la atención a los Señores de los Fuertes por el vergonzoso espectáculo de la vegetación que crecía en torno a sus dominios. Bueno, Lessa tenía mucho que ver en el crecimiento de la vegetación en Ruatha, pero desafiaba incluso a un dragonero a que la enfrentara con su culpabilidad. ¡Sería preferible que todo Ruatha sucumbiera a las Hebras antes que seguir dependiendo de Fax! La herejía de aquel pensamiento sobresaltó a Lessa.

Deseando poder descargar con tanta facilidad de su conciencia semejante sacrilegio, vertió las cenizas en el estercolero del establo. Se produjo un cambio repentino en la presión del aire en torno a ella. Luego, una sombra fugaz la impulsó a alzar la mirada.

Por detrás de la parte superior del acantilado se deslizaba un dragón, con sus enormes alas extendidas al máximo, casi planeando. Girando sin esfuerzo, descendió. Un segundo, luego un tercero, luego todo un escuadrón de dragones le siguieron en vuelo silencioso y descenso geométrico, gracioso y terrible. El claxon de la Torre sonó con retraso, y desde el interior de la cocina brotaron los gritos y los alaridos de los aterrados marmitones.

Lessa se puso a cubierto. Penetró en la cocina, donde inmediatamente fue agarrada por el ayudante de cocinero y enviada con un bofetón y un puntapié a los fregaderos. Allí la pusieron a fregar con arena las bandejas sucias de grasa.

Los lloriqueantes perros habían sido ya atados a los espetones giratorios, donde se asaba un famélico animal cuya magra carne iba adobando el cocinero con especias, mientras se lamentaba de la pobre comida que podría ofrecer a tantos huéspedes, algunos de ellos de elevado rango. Frutas de la última y escasa cosecha, secadas durante el invierno, habían sido puestas en remojo, y dos de los marmitones más viejos estaban rascando raíces para ser hervidas.

Un pinche estaba amasando pan, y otro especiaba cuidadosamente una salsa. Mirándole fijamente, Lessa desvió su mano de una caja de especias a otra menos apropiada mientras él daba un batido final al guiso. Luego, añadió inocentemente un exceso de leña al horno para que la cocción de los panes resultara desastrosa. Finalmente controló los espetones, acelerando uno y retardando otro, de modo que la carne quedara cruda por un lado y quemada por el otro. Su intención era que el festín resultara un completo fracaso.

Arriba, en el Fuerte, Lessa no dudaba de que otras medidas determinadas, previstas para esta ocasión concreta, estarían siendo descubiertas en aquellos momentos.

Con los dedos ensangrentados por los golpes recibidos en ellos, una de las mujeres del Gobernador entró gritando en la cocina, esperando encontrar refugio allí.

—¡Los insectos se han estado comiendo las mejores mantas, llenándolas de agujeros! Y una perra que había dado a luz sobre las mejores sábanas me mordió mientras daba de mamar a sus cachorros. Y las esteras están sucias, y las mejores cámaras llenas de basura transportada por el viento del invierno. Alguien dejó las persianas entreabiertas, muy poco, pero lo suficiente —se lamentó la mujer, apretando la mano contra su pecho y balanceándose hacia atrás y hacia adelante.

Lessa se inclinó afanosamente sobre su tarea de sacarle brillo a las bandejas.

*Wher guardián, wher guardián,
en tu madriguera,
¡Vigila bien, wher guardián!
¿Quién entra ahí?*

—El wher guardián está ocultando algo —le dijo F'lar a F'nor mientras conferenciaban en la gran cámara limpiada apresuradamente. La temperatura ambiente de la habitación seguía siendo helada, a pesar de que ahora ardía un generoso fuego en el hogar.

—Cuando Canth le habló, no hizo más que farfullar —observó F'nor. Estaba apoyado contra la repisa de la chimenea, volviéndose ligeramente de un lado a otro para calentarse. Contempló a su jefe de escuadrón, que paseaba impacientemente de un extremo a otro de la cámara.

—Mnementh lo está tranquilizando —replicó F'lar—. Y es muy capaz de conseguirlo. Es posible que el animal sea más senil que cuerdo, pero...

—Lo dudo —completó la frase F'nor. Miró con aprensión hacia el techo cubierto de telarañas. Estaba seguro de que podría localizar a la mayoría de las tejedoras, pero no deseaba exponerse a sus picaduras, como remate de las incomodidades experimentadas ya en este maldito Fuerte. Si la noche no era demasiado fría, se proponía pasarla con Canth en las alturas—. Eso sería una sugerencia más razonable que la que han hecho Fax o su Gobernador.

—Hummm —murmuró F'lar, mirando al caballero pardo con el ceño fruncido.

—Bueno, es increíble que Ruatha pueda haber llegado a semejante estado de decadencia en diez breves Revoluciones. Todos los dragones han captado la sensación de poder, y es evidente que el wher guardián ha sido manipulado. Eso requiere una gran cantidad de control.

—Por parte de alguien de la Sangre —le recordó F'lar.

F'nor dirigió a su jefe de escuadrón una rápida mirada, preguntándose si podía hablar en serio a la luz de todas las informaciones en sentido contrario.

—Te concedo que existe poder aquí, F'lar —admitió F'nor—. Pero podría tratarse fácilmente de un oculto varón bastardo de la antigua Sangre. Y nosotros necesitamos una hembra. Pero Fax dio a entender claramente, con su estilo inimitable, que no había dejado a nadie de la antigua Sangre con vida en el Fuerte el día que lo tomó. Damas, niños, todos. No, no...

El caballero pardo agitó la cabeza, como si con ese gesto pudiera disipar su falta de fe en la curiosa insistencia de su jefe de escuadrón en que la Búsqueda terminaría en Ruatha con sangre de Ruatha.

—Ese wher guardián está ocultando algo, y únicamente alguien de la Sangre de su Fuerte puede preparar eso, caballero pardo —dijo F'lar enfáticamente. Hizo un gesto

en tomo a la cámara y hacia la ventana—. Ruatha ha sido dominada. Pero sigue resistiendo... sutilmente. Yo digo que eso apunta a la Sangre y al poder antiguos. No sólo al poder.

La obstinada expresión en los ojos de F'lar, la rigidez de su mandíbula, sugerían que F'nor debía buscar otro tema de conversación.

—Voy a ver lo que puede ser visto alrededor de la marchita Ruatha —murmuró, y salió de la cámara.

F'lar estaba mortalmente aburrido con la dama que Fax le había asignado cortésmente. Reía incesantemente y estornudaba sin parar. Y no aplicaba a su nariz el pañuelo que sus mocos estaban pidiendo a gritos. Desprendía un olor agrio, mezcla de sudor y aceite enranciado. También estaba embarazada de Fax. No visiblemente aún, pero le había confiado su estado a F'lar, inconsciente de la ofensa que significaba para el dragonero... u obedeciendo órdenes de su Señor. F'lar ignoró deliberadamente el asunto y, salvo cuando su compañía era obligada en este viaje de Búsqueda, la ignoró también a ella.

Dama Tela le estaba hablando nerviosamente del horrible estado en que se encontraban las habitaciones asignadas a Dama Gemma y a las otras damas del cortejo del Señor.

—Los postigos han permanecido entreabiertos todo el invierno, y tendríais que haber visto la de porquería que había en los suelos. Finalmente conseguimos que dos de las sirvientas lo barrieran todo y echaran la basura al hogar. Y luego, al encender el fuego, todo se llenó de humo y no había quien aguantara allí, hasta que enviaron a un hombre —Dama Tela dejó oír la inevitable risita—. Descubrió que la chimenea estaba atascada por una piedra de la misma chimenea que había caído de través. Por verdadero milagro, el resto de la chimenea estaba en buenas condiciones.

Dama Tela agitó su pañuelo. F'lar contuvo la respiración, ya que el gesto envió un desagradable olor en su dirección.

Alzó la mirada hacia la puerta interior del Fuerte y vio a Dama Gemma descendiendo con pasos lentos y torpes. Alguna sutil diferencia en su modo de andar le llamó la atención, y trató de identificarla, mirando fijamente a la Dama.

—Oh, sí, pobre Dama Gemma —murmuró Dama Tela, suspirando profundamente—. Todos estamos muy preocupados. No sé por qué mi Señor Fax insistió en que ella viniera. No está aún a punto de cumplir, y sin embargo...

La preocupación de Dama Tela parecía sincera.

El odio incipiente de F'lar hacia Fax y su brutalidad maduró bruscamente. Dejó a su compañera con la palabra en la boca, y extendió cortésmente su brazo hacia Dama Gemma para ayudarla a bajar los últimos peldaños y acompañarla hasta la mesa. Sólo la breve presión de los dedos de la Dama sobre su antebrazo traicionó su gratitud. Dama Gemma tenía el rostro muy pálido, y las arrugas alrededor de su boca y de sus ojos se habían hecho más profundas, revelando el esfuerzo que estaba realizando.

—Veo que han intentado adecentar el Vestíbulo —observó Dama Gemma por decir algo.

—Eso parece —admitió F'lar secamente, dirigiendo una mirada circular al amplio y proporcionado Vestíbulo, con sus vigas adornadas con las telarañas de numerosas Revoluciones. Las inquilinas de aquellos nidos de gasa caían de cuando en cuando al suelo, sobre la mesa y en las bandejas de la comida. Nada reemplazaba a los antiguos

estandartes de la Sangre ruathana, eliminados de las oscuras paredes de piedra. Las mesas montadas sobre caballetes aparecían recién lavadas y frotadas con arena, y las bandejas resplandecían con un brillo mate a la luz de las renovadas lámparas. Desgraciadamente, eso era un error, ya que la claridad no era lo más conveniente para un escenario que hubiera resultado más tranquilizador en una semipenumbra.

—Este era un Vestíbulo muy agradable —murmuró Dama Gemma, de modo que sólo pudiera oírlo F'lar.

—¿Erais una amiga? —preguntó cortésmente F'lar.

—Sí, en mi juventud —Dama Gemma subrayó significativamente la última palabra, evocando para F'lar una doncellez más feliz—. ¡Era una noble línea!

—¿Creéis que *alguien* podría haber escapado de la espada?

Dama Gemma le miró con aire de desconcierto, y luego compuso rápidamente sus facciones para no llamar la atención. Incluyó afirmativamente la cabeza de un modo apenas perceptible, y pasó a ocupar su lugar en la mesa, saludando a F'lar con un gracioso gesto con el que le despedía y le daba las gracias al mismo tiempo.

F'lar fue en busca de su compañera, y la situó en la mesa a su izquierda. Como únicas personas de categoría que cenarían aquella noche en el Fuerte de Ruatha, Dama Gemma estaba sentada a su derecha; Fax se sentaría al otro lado de ella. Los dragoneros y los oficiales de la tropa de Fax ocuparían las mesas inferiores. Ningún miembro de los gremios había sido invitado.

Fax llegó en aquel preciso instante, con su dama actual y dos subjeses. El Gobernador les precedía, haciendo grandes reverencias. F'lar observó que el hombre se mantenía a cierta distancia de su soberano... tal como era de esperar de un Gobernador que atendía de un modo tan lamentable a sus responsabilidades. F'lar barrió de la mesa una araña que acababa de caer encima de ella. Por el rabillo del ojo vio que Dama Gemma parpadeaba y se estremecía.

Fax se acercó a la mesa con el rostro congestionado por la rabia reprimida. Echó bruscamente su silla hacia atrás, golpeando la de Dama Gemma antes de sentarse. Luego empujó la silla hacia la mesa con tanta fuerza que estuvo a punto de derribar la mesa, no demasiado estable con los caballetes en vez de patas. Frunciendo el ceño, examinó su copa y su plato, pasando un dedo por la superficie, dispuesto a tirarlos al suelo si no le complacían.

—Un asado, mi Señor Fax, y pan tierno, Señor Fax, y las frutas y raíces que quedaban.

—¿Quedaban? ¿Quedaban? Dijiste que no se había cosechado nada.

El Gobernador desorbitó los ojos y tragó saliva, tartamudeando:

—Nada para ser enviado. Nada suficientemente *bueno* para ser enviado. Nada. Si hubiera sabido que íbais a venir, podría haber pedido a Crom...

—¿Pedido a Crom? —rugió Fax, golpeando el plato que estaba examinando contra la mesa con tanta fuerza que el borde se dobló bajo sus manos. El Gobernador parpadeó como si le hubieran golpeado a él.

—Algo decente para comer, mi señor —gimoteó.

—El día que uno de mis Fuertes no pueda mantenerse a sí mismo ni recibir con dignidad la visita de su legítimo soberano, renunciaré a él.

Dama Gemma ahogó una exclamación de sorpresa. Simultáneamente, los dragones rugieron. F'lar sintió la inconfundible oleada de poder. Sus ojos buscaron instintivamente a F'nor en la mesa inferior. El caballero pardo, todos los dragoneros, habían experimentado la misma inexplicable exultación.

—¿Qué ocurre, dragonero? —estalló Fax.

F'lar, fingiendo despreocupación, extendió sus piernas debajo de la mesa y asumió una postura indolente en la pesada silla.

—¿A qué te refieres?

—¡A los dragones!

—Oh, nada. Rugen a menudo... al ponerse el sol, al ver pasar una bandada de pájaros, a las horas de comer... —y F'lar sonrió afablemente al Señor de las Altas Extensiones. A su lado, su compañera de mesa emitió un leve chillido.

—¿A las horas de comer? ¿Acaso no han comido?

—Oh, sí. Hace cinco días.

—Oh. ¿Hace... cinco días? ¿Y tienen hambre... ahora?

La voz de Dama Tela estaba alterada por el miedo, y sus ojos se habían desorbitado ligeramente.

—Dentro de unos días —le aseguró F'lar.

Aprovechando el pretexto de aquella conversación, F'lar escrutó el Vestíbulo. Aquella oleada de poder había llegado desde muy cerca. Posiblemente desde el interior del propio Vestíbulo. Se había producido tan inmediatamente después de la declaración de Fax, que sus palabras tenían que haberla desencadenado. F'lar vio que F'nor y los otros dragoneros estaban investigando disimuladamente todos los rostros en el Vestíbulo. Los soldados de Fax podían ser descartados, lo mismo que los hombres del Gobernador. Y el poder tenía un indefinible toque femenino.

¿Una de las mujeres de Fax? A F'lar le pareció increíble. Mnementh había estado cerca de todas ellas y ninguna había mostrado un vestigio de poder, y mucho menos —a excepción de Dama Gemma— de inteligencia.

¿Una de las mujeres del Vestíbulo? Hasta entonces sólo había visto a las deplorables fregonas y las hembras de edad madura que el Gobernador tenía como sirvientas. ¿La mujer personal del Gobernador? No sabía aún si aquel hombre tenía una. ¿Una de las mujeres de los guardianes del Fuerte? F'lar reprimió un intenso deseo de levantarse e investigar.

—¿Has montado una guardia? —le preguntó a Fax de un modo casual.

—¡Doble en el Fuerte de Ruatha! —fue la dura respuesta, surgida de una parte muy profunda del pecho de Fax.

—¿Aquí? —inquirió F'lar, estallando en una carcajada y mirando alrededor de la destartada cámara.

—¡Aquí! —Fax cambió de tema con un rugido—. ¡Comida!

Cinco marmitones, dos de ellos mujeres vestidas con unos harapos tan sucios que F'lar confió en que no hubieran tenido nada que ver con la preparación de la comida, se presentaron tambaleándose bajo el peso del asado. Nadie que poseyera un rastro de poder se degradaría hasta el punto de realizar aquellas tareas, a menos...

El aroma que brotaba de la bandeja que acababa de ser depositada sobre la mesa de trinchar le distrajo. Olía a hueso quemado y a carne carbonizada. Incluso el cántaro de *klah* que circulaba por la mesa olía mal. El Gobernador afilaba frenéticamente sus herramientas, como si un filo agudo pudiera cortar porciones aceptables de aquel inverosímil asado.

Dama Gemma contuvo de nuevo la respiración, y F'lar vio que sus manos se engarfiaban alrededor de los brazos de su silla. Vio el movimiento convulsivo de su garganta al tragar. Tampoco a él le apetecía la perspectiva de aquella comida.

Los marmitones reaparecieron con bandejas de madera llenas de pan. Antes de

servirlo, hubo que rascar y cortar, en algunos lugares, las cortezas quemadas. Mientras eran traídas nuevas bandejas, F'lar trató de examinar los rostros de los sirvientes. Una mata de cabellos ocultaba casi del todo la cara de la criada que ofreció a Dama Gemma un plato de legumbres nadando en un caldo grasiento. Asqueado, F'lar hurgó a través de las legumbres para encontrar porciones adecuadamente cocidas y ofrecérselas a Dama Gemma. Ella las apartó a un lado, tratando de disimular su malestar.

Cuando F'lar estaba a punto de volverse y servir a Dama Tela, vio que la mano de Dama Gemma se aferraba convulsivamente al brazo de su silla. Entonces se dio cuenta de que no estaba simplemente asqueada por la poco apetitosa comida. Se encontraba bajo los efectos de los dolores de parto.

F'lar miró en dirección a Fax. El soberano contemplaba con el ceño fruncido los esfuerzos del Gobernador por encontrar porciones comestibles de carne.

F'lar tocó ligeramente el brazo de Dama Gemma con sus dedos. Ella volvió el rostro lo suficiente para poder ver a F'lar por el rabillo del ojo. Logró esbozar una media sonrisa socialmente correcta.

—No me atrevo a marcharme precisamente ahora, Señor F'lar. Siempre es peligroso en Ruatha. Y es posible que sólo sean falsos dolores... a mi edad.

F'lar no quedó demasiado convencido al ver que Dama Gemma se estremecía de nuevo. Dama Gemma hubiera sido una excelente Dama del Weyr, pensó melancólicamente, si fuera más joven.

El Gobernador, con manos temblorosas, presentó a Fax las tajadas de carne, unas porciones casi comestibles, aunque no en mucha cantidad.

El ancho puño de Fax salió disparado, y el Gobernador recibió el plato, la carne y el jugo en pleno rostro. A pesar de sí mismo, F'lar suspiró, ya que aquellas eran indudablemente las únicas porciones comestibles de todo el animal.

—¿Llamas comida a esto? *¿Llamas comida a esto?* —aulló Fax. Su voz resonó contra la cúpula desnuda del techo, sacudiendo las frágiles telarañas y haciendo caer a muchas de sus inquilinas—. *¡Porquería! ¡Porquería!*

F'lar sacudió rápidamente las arañas que habían caído encima de Dama Gemma, la cual no podía moverse debido a lo intenso de sus contracciones.

—Es lo único de que disponíamos, con tanta prisa... —gimió el Gobernador, con sus mejillas chorreando jugos sanguinolentos.

Fax le arrojó su copa, y el vino empapó el pecho del hombre. Siguió el humeante plato de raíces, y el hombre aulló al ser alcanzado por el hirviente líquido.

—¡Mi Señor, mi Señor, si lo hubiera sabido con tiempo!

—Evidentemente, Ruatha *no* puede recibir con dignidad la visita de su Señor. Debes renunciar a él —se oyó decir a sí mismo F'lar.

Su impresión ante semejantes palabras brotando de sus labios fue tan grande como la de todos los presentes en el Vestíbulo. Se hizo un profundo silencio, roto únicamente por el chasquido de las arañas al caer de sus nidos y al goteo del caldo de raíces de los hombros del Gobernador a las esteras. El crujido del tacón de la bota de Fax fue claramente audible cuando el soberano se volvió lentamente para encararse con el caballero bronce.

Mientras F'lar dominaba su propio asombro y pensaba furiosamente en lo que podría hacer a continuación para enmendar su error, vio que F'nor se ponía lentamente en pie, con la mano sobre la empuñadura de su daga.

—¿He oído bien lo que acabas de decir? —preguntó Fax, con el rostro desprovisto

de toda expresión y los ojos llameantes.

Incapaz de comprender cómo podía haber pronunciado aquellas palabras, F'lar logró asumir una postura lánguida.

—Tú mencionaste, mi Señor —dijo lentamente—, que si alguno de tus Fuertes no podía mantenerse a sí mismo ni recibir con dignidad la visita de su legítimo soberano, renunciarías a él.

Fax miró fijamente a F'lar, con un compendio de emociones rápidamente reprimidas en su rostro, pero con un brillo de triunfo en los ojos. F'lar, con su rostro todavía rígido por la forzada expresión de indiferencia, se estaba reprochando mentalmente a sí mismo. En nombre del Huevo, ¿acaso había perdido todo sentido de la discreción?

Fingiéndose una absoluta despreocupación, pinchó unas verduras con su cuchillo y empezó a mordisquearlas. Mientras lo hacía, notó que F'nor giraba lentamente su mirada alrededor del Vestíbulo, escrutando a todo el mundo. Bruscamente, F'lar comprendió lo que había ocurrido. Al pronunciar aquellas palabras, él, un dragonero, había respondido a un uso encubierto del poder. F'lar, el caballero bronce, estaba siendo empujado a una situación en la que *tuviera* que luchar con Fax. ¿Por qué? ¿Con qué finalidad? ¿Para conseguir que Fax renunciara al Fuerte? ¡Increíble! Pero sólo podía existir un motivo posible para semejante giro de los acontecimientos. Una exultación tan aguda como un dolor se hinchó dentro de F'lar. Tenía que mantener su actitud de aburrida indiferencia, no enfrentarse abiertamente con Fax, si no quería verse abocado a un duelo. Un duelo no serviría para nada. Y él, F'lar, no podía perder el tiempo batiéndose inútilmente.

Un gemido escapó de los labios de Dama Gemma y rompió la tensión entre los dos antagonistas. Irritado, Fax se inclinó a mirarla, con el puño cerrado y medio levantado para golpearla por su temeridad al interrumpir a su amo y señor. La contracción que onduló a través del hinchado vientre fue tan obvia como el dolor de la mujer. F'lar no se atrevió a mirar hacia ella, pero se preguntó si Dama Gemma había gemido deliberadamente en voz alta para romper la tensión.

Increíblemente, Fax empezó a reír. Echó la cabeza hacia atrás, mostrando unos dientes grandes y manchados, y rugió:

—¡Voto que renunciaré a él, en favor de su descendencia, si es varón... y vive!

—¡Oído y atestiguado! —exclamó F'lar, poniéndose en pie de un salto y señalando a sus jinetes.

Todos los dragoneros se pusieron en pie inmediatamente.

—¡Oído y atestiguado! —gritaron, al modo tradicional.

Con aquel movimiento, todo el mundo empezó a hablar al mismo tiempo con visible alivio. Las otras mujeres, cada una de ellas reaccionando a su manera ante la inminencia del parto, gritaban órdenes a los sirvientes y se aconsejaban unas a otras. Convergieron hacia Dama Gemma, pero se detuvieron fuera del alcance de Fax como gallinas asustadas. Era evidente que en su interior se estaba librando una lucha entre el miedo a su Señor y el deseo de acercarse a la parturienta.

Fax comprendió sus intenciones tanto como su renuencia y, sin dejar de reír estridentemente, echó hacia atrás su silla, se dirigió hacia la mesa de trinchar y empezó a cortar trozos de asado con su cuchillo y a introducirlos en su boca, goteando jugo, sin interrumpir sus risotadas.

Cuando F'lar se inclinó hacia Dama Gemma para ayudarla a levantarse de su silla, ella le agarró del brazo con gesto apremiante. Sus ojos se encontraron, los de ella nublados por el dolor. Dama Gemma le atrajo hacia ella.

—Se propone matarte, caballero bronce. Le gusta matar —susurró.

—Los dragoneros no se dejan matar fácilmente, valiente dama. Os estoy muy agradecido.

—No quiero que te maten —murmuró Dama Gemma, mordiéndose el labio—. Tenemos tan pocos caballeros bronce...

F'lar la miró, desconcertado. ¿Creía ella, la dama de Fax, en las Antiguas Leyes? Hizo una seña a dos de los hombres del Gobernador para que la transportaran al Fuerte interior. Luego tomó a Dama Tela por el brazo cuando pasaba junto a él.

—¿Qué necesitáis?

—Oh, oh —exclamó Dama Tela, con el rostro contraído por el pánico; se estaba retorciendo nerviosamente las manos—. Agua, caliente, limpia. Trapos. Y una comadrona. Oh, sí, necesitamos una comadrona.

F'lar miró a su alrededor en busca de una de las mujeres del Fuerte, y sus ojos se deslizaron por encima de una despreciable figura que había empezado a recoger la comida derramada. Sin prestarle más atención, hizo una seña al Gobernador y le ordenó en tono perentorio que enviara a buscar la comadrona. El Gobernador propinó un puntapié a la fregona.

—¡Tú... tú! Comoquiera que te llames, ve en busca de la comadrona. Tienes que saber quién es.

Con una agilidad en desacuerdo con su aspecto de vejez y decrepitud, la fregona esquivó un segundo puntapié de despedida del Gobernador. Se deslizó rápidamente a través del Vestíbulo y salió por la puerta que daba a la cocina.

Fax seguía troceando y engullendo carne, interrumpiéndose ocasionalmente para estallar en una carcajada ante un pensamiento que le resultaba divertido. F'lar se acercó a la mesa de trinchar y, sin esperar la invitación de su anfitrión, empezó también a cortar carne, haciendo seña a sus hombres para que le imitaran. Los soldados de Fax, en cambio, esperaron hasta que su Señor se dio por hartó.

*Señor del Fuerte, tu mandato está a salvo
Con espesas murallas, puertas de metal, y ninguna vegetación.*

Lessa salió rápidamente del Vestíbulo para ir en busca de la comadrona, poseída por un terrible sentimiento de frustración. ¡Tan cerca! ¡Tan cerca! ¿Cómo había podido llegar tan cerca y, sin embargo, fracasar? Fax tenía que haber desafiado al dragonero. Y el dragonero era joven y fuerte, y tenía un rostro de luchador, duro y controlado. No tenía que haber contemporizado. ¿Acaso había muerto en Pern todo sentido del honor, asfixiado por la verde hierba?

¿Y por qué, oh, por qué Dama Gemma había escogido aquel preciso instante para dar a luz? Si su gemido no hubiera distraído a Fax, la lucha habría empezado, y ni siquiera Fax, con toda su fama de luchador sin escrúpulos, hubiera prevalecido contra un dragonero que tenía el apoyo de Lessa. El Fuerte tenía que ser devuelto a su Sangre legítima. ¡Fax no saldría vivo de Ruatha!

Encima de ella, en la Alta Torre, el gran dragón bronce emitía un extraño canturreo, con sus ojos de múltiples facetas chispeando en la creciente oscuridad.

Inconscientemente, Lessa le silenció como habría hecho con el wher guardián. Ah, aquel wher guardián. No había salido de su cubil cuando ella pasó por delante. Lessa sabía que los dragones habían estado con él. Pudo oírle farfullar en su pánico. Los dragones le conducirían a la muerte.

La pendiente del camino prestó alas a sus pies, y tuvo que frenar su carrera mucho antes de llegar al umbral de piedra de la vivienda de la comadrona. Aporreó la puerta cerrada, y oyó la asustada exclamación de sorpresa en el interior.

—¡Un parto! ¡Un parto en el Fuerte! —gritó Lessa al tiempo que golpeaba la puerta.

—¿Un parto? —preguntó una voz ahogada, mientras alguien manipulaba en los cerrojos—. ¿En el Fuerte?

—La dama de Fax, y, si aprecias tu vida, date prisa, ya que si nace un varón será el Señor de Ruatha.

Aquello debía convencerla, pensó Lessa, y en aquel momento la puerta fue abierta de par en par por el hombre de la casa. Lessa pudo ver a la comadrona reuniendo sus cosas apresuradamente, amontonándolas en su chal. Lessa empujó literalmente a la mujer por el empinado camino hasta el Fuerte, por debajo de la Torre, agarrándola del brazo cuando trató de huir a la vista del dragón que la observaba desde lo alto. La hizo entrar en el Patio y luego, venciendo su resistencia, en el Vestíbulo.

La mujer se aferró a la puerta interior, asustada al ver a tanta gente reunida allí. El Señor Fax, con los pies sobre la mesa, se estaba limpiando las uñas con su cuchillo, no agotada aún su hilaridad. Los dragoneros, con sus túnicas de piel de wher, comían silenciosamente en una mesa en tanto que los soldados daban cuenta de los restos del asado.

El caballero bronce vio llegar a las dos mujeres e hizo un gesto apremiante hacia el Fuerte interior. La comadrona no se movió. Lessa tiró inútilmente de su brazo, conminándola a atravesar el Vestíbulo. Ante su sorpresa, el caballero bronce avanzó hacia ellas.

—Date prisa, mujer. Dama Gemma va a dar a luz antes de tiempo —dijo con aire preocupado, señalando imperativamente hacia la entrada del Fuerte. Ante la pasividad de la comadrona, la agarró del hombro y la condujo hacia la escalera, con Lessa tirando del otro brazo de la mujer.

Cuando llegaron a la escalera, F'lar soltó a la comadrona, indicándole a Lessa con un gesto que la escoltara el resto del camino. En el momento en que llegaban a la maciza puerta interior, Lessa observó la fijeza con que las estaba mirando el dragonero. Miraba con una atención especial la mano con la que Lessa sujetaba el brazo de la comadrona. Lessa contempló su propia mano, y la vio como si perteneciera a una desconocida: los largos dedos, bien formados a pesar de la suciedad y de las uñas rotas, una mano pequeña, delicadamente modelada, cuya belleza no habían podido destruir los trabajos más rudos.

Dama Gemma estaba en pleno parto, que se presentaba difícil. Cuando Lessa trató de retirarse de la habitación, la comadrona le dirigió una mirada tan aterrada que Lessa se quedó, de mala gana. Era evidente que las otras damas de Fax no servirían para nada. Estaban agrupadas a un lado del alto lecho, retorciéndose las manos y hablando en tono excitado y estridente. Lessa y la comadrona tuvieron que desvestir a Dama Gemma, tranquilizarla y sujetar sus manos contra las contracciones.

Quedaba muy poca belleza en el rostro de la grávida mujer. Sudaba abundantemente, y su piel estaba teñida de gris. Su respiración era ronca y fatigosa, y se mordía los labios para no gritar.

—Esto no marcha bien —murmuró la comadrona entre dientes—. Vosotras, basta de parloteo —ordenó, volviéndose hacia las damas. En el ejercicio de su profesión, se afirmaba su carácter y sabía imponer su autoridad—. Traedme agua caliente. Acercadme aquellos trapos. Buscad algo caliente para el bebé. Si nace con vida, tiene que ser protegido del frío y de las corrientes de aire.

Sugestionadas por el tono imperativo de la comadrona, las mujeres dejaron de gimotear y obedecieron sus instrucciones.

Si sobrevive, las palabras resonaron en la mente de Lessa. *Si sobrevive para ser Señor de Ruatha. ¿Alguien engendrado por Fax?* Esa no había sido su intención, aunque...

Dama Gemma agarró ciegamente las manos de Lessa y, a pesar de sí misma, Lessa respondió a la presión que había de resultar consoladora para la mujer.

—Sangra demasiado —murmuró la comadrona—. Más trapos.

Las mujeres volvieron a gimotear, susurrando comentarios de miedo y de protesta.

—No debió realizar un viaje tan largo.

—Morirán los dos.

—Oh, hay demasiada sangre.

Demasiada sangre, pensó Lessa. *No tengo ningún agravio contra ella. Y el niño llega demasiado pronto.* Morirá. Miró el rostro contraído, el ensangrentado labio inferior. *Si no grita ahora, ¿por qué lo hizo entonces?* Una oleada de rabia invadió a Lessa. Esta mujer, por algún motivo ignorado, había distraído a Fax y a F'lar en el momento crucial. Apretó furiosamente las manos de Gemma entre las suyas.

El inesperado dolor arrancó a Gemma de su breve respiro entre las terribles

contracciones que se presentaban a intervalos cada vez más cortos. Parpadeando contra el sudor que inundaba sus ojos, miró desesperadamente a Lessa.

—¿Qué te he hecho yo? —balbuceó.

—¿Qué me has hecho? Tenía a Ruatha al alcance de mi mano cuando proferiste tu falso grito —dijo Lessa, con la cabeza inclinada de modo que ni siquiera la comadrona al pie de la cama pudiera oírlas. Estaba tan furiosa que había perdido toda discreción, pero no importaba, ya que esta mujer se hallaba a las puertas de la muerte.

—Pero... el dragonero... Fax no puede matar al dragonero. Hay tan pocos caballeros bronce... Todos ellos son necesarios. Y las antiguas Leyendas... la estrella... estrella...

No pudo continuar, estremecida por una nueva contracción. Los macizos anillos que llevaba en sus dedos mordieron las manos de Lessa mientras Dama Gemma se aferraba a la muchacha.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lessa en un ronco suspiro.

Pero la agonía de la mujer era tan intensa que apenas podía respirar. Sus ojos parecían querer escapar de su cabeza. Lessa, a pesar de que se había endurecido contra toda emoción que no fuera la de la venganza, se dejó dominar por el profundo instinto femenino de aliviar el dolor de una mujer en su fase más extrema. Incluso así, las palabras de Dama Gemma resonaban en su mente. La mujer, pues, no había protegido a Fax sino al dragonero. ¿La Estrella? ¿Se refería a la Estrella Roja? ¿A qué antiguas Leyendas aludía?

La comadrona tenía las dos manos sobre el vientre de Gemma, apretando hacia abajo, susurrando consejos a una mujer demasiado agobiada por el dolor para oírlos. En una de sus convulsiones, el cuerpo de la parturienta perdió contacto con la cama. Mientras Lessa trataba de sujetarla, Dama Gemma abrió los ojos de par en par, con una expresión de incrédulo alivio. Se relajó en brazos de Lessa y permaneció inmóvil.

—¡Ha muerto! —chilló una de las mujeres. Huyó, gritando, de la cámara. Su voz reverberó en la roca de los pasillos. «Muerta... erta... erta... aaaaa» repitió el eco una y otra vez.

Lessa soltó el cuerpo de Dama Gemma, dejándolo reposar sobre el lecho, contemplando asombrada la extraña sonrisa de triunfo estereotipada en el rostro de la muerta. Se retiró a las sombras, mucho más impresionada que el resto de las mujeres. Ella, que nunca había vacilado en hacer cualquier cosa que pudiera perjudicar a Fax o empobrecer todavía más a Ruatha, estaba temblando de remordimiento. Sumida en su idea fija, había olvidado que podían existir otras personas impulsadas por el odio a Fax. Dama Gemma era una de ellas, y había sufrido brutalidades y humillaciones mucho más subjetivas que las de Lessa. Sin embargo, Lessa había odiado a Gemma, había hecho víctima de su odio a una mujer que había merecido su respeto y su apoyo más bien que su condena.

Lessa sacudió la cabeza para disipar el aura de tragedia y de autorrepulsión que empezaba a abrumarla. No tenía tiempo para lamentarse o arrepentirse. Ahora no. No cuando, con la muerte de Fax, podría vengar no sólo sus propios agravios sino también los de Gemma.

Ese era el objetivo. Y ella tenía la palanca. El niño... sí, el niño. Diría que estaba vivo. Que era varón. El dragonero tendría que luchar. Había oído y atestiguado el juramento de Fax.

Una sonrisa, parecida a la que exhibía el rostro de la mujer muerta, iluminó el de Lessa mientras corría por los pasillos en dirección al Vestíbulo.

Estaba a punto de penetrar en el propio Vestíbulo cuando se dio cuenta de que su

anticipación del triunfo había destruido su autodisciplina. Lessa se detuvo delante del portal y reposó deliberadamente para recobrar el aliento. Luego dejó caer sus hombros y avanzó arrastrando los pies, convertida una vez más en la insignificante fregona.

El heraldo de muerte estaba sollozando, arrebujada a los pies de Fax.

Lessa apretó los dientes, notando que su odio hacia el soberano se hacía más intenso. Fax se alegraba de que Dama Gemma hubiera muerto, frustrando su semilla. Incluso ahora le estaba ordenando a la histérica mujer que fuera en busca de su última favorita, sin duda para nombrarla su primera dama.

—¡El niño vive! —gritó Lessa, con la voz distorsionada por la rabia y el odio—. ¡Es varón!

Fax se puso en pie de un salto, apartando de un puntapié a la mujer sollozante y mirando furiosamente a Lessa.

—¿Qué estás diciendo, mujer?

—El niño vive. Es varón —repitió Lessa, acercándose.

La incredulidad y el furor que se reflejaron en el rostro de Fax eran algo digno de verse. Los hombres del Gobernador sofocaron sus inadvertidos vítores.

—¡Ruatha tiene un nuevo Señor! —rugieron los dragoneros.

Lessa estaba tan obsesionada con su objetivo que no observó las reacciones de las personas que se encontraban en el Vestíbulo, ni oyó el rugido de los dragones en el exterior.

Fax entró en acción. Cruzó de un salto el espacio que le separaba de Lessa, aullando la falsedad de la noticia. Antes de que Lessa pudiera esquivarlo, el puño del soberano golpeó su rostro. El impacto la levantó del suelo y la hizo caer pesadamente sobre las piedras, donde permaneció inmóvil, un montón de sucios harapos.

—¡Quieto, Fax! —la voz de F'lar rompió el silencio en el instante en que el Señor de las Altas Extensiones levantaba su pierna para patear el cuerpo inconsciente.

Fax giró en redondo, cerrando maquinalmente su mano sobre la empuñadura de su cuchillo.

—Fue oído y atestiguado, Fax —le advirtió F'lar, con una mano agresivamente extendida—. Por dragoneros. ¡Cumple lo que juraste delante de testigos!

—¿Testigos? ¿Los dragoneros? —inquirió Fax con una risa desdeñosa—. Querrás decir las dragoneras —añadió, con los ojos cargados de desprecio.

La rapidez con la cual el cuchillo del caballero bronce apareció en su mano le pilló momentáneamente desprevenido.

—¿Dragoneras? —inquirió F'lar, con los labios entreabiertos mostrando sus dientes y la voz peligrosamente suave. La luz de las lámparas se reflejó sobre la hoja de su cuchillo mientras avanzaba hacia Fax.

—¡Mujeres! ¡Parásitos de Pern! ¡El poder del Weyr se ha agotado! Agotado para bien —rugió Fax, saltando hacia adelante al encuentro de su adversario.

Los dos rivales apenas se dieron cuenta de lo que ocurría detrás de ellos, de las mesas que eran apartadas bruscamente para dejar espacio a los duelistas. F'lar no pudo distraer su mirada para fijarla en la caída figura de la fregona, pero estaba seguro, a través y más allá del instinto, que ella era la fuente de poder. Lo había sentido cuando entró en el Vestíbulo. El rugido de los dragones lo había confirmado. Si aquella caída la había matado... Avanzó sobre Fax, dando un salto de costado para esquivar la centelleante hoja que Fax había proyectado hacia él con su poderoso brazo.

F'lar eludió el ataque fácilmente, dándose cuenta del alcance del brazo de su adversario y decidiendo que en este aspecto tenía una leve ventaja. Se dijo

severamente a sí mismo que la ventaja no era mucha. Fax tenía mucha más experiencia en los combates a muerte cuerpo a cuerpo que él, cuyos duelos siempre habían terminado con la primera sangre en el terreno de prácticas. F'lar tomó nota de que debía evitar todo contacto con el robusto Señor. La fuerza del peso estaba de parte de su rival. F'lar debía utilizar como arma la agilidad, no la fuerza bruta.

Fax hizo una finta, tanteando las debilidades o los fallos de F'lar. Los dos permanecían agachados, moviéndose a través de un espacio de seis pasos agitando las manos que empuñaban los cuchillos y con las manos libres extendidas y abiertas, al acecho de la ocasión de hacer presa.

Fax se lanzó de nuevo al ataque. F'lar le permitió acercarse, sólo lo suficiente para lanzarle un golpe de revés y retroceder rápidamente. Notó el desgarró de la tela bajo la punta de su cuchillo y oyó el gruñido de Fax. El soberano volvió a embestirle con más rapidez de la que permitía sospechar lo macizo de su cuerpo, y F'lar tuvo que retroceder de nuevo, sintiendo el arañazo del cuchillo de Fax a través de su recio justillo de piel de wher.

Los dos duelistas se movieron en círculo, buscando cada uno de ellos una abertura en la defensa del otro. Fax maniobró de modo que pudiera arrinconar a su adversario, más ligero y más rápido que él, entre una plataforma y la pared, para aprovechar así la ventaja de su peso y su masa superiores.

Pero F'lar contraatacó súbitamente, deslizándose por debajo del brazo extendido de Fax y proyectando oblicuamente su cuchillo a través del costado de su rival. El soberano se lanzó sobre él, aullando salvajemente, y F'lar quedó atrapado contra el costado del otro hombre, forcejeando desesperadamente con su mano izquierda para mantener en alto el brazo armado con el cuchillo. De pronto, F'lar proyectó su rodilla hacia arriba, golpeando a Fax en la ingle. Fax abrió la boca como si le faltara aire para respirar, gruñendo de dolor. El caballero bronce aprovechó la ocasión para ponerse en pie. Un súbito fuego en su hombro izquierdo le hizo saber que no había escapado incólume.

El rostro de Fax estaba rojo de furor sanguinario, y jadeaba de cansancio y de dolor. Pero F'lar no tuvo tiempo de aprovechar aquella momentánea ventaja, ya que el enfurecido Señor se repuso rápidamente y volvió a embestir. F'lar se vio obligado a saltar de costado antes de que Fax pudiera establecer contacto directo con él. F'lar situó la mesa de trincar entre los dos, dando vueltas en torno a ella, flexionando su hombro para comprobar la extensión de su herida. La cuchillada le dolía como si le hubieran marcado con un hierro candente. El movimiento resultaba doloroso, pero podía utilizar el brazo.

Súbitamente, Fax cogió un puñado de piltrafas grasientas de la bandeja de la carne y las lanzó contra F'lar. El dragonero se dejó caer al suelo, y Fax cerró la distancia alrededor de la mesa de un salto. El instinto impulsó a F'lar a dar varias vueltas sobre sí mismo mientras la centelleante hoja de Fax pasaba a pocos centímetros de su abdomen. Su propio cuchillo se hundió en la parte exterior del brazo de Fax. Los dos hombres se incorporaron simultáneamente para encararse de nuevo el uno con el otro, pero el brazo izquierdo de Fax colgaba inerte de su costado.

F'lar se lanzó hacia adelante, forzando su suerte mientras el Señor de las Altas Extensiones se tambaleaba. Pero F'lar había sido demasiado optimista al juzgar el estado en que se encontraba su rival, y recibió una terrible patada en el costado cuando trataba de esquivar el zigzagueante cuchillo. Retorciéndose de dolor, F'lar rodó frenéticamente sobre sí mismo, alejándose de su adversario que trataba de caer sobre

él para abrumarle con su peso y asestarle el golpe definitivo. Reuniendo todas sus fuerzas, F'lar logró incorporarse, aunque sin llegar a ponerse en pie. Su misma postura le salvó. Fax calculó que su rival se levantaría y falló el golpe, perdiendo así el equilibrio. F'lar sólo tuvo que extender su mano derecha para hundir su cuchillo en la espalda sin protección de Fax, hasta que notó que la punta se clavaba en el esternón.

El derrotado Señor cayó sobre las losas boca abajo, y la fuerza del golpe desalojó la daga de su esternón, de modo que unos tres centímetros de la hoja ensangrentada volvieron a surgir del orificio de entrada.

Un leve gemir taladró la niebla de dolor y alivio. F'lar alzó la mirada y vio, a través de unos ojos anegados en sudor, a las mujeres agrupadas en el umbral del Fuerte. Una de ellas sostenía en sus brazos un objeto envuelto en fajas. F'lar no pudo captar inmediatamente el significado de aquel cuadro, pero supo que era muy importante para aclarar sus ideas.

Miró al hombre muerto. Se dio cuenta de que no sentía ningún placer en haber matado al hombre, sólo alivio por el hecho de que él mismo seguía estando vivo. Se secó la frente con la manga y se obligó a erguirse, con su costado latiendo con el dolor de aquella última patada y su hombro izquierdo ardiendo. Avanzó tambaleándose hacia la fregona, que continuaba en el mismo lugar en el que había caído.

La giró cuidadosamente boca arriba, observando la terrible magulladura extendiéndose a través de su mejilla debajo de la sucia piel. Oyó que F'nor daba órdenes para dominar el tumulto en el Vestíbulo.

El dragonero posó una mano, temblorosa a pesar del esfuerzo por controlarse a sí mismo, sobre el pecho de la mujer en busca de un latido del corazón... Estaba allí, lento pero fuerte.

F'lar suspiró profundamente, ya que lo mismo el golpe que la caída podían haber resultado fatales. Fatales, quizá, para el propio Pern.

El alivio estaba teñido de disgusto. Bajo aquella capa de suciedad no había manera de saber qué edad podía tener aquella mujer. F'lar la levantó en brazos, sin que el ligero cuerpo representara una carga, ni siquiera después del cansancio del combate que acababa de librar. Sabiendo que F'nor resolvería eficazmente cualquier problema, F'lar transportó a la fregona a su propia cámara.

Depositó el cuerpo sobre el alto lecho, y luego atizó el fuego y añadió más teas al candelabro situado junto a la cama. Tragó saliva ante la idea de tocar la sucia mata de pelo, pero terminó por echarla hacia atrás suavemente, girando la cabeza de la fregona a uno y otro lado. Las facciones eran pequeñas y regulares. Un brazo, libre de harapos, estaba razonablemente limpio por encima del codo, aunque lleno de magulladuras y de antiguas cicatrices. La piel era firme y sin arrugas. Las manos, cuando las tomó entre las suyas, tenían una costra de suciedad, pero debajo de ella se adivinaban delicadas y perfectamente modeladas.

F'lar empezó a sonreír. Sí, ella había hurtado tan hábilmente aquella mano de su vista cuando acompañaba a Dama Gemma, que F'lar había dudado de la primera impresión que le había producido. Y sí, debajo del tizne y de la grasa, aquella mujer era joven. Suficientemente joven para el Weyr. Y sin bastardía. No era suficientemente joven, por fortuna, para haber sido engendrada por Fax. ¿Bastarda de alguno de los anteriores Señores? No, en ella no había una sola gota de sangre ordinaria. Era pura, fuera cual fuese su línea, y F'lar se inclinaba a creer que era realmente ruathana, y que, por algún medio desconocido había escapado a la matanza hacía diez Revoluciones, consagrando desde entonces todo su tiempo a la venganza. ¿Por qué otro motivo

podría haber obligado a Fax a renunciar al Fuerte?

Deleitado y fascinado por esta inesperada suerte, F'lar extendió la mano para arrancar el vestido del cuerpo inconsciente, y se encontró constreñido a no hacerlo. La muchacha había despertado. Sus grandes y hambrientos ojos se clavaron en los de F'lar, ni temerosos ni expectantes: sagaces.

Un cambio sutil se produjo en su rostro. F'lar observó, con una sonrisa cada vez más ancha, cómo la muchacha infundía a sus facciones regulares una ilusión de desagradable fealdad.

—¿Tratando de confundir a un dragonero, muchacha? —inquirió F'lar, sonriendo.

No hizo ningún otro movimiento para tocarla, sino que se apoyó contra el gran cabezal labrado de la cama, cruzó los brazos sobre su pecho, y luego los elevó súbitamente para aliviar su brazo dolorido.

—Tu nombre, muchacha, y rango.

Lessa se irguió lentamente, sin desfigurar sus facciones. Se deslizó deliberadamente hacia atrás para apoyarse en el otro cabezal, de modo que se enfrentaron el uno al otro a través de la longitud de, la alta cama.

—¿Fax?

—Muerto. ¡Tu nombre!

Una expresión de exultante triunfo inundó el rostro de Lessa. Se deslizó fuera del lecho, apareciendo inesperadamente alta.

—Entonces, reclamo lo que es mío. Soy de la Sangre ruathana. Reclamo Ruatha — anunció con voz resonante.

F'lar la miró fijamente unos instantes, deleitado por su porte orgulloso. Luego echó la cabeza hacia atrás y rió.

—¿Esto? ¿Este montón de harapos? —La disparidad entre la arrogancia de los modales de la muchacha y sus ropas resultaba realmente cómica—. Oh, no. Además, mi estimada dama, los dragoneros oímos y atestiguamos el juramento de Fax renunciando al Fuerte en favor de su heredero. ¿Tengo que desafiar al bebé, también, por ti? ¿Y estrangularle con sus propias fajas?

Los ojos de Lessa llamearon y sus labios se entreabrieron en una terrible sonrisa.

—No existe ningún heredero. Gemma murió, el niño no llegó a nacer. Mentí.

—¿Mentiste? —inquirió F'lar, furioso.

—Sí —Lessa irguió insolentemente su barbilla hacia él—. Mentí. No nació ningún niño. Sólo quería asegurarme de que retarías a Fax.

F'lar la agarró por la muñeca, rabioso al comprobar que había sido manipulado dos veces por aquella mujer.

—¿Has provocado a un dragonero para que luchara? ¿A muerte? ¿*Cuando estaba de Búsqueda*?

—¿Búsqueda? ¿Qué me importa a mí una Búsqueda? Ruatha vuelve a ser mi Fuerte. Durante diez Revoluciones he trabajado y esperado, planeado y sufrido para eso. ¿Qué podía significar tu Búsqueda para mí?

F'lar deseó golpear aquel rostro para borrar de él la insolente mueca de desdén. Retorció salvajemente el brazo de la muchacha, derribándola a sus pies antes de soltarla. Ella se rio de F'lar, rodó sobre sí misma, se puso en pie y corrió hacia la puerta antes de que el dragonero se diera cuenta de sus intenciones y saliera en su persecución.

Maldiciendo en voz baja, F'lar recorrió precipitadamente los pasillos de roca, sabiendo que la muchacha tendría que pasar por el Vestíbulo para salir del Fuerte. Sin

embargo, cuando llegó al Vestíbulo no vio ni rastro de ella entre las personas que permanecían allí.

—¿Ha pasado esa muchacha por aquí? —le gritó a F'lor, que por casualidad estaba de pie junto a la puerta que daba al Patio.

—No. ¿Es la fuente del poder, después de todo?

—Sí, lo es —respondió F'lor, desconcertado por la desaparición de la muchacha. ¿Adónde había ido?— ¡Y de la Sangre ruathana, además!

—¡Oh! Entonces, ¿se casará con el niño? —preguntó F'lor, señalando a la comadrona que ocupaba un asiento cerca del ahora llameante hogar.

F'lor se detuvo, a punto de volver a registrar los innumerables pasillos del Fuerte. Miró, momentáneamente confundido, a su caballero pardo.

—¿El niño? ¿Qué niño?

—El varón que llevaba Dama Gemma —respondió F'lor, sorprendido por la expresión desconcertada de F'lor.

—¿Vive?

—Sí. Es un niño muy fuerte, dice la mujer, a pesar de que era prematuro y de que tuvo que ser extraído del vientre de la muerta.

F'lor echó su cabeza hacia atrás y estalló en una ruidosa carcajada. A pesar de todas sus maniobras, la muchacha había sido derrotada por la Verdad.

En aquel momento oyó el inconfundible rugido de alegría de Mnementh, seguido del curioso gorjeo inquisitivo de los otros dragones.

—Mnementh la ha atrapado —gritó F'lor, sonriendo jubilosamente. Echó a correr, pasando por encima del cadáver del antiguo Señor de las Altas Extensiones, y salió al patio principal.

Vio que el dragón bronce había abandonado su puesto de vigilancia en la Torre, y lo llamó. Una agitación en el aire le impulsó a levantar la mirada. Vio que Mnementh planeaba en espiral encima del Patio, agarrando algo con sus patas delanteras. Mnementh informó a F'lor que había visto a la muchacha saliendo por una de las altas ventanas y se había limitado a cogerla en el repecho, sabiendo que el dragonero la buscaba. El dragón bronce se posó torpemente sobre sus patas traseras, moviendo sus alas para mantenerse en equilibrio. Entonces depositó cuidadosamente a la muchacha en el suelo y formó cuidadosamente una jaula alrededor de ella con sus enormes garras. Lessa permaneció inmóvil dentro de aquel círculo, con el rostro vuelto hacia la cabeza cuneiforme que oscilaba encima de ella.

El wher guardián, chillando de terror, de rabia y de odio, tiraba violentamente del extremo de su cadena, tratando de acudir en ayuda de Lessa. Quiso atacar a F'lor mientras el dragonero avanzaba hacia ella.

—Has tenido el valor suficiente para volar con el dragón, muchacha —admitió, apoyando casualmente una mano sobre la garra superior de Mnementh. El dragón se sintió enormemente satisfecho de sí mismo e inclinó su cabeza para que se la rasaran.

—No mentiste, ¿sabes? —añadió F'lor, incapaz de resistir a la tentación de humillar a la muchacha.

Lessa se giró lentamente hacia él, con el rostro impasible. No temía a los dragones, pensó F'lor con aprobación.

—El niño vive. Y es varón.

Lessa no pudo controlar su desaliento, y sus hombros se hundieron momentáneamente, antes de que lograra erguirlos de nuevo.

—Ruatha es mío —insistió con voz tensa y baja.

—Lo habría sido si te hubieras dirigido directamente a mí cuando el escuadrón llegó aquí. Lessa abrió mucho los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Un dragonero puede luchar en nombre de cualquiera que haya sido víctima de una injusticia notoria. Cuando llegamos al Fuerte de Ruatha, mi Dama, yo estaba dispuesto a retar a Fax si se presentaba una causa razonable, a pesar de la Búsqueda.

—Esto no era absolutamente cierto, pero F'lar tenía que enseñarle a esta muchacha que tratar de controlar a los dragoneros era una locura—. Si hubieras prestado atención a los cantos de vuestro arpista, conocerías tus derechos. Y... —la voz de F'lar adquirió un tono vengativo que le sorprendió a él mismo— es posible que Dama Gemma no hubiese muerto. Ella, alma valerosa, sufrió mucho más que tú a manos de aquel tirano.

Algo en la expresión de la muchacha le dijo que ella lamentaba la muerte de Dama Gemma, que la había afectado profundamente.

—¿Qué valor tiene ahora Ruatha para ti? —preguntó, haciendo un amplio gesto con el brazo, como queriendo abarcar el ruinoso Fuerte y todo el improductivo valle de Ruatha—. Has alcanzado tus objetivos: una conquista infructuosa y la muerte de su conquistador.

F'lar hizo una pausa.

—Con el tiempo, todos esos Fuertes volverán a manos de su legítima Sangre. Un Fuerte y un Señor. Cualquier otra cosa va contra la tradición. Desde luego, es posible que tengas que luchar contra otros que desobedezcan ese precepto: que se hayan contagiado de la codiciosa locura de Fax. ¿Podrían conservar Ruatha contra un ataque... ahora, en su actual estado?

—¡Ruatha es mío!

—¿Ruatha? —inquirió F'lar, con una sonrisa desdeñosa—. ¿Cuándo podrías ser Dama del Weyr?

—¿Dama del Weyr? —repitió Lessa, mirando a F'lar con ojos asombrados.

—Sí, criatura. Te dije que mi viaje era de Búsqueda... ya es hora de que pienses en algo más que en Ruatha. Y el objeto de mi Búsqueda eres tú.

Lessa miró fijamente el dedo que apuntaba hacia ella, como si fuera peligroso.

—Por el Primer Huevo, muchacha, hay en ti poder para manejar a un dragonero a tu antojo. Desde luego, no podrías repetirlo, porque ahora estoy en guardia contra ti.

Mnementh canturreó su aprobación, con un suave rumor en su garganta. Arqueó el cuello de modo que uno de sus ojos quedó enfocado directamente hacia la muchacha, brillando en la oscuridad del patio.

F'lar observó con satisfacción que la muchacha ni siquiera parpadeó ante la proximidad de un ojo mayor que su propia cabeza.

—Le gusta que le rasquen los párpados —dijo F'lar en tono amistoso, cambiando de táctica.

—Lo sé —dijo Lessa en voz baja, y extendió una mano para prestar aquel servicio.

—Nemorth ha puesto un huevo dorado —continuó F'lar en tono persuasivo—. Está a punto de morir. Esta vez necesitamos una Dama del Weyr fuerte.

—¿La Estrella Roja? —inquirió la muchacha, volviendo hacia F'lar unos ojos asustados, lo cual sorprendió al dragonero, ya que ella no había manifestado hasta entonces ningún temor.

—¿La has visto? ¿Comprendes lo que significa? Vio que ella tragaba saliva nerviosamente.

—Hay peligro... —susurró Lessa, mirando aprensivamente hacia el este.

F'lar no preguntó en virtud de qué milagro conocía ella la inminencia del peligro. Tenía la intención de llevársela al Weyr, incluso por la fuerza si era necesario. Pero algo en su interior le hacía desear que la muchacha aceptara el reto voluntariamente. Una Dama del Weyr rebelde sería más peligrosa aún que una estúpida. Esta muchacha tenía demasiado poder, y estaba demasiado acostumbrada a la manipulación y a la estrategia. Sería un desastre provocar su antagonismo con un trato poco juicioso.

—Hay peligro para todo Pern. No sólo para Ruatha... —dijo F'lar, dejando que se deslizara en su voz un acento de súplica—. Y *tú* eres necesaria. No en Ruatha —un gesto de su mano descartó esta última consideración como algo insignificante comparado con el cuadro entero—. Estamos condenados sin una Dama del Weyr fuerte. Sin ti.

—Gemma dijo que todos los caballeros bronce eran necesarios —murmuró Lessa.

¿Qué quería dar a entender con aquella afirmación? F'lar frunció el ceño. ¿Había oído una palabra de lo que él había dicho? Insistió en sus argumentos, seguro únicamente de que había pulsado ya una cuerda sensible.

—Has ganado aquí. Deja que el niño... el hijo de Gemma... se críe en Ruatha. Como Dama del Weyr tendrás autoridad sobre todos los Fuertes, y no únicamente sobre la arruinada Ruatha. Has culminado tu plan con la muerte de Fax. Renuncia a la venganza.

Lessa miró a F'lar con ojos interrogantes, absorbiendo sus palabras.

—Nunca pensé más allá de la muerte de Fax —admitió lentamente—. Nunca pensé en lo que sucedería después.

Su confusión era casi infantil e impresionó profundamente a F'lar. No había tenido tiempo ni deseos de pensar en lo prodigioso de lo que la muchacha había llevado a cabo. Ahora se daba cuenta hasta cierto punto de lo indomable de su carácter. Ella no podía haber tenido más de diez Revoluciones de edad cuando Fax había asesinado a su familia. Pero, siendo tan joven, se había fijado un objetivo y había logrado sobrevivir a la brutalidad y a la detección el tiempo suficiente como para asegurar la muerte del usurpador. ¡Sería una espléndida Dama del Weyr! En la tradición de aquellas de Sangre ruathana. La luz de la luna más pálida la hacía aparecer joven, vulnerable y casi bonita.

—Puedes ser Dama del Weyr —repitió F'lar, con amable insistencia.

—Dama del Weyr —suspiró Lessa, incrédula, y tendió la mirada alrededor del patio interior bañado por la suave luz de la luna.

A F'lar le pareció que agitaba negativamente la cabeza.

—¿Prefieres los harapos? —inquirió, haciendo que su voz sonara ruda y burlona—. ¿Y los cabellos enmarañados, los pies sucios y las manos agrietadas? ¿Dormir en la paja, comer desperdicios? Eres joven... es decir, supongo que eres joven. —Su voz era francamente escéptica. Lessa le miró fríamente, con los labios fuertemente apretados—. ¿Es eso todo lo que ambicionas? ¿Ser dueña de este pequeño rincón del gran mundo es lo *único* que deseas? —F'lar hizo una pausa y luego añadió, con profundo desdén—: Veo que la Sangre de Ruatha se ha aguado. ¡Tienes miedo!

—Soy Lessa, hija del Señor Ruatha —replicó ella, herida por el insulto a la Sangre. Se irguió, con los ojos llameantes y la barbilla levantada—. ¡Yo no tengo miedo a nada!

F'lar se limitó a esbozar una leve sonrisa.

Mnementh, en cambio, irguió su cabeza y extendió su sinuoso cuello en toda su longitud. Su rugido resonó en todo el valle. El dragón bronce comunicaba a F'lar su

certeza de que Lessa había aceptado el reto. Los otros dragones respondieron desde diversos puntos, de un modo menos estridente que Mnementh. El wher guardián, tendido al extremo de su cadena, alzó su voz en un leve y enervante chillido hasta que el Fuerte se vació de sus desconcertados ocupantes.

—F'nor —llamó el caballero bronce, haciendo señas a su hermanastro para que se acercara—. Deja a la mitad del escuadrón de guardia en el Fuerte. A algún Señor cercano podría ocurrírsele imitar el ejemplo de Fax. Envía un jinete a las Altas Extensiones con la buena noticia. Tú irás directamente a la Pañería y hablarás con L'to... Lytol —F'lar sonrió—. Creo que será un Gobernador y Regente ejemplar para este Fuerte, en nombre del Weyr y del Señor niño.

El rostro del caballero pardo expresó entusiasmo por su misión a medida que comprendía las intenciones de su jefe. Con Fax muerto y Ruatha bajo la protección de los dragoneros, particularmente del que había eliminado a Fax, el Fuerte estaría a salvo y prosperaría bajo un gobierno sensato.

—¿Provocaba ella la ruina de Ruatha? —le preguntó a su jefe.

—Y casi la nuestra con sus maquinaciones —respondió F'lar; pero, habiendo encontrado el admirable objeto de su Búsqueda, podía ser magnánimo—. Reprime tu exaltación, hermano —aconsejó rápidamente, mientras tomaba nota de la expresión de F'nor—. La nueva reina debe ser también Impresionada.

—Yo arreglaré las cosas aquí. Lytol es una elección excelente —dijo F'nor, aunque sabía que F'lar no necesitaba la aprobación de nadie.

—¿Quién es este Lytol? —inquirió Lessa bruscamente. Había apartado de su rostro la masa de pringosos cabellos, echándola hacia atrás. A la luz de la luna, la suciedad era menos perceptible. F'lar sorprendió a F'nor mirándola con una expresión que no resultaba difícil leer. Le hizo un gesto perentorio para que cumpliera sus órdenes sin demora.

—Lytol es un dragonero sin dragón —le dijo F'lar a la muchacha—, enemigo de Fax. Gobernará bien el Fuerte y lo hará prosperar. —Y, mirándola con aire sonriente, añadió en tono persuasivo—: ¿Te parece bien?

Lessa le miró con expresión sombría, sin contestar, hasta que F'lar soltó una risita, desconcertándola.

—Regresaremos al Weyr —anunció F'lar, extendiendo una mano para guiar a la muchacha hasta el costado de Mnementh.

El dragón bronceo había tendido su cabeza hacia el wher guardián, que ahora yacía jadeante sobre el suelo, con su cadena caída en el polvo.

—¡Oh! —suspiró Lessa, y se dejó caer al lado del grotesco animal, que alzó lentamente la cabeza, gimiendo lastimeramente.

—Mnementh dice que es muy viejo y que no tardará en sumirse en el sueño de la muerte.

Lessa acunó la repulsiva cabeza entre sus brazos, acariciando los párpados, rascando detrás de las orejas.

—Vamos, Lessa de Pern —dijo F'lar, impaciente por emprender la marcha.

Lessa se levantó lenta pero obedientemente.

—Me salvó la vida. Me conoce.

—Y él sabe que tú lo sabes —le aseguró F'lar bruscamente, maravillándose de aquella manifestación de sentimiento, tan poco característica de la muchacha. Tomando de nuevo su mano, la ayudó a ponerse en pie y la condujo de nuevo hacia Mnementh.

En una fracción de segundo recibió un golpe que le envió rodando a través de las losas del patio, dejándole sin fuerzas para ponerse en pie y encararse con su agresor. Tendido de espaldas, quedó asombrado al ver que el wher guardián proyectaba su escamoso cuerpo hacia adelante... con la intención de aterrizar encima de él.

Simultáneamente oyó la exclamación de sorpresa de Lessa y el rugido de Mnementh. La gran cabeza del dragón bronce estaba oscilando para golpear al wher guardián y apartarlo del dragonero. Pero cuando el cuerpo del wher guardián estaba plenamente extendido en su salto, Lessa gritó:

—¡No mates! ¡No mates!

El wher guardián, con su rugido convertido en un angustiado grito de alarma, ejecutó una increíble maniobra en pleno aire, desviándose de su trayectoria. F'lar oyó el sordo crujido cuando lo forzado de su aterrizaje rompió el cuello del encadenado animal.

Antes de que F'lar pudiera ponerse en pie, Lessa estaba meciendo la espantosa cabeza entre sus brazos, con el rostro desolado.

Mnementh inclinó su cabeza para rozar suavemente el cuerpo del moribundo wher guardián. Informó a F'lar que el animal había sospechado que Lessa se marchaba de Ruatha, algo que una de su Sangre no debía hacer. En su confusión senil, sólo podía suponer que Lessa estaba en peligro. Cuando oyó la frenética orden de Lessa, había rectificado su error a costa de su vida.

—Sólo se proponía defenderme —murmuró Lessa, con voz quebrada. Se aclaró la garganta—. Era el único ser en que podía confiar. Mi único amigo.

F'lar palmeó cariñosamente el hombro de la muchacha, abrumado al pensar que alguien podía verse reducido a tener a un wher guardián como único amigo. Parpadeó, porque la caída había vuelto a abrir la herida de su hombro y le dolía.

—Un amigo fiel, ciertamente —dijo, esperando pacientemente hasta que la luz en los ojos verde-dorados del wher guardián se apagó.

Todos los dragones emitieron la impresionante nota, apenas audible pero que erizaba los cabellos, que significaba la muerte de uno de los de su especie.

—No era más que un wher guardián —murmuró Lessa, asombrada por aquel tributo, con los ojos muy abiertos.

—Los dragones confieren honores cuando *ellos* quieren —observó F'lar secamente, rechazando la responsabilidad.

Lessa permaneció unos instantes contemplando la repulsiva cabeza. Inclinandose, deshizo con rápidos dedos la pesada hebilla que sujetaba el collar de metal alrededor del cuello. Arrojó el collar lejos, con inusitada violencia.

Luego se incorporó y echó a andar con paso decidido hacia Mnementh, sin mirar ni una sola vez atrás. Subió tranquilamente a la levantada pata de Mnementh y se sentó, tal como F'lar la había instruido, sobre el gran cuello.

F'lar revisó al resto de su escuadrón, que se había reunido alrededor del Patio. La gente del Fuerte se había retirado a la seguridad del gran Vestíbulo. Cuando sus dragoneros estuvieron a punto, F'lar se encaramó al cuello de Mnementh, delante de la muchacha.

—Agárrate fuertemente a mis brazos —le ordenó, mientras él se aferraba al espolón más pequeño del cuello y daba la voz de mando final.

Los dedos de Lessa se cerraron espasmódicamente alrededor del antebrazo de F'lar cuando el gran dragón bronce despegó, agitando las alas para alcanzar altura en su vuelo vertical. Mnementh prefería caer en vuelo desde un acantilado o una torre. Los

dragones tendían a la indolencia. F'lar echó una ojeada detrás de él, y vio a los otros dragoneros en correcta formación, extendida para cubrir los huecos de los que habían quedado de guardia en Ruatha.

Cuando alcanzaron una altura suficiente, F'lar le ordenó a Mnementh la transferencia, a través del *inter*, hasta el Weyr.

Lessa disimuló perfectamente su asombro mientras colgaban en el *inter*. Acostumbrado como estaba a la punzada del frío intensísimo, a la espantosa falta absoluta de luz y sonido, F'lar no encontraba enervantes las sensaciones. Pero la insólita transferencia no requería más tiempo que el que se tarda en toser tres veces.

Mnementh murmuró su aprobación a la tranquila reacción de esta candidata mientras surgían del fantástico *inter*. Ella no había tenido miedo ni gritado de pánico como otras mujeres. F'lar había notado los latidos del corazón de Lessa en su brazo apretado contra las costillas de la muchacha, pero eso fue todo.

Y de repente se encontraron encima del Weyr, con Mnementh tensando sus alas para deslizarse en la brillante luz del día, a medio mundo de distancia de Ruatha, donde entonces era de noche.

Las manos de Lessa se aferraron con más fuerza a los brazos de F'lar, esta vez con sorpresa, mientras volaban en círculo encima del gran pilón del Weyr. F'lar observó de reojo el rostro de Lessa, complacido por el deleite que se reflejaba en él; la muchacha no parecía asustada por el hecho de encontrarse a semejante altura sobre la alta cordillera Benden. Luego, mientras los siete dragones rugían su grito de arribada, una sonrisa de incredulidad iluminó su rostro.

Los otros dragoneros se dejaron caer en una amplia espiral, hacia abajo, hacia abajo, en tanto que Mnementh prefería descender en perezosos círculos. Y cada uno de ellos se posaba en el lugar que le correspondía en la hilera de cuevas del Weyr. Mnementh completó finalmente su descenso a sus cuarteles silbando estridentemente para sí mismo mientras frenaba su velocidad con una torsión de sus alas, posándose suavemente en el saledizo de roca. A continuación se agachó para que F'lar se apeara y ayudara a descender a la muchacha.

—Este camino conduce únicamente a nuestros alojamientos —le dijo F'lar a la muchacha al penetrar en el pasillo abovedado y suficientemente ancho para permitir el paso a los grandes dragones bronce.

Cuando llegaron a la enorme cueva natural que había pertenecido a Mnementh desde que alcanzó la madurez, F'lar miró a su alrededor con ojos ávidos después de su primera ausencia prolongada del Weyr. La inmensa cámara era indiscutiblemente más amplia que la mayoría de los Vestíbulos que había visitado en compañía de Fax. Aquellos Vestíbulos habían sido proyectados como lugares de reunión para hombres, no como moradas de dragones. Pero súbitamente se dio cuenta de que sus propios alojamientos se hallaban casi en tan malas condiciones como todo Ruatha. Desde luego, Benden era uno de los Weyrs más antiguos, así como Ruatha era uno de los Fuertes más antiguos, pero eso no disculpaba nada. ¡Cuántos dragones se habían albergado en aquel hueco hasta hacer que la sólida roca se adaptara a las proporciones de un dragón! ¡Cuántos pies habían desgastado el sendero que conducía más allá del Weyr del dragón, hasta el dormitorio y hasta el cuarto de baño donde el manantial de agua caliente proporcionaba el líquido elemento perpetuamente renovado! Pero los tapices que colgaban de las paredes tenían un aspecto lamentable, y había manchas de grasa en el dintel y en el suelo que podían haber sido limpiadas fácilmente.

Notó la expresión de alarma en el rostro de Lessa cuando se detuvo en el

dormitorio.

—Tengo que dar de comer a Mnementh inmediatamente. Entretanto, puedes bañarte —dijo, rebuscando en un baúl y sacando ropas limpias para ella, dejadas allí por anteriores ocupantes, pero mucho más presentables que las que ahora llevaba la muchacha. Volvió a introducir cuidadosamente en el baúl el vestido de lana blanco que era el atuendo tradicional para la Impresión. Lessa lo llevaría más tarde. F'lar tiró varias prendas a los pies de la muchacha, así como una bolsa de arena fina, señalando hacia la cortina que oscurecía el camino hacia el baño.

A continuación se marchó, sin que Lessa hubiera hecho el menor esfuerzo para tomar ninguna de las prendas amontonadas a sus pies.

Mnementh le informó que F'nor estaba alimentando a Canth y que él, Mnementh, también tenía hambre. *Ella* no confiaba en F'lar, pero no le tenía miedo a él, Mnementh.

—¿Por qué habría de tenerte miedo? —preguntó F'lar—. Tú eres primo del wher guardián que era su único amigo.

Mnementh informó a F'lar que él, un dragón bronce completamente desarrollado, no tenía ningún parentesco con un canijo y encadenado wher guardián.

—Entonces, ¿por qué le otorgasteis los honores de dragón?

Mnementh le explicó, visiblemente molesto, que se habían limitado a rendir pleitesía a una personalidad leal y capaz del más sublime de los sacrificios: el de la propia vida. Ni siquiera un dragón azul podría negar el hecho de que aquel wher guardián ruathano no había divulgado la información que se había comprometido a no revelar, a pesar de que él mismo, Mnementh, le había presionado rudamente para que lo hiciera. Y con su hazaña física al atacar a F'lar y desviar su trayectoria en el último segundo, se había elevado a sí mismo a la altura de un dragón. Y, desde luego, los dragones le habían rendido tributo.

F'lar, complacido al ver que había sido capaz de irritar al dragón bronce, rió para sus adentros, mientras Mnementh alzaba el vuelo con gran dignidad hacia el comedero.

F'lar saltó cuando Mnementh pasó cerca de F'nor. El impacto con el suelo le recordó que se había propuesto pedirle a la muchacha que le vendara el hombro. Contempló cómo el dragón bronce atrapaba al más cercano de los machos del rebaño.

—La Incubación tendrá lugar en cualquier momento —le dijo F'nor a su hermanastro, sonriéndole mientras se sentaba en cuclillas. Sus ojos brillaban de excitación.

F'lar asintió pensativamente.

—Habrà mucho donde escoger para los machos —admitió, sabiendo que F'nor se reservaba las mejores noticias con el propósito de fastidiarle.

Ambos contemplaron cómo el Canth de F'nor separaba un antílope hembra. El dragón pardo agarró al forcejeante animal con una de sus garras y remontó el vuelo, instalándose en un saledizo desocupado para comer.

Mnementh dio cuenta de su primera presa y se deslizó de nuevo sobre el rebaño hacia los ánades que estaban más allá. Escogió uno de los más robustos y lo levantó entre sus garras. F'lar observó su ascensión, experimentando como siempre una sensación de orgullo ante el poderoso impulso, sin esfuerzo aparente, de las grandes alas, el reflejo del sol sobre la piel bronceada, el destello de las garras plateadas, extendidas para tomar tierra. Nunca se cansaba de contemplar a Mnementh en vuelo ni de admirar su gracia y su fuerza inconscientes.

—Lytol quedó abrumado por el nombramiento —dijo F'nor—, y te envía sus

mejores respetos. Actuará bien en Ruatha.

—Por eso fue elegido —gruñó F'lar, aunque en su fuero interno se sentía halagado por la reacción de Lytol. Una Regencia no compensaba la pérdida de un dragón, pero era una honrosa responsabilidad.

—Hubo mucho júbilo en las Altas Extensiones —continuó F'nor, con una ancha sonrisa—, y sincero pesar por la muerte de Dama Gemma. Será interesante ver cuál de los contendientes asume el título.

—¿En Ruatha? —inquirió F'lar, enarcando las cejas.

—No. En las Altas Extensiones y en los otros Fuertes que Fax conquistó. Lytol inducirá a su propio pueblo a defender Ruatha y hará que cualquier agresor en potencia se lo piense dos veces antes de atacar aquel Fuerte. Conoce a muchos en las Altas Extensiones que preferirían hacer un cambio de Fuerte, a pesar incluso de que Fax no domine ya las Altas Extensiones. Lytol se propone actuar con rapidez a fin de que nuestros hombres puedan regresar lo antes posible.

F'lar hizo un gesto de aprobación, volviéndose a saludar a otros dos miembros de su escuadrón, caballeros azules, que habían llegado con sus animales al comedero. Mnementh volvió en busca de otra presa.

—Come muy aprisa —comentó F'nor—. Canth todavía está engullendo.

—Los pardos son lentos en alcanzar su pleno desarrollo —dijo irónicamente F'lar, contemplando con satisfacción cómo los ojos de F'nor llameaban de rabia. Eso le enseñaría a retener noticias.

—R'gul y S'lel han regresado —anunció finalmente el caballero pardo.

Los dos azules habían alborotado al rebaño, haciendo que corriera de un lado a otro chillando de miedo.

—Los otros han sido llamados —continuó F'nor—. Ya sabes que a Nemorth no le gusta perder tiempo. —Entonces no pudo seguir conteniéndose—. S'lel ha traído dos. R'gul tiene cinco. Muy listas, dicen, y hermosas.

F'lar no dijo nada. Había esperado que aquellos dos traerían múltiples candidatas. Podían traer centenares, si les apetecía. El, F'lar, el caballero bronce, había elegido a la ganadora.

Exasperado al ver que sus noticias eran acogidas en silencio, F'nor se puso en pie.

—Tendríamos que ir en busca de aquella de Crom, y de la hermosa...

—¿Hermosa? —le interrumpió F'lar, en tono desdenoso—. ¿Hermosa? Jora era hermosa —escupió cínicamente.

—K'net y T'bor traerán competidoras del oeste —añadió F'nor, preocupado.

El poderoso rugido de dragones regresando a casa desgarró el aire. Los dos hombres alzaron sus cabezas hacia el cielo y vieron las dobles espirales de los dos escuadrones de retorno, veinte dragones en total.

Mnementh irguió la cabeza, canturreando. F'lar le llamó, complacido de que el bronce no se mostrara enojado por la llamada, a pesar de que había comido muy poco. F'lar, saludando a su hermanastro amablemente, se encaramó a la pata extendida de Mnementh y fue transportado a su propio saledizo.

Mnementh hipaba con aire ausente mientras su jinete y él recorrían el corto pasillo hasta la abovedada cámara interior. El dragón se dirigió directamente a su ahuecado lecho y se instaló en la piedra curvada. Cuando Mnementh se hubo desperezado y tendido cómodamente, F'lar se acercó a él. Mnementh miró a su amigo con el ojo más próximo, brillando en sus múltiples facetas y cerrándose gradualmente a medida que F'lar rascaba los párpados.

Cualquiera que no estuviera familiarizado con aquel espectáculo podría encontrarlo enervante. Pero desde el momento, veinte Revoluciones antes, en que el gran Mnementh había roto su cascarón y se había tambaleado a través de la Sala de Incubación para detenerse, sobre unas débiles patas, delante del muchacho F'lar, el dragonero había atesorado aquellos instantes de tranquilidad como los más felices de un largo día. Un hombre no podía recibir mayor tributo que la confianza y la compañía de los alados animales de Pern. Ya que la lealtad que los dragones entregaban al ser humano de su elección era inquebrantable y absoluta desde el momento de la Impresión.

La satisfacción íntima de Mnementh era tan grande que el gran ojo se cerró rápidamente. El dragón se durmió, con sólo la punta de su cola erguida, una señal segura de que estaría inmediatamente alerta en caso necesario.

*Por el Huevo Dorado de Faranth,
Por la Dama del Weyr, discreta y sincera,
Engendrad un escuadrón de alas bronceadas y pardas,
Engendrad un escuadrón de verde y azul.
Engendrad jinetes, fuertes y audaces,
Enamorados de los dragones.
Escuadrones de centenares remontándose hacia el cielo,
Hombre y dragón plenamente hermanados.*

Lessa esperó hasta que el sonido de los pasos del dragonero demostró que realmente se había marchado. Se precipitó rápidamente a través de la gran caverna, oyó el restregar de garras y el batir de las poderosas alas. Recorrió el corto pasillo hasta el mismo borde de la bostezante entrada. Allí estaba el dragón bronce volando en círculos hacia el extremo más ancho del óvalo de kilómetro y medio de longitud que era el Weyr de Benden. Lessa había oído hablar de los Weyrs, como cualquier pernés, pero encontrarse en uno de ellos era algo completamente distinto.

Miró hacia arriba, en torno a ella, hacia abajo de aquella fachada rocosa. No había manera de salir de allí salvo a lomos de un dragón. Las bocas de las cuevas más próximas se hallaban a una distancia inalcanzable encima de ella, a un lado, debajo de ella, en el otro. De modo que estaba completamente aislada aquí.

Dama del Weyr, le había dicho F'lar. ¿Su Dama? ¿En su weyr? ¿Era eso lo que había querido decir? No, esa no era la impresión que Lessa había obtenido del dragón. Se le ocurrió súbitamente que era muy raro que ella hubiese entendido al dragón. ¿Podía hacerlo la gente vulgar? ¿O se debía a la Sangre de dragonero que había en su linaje? En cualquier caso, Mnementh había sugerido algo más importante, algún rango especial. Debían referirse, por tanto, a ser Dama del Weyr para el dragón reina virgen. Pero, ¿cómo lo conseguirían? Lessa recordaba vagamente que cuando los dragoneros salían de Búsqueda, trataban de localizar unas mujeres determinadas. Ah, mujeres determinadas. Ella era una más, pues, de varias competidoras. Sin embargo, el caballero bronce le había ofrecido el puesto como si únicamente ella estuviera calificada para ocuparlo. Aquel dragonero tenía su propia parte generosa de disimulo, decidió Lessa. Era arrogante, aunque no el fanfarrón que había sido Fax.

Pudo ver al dragón bronce lanzarse en picado sobre el rebaño, agarrar a uno de los animales y remontarse de nuevo hasta un saledizo lejano para comer. Instintivamente se apartó de la abertura, retrocediendo a la penumbra y a la seguridad relativa del pasillo.

El dragón alimentándose evocaba el recuerdo de horribles leyendas. Leyendas que la habían hecho sonreír, aunque ahora... ¿Era cierto, pues, que los dragones comían carne humana? ¿Que...? Lessa descartó aquellos pensamientos. La raza de los

dragones no era menos cruel que la raza humana. Y el dragón, al menos, actuaba por una necesidad bestial y no por una codicia bestial.

Segura de que el dragonero estaría ocupado en otra parte, Lessa cruzó la gran caverna hasta el dormitorio. Allí recogió las ropas y la bolsa de arena limpiadora y entró en la sala de baño. Era pequeña, pero suficientemente espaciosa para su cometido. Un ancho anaquel formaba un labio parcial del círculo irregular de la piscina. Había un banco y varios estantes para las ropas secas. Lessa vio que la parte más próxima de la piscina tenía muy poca profundidad, de modo que un bañista podía permanecer allí cómodamente. Luego iba descendiendo gradualmente hasta alcanzar su mayor profundidad en la pared de roca que era uno de sus límites.

¡Bañarse! Quedar completamente limpia y poder continuar estándolo. Con una sensación de desagrado no menos intensa que la del dragonero al tocarlos, se despojó de los restos de sus harapos, apartándolos a un lado de un puntapié, no sabiendo dónde tirarlos. Luego cogió un generoso puñado de arena limpiadora e, inclinándose hacia la piscina, la humedeció.

Haciendo una pasta con aquella especie de jabón, se frotó las manos y la cara. Humedeciendo más arena, atacó sus brazos y piernas, y luego su cuerpo y sus pies. Frotó con fuerza hasta hacer brotar sangre de cortes semicicatrizados. Luego se introdujo, o mejor dicho saltó a la piscina, mordiéndose los labios para no gritar cuando el agua caliente hacía que la pasta de arena espumeara en sus arañazos. Se sumergió bajo la superficie, sacudiendo la cabeza para asegurarse de que sus cabellos quedaban completamente mojados. Después los frotó con arena, aclarándolos y volviendo a frotarlos hasta que pensó que sus cabellos podían estar limpios. Habían acumulado la suciedad de muchos años. Largas hebras enmarañadas flotaban hacia el extremo más lejano de la piscina, donde desaparecían. Lessa notó con satisfacción que el agua circulaba continuamente, de modo que la turbia y sucia era reemplazada por agua limpia. Volvió de nuevo la atención a su cuerpo, frotando la suciedad rebelde hasta que la piel le escoció. Aquello era algo más que un baño rutinario y superficial. Lessa experimentó un placer muy próximo al éxtasis por el lujo de la limpieza.

Finalmente, convencida de que había eliminado de su cuerpo toda la suciedad posible en una larga sesión, frotó sus cabellos por tercera vez. Salió de la piscina casi a regañadientes, retorciendo sus cabellos y enrollándolos sobre su cabeza mientras se secaba. Rebuscó entre las ropas y apoyó una prenda contra su cuerpo, para ver cómo le sentaba. La tela, de color verde pálido, tenía un tacto suave bajo sus dedos arrugados por el agua, aunque la pelusilla se enganchaba en sus agrietadas manos. La pasó a través de su cabeza. Le quedaba ancha, pero la sobretúnica de color verde más oscuro tenía un ceñidor que Lessa apretó fuertemente en su cintura. La anormal sensación de suavidad contra su piel desnuda hizo que Lessa se estremeciera de voluptuoso placer. La falda, cayendo en airosos pliegues alrededor de sus tobillos, provocó en ella una sonrisa de femenino deleite. Tomó un paño de secar limpio y empezó a trabajar en sus cabellos.

Un sonido apagado llegó a sus oídos y se interrumpió, con las manos suspendidas en el aire y la cabeza inclinada a un lado. Tensando el oído, escuchó. Sí. Había alguien fuera. El dragonero y su animal habían regresado, seguramente. Lessa hizo una mueca de fastidio ante aquella inoportuna interrupción y frotó con más fuerza sus cabellos. Deslizó sus dedos a través de los embrollos semisecos, sin lograr desenredarlos. Exasperada, rebuscó en los estantes hasta que encontró, tal como había esperado, un peine de metal de recias púas. Atacó sus cabellos con él y, a través de muchos

gruñidos y gemidos, logró desenredar lo que había tardado años en enmarañarse.

Secos ahora, sus cabellos tenían súbitamente una vida propia, crujiendo en torno a sus manos y pegándose a la cara, al peine y al vestido. Resultaba difícil controlar la sedosa mata. Y sus cabellos eran más largos de lo que había creído, ya que, limpios y desenredados, caían hasta su cintura... cuando no se pegaban a sus manos.

Hizo una pausa, escuchando, y no oyó ningún sonido. Aprensivamente, apartó la cortina y echó una ojeada al dormitorio. Estaba vacío. Escuchó y captó los pensamientos perceptibles del soñoliento dragón. Bueno, prefería encontrar al hombre en presencia de un dragón soñoliento que en un dormitorio. Echó a andar y, por el rabillo del ojo, vio a una mujer desconocida cuando pasaba por delante de un trozo de metal bruñido colgado de la pared.

Sorprendida, se paró en seco, mirando con aire de incredulidad el rostro que reflejaba el metal. Sólo cuando se llevó las manos a sus salientes pómulos en un gesto de involuntario asombro y el reflejo imitó el gesto, se dio cuenta de que se estaba viendo a sí misma.

¡Vaya, la muchacha reflejada allí era más hermosa que Dama Tela, que la hija del pañero! Pero muy delgada. Las manos de Lessa, con un impulso propio, rozaron su cuello, las salientes clavículas, los senos, que no reflejaban del todo la delgadez del resto de su cuerpo. El vestido era demasiado ancho para su talla, observó Lessa con una inesperada emergencia de vanidad nacida en aquel instante de deleitada valoración. Y sus cabellos... rodeaban su cabeza como una aureola. Los alisó con dedos impacientes, llevando automáticamente rizos hacia adelante para que colgaran alrededor de su rostro. Mientras los empujaba nerviosamente hacia atrás, descartada la necesidad de un disfraz, los cabellos volvían a erguirse.

Un leve sonido, el roce de una bota contra la piedra, la interrumpió en su tarea. Esperó, temiendo ver aparecer al dragonero de un momento a otro. Súbitamente la había invadido una gran timidez. Con su rostro desnudo para el mundo, sus cabellos detrás de sus orejas, su cuerpo perfilado por una tela que se pegaba a la carne, Lessa había sido despojada de su acostumbrado anonimato y en consecuencia resultaba, en su apreciación, vulnerable.

Dominó bruscamente el deseo de huir, la irracional oleada de temor. Observándose a sí misma en el bruñido metal, echó sus hombros hacia atrás, irguió la cabeza, con la barbilla levantada; el movimiento hizo que sus cabellos volvieran a alzarse alrededor de su cabeza. Era Lessa de Ruatha, de una noble Sangre antigua. Ya no necesitaba recurrir al artificio para protegerse a sí misma, de modo que debía mostrarse orgullosamente con la cara descubierta ante el mundo... y ante aquel dragonero.

Cruzó decididamente la estancia, apartando a un lado la cortina del umbral de la gran caverna.

El estaba allí, al lado de la cabeza del dragón, rascando sus párpados, con una rara expresión de ternura en el rostro. Era un cuadro que no encajaba en absoluto con todo lo que ella había oído acerca de los dragoneros.

Había oído hablar, desde luego, de la extraña afinidad entre caballero y dragón, pero esta era la primera vez que comprobaba que el amor formaba parte de aquel lazo. O que este hombre frío y reservado era capaz de una emoción tan profunda. Se había mostrado bastante brusco con ella a propósito del wher guardián. Y no era de extrañar que el wher guardián creyera que se proponía causarle algún daño. Los dragones habían sido más tolerantes, recordó Lessa con un involuntario bufido.

F'lar se giró lentamente, como si le doliera separarse del broncíneo animal. Al ver a

Lessa giró en redondo, con los ojos brillantes mientras tomaba nota del nuevo aspecto de la muchacha. Con pasos rápidos y ligeros cruzó la distancia entre ellos y empujó a Lessa hacia el dormitorio, agarrándola fuertemente del codo con una mano.

—Mnementh ha comido ligeramente y necesitará silencio para descansar —dijo en voz baja, como si esta fuera la consideración más importante.

Empujó la pesada cortina a través de la abertura. Luego, sin soltar a Lessa, la apartó ligeramente de él, haciéndole girar a uno y otro lado, observándola con la mayor atención, con una curiosa expresión de sorpresa en el rostro.

—Un buen lavado... hermosa, sí, casi hermosa —admitió, en un tono tan condescendiente que Lessa se separó bruscamente de él, indignada. F'lar se echó a reír—. ¿Cómo podía sospechar, después de todo, lo que había debajo de la mugre de... diez Revoluciones completas? Sí, desde luego eres lo bastante hermosa como para aplacar a F'nor.

Enfurecida por la actitud del dragonero, Lessa inquirió en tono glacial:

—¿Y F'nor debe ser aplacado a toda costa?

F'lar la miró sonriendo en silencio hasta que ella tuvo que apretar sus puños contra sus costados para no dejarse vencer por la tentación de golpear aquel rostro burlón. Finalmente, F'lar dijo:

—No importa, tenemos que comer, y yo necesitare tus servicios. —Ante la exclamación de alarma de Lessa, el dragonero se giró, sonriendo maliciosamente, mientras su movimiento revelaba la sangre cuajada en su manga izquierda—. Lo menos que puedes hacer es curar las heridas honrosamente recibidas luchando por ti.

Empujó a un lado una parte de la cortina que cubría la pared interior.

—¡Comida para dos! —rugió, acercando su boca a un negro agujero abierto en la roca.

Lessa oyó un eco subterráneo mucho más abajo, mientras la voz de F'lar resonaba a lo largo de lo que debía ser un profundo pozo.

—Nemorth está casi rígida —continuó diciendo el dragonero, mientras sacaba algo de otro estante oculto detrás de una cortina—, y la Eclosión empezará pronto, en cualquier caso.

Algo muy frío se instaló en el estómago de Lessa al oír mencionar una Eclosión. Los relatos más moderados que había oído acerca de aquella parte de la dragonería ponían la carne de gallina: los peores eran francamente macabros. Con manos gélidas cogió las cosas que le entregaba F'lar.

—¿Qué? ¿Asustada? —inquirió irónicamente el dragonero, mientras se despojaba de su desgarrada y ensangrentada camisa.

Sacudiendo negativamente la cabeza, Lessa volvió su atención a la espalda de anchos hombros y poderosa musculatura que F'lar le presentaba, con la piel más pálida de su cuerpo veteada de estrías sanguinolentas. Su hombro sangraba, ya que al quitarse la camisa había arrancado las costras de su herida, muy tiernas aún.

—Necesitare agua —dijo Lessa, y vio que había una jofaina entre los objetos que F'lar le había entregado. Se dirigió rápidamente a la piscina en busca de agua, preguntándose cómo había accedido a aventurarse tan lejos de Ruatha. Arruinado como estaba, Ruatha era su Fuerte, con el que estaba familiarizada, desde la Torre hasta el sótano más profundo. En el momento en que la idea le había sido insidiosamente sugerida por el dragonero, Lessa se había sentido capaz de cualquier cosa, habiendo alcanzando, al fin, la muerte de Fax. Ahora, lo único que podía hacer era evitar que el agua se derramara de la jofaina que temblaba inexplicablemente en

sus manos.

Se obligó a sí misma a concentrarse únicamente en la herida. Era una fea cuchillada, profunda donde había penetrado la punta para desviarse después hacia arriba en un corte más superficial. La piel de F'lar era suave al tacto bajo sus dedos mientras limpiaba la herida. A pesar de sí misma, percibió el olor masculino del dragonero, un olor que distaba mucho de resultar desagradable, a sudor, a cuero y a almizcle, esto último debido probablemente a su estrecho contacto con dragones.

Aunque debió dolerle mientras Lessa desprendía los coágulos de sangre, F'lar permaneció completamente impasible, como si la operación no fuera con él. Esto enojó tanto más a Lessa por cuanto se había dejado vencer por la tentación de tratarle bruscamente en pago del menosprecio de sus sentimientos de que había hecho gala F'lar.

Lessa rechinó los dientes, decepcionada, mientras untaba generosamente la herida con el ungüento que el dragonero le había proporcionado. Luego procedió a vendar el hombro con tiras de tela, retrocediendo ligeramente al dar por terminada la cura. F'lar flexionó el brazo experimentalmente en el apretado vendaje, y el movimiento hizo ondular los músculos a lo largo de su costado y de su espalda.

Cuando se encaró con ella, sus ojos tenían una expresión pensativa.

—Una cura perfecta, mi dama. Gracias. —Su sonrisa era irónica.

Lessa retrocedió cuando F'lar se levantó, pero el dragonero se limitó a acercarse al baúl en busca de una camisa blanca, limpia.

En aquel momento resonó un sordo rumor que se intensificó rápidamente.

¿Dragones rugiendo?, se preguntó Lessa, tratando de dominar el absurdo temor que la estaba invadiendo. ¿Había empezado la Eclosión? Aquí no había ninguna madriguera de wher guardián para ocultarse...

Como si comprendiera su confusión, el dragonero estalló en una alegre carcajada y, sin dejar de mirarla, apartó a un lado la cortina de la pared en el preciso instante en que un ruidoso mecanismo en el interior del pozo hacía visible una bandeja con comida.

Avergonzada de su injustificado temor y furiosa por el hecho de que F'lar se hubiera dado cuenta de que lo sentía, Lessa se sentó rabiosamente en el poyo de piedra forrado de piel junto a la pared, deseándole al dragonero una serie de graves y dolorosas heridas que ella pudiera curar con manos desconsideradas. No desaprovecharía ninguna futura oportunidad.

F'lar colocó la bandeja sobre la mesita delante de ella, formando su propio asiento con un montón de pieles. Había carne, pan, un cántaro de *klah*, un tentador queso amarillo e incluso unas cuantas piezas de fruta invernal. F'lar no hizo ningún movimiento para comer, y Lessa tampoco, aunque el pensar en una pieza de fruta que estaba madura en vez de podrida llenaba su boca de agua. F'lar alzó la mirada hacia la muchacha y frunció el ceño.

—Incluso en el Weyr, la dama parte el pan en primer lugar —dijo, e inclinó cortésmente la cabeza hacia ella.

Lessa enrojeció, desacostumbrada a cualquier cortesía, y más desacostumbrada a ser la primera en comer. Partió un trozo de pan. Era como algo que ella recordaba haber saboreado en tiempos muy remotos. Para empezar, hacía muy poco que había salido del horno. La harina había sido tamizada cuidadosamente, y no había en ella ni rastro de arena ni de pellejos de grano. Lessa cogió la loncha de queso que F'lar le ofrecía, y le pareció también delicioso. Estimulada por esta demostración de que su condición social había cambiado, Lessa alargó una mano hacia la pieza de fruta más atractiva a

sus ojos.

—Atiende —le dijo el dragonero en aquel momento, tocando con su mano la de ella para llamar su atención.

Lessa se apresuró a dejar caer la fruta, pensando que había cometido un error. Miró fijamente a F'lar, preguntándose en qué había faltado. F'lar recuperó la fruta y volvió a colocarla en la mano de la muchacha mientras seguía hablando. Con los ojos muy abiertos, Lessa mordisqueó la fruta, desarmada, y prestó toda su atención.

—Escúchame. Ocurra lo que ocurra en la Sala de Eclosión, no debes permitir que el miedo se refleje en tus ojos. Y no debes permitirle que coma demasiado. —En su rostro se dibujó una traviesa expresión—. Una de nuestras principales funciones es la de evitar que un dragón coma demasiado.

Lessa perdió interés en el sabor de la fruta. Volvió a colocarla cuidadosamente en el cuenco y trató de captar lo que F'lar no había dicho pero que estaba implícito en el tono de su voz. Miró al dragonero a los ojos, viéndole como una persona, y no como un símbolo, por primera vez.

Su frialdad era precaución, decidió, no falta de emoción. Su severidad tenía que ser asumida para hacer olvidar su juventud, ya que no podía aventajarle a ella en muchas Revoluciones. Tenía los negros cabellos ondulados hacia atrás desde una alta frente hasta rozar el cuello de su camisa. Sus espesas cejas negras se contraían con demasiada frecuencia o se arqueaban altivamente cuando miraba a su víctima; sus ojos (de color ámbar, lo bastante claro para que parecieran dorados) eran demasiado expresivos de emociones cínicas o fría altivez. Sus labios eran delgados pero bien formados y, en reposo, casi amables. ¿Por qué fruncía siempre la boca en señal de desaprobación o en una de aquellas sardónicas sonrisas? Debía ser considerado como un hombre guapo, pensó Lessa ingenuamente, ya que había en él un evidente magnetismo. Y en aquel momento se estaba comportando sin la menor afectación.

Sentía lo que estaba diciendo. No quería que ella tuviera miedo. No existía ningún motivo para que ella, Lessa, tuviera miedo.

Deseaba mucho que ella tuviera éxito. ¿Impidiendo a quién que comiera demasiado qué? ¿Animales de rebaño? Un dragón recién salido del cascarón no era capaz de comerse un animal entero, desde luego. A Lessa, aquella le parecía una tarea bastante sencilla. El wher guardián la había obedecido a ella y a nadie más, en el Fuerte de Ruatha. Ella había comprendido al gran dragón bronceo e incluso había logrado silenciarle mientras corría debajo de su puesto de observación en la Torre en busca de la comadrona. ¿Función principal? *¿Nuestra función principal?*

El dragonero la estaba mirando con aire expectante.

—¿Nuestra función principal? —repitió Lessa, en un tono que expresaba sin palabras su deseo de obtener más información.

—Habla de eso más tarde. Lo primero es lo primero —dijo F'lar, descartando con un gesto impaciente cualquier otra cuestión.

—Pero, ¿qué ocurre? —insistió Lessa.

—Tal como me lo dijeron te lo diré. Ni más ni menos. Recuerda esos dos extremos: olvídate del miedo, y no le permitas comer demasiado.

—Pero...

—Tú, en cambio, necesitas comer. Vamos.

Ensartó un trozo de carne con su cuchillo y se lo ofreció a Lessa, contemplándola con el ceño fruncido hasta que la muchacha lo hubo engullido. Estaba a punto de ofrecerle más, pero ella se apresuró a coger la fruta que ya había mordisqueado y que

prefería a la carne. Había comido más en este único refrigerio de lo que estaba acostumbrada a comer durante todo el día en el Fuerte.

—Pronto comeremos mejor en el Weyr —observó F'lar, dirigiendo una mirada de desagrado a la bandeja.

Lessa quedó sorprendida, ya que en su opinión aquello era un festín.

—¿Es más de lo que estabas acostumbrada a comer? Sí, olvidaba que saliste de Ruatha en los puros huesos.

Lessa se envaró.

—Te portaste bien en Ruatha. No pretendo criticarte —añadió F'lar, sonriendo ante la reacción de Lessa—. Pero, mírate a ti misma —y señaló al cuerpo de la muchacha con aquella curiosa expresión, semidivertida, semicontemplativa, en el rostro—. No, nunca habría sospechado que un solo baño podía transformarte hasta tal punto —observó—. Y esos cabellos...

Esta vez, su expresión era francamente admirativa.

Involuntariamente, Lessa se llevó una mano a la cabeza, aplastando sus cabellos bajo sus dedos. Pero la réplica indignada que se proponía dar al dragonero murió antes de nacer. Un sonido fantástico llenó la cámara.

El sonido provocó una vibración que descendió por los oídos de Lessa hasta su espina dorsal. Se tapó los oídos con las manos. El ruido, entonces, discurrió a través de su cráneo. De pronto, tan bruscamente como había empezado, se interrumpió.

Antes de que Lessa supiera lo que él se proponía, el dragonero la había agarrado por la muñeca y tiraba de ella hacia el baúl.

—Quítate eso —ordenó, señalando el vestido y la túnica. Mientras Lessa le miraba con aire atontado, F'lar sacó del baúl un vestido blanco, sin mangas y sin cinturón, algo tan simple como dos trozos de tela fina cosidas por los hombros y los costados.

—¿Te desvistes tú o te desvisto yo? —inquirió F'lar, en tono impaciente.

El salvaje sonido se repitió, y su acento enervante prestó alas a los dedos de Lessa. Apenas había soltado las prendas que llevaba, dejando que se deslizaran hasta sus pies, cuando ya el dragonero había pasado la otra a través de su cabeza. Lessa logró introducir los brazos en los lugares adecuados antes de que F'lar volviera a agarrarla por la muñeca y echara a correr, sacándola del dormitorio con sus cabellos ondeando detrás de ella, llenos de electricidad.

Cuando llegaron a la cámara exterior, el dragón bronce estaba erguido en el centro de la caverna, con la cabeza vuelta hacia la puerta del dormitorio. A Lessa le pareció que estaba impaciente; sus grandes ojos, que tanto la fascinaban, chispeaban iridiscentemente. Su actitud revelaba una excitación interior de grandes proporciones, y de su garganta brotaba un agudo canturreo, varias octavas más bajo que el enervante grito que les había conmocionado a todos.

A pesar de su visible impaciencia, el dragón y su jinete hicieron una pausa. Súbitamente, Lessa se dio cuenta de que estaban conferenciando acerca de ella. De pronto, la cabeza del gran dragón se situó directamente en frente de Lessa, borrando todo lo demás. La muchacha notó la cálida exhalación de su aliento, ligeramente cargado de azufre. Le oyó informar al dragonero de que él aprobaba cada vez más a esta mujer de Ruatha.

Con una sacudida que agitó su cabeza encima de su cuello, el dragonero tiró de ella a lo largo del pasillo. El dragón marchaba a su lado con una rapidez que hizo temer a Lessa que los tres saldrían catapultados más allá del saledizo. Pero, en el momento crucial, Lessa se encontró encaramada sobre el cuello bronceado, con el dragonero

sujetándola con mano firme por la cintura. Y antes de que pudiera reaccionar estaban deslizándose a través de la gran concavidad del Weyr en dirección a la alta muralla del lado contrario. El aire estaba lleno de alas y colas de dragón, y de un coro de sonidos que resonaban y volvían a resonar a través del pétreo valle.

Mnementh emprendió lo que Lessa estaba segura de que sería una carrera para colisionar con otros dragones, dirigiéndose rectamente hacia una enorme negrura redonda en la fachada del acantilado, muy en lo alto. Milagrosamente, los animales desfilaron uno a uno a través de la entrada, cuya anchura era muy superior a la de Mnementh con las alas plenamente extendidas.

El pasillo reverberaba con el estruendo de alas. El aire estaba fuertemente comprimido alrededor de Lessa. Luego penetraron en una gigantesca caverna.

Toda la montaña tenía que estar hueca, pensó Lessa, incrédula. Alrededor de la enorme caverna había apretadas filas de dragones, azul, verde, pardo, y únicamente dos grandes animales bronce como Mnementh, sobre saledizos previstos para acomodar a centenares de ellos. Lessa se aferró a las escamas del bronceo cuello, instintivamente consciente de la inminencia de un gran acontecimiento.

Mnementh voló en círculo hacia abajo, sin prestar la menor atención al saledizo de los bronce. Lo único que Lessa pudo ver entonces fue lo que yacía sobre el suelo arenoso de la gran caverna: huevos de dragón. Un grupo de diez huevos monstruosos, moteados, con sus cáscaras moviéndose espasmódicamente debido a los esfuerzos por romperlas de las crías que estaban en su interior. A un lado, sobre una parte del suelo más elevada, había un huevo dorado, cuyo tamaño era mucho mayor que el de los moteados. Más allá del huevo dorado yacía la inmóvil armazón ocre de la vieja reina.

En el preciso instante en que se dio cuenta de que Mnementh se posaba en el suelo muy cerca de aquel huevo, Lessa notó las manos del dragonero sobre las suyas, levantándola del cuello de Mnementh.

Aprensivamente, se agarró a él. Pero las manos de F'lar la izaron inexorablemente y, con la misma inexorabilidad, la depositaron en el suelo. Los ojos del dragonero, llameando con fuego ambarino, se clavaron en los suyos.

—¡Recuerda, Lessa!

Mnementh añadió una nota estimulante, con uno de sus grandes ojos vuelto hacia ella. Luego remontó el vuelo. Lessa levantó a medias una suplicante mano, sintiéndose huérfana de todo apoyo, huérfana incluso de aquella firme determinación que la había sostenido en su lucha para vengarse de Fax. Vio que el dragón bronce se instalaba en el primer saledizo, a cierta distancia de los otros dos animales bronceos. El dragonero desmontó, y Mnementh arqueó su sinuoso cuello hasta que su cabeza quedó a la altura de su jinete. El hombre extendió una mano y con aire ausente, le pareció a Lessa, acarició a su montura.

Ruidosos gritos y chillidos distrajeron a Lessa, y vio más dragones que descendían para posarse sobre el suelo de la caverna, cada uno de los jinetes soltando a una joven, hasta que se reunieron doce muchachas, incluyendo a Lessa, la cual se mantuvo un poco apartada de las otras, mientras ellas se pegaban la una a la otra. Lessa las contempló con curiosidad, despreciándolas por sus lágrimas, aunque probablemente su corazón no latía con menos rapidez que los de ellas. Simplemente, no creía que las lágrimas representaran ninguna ayuda. Las muchachas no habían sufrido ningún daño, que ella pudiera ver, de modo que sus sollozos estaban fuera de lugar. Su desprecio le hizo adquirir consciencia de su propia temeridad, y respiró a fondo contra la frialdad que había dentro de ella. Deja que *ellas* tengan miedo, se dijo a sí misma. Ella era

Lessa de Ruatha, y no tenía por qué asustarse.

En aquel preciso instante, el huevo dorado se movió convulsivamente. Abriendo la boca al unísono, las muchachas se alejaron de él, apretándose contra la pared de roca. Una de ellas, una rubia encantadora, con su pesada trenza de cabellos dorados colgando hasta el suelo, inició un movimiento en dirección al huevo pero se detuvo, gritando, y retrocedió precipitadamente para ir a buscar consuelo entre sus compañeras.

Lessa se giró para mirar lo que podía haber provocado aquella expresión de horror en el rostro de la muchacha. Pero también ella retrocedió unos pasos, involuntariamente.

En el sector principal del suelo arenoso, varios de los huevos moteados se habían abierto ya. Las crías, croando débilmente, estaban avanzando hacia —y Lessa tragó saliva— los muchachos reunidos estólidamente en un semicírculo. Algunos de ellos no eran mayores de lo que era ella cuando el ejército de Fax había invadido el Fuerte de Ruatha.

Los chillidos de las mujeres se convirtieron en ahogados sollozos cuando una de las crías extendió garra y pico para agarrar a un muchacho.

Lessa se obligó a sí misma a contemplar cómo el joven dragón aporreaba al muchacho, arrojándolo bruscamente a un lado como si estuviera insatisfecho en algún sentido. El muchacho no se movió, y Lessa pudo ver la sangre que brotaba de las heridas que el dragón le había infligido.

Una segunda cría se acercó a otro muchacho, parándose ante él, agitando inútilmente sus alas, irguiendo su pelado cuello y croando una parodia del estimulante canturreo que Mnementh emitía con frecuencia. El muchacho levantó una mano indecisa y empezó a rascar uno de los párpados del animal. Sin dar crédito a sus ojos, Lessa observó cómo la cría, su canturreo cada vez más melodioso, inclinaba la cabeza, empujando al muchacho, en cuyo rostro se reflejó una sonrisa de júbilo ante la realización de lo que le había parecido increíble.

Apartando sus ojos de aquel asombroso espectáculo, Lessa vio que otra cría iniciaba la misma maniobra con otro muchacho. Entretanto, habían surgido dos dragones más. Uno de ellos había derribado a un muchacho y estaba andando encima de él, indiferente al hecho de que sus garras estaban abriendo grandes heridas. La cría que seguía a su camarada de eclosión, se detuvo junto al muchacho herido, tocando con su cabeza la cara del muchacho, canturreando ansiosamente. Mientras Lessa miraba, el muchacho logró ponerse de pie, con lágrimas de dolor descendiendo por sus mejillas. Lessa pudo oírle diciéndole al dragón que no se preocupara, que sólo había recibido unos cuantos arañazos.

La ceremonia terminó muy pronto. Los jóvenes dragones escogieron su pareja entre los muchachos. Luego descendieron caballeros verdes para llevarse a los que no habían sido aceptados. Caballeros azules se posaron en el suelo con sus animales para transportar a las parejas fuera de la caverna, con los jóvenes dragones chillando, canturreando y agitando sus húmedas alas, estimulados por sus camaradas de Weyr recientemente adquiridos.

Lessa se volvió resueltamente hacia el oscilante huevo dorado, sabiendo lo que debía esperar y tratando de adivinar qué habían hecho o dejado de hacer los muchachos favorecidos por el éxito para que los jóvenes dragones les eligieran.

Una grieta apareció en el cascarón dorado y fue acogida por los aterrorizados gritos de las muchachas. Algunas habían caído formando pequeños montones de tela blanca,

otras se abrazaban fuertemente en su mutuo temor. La grieta se ensanchó y a través de ella surgió la cabeza cuneiforme, seguida rápidamente por el cuello, de un dorado resplandeciente. Lessa se preguntó con inesperado despego cuánto tardaría el animal en madurar, teniendo en cuenta su gran tamaño al nacer. Ya que la cabeza era mayor que la de los dragones machos, que había sido suficientemente grande como para derribar a robustos muchachos que habían cumplido las diez Revoluciones.

Lessa tuvo consciencia de un ruidoso zumbido en el interior del Vestíbulo. Alzó la mirada hacia el auditorio y comprobó que procedía de los dragones bronce, ya que este era el nacimiento de su pareja, su reina. El zumbido aumentó de volumen a medida que el huevo se rompía en fragmentos y emergía el dorado cuerpo de la nueva hembra. La nueva hembra en cuestión se tambaleó, hundiéndose su agudo pico en la blanda arena, momentáneamente atrapada. Agitando sus húmedas alas se liberó a sí misma, ridícula en su débil torpeza. Con repentina e inesperada rapidez, se precipitó hacia las aterrorizadas muchachas. Antes de que Lessa pudiera parpadear, embistió a la primera muchacha con tanta violencia que su cabeza chasqueó audiblemente y la muchacha se desplomó sobre la arena. Sin prestarle la menor atención, el dragón hembra saltó hacia la segunda muchacha, pero calculó mal la distancia y cayó, extendiendo una garra en busca de apoyo y rastrillando el cuerpo de la muchacha desde el hombro hasta la cadera. Gritando, la mortalmente herida muchacha distrajo al dragón hembra y liberó a sus compañeras de su horrorizado trance. Se dispersaron en trágica confusión, corriendo, saltando, tropezando, cayendo a través de la arena hacia la salida que los muchachos habían utilizado.

Mientras el dorado animal, gimiendo de un modo lastimero, contemplaba a las mujeres que huían de ella, Lessa avanzó. Aquella estúpida muchacha... ¿Por qué no se había hecho a un lado?, pensó, extendiendo una mano hacia la cabeza cuneiforme, no mucho mayor que su propio torso. El dragón hembra era tan torpe y tan débil que ella misma era su peor enemigo.

Lessa hizo girar la cabeza de modo que los ojos de múltiples facetas se vieran obligados a mirarla... y se encontró a sí misma perdida en aquella mirada de arco iris.

Una sensación de dicha inundó a Lessa; una sensación de calor, ternura, afecto puro, e inmediato respeto y admiración, llenó su mente, su corazón y su alma. A Lessa no le faltaría nunca más un abogado, un defensor, un amigo íntimo, que adivinaría instantáneamente su estado de ánimo, sus deseos. ¡Cuán maravillosa era Lessa! El pensamiento se introdujo en las reflexiones de Lessa. Era hermosa, amable, cariñosa, valiente y lista...

Maquinalmente, Lessa extendió una mano para rascar el lugar exacto en el blando párpado.

El dragón hembra parpadeó ansiosamente, sumamente triste por haber sido causa de inquietud para Lessa. Lessa se apresuró a tranquilizarla, palmeando el blando y húmedo cuello que se arqueaba confiadamente hacia ella. El dragón hembra se tambaleó hacia un costado y una de sus alas se enganchó en la garra posterior. Le dolía. Lessa levantó cuidadosamente la pata afectada, liberó el ala, plegándola a lo largo del costado del animal.

El dragón hembra empezó a canturrear, siguiendo con los ojos cada uno de los movimientos de Lessa. Empujó a Lessa con la cabeza, y Lessa rascó obedientemente el otro párpado.

El dragón hembra le hizo saber que estaba hambrienta.

—Te traeremos algo que puedas comer directamente —le aseguró Lessa

jovialmente, al tiempo que parpadeaba de asombro ante la insensibilidad del dragón hembra. Era un hecho que aquella pequeña amenaza acababa de herir gravemente, si no las había matado, a dos mujeres.

Lessa no podía creer que sus simpatías se inclinaran de un modo tan alarmante hacia el animal. Sin embargo, para ella era la cosa más natural del mundo el deseo de proteger a aquella cría.

El dragón hembra arqueó su cuello para mirar a Lessa rectamente a los ojos. Ramoth repitió ansiosamente lo hambrienta que estaba, después de haber permanecido tanto tiempo dentro de aquella cáscara sin alimento.

Lessa se preguntó cómo conocía el nombre del dragón hembra, y Ramoth replicó: ¿Por qué no debería ella conocer su propio nombre, dado que era suya y de nadie más? Y entonces Lessa se perdió en la maravilla de aquellos ojos magníficamente expresivos.

Indiferente a los dragones bronce que descendían, indiferente a la presencia de sus jinetes, Lessa acarició la cabeza de la criatura más maravillosa de todo Pern, presciente de disgustos y glorias, pero más inmediatamente consciente de que Lessa de Pern era Dama del Weyr de la Dorada Ramoth desde ahora y para siempre.

SEGUNDA PARTE

EL VUELO DEL DRAGON

*Los mares hierven y las montañas se mueven,
Las arenas queman, los dragones prueban
Que la Estrella Roja pasa.
Las piedras se amontonan y las fogatas arden,
la vegetación se marchita, arma a Pern.
Vigila todos los Pasos.
Piedra de la Estrella vigila, escruta el cielo.
Preparados los Weyrs, todos los jinetes en vuelo;
Que la Estrella Roja pasa.*

—Si una reina no está destinada a volar, ¿por qué tiene alas? —preguntó Lessa. Estaba intentando sinceramente mantenerse dentro de un tono razonable.

Había tenido que aprender eso: aunque era de naturaleza bulliciosa, aquí debía comportarse con discreción. Al contrario de la mayoría de los pernenses, los dragoneros podían percibir auras emocionales intensas.

Las espesas cejas de R'gul se unieron en un fruncimiento desconcertado. Cerró de golpe las mandíbulas con exasperación. Lessa conoció su respuesta antes de que la formulara.

—Las reinas no vuelan —dijo secamente;

—Excepto para aparearse —rectificó S'lel. Había estado dormitando, un estado que alcanzaba sin esfuerzo y con frecuencia, a pesar de que era más joven que el vigoroso R'gul.

Iban a pelearse otra vez, pensó Lessa con un gruñido interno. Ella podría soportarlo durante casi media hora, y luego su estómago empezaría a revolverse. La idea que tenían de instruir a la nueva Dama del Weyr en sus «Deberes hacia el Dragón, el Weyr y Pern» degeneraba demasiado a menudo en prolongadas discusiones sobre detalles ínfimos de las lecciones que ella tenía que aprenderse de memoria y recitar al pie de la letra. A veces, como ahora, Lessa mantenía la leve esperanza de que podría enredarles tan apretadamente en sus propias inconsistencias que inadvertidamente revelarían un par de verdades.

—Una reina sólo vuela para aparearse —R'gul admitió la rectificación.

—Desde luego —dijo Lessa con persistente paciencia—, si puede volar para aparearse, puede volar en otros momentos.

—Las reinas no vuelan. —La expresión de R'gul era obstinada.

—Jora nunca hizo volar a un dragón —murmuró S'lel, parpadeando rápidamente en su confusión con el pasado. Su expresión era de vago desconcierto—. Jora no abandonó nunca esos apartamentos.

—Llevaba a Nemorth a los comederos —replicó R'gul en tono irritado.

La bilis ascendió a la garganta de Lessa. Tragó saliva. Tendría que obligarles a

marcharse, sencillamente. ¿Se darían cuenta de que Ramoth despertaba a veces demasiado oportunamente? Tal vez manejaría mejor al quisquilloso Hath, el dragón R'gul. En su fuero interno, Lessa se permitió una sonrisa interna, ya que su secreta facultad de oír y hablar a cualquier dragón en el Weyr, verde, azul, pardo o bronce, la tranquilizaba momentáneamente.

—Cuando Jora podía conseguir que Nemorth se moviera —murmuró S'lel, mordiéndose el labio inferior con aire preocupado.

R'gul fulminó a S'lel con la mirada para reducirle al silencio y, habiéndolo conseguido, dio unos golpecitos sobre la pizarra de Lessa.

Reprimiendo un suspiro, Lessa empuñó el estilo. Había escrito ya esta balada nueve veces, con una caligrafía perfecta. Al parecer, el número mágico de R'gul era el diez. Ya que Lessa había escrito cada una de las Baladas Instructivas, las Sagas del Desastre y las Leyes, con una caligrafía perfecta, diez veces. Ciertamente que no había entendido ni la mitad de ellas, pero se las sabía de memoria.

«Los mares hierven y las montañas se mueven», escribió.

Posiblemente. Si se produce un gran cataclismo en el interior de la tierra. Uno de los guardianes de Fax en el Fuerte de Ruatha había contado en cierta ocasión una historia de la época de su bisabuelo. Toda una aldea del litoral en Fuerte del Este se había sumergido en el mar. Aquel año se habían producido unas mareas monumentales y, más allá de Ista se decía que había surgido una montaña en la misma época, con su cima vomitando fuego. Años más tarde se había apagado. El verso podía referirse a eso. Era posible.

«Las arenas queman...» Ciertamente, en verano se decía que la Llanura Igen podía resultar insoportable. Ninguna sombra, ningún árbol, ninguna cueva, sólo desierto de arena. Incluso los dragoneros rehuían aquella región en pleno verano. Pensando en ello, las arenas de la Sala de Eclosión siempre estaban calientes, bajo el pie. ¿Se calentaban alguna vez lo suficiente para quemar? ¿Y qué las calentaba, después de todo? ¿Los mismos fuegos internos invisibles que calentaban el agua en las piscinas de todo el Weyr de Benden?

«Los dragones prueban...» Tan ambiguo como para permitir media docena de interpretaciones, y R'gul ni siquiera sugería una como oficial. ¿Significaba que los dragones demuestran que pasa la Estrella Roja? ¿Cómo? ¿Emitiendo un grito especial, similar al que emiten cuando uno de los de su especie pasa a morir al *inter*? ¿O se demostraban los dragones a sí mismos de alguna otra manera *cómo* pasaba la Estrella Roja? ¿Además, desde luego, de su tradicional cometido de quemar a las Hebras que caían de los cielos? Oh, había muchas cosas que aquellas baladas no decían, y que nadie explicaba nunca. Sin embargo, originalmente, tenía que haber existido un motivo.

«Las piedras se amontonan y las fogatas arden / La vegetación se marchita, arma a Pern.»

Más enigmas. ¿Amontonaba alguien las piedras en las fogatas? ¿Se referían al pedernal? ¿O se amontonaban las piedras por sí mismas como en una avalancha? El autor de la balada podía haber sugerido al menos la estación involucrada... ¿o lo hacía, con *«la vegetación se marchita»*? Pero la vegetación atraía específicamente a las Hebras, lo cual era el motivo, tradicionalmente, de que no estuviera permitida alrededor de las viviendas humanas. Pero las piedras no podían evitar que una Hebra se ocultara bajo tierra y se multiplicara. Sólo las emisiones de fosfina de un dragón comedor de pedernal eliminaban a una Hebra? Y en la actualidad, pensó Lessa con una

débil sonrisa, nadie, ni siquiera los dragoneros —con las notables excepciones de F'lar y los miembros de su escuadrón—, se molestaba en ejercitarse con pedernal, y mucho menos en arrancar la hierba seca de las casas. Últimamente, las cumbres de las colinas, completamente áridas durante siglos, se cubrían de verdor en primavera.

«Vigila todos los Pasos.»

Lessa grabó la frase con el estilo, pensando para sí misma: para que ningún dragonero puede abandonar el Weyr sin ser detectado.

La política de inacción de R'gul como caudillo del Weyr estaba basada en la idea de que si nadie, Señor o súbdito, veía a un dragonero, nadie podría ser ofendido. Incluso las patrullas tradicionales eran enviadas ahora sobre zonas deshabitadas, para que la agitación acerca del «parasitario» Weyr remitiera. Fax, cuya abierta disensión había puesto en marcha aquel movimiento, no se había llevado la causa a su tumba. Se decía que Larad, el joven Señor de Talgar, era el nuevo caudillo.

R'gul como caudillo del Weyr. Esto enfurecía a Lessa, ya que el dragonero era obviamente inadecuado para tal caudillaje. Pero su Hath había cubierto a Nemorth en su último vuelo. Tradicionalmente (y esa palabra empezaba a asquear a Lessa por los pecados de omisión atribuibles a su nombre), el caudillo del Weyr era el jinete del dragón que cubría a la reina. Oh, R'gul encajaba en el papel: un hombre alto, robusto, físicamente vigoroso y dominante, con un rostro de facciones duras que sugería una personalidad severamente disciplinada. Sólo que, en opinión de Lessa, la disciplina estaba descaminada.

F'lar en cambio... se había disciplinado a sí mismo y había disciplinado a su escuadrón en lo que Lessa consideraba la dirección adecuada. Ya que él, al contrario del caudillo del Weyr, no sólo creía sinceramente en las Leyes y Tradiciones que seguía, sino que las comprendía. De vez en cuando Lessa había logrado entender una lección nebulosa gracias a un par de frases pronunciadas por F'lar a su intención. Pero, tradicionalmente, sólo el caudillo del Weyr instruía a la Dama del Weyr.

¿Por qué, en nombre del Huevo, no había cubierto a Nemorth Mnementh, el gigante bronce de F'lar? Hath era un noble animal, de bella estampa, pero no podía compararse con Mnementh en tamaño, con las alas extendidas, ni en fuerza. Si Mnementh hubiera cubierto a Nemorth, habría habido más de diez huevos en aquella última puesta.

Jora, la difunta y no llorada Dama del Weyr, había sido obesa, estúpida e incompetente. Acerca de esto todo el mundo estaba de acuerdo. Supuestamente, el dragón reflejaba a su jinete tanto como el jinete al dragón. Los pensamientos de Lessa se hicieron críticos. Sin duda, a Mnementh le había resultado tan antipático el dragón hembra como a F'lar le resultaría antipático el jinete... que no cabalgaba, se rectificó a sí misma Lessa, mirando sardónicamente al soñoliento S'lel.

Pero si F'lar no había vacilado en entablar aquel desesperado duelo con Fax en el Fuerte de Ruatha para salvar la vida de Lessa y llevarla al Weyr como candidata a la Impresión, ¿por qué no había impuesto su autoridad en el Weyr cuando ella resultó vencedora, desplazando a R'gul? ¿A qué esperaba? Había sido lo bastante vehemente y persuasivo como para convencer a Lessa de que debía renunciar a Ruatha y acompañarle al Weyr de Benden. ¿Por qué, ahora, adoptaba una actitud de indiferencia mientras el Weyr rodaba cada vez más cuesta abajo?

«Para salvar Pern», habían sido sus palabras. ¿De qué, sino de R'gul? Lo mejor que podía hacer F'lar era poner en marcha los procedimientos de salvación. ¿O se reservaba en espera de que R'gul cometiera un error fatal? R'gul no cometería ningún error, pensó Lessa con amargura, porque no *hacía* nada. Y más particularmente no

explicaría lo que ella deseaba saber.

«*Piedra de la Estrella Roja vigila, escruta el cielo.*» Desde su saledizo, Lessa podía ver el gigantesco rectángulo de la Piedra de la Estrella recortándose contra el cielo. Junto a ella había siempre un caballero de vigilancia. Algún día, Lessa subiría allí. Desde aquel lugar se dominaba la Cordillera Benden y la alta meseta que se prolongaba rectamente hasta el pie del Weyr. La última Revolución se recordaba por la gran ceremonia celebrada en la Piedra de la Estrella, cuando el sol naciente parecía instalarse brevemente en el Dedo de Roca, marcando el solsticio de invierno. Sin embargo, eso explicaba únicamente el significado del Dedo de Roca, y no el de la Piedra de la Estrella. Había que añadir otro misterio inexplicado.

«*Preparados los Weyrs*», escribió Lessa lentamente. Plural. No Weyr, sino Weyrs. R'gul no podía negar que había cinco Weyrs vacíos alrededor de Pern, abandonados desde hacía quién sabe cuántas Revoluciones. Lessa tuvo que aprender los nombres, y también el orden de su establecimiento. Fort fue el primero y más poderoso, luego Benden, Altas Extensiones, Ardiente Igen, Mar de Ista y la llanura Telgar. Pero no le dieron ninguna explicación de por qué habían sido abandonados. Ni por qué el gran Benden, capaz de albergar quinientos animales en su miríada de cavernas-weyr, mantenía apenas doscientos. Desde luego, R'gul había embaucado a su nueva Dama del Weyr con el cómodo pretexto de que Jora había sido una Dama del Weyr incompetente y neurótica, permitiendo a su dragón reina que comiera sin medida. (Nadie le había dicho a Lessa por qué era tan indeseable esto, ni por qué, contradictoriamente, se mostraban tan complacidos cuando Ramoth se atracaba a su gusto). Desde luego, Ramoth estaba creciendo, creciendo con tanta rapidez que los cambios se hacían visibles de la noche a la mañana.

Lessa sonrió, con una tierna sonrisa que ni siquiera la presencia de R'gul y S'lel podían enturbiar. Alzó la mirada de su pizarra hacia el pasadizo que conducía desde la Sala del Consejo hasta la gran caverna que era el weyr de Ramoth. Pudo captar que Ramoth estaba aún profundamente dormida. Lessa anhelaba que el dragón hembra despertara, anhelaba la tranquilizadora mirada de aquellos ojos arco iris, la consoladora compañía que hacía soportable su vida en el Weyr. A veces, Lessa tenía la impresión de que había dos personas en ella: una alegre y satisfecha cuando atendía a Ramoth, otra gris y frustrada cuando Ramoth dormía. Bruscamente, Lessa se arrancó de sus deprimentes reflexiones y se inclinó diligentemente hacia su lección. Era una manera de pasar el tiempo.

«*Que la Estrella Roja pasa.*»

Aquella Estrella Roja sorprendida por la noche... y Lessa apretó su estilo contra la blanda cera para dibujar el símbolo final.

Había existido aquel inolvidable amanecer, hacia más de dos Revoluciones, en el que ella había sido despertada por un ominoso presentimiento mientras dormía en la húmeda paja de la quesería en Ruatha. Y la Estrella Roja había brillado para ella.

Sin embargo, estaba aquí. Y aquel brillante y activo futuro que F'lar había pintado con colores tan vivos no se había materializado. En vez de utilizar su poder sutil para manipular acontecimientos y personas por el bien de Pern, estaba encerrada en un círculo de días tediosos, rutinarios y estériles, aburrida hasta la náusea por R'gul y S'lel, confinada a sus apartamentos de Dama del Weyr (por mucho que representaran una mejora sobre su metro cuadrado de suelo de la quesería), a los comederos y a la laguna del baño. La única vez que utilizó su capacidad fue para acabar con aquellas sesiones con sus llamados tutores. Rechinando los dientes, Lessa pensó que si no fuera

por Ramoth sencillamente se marcharía. Expulsaría al hijo de Gemma y se apoderaría de Ruatha, como tenía que haber hecho inmediatamente después de la muerte de Fax.

Se mordió el labio inferior, sonriendo, mofándose de sí misma. De no haber sido por Ramoth, no hubiera permanecido aquí un solo minuto después de la Impresión, de todos modos. Pero desde el momento en que sus ojos se habían encontrado con los de la joven reina en la Sala de Eclosión, no le había importado nada que no fuera Ramoth. Lessa era de Ramoth y Ramoth era suya, mente y corazón, irrevocablemente unidos. Sólo la muerte podía disolver aquel increíble lazo.

Ocasionalmente, un hombre sin dragón seguía viviendo, como en el caso de Lytol, Gobernador de Ruatha, pero era medio sombra y vivía atormentado. Cuando su jinete moría, un dragón iba a morir al *inter*, aquella nada glacial a través de la cual un dragón transportaba a su jinete, instantáneamente, de un punto geográfico de Pern a otro. Penetrar en el *inter* entrañaba peligro para el no iniciado, sabía Lessa, el peligro de quedar atrapado en el *inter* durante más tiempo del que tardaba un hombre en toser tres veces.

Pero el único vuelo de Lessa sobre el cuello de Mnementh la había llenado de un insaciable deseo de repetir la experiencia. Ingenuamente, había creído que la adiestrarían como eran adiestrados los caballeros y los dragones jóvenes. Sin embargo, ella, teóricamente el habitante más importante del Weyr después de Ramoth, permanecía atada al suelo mientras los más jóvenes entraban y salían del *inter* encima del Weyr en interminables prácticas. Y Lessa se enfurecía ante la intolerable restricción.

Hembra o no, Ramoth debía poseer la misma capacidad congénita para pasar por el *inter* como hacían los machos. Esta teoría era apoyada —inequívocamente en opinión de Lessa— por «La Balada de la Cabalgata de Moreta». ¿No se construían las baladas para informar? ¿Para enseñar a aquellos que no sabían leer ni escribir? ¿De modo que el joven pernense, lo mismo si era dragonero, Señor o súbdito, pudiera aprender sus deberes hacia Pern y repasar la brillante historia de Pern? Aquellos dos idiotas podían negar la existencia de aquella Balada, pero, ¿cómo la había aprendido Lessa si no existía? ¡Sin duda, pensó Lessa sarcásticamente, por el mismo motivo que las reinas tenían alas!

Cuando R'gul consintiera —y Lessa le importunaría hasta que lo hiciera— en permitirle que asumiera su responsabilidad «tradicional» como Conservadora de los Archivos, ella encontraría aquella Balada. Algún día tenía que llegar lo que R'gul calificaba de «momento oportuno».

¡Momento oportuno! caviló Lessa, encolerizada. *¡Momento oportuno! Yo tengo en mis manos demasiado tiempo inoportuno. ¿Cuándo llegará ese momento oportuno particular suyo? ¿Cuando las lunas sean verdes? ¿A qué están esperando? ¿Y a qué puede estar esperando el superior F'lar? ¿A que pase la Estrella Roja en la que sólo él cree?*

Lessa se interrumpió, ya que incluso la referencia más casual a aquel fenómeno despertaba una fría y burlona sensación de amenaza dentro de ella.

Sacudió la cabeza para descartarla. Su gesto fue imprudente: llamó la atención de R'gul, el cual levantó la mirada de los documentos que estaba leyendo laboriosamente. Cuando lanzó la pizarra de Lessa a través de la mesa de piedra del Consejo, el sonido despertó a S'lel. El dragonero irguió la cabeza, sobresaltado.

—¿Qué? ¿Eh? ¿Sí? —murmuró, parpadeando con ojos embotados por el sueño.

Era demasiado. Lessa estableció rápidamente contacto con el Tuenth de S'lel, que

también acababa de despertar de una siesta. Tuenth era muy agradable.

—Tuenth está nervioso, debo salir —no tardó en murmurar S'lel.

Se dirigió apresuradamente hacia el pasadizo, y su alivio al marcharse no era menor que el de Lessa al verle salir. Quedó sorprendida al oírle que saludaba a alguien en el pasillo, y confió en que el recién llegado la proporcionaría un pretexto para librarse de R'gul.

La que entró fue Manora. Lessa acogió a la mujer principal de las Cavernas Inferiores con mal disimulado alivio. R'gul, siempre nervioso en presencia de Manora, se marchó inmediatamente.

Manora, una majestuosa mujer de mediana edad, exudaba un aura de fuerza y determinación silenciosas, habiendo llegado a un difícil compromiso con la vida que ella mantenía con serena dignidad. Su actitud paciente no tardó en tranquilizar a Lessa. De todas las mujeres que había conocido en el Weyr (cuando los dragoneros le permitían establecer contacto con alguna), a la que más admiraba y respetaba era a Manora. Algún instinto hacía a Lessa amargamente consciente de que nunca podría mantener unas relaciones de íntima amistad con ninguna de las mujeres del Weyr. Sin embargo, sus relaciones cuidadosamente formales con Manora resultaban a la vez complacientes y satisfactorias.

Manora había traído las tablillas de cuentas de las Cuevas de Abastecimientos. En su calidad de mujer principal, tenía la obligación de mantener informada a la Dama del Weyr del gobierno doméstico del Weyr. (Una tarea que R'gul insistía en que Lessa debía asumir personalmente).

—Bitra, Benden y Lemos han enviado sus diezmos, pero eso no será suficiente para que salgamos adelante a través del intenso frío de esta Revolución.

—En la pasada Revolución recibimos solamente esos tres y comimos bastante bien.

Manora sonrió amablemente, pero era obvio que no consideraba al Weyr generosamente abastecido.

—Es cierto, pero eso fue debido a que disponíamos de reservas de alimentos en conserva y secos que habían sobrado de otras Revoluciones más abundantes. Ahora, esas reservas se han agotado. A excepción de barriles y barriles de pescado de Tillek...

Manora hizo una pausa significativa.

Lessa se estremeció. Pescado seco, pescado salado, pescado... Últimamente lo habían servido con demasiada frecuencia.

—Nuestras existencias de grano y harina en las Cuevas Secas son muy escasas, ya que Benden, Bitra y Lemos no son productores de grano.

—¿Nuestras mayores necesidades son de granos y carne?

—Podríamos comer más fruta y raíces vegetales para variar —dijo Manora pensativamente—. De un modo especial si el frío se prolonga tanto como ha predicho el sabio del tiempo. Ahora iremos a la Llanura de Igen en busca de las nueces y bayas de la primavera y el otoño...

—¿Iremos? ¿A la Llanura de Igen? —la interrumpió Lessa, desconcertada.

—Sí —respondió Manora, sorprendida ante la reacción de Lessa—. Siempre vamos en busca de ellas.

—¿Cómo os trasladáis allí? —preguntó Lessa bruscamente. Sólo podía haber una respuesta.

—Bueno, los viejos nos llevan en dragón. A ellos no les importa, y los animales pueden realizar un ejercicio que no resulta fatigoso. Ya sabías eso, ¿no es cierto?

—¿Que las mujeres de las Cavernas Inferiores volaban con dragoneros? —Lessa

frunció los labios rabiosamente—. No. No me lo habían dicho.

A Lessa no le sirvió de consuelo la compasión y el pesar que se reflejaron en los ojos de Manora.

—Como Dama del Weyr —dijo Manora amablemente—, tus deberes te obligan a permanecer...

—Si yo pidiera que me llevaran a... Ruatha, por ejemplo —la interrumpió Lessa, prolongando un tema que intuía que Manora deseaba eludir—, ¿me sería negado?

Manora miró a Lessa con sus ojos oscuros llenos de preocupación. Lessa esperó. Había colocado deliberadamente a Manora en una situación en la cual se vería obligada a mentir, lo cual resultaría desagradable para una persona tan íntegra como ella, o a prevaricar, lo cual podría resultar más instructivo.

—Una ausencia por cualquier motivo esos días podría ser desastrosa. Absolutamente desastrosa —dijo Manora en tono firme e, inexplicablemente, enrojeció—. La reina está creciendo con mucha rapidez. Tú *tienes* que estar aquí.

El tono de ansiedad de Manora impresionó a Lessa mucho más que todas las pomposas exhortaciones de R'gul acerca de la continua ayuda que debía prestar a Ramoth.

—Tienes que estar aquí —repitió Manora, sin disimular su temor.

—Las reinas no vuelan —le recordó Lessa secamente. Sospechó que Manora estaba a punto de repetir los argumentos de S'lel a propósito de aquella afirmación, pero la mujer derivó súbitamente a un tema más seguro.

—No podemos, ni siquiera racionando la comida —declaró Manora, agitando nerviosamente sus tablillas—, resistir todo el frío.

—¿No se había producido nunca una escasez semejante... en toda la Tradición? —preguntó Lessa con cáustica suavidad.

Manora alzó unos ojos interrogadores hacia Lessa, que enrojeció, avergonzada de sí misma por desahogar sus frustraciones con los dragoneros sobre la mujer principal. Se sintió doblemente contrita cuando Manora aceptó gravemente su muda disculpa. En aquel momento cristalizó la decisión de Lessa de acabar con el dominio de R'gul sobre el Weyr y sobre ella misma.

—No —continuó Manora tranquilamente—. Tradicionalmente —y dedicó a Lessa una maliciosa sonrisa—, el Weyr es abastecido de los primeros frutos del suelo y de la caza. Es cierto que desde hace varias Revoluciones nuestra escasez ha sido crónica, pero no tenía demasiada importancia. No había que alimentar a dragones jóvenes. Y ellos comen, como ya sabes. —Las miradas de las dos mujeres se encontraron, hablándose con femenino placer de los caprichos de los jóvenes a su cuidado. Luego, Manora se encogió de hombros—. Los jinetes solían cazar sus animales en las Altas Extensiones o en la meseta de Keroon. Ahora, en cambio...

Hizo una mueca de indefensión para dar a entender que las restricciones de R'gul les privaban de aquella fuente de suministro.

—En otros tiempos —dijo, con la voz teñida de nostalgia—, habríamos pasado la parte más fría de la Revolución en uno de los Fuertes meridionales. O, si queríamos y podíamos, regresar a nuestros lugares de nacimiento. Las familias solían mostrarse orgullosas de sus hijas al servicio del Weyr. —En su rostro se reflejó una gran tristeza—. Pero el mundo gira y los tiempos cambian.

—Sí —se oyó decir a sí misma Lessa con voz áspera—, el mundo gira, y los tiempos... los tiempos cambiarán. Manora miró a Lessa, desconcertada.

—Incluso R'gul se dará cuenta de que no tenemos ninguna alternativa— continuó

Manora apresuradamente, tratando de aferrarse a su problema.

—¿A qué? ¿Permitiendo que los dragones adultos cacen?

—Oh, no. Es demasiado intransigente acerca de eso. No. Tenemos que traficar con Fort o Telgar.

Una oleada de indignación invadió a Lessa.

—El día que el Weyr tenga que comprar lo que deberían darle... —y se interrumpió a media frase, tan abrumada por aquella necesidad como por el eco ominoso de otras palabras. «El día que uno de mis Fuertes no pueda mantenerse a sí mismo *ni* recibir con dignidad la visita de su legítimo soberano...» Las palabras de Fax resonaron en su cabeza. ¿Prefiguraban de nuevo un desastre aquellas palabras? ¿Para quién? ¿Para qué?

—Lo sé, lo sé —estaba diciendo Manora con aire preocupado, sin darse cuenta al parecer de la turbación de Lessa—. Es algo que se hace muy cuesta arriba. Pero si R'gul no permite que se cace prudentemente, no hay otra elección. A él no le gustará sentir el aguijón del hambre en su estómago.

Lessa estaba luchando para dominar su terror íntimo. Aspiró profundamente.

—Probablemente se cortará la garganta para aislar su estómago —dijo, sintiéndose reconfortada por su propio y acerbo comentario. Ignoró la mirada de desaliento de Manora y continuó—: Para ti, como mujer principal de la Caverna Inferior, es tradicional someter tales asuntos a la atención de la Dama del Weyr, ¿no es cierto?

Manora asintió, desconcertada por los rápidos cambios de humor de su interlocutora.

—En tal caso, yo, como Dama del Weyr, es de suponer que someteré esto a la atención del caudillo del Weyr, el cual, a su vez, es de suponer que tomará las medidas oportunas, ¿no?

Manora asintió, cada vez más perpleja.

—Bien —dijo Lessa afablemente—, tú has cumplido ya tu obligación tradicional. Ahora me toca a mí cumplir la mía. ¿De acuerdo?

Manora miró a Lessa con aire intrigado. Lessa le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—Puedes dejarlo en mis manos. Manora se puso en pie lentamente. Sin apartar sus ojos de Lessa, empezó a recoger sus tablillas.

—Se dice que Fort y Telgar han tenido unas cosechas excepcionalmente buenas —sugirió, sin que lo ligero de su tono ocultara del todo su ansiedad—. Y también Keroon, a pesar de aquellas inundaciones en el litoral.

—¿De veras? —murmuró Lessa cortésmente.

—Sí —continuó Manora en tono esperanzado—, y los rebaños de Keroon y Tillek han prosperado mucho.

—Me alegro por ellos.

Manora enarcó las cejas, no demasiado convencida por la repentina afabilidad de Lessa. Terminó de reunir sus tablillas y las apiló cuidadosamente.

—¿Has observado lo enfurecidos que están K'net y los jinetes de su escuadrón por las restricciones de R'gul? —preguntó, mirando con suma atención a Lessa.

—¿K'net?

—Sí. Y el viejo C'gan. Oh, su pierna está todavía rígida, y Tagath está más gris de viejo que azul, pero pertenece a la camada de Lidith. Su última puesta produjo hermosos animales —observó—. C'gan recuerda otras épocas...

—¿Antes de que el mundo girase y los tiempos cambiaran?

Ahora, la suavidad de la voz de Lessa no engañó a Manora.

—No es sólo como Dama del Weyr que resultas atractiva para los dragoneros, Lessa de Pern —dijo Manora bruscamente, con una severa expresión en el rostro—. Hay varios de los caballeros pardos, por ejemplo...

—¿F'nor? —preguntó Lessa en tono incisivo.

Manora se irguió orgullosamente.

—F'nor es un hombre adulto. Dama del Weyr, y los de las Cavernas Inferiores hemos aprendido a no tener en cuenta los lazos de sangre y de afecto. F'nor es un caballero pardo, no el hijo que llevé en mis entrañas y que yo recomendaría. Sí, recomendaría a F'nor, lo mismo que recomendaría a T'sum y a L'rad.

—¿Les sugieres a ellos porque pertenecen al escuadrón de F'lar y se han educado en las verdaderas tradiciones? ¿Porque son menos propensos a dejarse engatusar por mis zalamerías?

—Les sugiero porque creen en la tradición de que el Weyr debe ser abastecido por los Fuertes.

—De acuerdo —Lessa sonrió a Manora, viendo que la mujer no podía ser inducida a hablar de F'nor en términos más personales—. Tendré en cuenta tus recomendaciones, ya que no pretendo... —Interrumpió su frase—. Gracias por haberme impuesto de nuestros problemas de abastecimiento. ¿Lo que más necesitamos es carne fresca? —inquirió, poniéndose en pie.

—Cereales también, y algunas de las raíces vegetales del sur serían muy bien recibidas —respondió Manora seriamente.

—Muy bien —dijo Lessa. Manora se marchó, con expresión pensativa. Lessa reflexionó largo rato sobre aquella entrevista, sentada como una delgada estatuilla en el espacioso sillón de piedra, con las piernas dobladas debajo de su cuerpo sobre el forro de pieles.

Lo más preocupante era el temor que había manifestado Manora ante la simple perspectiva de que Lessa se ausentara del Weyr, del lado de Ramoth, por cualquier motivo, por cualquier espacio de tiempo. Su instintiva reacción de miedo era un argumento mucho más eficaz que cualquiera de las pomposas frases de R'gul. Sin embargo, Manora no había insinuado siquiera el motivo de aquella necesidad. Muy bien, Lessa no intentaría volar con uno de los otros dragones, con o sin el jinete, tal como había empezado a pensar que podría hacerlo.

En cambio, Lessa actuaría en la cuestión de la escasez de suministros. Especialmente teniendo en cuenta que R'gul no haría nada. Y, dado que R'gul no podría protestar de lo que ignoraba, ella procuraría, con la ayuda de K'net o de F'nor o de los jinetes que fueran necesarios, mantener al Weyr decentemente abastecido. Comer con regularidad se había convertido en una agradable costumbre a la que no estaba dispuesta a renunciar. No pretendía dejarse llevar por la codicia, pero un prudente saqueo de una cosecha abundante pasaría inadvertido a los Señores de los Fuertes.

K'net, sin embargo, era joven; podía ser temerario e indiscreto. Tal vez F'nor sería la elección más juiciosa. Pero, ¿podría maniobrar con tanta libertad como K'net que era, después de todo, un caballero bronce? Tal vez C'gan. La ausencia de un caballero azul jubilado, que disponía de mucho tiempo libre, podría pasar completamente inadvertida.

Lessa sonrió para sí misma, pero su sonrisa se borró rápidamente de su rostro.

«El día que el Weyr tenga que comprar lo que deberían darle...»

Lessa rechazó el premonitorio pensamiento, concentrada en lo ignominioso de la

situación. Y ello subrayó el alcance de su desilusión.

¿Por qué había creído que estar en el Weyr sería tan distinto del Fuerte de Ruatha? ¿Acaso la educación que había recibido en su temprana infancia había infundido en ella una reverencia tan indiscutible hacia el Weyr que la vida debía modificar su pauta por el hecho de que Lessa de Ruatha hubiera sido Impresa por Ramoth? ¿Cómo podía haber sido tan romántica y tan tonta?

Mira a tu alrededor, Lessa de Pern, mira alrededor del Weyr sin ningún velo en los ojos. ¿Que el Weyr es antiguo y santificado? Sí, pero al mismo tiempo es viejo... y desacreditado. Sí, te emocionaba la idea de sentarte en el gran sillón de la Dama del Weyr en la Mesa del Consejo, pero el forro es delgado y la tela polvorienta. ¿Anonadada al pensar que tus manos reposan donde habían reposado las de Moreta y Torene? Bueno, la piedra está llena de suciedad y necesita un buen fregado. Y tu trasero puede reposar donde reposaron los suyos... pero no es ahí donde tienes tu cerebro.

El decadente Weyr reflejaba el deterioro de su significado en el esquema de vida de Pern. Aquellos apuestos dragoneros también, tan arrogantes en sus atuendos de piel de wher, tan orgullosos sobre los cuellos de sus grandes animales... no podían ser sometidos a un severo examen sin que se hicieran evidentes algunas realidades decepcionantes. No eran más que hombres, con deseos y ambiciones humanas, llenos de defectos y de frustraciones muy humanas, poco dispuestos a renunciar a sus cómodas existencias para dedicarse a las duras tareas indispensables para que el Weyr recobrara lo que nunca debió perder. Se habían aislado demasiado del resto de su raza; y no contaban con ningún jefe digno de ese nombre...

¡F'lar! ¿A qué esperaba? ¿A que Lessa abriera los ojos a través de la ineficacia de R'gul? No, decidió Lessa, a que Ramoth creciera. A que Mnementh cubriera a Ramoth cuando ésta se encontrara en condiciones de ser cubierta... F'lar era un tradicionalista, y el jinete del dragón que cubría a la reina se convertía, tradicionalmente, en caudillo del Weyr. ¡Aquel jinete!

Bueno, F'lar podía descubrir que los acontecimientos no se desarrollaban como él había planeado.

Mis ojos estaban deslumbrados por los de Ramoth, pero ahora pudo ver alrededor del arco iris, pensó Lessa, acorazándose contra la ternura que acompañaba siempre a cualquier pensamiento sobre el dorado animal. Sí, ahora puedo ver en las sombras negras y grises, aprovechando las enseñanzas de mi aprendizaje en Ruatha. Cierto, lo que hay que controlar es algo más que un pequeño Fuerte, y las mentes a influencias son mucho más perceptivas. Perceptivas, pero densas a su manera. Un riesgo mucho mayor si pierdo. Pero, ¿cómo puedo perder? La sonrisa de Lessa se hizo más ancha. Frotó las palmas de sus manos contra sus caderas en anticipación del reto. Ellos no pueden hacer nada con Ramoth sin mí, y necesitan a Ramoth. Nadie puede coaccionar a Lessa de Ruatha, y son tan obtusos conmigo como lo fueron con Jora. ¡Con la diferencia de que yo no soy Jora!

Llena de júbilo, Lessa se puso en pie de un salto. Volvía a sentirse viva. Y con más poder en sí misma que el que notaba en ella cuando Ramoth estaba despierta.

Tiempo, tiempo, tiempo. Tiempo de R'gul. Bueno, Lessa había cometido un error al seguir el compás marcado por R'gul. Había sido una estúpida. Pero ahora sería la Dama del Weyr que F'lar se había esforzado en hacerle creer que podía ser.

F'lar... los pensamientos de Lessa volvían a él continuamente. No podía perderle de vista, particularmente cuando empezara a «arreglar» las cosas para satisfacerse a sí

misma. Pero ella tenía una ventaja que F'lar no podía saber: podía hablar a todos los dragones, y no sólo a Ramoth. Incluso a su querido Mnementh.

Lessa echó la cabeza hacia atrás y rió, y el sonido de su risa resonó huecamente en la amplia y vacía Sala del Consejo. Rió de nuevo, deleitada con un ejercicio que tenía muy pocas ocasiones de practicar. Su regocijo despertó a Ramoth. La exultación producida en Lessa por la decisión que acababa de tomar fue reemplazada por la de saber que el dragón hembra dorado estaba despertando.

Ramoth se despezó con evidente desasosiego a medida que el hambre se imponía a la somnolencia. Lessa corrió pasillo arriba con pies ligeros, ávida como una niña por ver abrirse los gloriosos ojos y por la dulzura que caracterizaba la personalidad del dragón hembra.

La enorme cabeza dorada y cuneiforme de Ramoth giró de un lado a otro: el soñoliento animal buscaba instintivamente a su compañera del Weyr. Lessa tocó rápidamente la áspera quijada y la cabeza se inmovilizó, tranquilizada. Los diversos párpados protectores se abrieron sobre los ojos de múltiples facetas, y Ramoth y Lessa renovaron la promesa de su mutua devoción.

Ramoth había tenido de nuevo aquellos sueños, le dijo a Lessa, estremeciéndose ligeramente. ¡Hacía tanto frío *allí*! Lessa acarició uno de los suaves párpados, tranquilizando al dragón. Unida como estaba a Ramoth, Lessa tenía una aguda consciencia del espanto que aquellas extrañas secuencias producían.

Ramoth se quejó de picor en la parte izquierda del espinazo.

—La piel se está desconchando otra vez —le dijo Lessa, extendiendo rápidamente aceite suavizador sobre la zona afectada—. Estás creciendo demasiado aprisa —añadió, en tono entre burlón y preocupado.

Ramoth repitió que el picor era abominable.

—Tendrás que comer menos a fin de dormir menos, o interrumpir el exceso de crecimiento de tu pellejo de la noche a la mañana.

Mientras extendía el aceite, Lessa recitó como una lección aprendida de memoria:

—El dragoncito debe ser frotado diariamente con aceite, ya que el crecimiento rápido en las primeras fases del crecimiento puede tensar con exceso los frágiles tejidos cutáneos, haciéndolos tiernos y sensibles.

Producen picor, rectificó Ramoth petulantemente, retorciéndose.

—Quieta. Sólo repito lo que me enseñaron.

Ramoth emitió un bufido tamaño dragón que apretó fuertemente el vestido de Lessa contra sus piernas.

—Quieta. El baño diario es obligatorio, y un minucioso aceitado debe acompañar a esas abluciones. La piel parcheada se convierte en pellejo imperfecto en el dragón adulto. El pellejo imperfecto se traduce en rupturas cutáneas que pueden resultar fatales en un animal volador.

No dejes de frotar, suplicó Ramoth.

—¡Animal volador, realmente!

Ramoth informó a Lessa de que estaba muy hambrienta. ¿No podía dejar el baño y el aceite para más tarde?

—En el momento en que la caverna que tú llamas estómago está llena, quedas tan soñolienta que apenas puedes arrastrarte. Y has crecido demasiado para que te lleven de un lado a otro.

La réplica de Ramoth fue interrumpida por una risita. Lessa giró sobre sí misma, controlando rápidamente la contrariedad que experimentó al ver a F'lar apoyado

indolentemente contra el arco del pasillo.

Era evidente que regresaba de un vuelo de patrulla, ya que llevaba todavía el pesado atavío de piel de wher. La rígida túnica se pegaba a su pecho y contorneaba las largas y musculosas piernas. Su huesudo pero agraciado rostro estaba enrojecido aún por el ultrafrío del *inter*. Sus ojos de color ámbar brillaban divertidos y, añadió Lessa, arrogantes.

—Crece esbelta —comentó F'lar, acercándose al lecho de Ramoth y dirigiendo una cortés reverencia a la joven reina.

Lessa oyó que Mnementh saludaba a Ramoth desde el saledizo. Ramoth agitó los párpados en un gesto de coquetería destinado a F'lar. La sonrisa de casi posesivo orgullo del dragonero aumentó la irritación de Lessa.

—La escolta llega en buen momento para dar los buenos días a la reina.

—Buenos días, Ramoth —dijo F'lar obedientemente. Se irguió, golpeando los pesados guantes contra su muslo.

—¿Hemos interrumpido el programa de tu patrulla? —preguntó Lessa, en tono de amable disculpa.

—No importa. Un vuelo de rutina —respondió F'lar, impertérrito. Se situó a un lado de Lessa para poder ver mejor a la reina—. Es más grande que la mayoría de los pardos. Se han producido mareas altas e inundaciones en Telgar. Y en Igen la situación es parecida. —Su sonrisa se ensanchó como si este pequeño desastre le complaciera.

Dado que F'lar no decía nada sin un determinado propósito, Lessa archivó aquella noticia para futura referencia. Por irritante que resultara F'lar, Lessa prefería su compañía a la de los otros caballeros bronce.

Ramoth interrumpió las reflexiones de Lessa con un acerbo recuerdo: Si tenía que bañarse antes de comer, ¿podían poner manos a la obra antes de que falleciera de hambre?

Lessa oyó el divertido murmullo de Mnementh en el interior de la caverna.

—Mnementh dice que será mejor que complazcamos a Ramoth —observó F'lar en tono indulgente.

Lessa reprimió el deseo de replicar que ella podía oír perfectamente lo que Mnementh decía. Algún día sería más saludable presenciar la reacción asombrada de F'lar al enterarse de que ella podía oír y hablar a todos los dragones del Weyr.

—La he descuidado imperdonablemente —dijo Lessa, en tono contrito.

Vio que F'lar estaba a punto de decir algo. Pero cambió de idea, frunciendo ligeramente sus ojos color ámbar. Sonriendo afablemente, hizo una seña a Lessa para que pasara delante.

Una especie de perversidad impulsaba a Lessa a fastidiar a F'lar siempre que se presentara la ocasión de hacerlo. Algún día penetraría a través de aquella corteza de impasibilidad. No resultaría fácil. F'lar era sumamente perspicaz.

Los tres se unieron a Mnementh en el saledizo. Mnementh se irguió con un gesto protector sobre Ramoth mientras ésta se deslizaba torpemente hacia el extremo más alejado del largo óvalo del Cuenco del Weyr. La niebla que se levantaba del agua caliente del pequeño lago se abrió, hendida por las inseguras alas de Ramoth. Su crecimiento había sido tan rápido que no había tenido tiempo de coordinar músculo y masa. Mientras F'lar instalaba a Lessa sobre el cuello de Mnementh para el breve descanso, Lessa contempló ansiosamente a la desgarbada reina.

Las reinas no vuelan porque no pueden hacerlo, se dijo Lessa a sí misma con

amarga franqueza, comparando el grotesco descenso de Ramoth con el seguro planeo de Mnementh.

—Mnementh dice que puede asegurarte que Ramoth será más graciosa cuando se haya desarrollado del todo —dijo en su oído la divertida voz de F'lar.

—Pero los jóvenes machos crecen tan aprisa como ella y no son tan... —Lessa se interrumpió. No quería admitir aquello ante F'lar.

—Ellos no alcanzarán el mismo tamaño, y practican continuamente...

—¡Volando! —A Lessa se le escapó la palabra y, observando de reojo el rostro del caballero bronce, no dijo nada más. F'lar captaba rápidamente lo que se ocultaba detrás de una observación aparentemente casual.

Ramoth se había sumergido en el agua y esperaba impaciente ser frotada con arena limpiadora. La parte izquierda del espinazo le picaba de un modo espantoso. Lessa frotó servicialmente la zona afectada.

No, su vida en el Weyr no era distinta de la que llevaba en Ruatha. Seguía fregando. Y cada día había un poco más de Ramoth para fregar, pensó mientras enviaba finalmente al dorado animal a aguas más profundas para enjuagarse. Ramoth se adentró en el lago, sumergiéndose hasta la punta del hocico. Sus ojos, cubiertos por el delgado párpado interior, brillaron inmediatamente debajo de la superficie: joyas aguadas. Ramoth dio media vuelta sobre sí misma lánguidamente, lamió los tobillos de Lessa.

Todas las ocupaciones eran suspendidas cuando Ramoth estaba en el exterior. Lessa vio a las mujeres agrupadas delante de la entrada de las Cavernas Inferiores, con los ojos muy abiertos por la fascinación. Los dragones estiraban el cuello en sus saledizos o volaban lentamente en círculo encima del lago. Incluso los dragones jóvenes y sus jóvenes caballeros salían de los barracones del campo de entrenamiento impulsados por la curiosidad.

Un dragón trompeteó inesperadamente en las alturas junto a la Piedra de la Estrella. La bestia y su jinete descendieron en espiral.

—Diezmos, F'lar, un convoy en el Paso —anunció el caballero azul, sonriendo ampliamente hasta que se sintió decepcionado por la tranquilidad con la que aquella inesperada buena noticia era acogida por el caballero bronce.

—F'nor se ocupará de ello —dijo F'lar en tono indiferente.

El dragón azul elevó obedientemente a su jinete hasta el saledizo del segundo jefe del escuadrón.

—¿Quién puede ser? —le preguntó Lessa a F'lar—. Los tres leales ya han enviado sus diezmos.

F'lar esperó hasta que vio a F'nor sobre el pardo Canth remontando el vuelo, seguido de varios caballeros verdes del escuadrón.

—No tardaremos en saberlo —respondió.

Volvió pensativamente la cabeza hacia el este, con una desagradable sonrisa en la comisura de su boca. También Lessa miró hacia el este donde, a pesar de que el sol brillaba con toda su intensidad, la mirada conocedora podía detectar el leve centelleo de la Estrella Roja.

—Los leales serán protegidos —murmuró F'lar entre dientes— cuando pase la Estrella Roja.

Lessa ignoraba cómo y por qué los dos estaban de acuerdo en su creencia impopular en el significado de la Estrella Roja. Sólo sabía que ella también la reconocía como una Amenaza. En realidad había sido la consideración principal en todos los

argumentos de F'lar para que Lessa abandonara Ruatha y se trasladara al Weyr. Lessa no sabía por qué F'lar no había sucumbido a la perniciosa indiferencia que castraba a los otros dragoneros. Nunca se lo había preguntado, debido a que su creencia era tan obvia que no podía ponerse en duda. El *sabía*. Y ella *sabía*.

Y, ocasionalmente, aquel conocimiento debía repercutir en los dragones. Al amanecer, todos a una, se removían inquietos en su sueño —si dormían— o agitaban sus colas y extendían sus alas en señal de protesta si estaban despiertos. También Manora parecía creer. Lo mismo que F'nor. Y tal vez algo de la seguridad de F'lar había contagiado a los jinetes de su escuadrón. Desde luego, él exigía a su caballeros obediencia implícita a la tradición y la recibía, hasta el punto de abierta devoción.

Ramoth salió del lago y se encaminó hacia el comedero con paso inseguro, agitando torpemente las alas. Mnementh se instaló cómodamente en el saledizo y permitió que Lessa se sentara sobre su pata delantera. Lejos del borde del Cuenco, el suelo era frío.

Ramoth comió, quejándose amargamente de lo flacos que estaban los animales que constituían su comida, y que Lessa los hubiera limitado a media docena.

—Hay otros que también tienen que comer, ¿sabes?

Ramoth informó a Lessa que ella era reina y tenía prioridad.

—Mañana tendrás picor.

Mnementh dijo que Ramoth podía comerse su ración. El se había hartado en Keroon dos días antes. Lessa contempló a Mnementh con gran interés. ¿Era por eso por lo que todos los dragones del escuadrón de F'lar tenían un aspecto tan lustroso? Tenía que prestar más atención a quién frecuentaba y cuán a menudo los comederos.

Ramoth se había instalado de nuevo en su weyr y dormitaba ya cuando F'lar se presentó con el jefe del convoy.

—Dama del Weyr —dijo F'lar—, este mensajero viene de parte de Lytol, con sus respetos para ti.

El hombre, apartando de mala gana sus ojos de la resplandeciente reina dorada, se inclinó ante Lessa.

—Tilarek, Dama del Weyr, de parte de Lytol, Gobernador del Fuerte de Ruatha —dijo en tono respetuoso; pero sus ojos, al mirar a Lessa, tenían una expresión tan admirativa que rayaba en el descaro. Sacó un mensaje de su cinto y vaciló, luchando entre el conocimiento de que las mujeres no leían y sus instrucciones de entregárselo a la Dama del Weyr. Miró a F'lar por el rabillo del ojo, pero Lessa extendió su mano imperiosamente.

—Le reina duerme —observó F'lar, señalando al pasillo que conducía a la Sala del Consejo.

Muy inteligente por parte de F'lar, pensó Lessa, para asegurarse de que el mensajero veía a Ramoth a sus anchas. En su viaje de regreso, Tilarek hablaría largo y tendido del tamaño descomunal y de la excelente salud de la reina, enriqueciendo su relato con nuevos detalles cada vez que lo repetía. Tilarek propagaría también su opinión de la nueva Dama del Weyr.

Lessa esperó hasta que vio que F'lar ofrecía vino al correo antes de abrir el mensaje. Mientras descifraba la escritura de Lytol, Lessa se dio cuenta de lo mucho que la alegraba recibir noticias de Ruatha. Pero se preguntaba por qué las primeras palabras de Lytol tenían que ser:

El niño crece fuerte y saludable...

A ella le tenía sin cuidado la prosperidad de aquel niño. Ah...

Ruatha está libre de hierba, desde lo alto de las colinas hasta las moradas de los artesanos. La cosecha ha sido muy buena, y los animales se multiplican gracias a los nuevos sementales. Con este mensaje envió el diezmo que nos corresponde. Ojalá beneficie al Weyr que nos protege.

Lessa refunfuñó para sus adentros. Ruatha conocía su obligación, ciertamente, pero ni siquiera los otros tres Fuertes que entregaban sus diezmos habían enviado adecuados saludos. El mensaje de Lytol continuaba ominosamente:

Unas palabras de aviso. Con la muerte de Fax, Telgar se ha puesto al frente del movimiento sedicioso. Meron, llamado Señor de Nabol, es fuerte y quiere ocupar el primer puesto: Telgar es demasiado cauteloso para su gusto. La disensión adquiere vigor y está más extendida que la última vez que hablé con el caballero bronce F'lar. El Weyr debe estar doblemente en guardia. Si Ruatha puede servir, séanos comunicado.

Lessa frunció el ceño ante la última frase. No hacía más que subrayar el hecho de que los Fuertes dispuestos a servir de alguna manera eran demasiado pocos.

—...se reían a nuestro paso —estaba diciendo Tilarek, humedeciendo su garganta con un generoso sorbo de vino del Weyr— por cumplir con nuestro deber de hombres.

«Lo raro es que, cuanto más cerca estábamos de la Cordillera Benden, menos risas oíamos. A veces resulta difícil comprender algunas cosas, tal vez porque no se está acostumbrado a ellas. Es como si yo no mantuviera mi brazo fuerte y habituado al peso de una espada —y Tilarek movió vigorosamente su brazo derecho, como si estuviera fintando contra un rival invisible—, y me viera obligado a defenderme en una larga lucha. Algunas personas creen lo que dice el que habla en voz más alta. Y otras se dejan llevar por el miedo... Sin embargo —continuó animadamente—, yo nací soldado y me resulta difícil aguantar las mofas de simples artesanos y agricultores. Pero tenemos órdenes de mantener las espadas envainadas, y las cumplimos. Lo mismo que las de hablar en tono suave —añadió con una torcida sonrisa—. Los Señores permanecen muy vigilantes desde... desde la Búsqueda...

Lessa se preguntó qué había estado a punto de decir, pero Tilarek continuó sobriamente:

—Algunos lo lamentarán cuando las Hebras vuelvan a caer sobre toda esa hierba alrededor de sus puertas.

F'lar llenó de nuevo la copa del hombre, preguntándole en tono casual por las cosechas que había visto al venir hacia aquí.

—Excelentes, en cantidad y calidad —le aseguró el mensajero—. Dicen que esta Revolución ha sido la mejor que se recuerda. ¡Mira, las viñas de Crom tienen racimos de este tamaño! —Trazó un amplio círculo con sus dos enormes manos, y sus oyentes se asombraron adecuadamente—. Y nunca había visto el grano de Telgar tan gordo y abundante. Nunca.

—Pern prospera —comentó F'lar secamente.

—Con vuestro permiso —Tilarek cogió una marchita pieza de fruta de la bandeja—. Perdonad que os lo diga, pero he recogido fruta mejor que ésta tirada en el camino detrás de una carreta de cosechadores. —Se comió la fruta en dos bocados, secándose

las manos contra la túnica. Luego, dándose cuenta de lo que había dicho, se apresuró a añadir—: Ruatha os envía lo mejor que tiene. Frutas de primera, como es debido. Nada de desechos, podéis estar seguros.

—Resulta tranquilizador saber que contamos con la lealtad de Ruatha en todos los sentidos —dijo F'lar—. ¿Estaban despejados los caminos?

—Sí, y hay una cosa rara en esta época del año. Frío, y luego súbitamente calor, como si el tiempo no pudiera recordar la estación en que nos encontramos. Nada de nieve y poca lluvia. Los vientos, en cambio... Algo increíble. En las costas han levantado olas de una altura fabulosa. —Hizo girar sus ojos expresivamente y luego, inclinándose un poco, añadió en tono confidencial—: Dicen que la montaña humeante de Ista, que aparece y luego... *phffst*... desaparece... ha aparecido de nuevo.

F'lar se mostró adecuadamente escéptico, aunque a Lessa no le pasó inadvertido el brillo de excitación en sus ojos. Las palabras del hombre sonaban como uno de los ambiguos versos de R'gul.

—Tienes que quedarte aquí unos cuantos días para un buen descanso —invitó F'lar a Tilarek, guiándole por delante de la dormida Ramoth.

—Te lo agradezco mucho. Un hombre viene al Weyr tal vez un par de veces en toda su vida —estaba diciendo Tilarek con aire ausente, concentrada toda su atención en contemplar a Ramoth ahora que F'lar, delante de él, no le observaba—. No sabía que las reinas crecían tanto.

—Ramoth es ya mucho mayor y más fuerte que Nemorth —le aseguró F'lar, haciéndose a un lado para que el mensajero se reuniera con la escolta que debía acompañarle a su alojamiento.

—Lee esto —dijo Lessa en tono impaciente, entregando al caballero bronce el mensaje de Lytol, en cuanto hubieron regresado a la Sala del Consejo.

—No esperaba otra cosa —comentó F'lar despreocupado, sentándose en el borde de la gran mesa de piedra.

—¿Y...? —preguntó Lessa con vehemencia.

—El tiempo lo dirá —respondió F'lar tranquilamente, examinando una fruta en busca de alguna mancha.

—Tilarek ha dado a entender que no todos los habitantes de los Fuertes comparten los sentimientos sediciosos de sus Señores —comentó Lessa, intentando tranquilizarse a sí misma.

F'lar se encogió de hombros.

—Tilarek procura siempre «complacer a sus oyentes» —dijo.

—Será mejor que sepáis, también —dijo F'nor desde el umbral—, que no todos sus hombres hablan como él —F'nor saludó a Lessa con la debida cortesía pero con aire ausente—. Se murmura mucho entre la escolta. Se quejan de que Ruatha ha sido pobre durante demasiado tiempo para entregar al Weyr un diezmo tan generoso en su primera Revolución provechosa. Y yo digo que, efectivamente, Lytol ha sido más generoso de lo debido. Nosotros comeremos bien... durante una temporada.

F'lar entregó el mensaje al caballero pardo.

—Como si no supiéramos eso —gruñó F'nor después de haberlo leído rápidamente.

—Si sabes eso, ¿qué harás con respecto a ello? —inquirió Lessa—. El Weyr está tan desacreditado, que no tardará en llegar el día en que no pueda alimentar a los suyos.

Utilizó la frase deliberadamente, notando con satisfacción el efecto que producía en

ambos dragoneros. La mirada que le dirigieron era casi salvaje. Luego F'lar dejó oír una risita, de modo que F'nor se relajó con una risa amarga.

—¿Y bien? —inquirió Lessa.

—Indudablemente, R'gul y S'lel tendrán hambre —dijo F'nor, encogiéndose de hombros.

—¿Y vosotros dos?

F'lar se encogió de hombros también y, levantándose, se inclinó ceremoniosamente ante Lessa.

—Dado que Ramoth está profundamente dormida, solicitamos permiso para retirarnos.

—¡Marchaos! —les gritó Lessa.

Habían dado media vuelta, sonriéndose el uno al otro, cuando R'gul entró precipitadamente en la cámara, con S'lel, D'nol, T'bol y K'net pegados a sus talones.

—¿Qué es lo que acabo de oír? ¿Que, de las Altas Extensiones, únicamente Ruatha envía diezmos?

—Cierto, demasiado cierto —admitió F'lar tranquilamente, entregando a R'gul el mensaje de Lytol.

El caudillo del Weyr lo leyó, moviendo los labios mientras lo hacía, y frunciendo el ceño ante el contenido. Lo entregó a su vez a S'lel, el cual lo sostuvo en alto para que todos pudieran leerlo.

—El año pasado alimentamos al Weyr con los diezmos de tres Fuertes —anunció R'gul desdeñosamente.

—El año *pasado* —subrayó Lessa—, pero sólo porque había reservas en las cuevas de suministros. Manora acaba de informarme que aquellas reservas se han agotado...

—Ruatha ha sido muy generoso —se apresuró a decir F'lar—. Eso debería equilibrar la situación.

Lessa vaciló unos instantes, como negándose a dar crédito a lo que acababa de oír.

—No tan generoso —estalló, ignorando la mirada de advertencia que le dirigía F'lar.

—Los jóvenes dragones aumentarán las necesidades este año, de todos modos. En consecuencia, no hay más que una solución: el Weyr debe negociar con Telgar y Fort para sobrevivir al Frío.

Aquellas palabras provocaron una inmediata rebeldía.

—¿Negociar? ¡Nunca!

—¿El Weyr reducido a negociar? ¡Requisa!

—R'gul, estamos dispuestos a la requisita. ¡Ni hablar de negociar!

Aquella mera sugerencia había exasperado a todos los caballeros bronce. Incluso S'lel reaccionó con indignación. K'net era el que se mostraba más excitado, con un brillo peligroso en sus ojos.

El único que permanecía sereno era F'lar, con los brazos cruzados sobre el pecho y mirando fríamente a Lessa.

—¿Requisita? —La voz de R'gul se alzó autoritaria por encima del ruido—. ¡No puede haber ninguna requisita!

Por un reflejo condicionado a su tono de mando, los hombres permanecieron silenciosos momentáneamente.

—¿Ninguna requisita? —preguntaron finalmente a coro T'bor y D'nol.

—¿Por qué no? —añadió D'nol, con las venas del cuello visiblemente hinchadas.

El no era el único, gruñó Lessa para sí misma, tratando de localizar a S'lan, sólo para recordar que estaba fuera, en el campo de entrenamiento. Ocasionalmente, D'nol

y él actuaban juntos contra R'gul en el Consejo, pero D'nol no era lo bastante fuerte como para enfrentarse a R'gul sin la ayuda de nadie.

Lessa dirigió una mirada esperanzada hacia F'lar. ¿Por qué no hablaba ahora?

—¡Estoy asqueado de comer carne correosa, pan malo y raíces con sabor a madera! —estaba gritando D'nol, perdidos los estribos—. Pern ha prosperado esta Revolución. ¡Algo de esa prosperidad debe alcanzar al Weyr!

T'bor, colocándose beligerantemente a su lado, gruñó su asentimiento, clavando sus ojos primero en uno, luego en otro de los silenciosos caballeros bronce. Lessa se dejó ganar por la esperanza de que T'bor podía actuar como sustituto de S'lan.

—Un movimiento del Weyr en este momento —declaró R'gul, levantando un brazo en ademán de advertencia— y todos los Señores se moverán... contra nosotros.

Dejó caer su brazo de un modo dramático.

Luego se encaró con los dos rebeldes, con los pies ligeramente separados, la cabeza erguida, los ojos llameantes. Su estatura sobrepasaba en una cabeza y media a la del rechoncho y bajito D'nol y a la del más delgado T'bor. El contraste era desafortunado: el cuadro era el de un severo patriarca reprendiendo a unos hijos descarriados.

—Los caminos están despejados —continuó R'gul en tono ominoso—, sin ninguna lluvia ni nieve para frenar a un ejército. Los Señores se han mantenido en pie de guerra desde que Fax murió —la cabeza de R'gul se giró ligeramente en dirección a F'lar—. Seguramente todos vosotros recordáis la clase de hospitalidad que obtuvimos durante la Búsqueda... —ahora, R'gul dirigió una significativa mirada a cada uno de los caballeros bronce—. Conocéis el estado de ánimo de los Fuertes, fuisteis testigos de su fuerza. —Irguió su mentón—. ¿Sois lo bastante imbéciles como para desear provocarlos?

—Disponemos del suficiente pedernal... —estalló furiosamente D'nol, y se interrumpió. Sus palabras le habían impresionado tanto como a cualquiera de los presentes en la sala.

Incluso Lessa se horrorizó ante la idea de utilizar deliberadamente pedernal contra el hombre.

—Hay que hacer algo... —murmuró D'nol desesperadamente, volviéndose primero hacia F'lar y luego, con menos esperanza, hacia T'bor.

Si R'gul gana, esto será el fin, pensó Lessa, fríamente furiosa, y reaccionó volviendo sus pensamientos hacia T'bor. En Ruatha había resultado más fácil manipular a unos hombres enfurecidos. Si ella pudiera... Un dragón trompetó en el exterior.

Un dolor insoportablemente agudo taladró la pierna de Lessa, ascendiendo desde el empeine. Aturdida, se tambaleó hacia atrás, tropezando inesperadamente con F'lar. El dragonero la sujetó del brazo con dedos semejantes a abrazaderas de hierro.

—Te atreves a controlar... —susurró salvajemente a su oído y, con fingida solicitud, la instaló en su asiento. Su mano aferró el brazo de Lessa con una fuerza que no dejaba lugar a dudas acerca de su intención de no permitir que se levantara.

Tragando saliva convulsivamente contra el doble asalto, Lessa se sentó rígidamente. Cuando estuvo en condiciones de analizar lo que había sucedido, se dio cuenta de que el momento de crisis había pasado.

—No se puede hacer *nada* en este momento —estaba diciendo R'gul, dominando la situación.

«En este momento...» Las palabras resonaron en los oídos de Lessa.

—El Weyr tiene jóvenes dragones que deben ser adiestrados. Y jóvenes caballeros que deben ser educados en las Tradiciones correctas.

Tradiciones vacías, pensó Lessa confusamente, llena de amargura. Y que acabarían por vaciar al propio Weyr.

Miró a F'lar con rabia impotente. La mano del dragonero aumentó la presión sobre su brazo, a modo de advertencia, hasta que los dedos apretaron el tendón contra el hueso y Lessa tuvo que reprimir un grito de dolor. A través de las lágrimas que asomaron a sus ojos, vio la derrota y la vergüenza escritas en el rostro juvenil de K'net. La esperanza se encendió de nuevo, renovada.

Con un esfuerzo sobrehumano se obligó a sí misma a relajarse. Lentamente, como si F'lar la hubiera asustado de veras. Con la suficiente lentitud como para que él creyera en su capitulación.

En cuanto pudiera, hablaría con K'net a solas. K'net estaba maduro para la idea que Lessa acababa de concebir. Era joven, maleable, y en cualquier caso ella le atraía. Serviría a su propósito admirablemente.

—Dragonero, evita los excesos —estaba entonando R'gul—. La codicia atraerá desgracias sobre el Weyr.

Lessa miró fijamente al hombre, sinceramente anonadada por el hecho de que pudiera encubrir la derrota moral del Weyr con una homilía hipocrítica.

*Honra a los que cuidan de los dragones
En pensamientos, y favor de palabra y de obra.
Se pierden mundos o se salvan mundos
De los peligros que los dragones arrostran.*

—¿Qué pasa? ¿El noble F'lar va contra la Tradición? —le preguntó Lessa a F'nor cuando el caballero pardo apareció con una cortés explicación de la ausencia del jefe de escuadrón.

Lessa no se molestaba ya en morderse la lengua en presencia de F'nor. El caballero pardo sabía que los reproches no iban dirigidos contra él, de modo que rara vez se daba por ofendido. Su hermanastro le había contagiado parte de su reserva.

Hoy, sin embargo, su expresión no tenía nada de tolerante, sino severamente desaprobadora.

—Le está siguiendo el rastro a K'net —declaró F'nor bruscamente, turbia la mirada de sus ojos oscuros. Echó hacia atrás los cabellos que caían sobre su frente, otra costumbre que le había contagiado F'lar, lo cual añadió combustible a la inquina de Lessa hacia el caballero ausente.

—¡Oh! ¿De veras? Haría mucho mejor imitándole —declaró Lessa. Los ojos de F'nor llamearon furiosamente.

Bueno, pensó Lessa. Le estoy irritando a él también.

—De lo que no te has dado cuenta, Dama del Weyr, es de que K'net ha tomado tus instrucciones de un modo demasiado liberal. Un pillaje prudente no levantaría ninguna protesta, pero K'net es demasiado joven para mostrarse circunspecto.

—¿Mis instrucciones? —repitió Lessa inocentemente. Seguro que F'nor y F'lar no tenían ninguna prueba para acusarla. Por otra parte, le tenían sin cuidado—. Lo único que pasa es que está harto de la cobardía que impera en el Weyr.

F'nor apretó los dientes con fuerza para reprimir la furiosa réplica que ascendía a sus labios. Engarfió sus manos alrededor del ancho cinturón de jinete hasta que sus nudillos se pusieron blancos. Devolvió fríamente la mirada de Lessa.

Durante aquella pausa Lessa lamentó haber provocado la enemistad de F'nor. El había intentado ser amistoso, agradable, y a menudo le había divertido con anécdotas cuando ella se sentía más y más amargada. A medida que aumentaba la intensidad del frío, las raciones se hacían más escasas en el Weyr, a pesar de las sistemáticas aportaciones de K'net. Con los vientos helados había penetrado la desesperación en el Weyr.

Desde la abortada rebelión de D'nol, los dragoneros parecían haber perdido todas sus energías. Incluso los animales reflejaban aquel desaliento, que no podía ser atribuido únicamente a los efectos del ayuno. Era apatía y nada más. Lessa se maravillaba de que R'gul no lamentara el resultado de su absurda decisión.

—Ramoht no está despierta —le dijo a F'nor tranquilamente—, y yo no te necesito.

F'nor no dijo nada, y su prolongado silencio empezó a desconcertar a Lessa. Se levantó, frotándose las palmas de las manos contra sus caderas, como si pudiera borrar con ello sus últimas y precipitadas palabras. Echó a andar de un lado para otro, mirando desde su dormitorio al de Ramoht, donde la reina dorada, ahora de mayor tamaño que cualquiera de los dragones bronce, dormía profundamente.

Si al menos despertara, pensó Lessa. Cuando ella está despierta todo marcha bien. Es decir, tan bien como es posible. Pero ella está como una roca.

—Bueno... —empezó a decir, tratando de que su nerviosismo no se reflejara en su voz—, al menos F'lar está haciendo algo, aunque sea cortar una de nuestras fuentes de suministro.

—Lytol ha enviado un mensaje esta mañana —dijo F'nor secamente. Su rabia había remitido, pero no su desaprobación.

Lessa se volvió a mirarle, expectante.

—Telgar y Fort han conferenciado con Keroon —continuó F'nor lentamente—. Han llegado a la conclusión de que el Weyr se encuentra detrás de sus pérdidas. ¿Por qué, si escogiste a K'net, no ejerciste un severo control sobre él? —inquirió, dejándose ganar de nuevo por la rabia—. Es demasiado bisoño. C'gan, T'sum, yo mismo lo hubiera...

—¿Tú? Tú no estornudas sin el consentimiento de F'lar —replicó Lessa.

F'nor se rió descaradamente de ella.

—F'lar te dio más crédito del que mereces —replicó a su vez, en tono desdeñoso—. ¿Has comprendido por qué tiene que esperar?

—No —gritó Lessa—. ¡No lo he comprendido! ¿Acaso es algo que debo adivinar, por instinto, como el dragón? ¡Por la cáscara del primer Huevo, a mí nadie me *explica* nada!

»Pero es agradable saber que tiene un motivo para esperar. Sólo espero que sea válido. Y que no sea ya demasiado tarde. Porque yo creo que lo es.

Era demasiado tarde cuando me impidió que apoyara a T'bor, pensó Lessa, pero no lo dijo. En vez de ello, añadió:

—Era demasiado tarde cuando F'lar se mostró demasiado cobarde para sentir la vergüenza de...

F'nor se encaró con ella con el rostro pálido de rabia.

—Para permanecer impasible en aquella ocasión se necesita más coraje del que tú has tenido nunca.

—¿Por qué?

F'nor se adelantó en actitud tan amenazadora que Lessa tensó su cuerpo, esperando recibir un golpe. Pero el caballero pardo dominó aquel impulso, si es que lo había experimentado, sacudiendo violentamente la cabeza para controlarse a sí mismo.

—La culpa no es de R'gul —murmuró finalmente, con una expresión de infinito cansancio en el rostro, súbitamente envejecido, y la mirada turbia—. Ha sido difícil, muy difícil, ver lo que estaba pasando y saber que uno *tenía* que esperar.

—¿Por qué? —gritó de nuevo Lessa.

Pero F'nor ya no se dejaba impresionar. Continuó, con voz tranquila:

—Yo pensé que tú debías saberlo, pero ofrecer explicaciones por uno de los suyos es algo que va contra la naturaleza de F'lar.

Lessa reprimió la sarcástica observación que acudía a sus labios, ya que con ella podía haber interrumpido aquella explicación esperada desde hacía tanto tiempo.

—R'gul es caudillo del Weyr sólo por defecto. Sería bastante bueno, supongo, si no se hubiera producido un Intervalo tan largo. Los Archivos advierten de los peligros...

—¿Archivos? ¿Peligros? ¿A qué te refieres al hablar de Intervalo?

—Un Intervalo se produce cuando la Estrella Roja no pasa lo bastante cerca como para excitar a las Hebras. Los Archivos indican que han de transcurrir casi doscientas Revoluciones antes de que la Estrella Roja vuelva a pasar. F'lar calcula que ha transcurrido casi el doble de ese tiempo desde que cayó la última Hebra.

Lessa miró aprensivamente hacia el este. F'nor asintió solemnemente.

—Sí, y resulta más bien fácil olvidar el miedo y las precauciones en cuatrocientos años. R'gul es un buen luchador y un buen jefe de escuadrón, pero tiene que ver y tocar y oler el peligro antes de admitir que existe. Oh, aprendió las Leyes y todas las Tradiciones, pero nunca comprendió su esencia. No como las comprende F'lar, ni como he llegado a comprenderlas yo —añadió en tono desafiante, viendo la expresión escéptica en el rostro de Lessa. Sus ojos se estrecharon, y apuntó un dedo acusador hacia ella—. Ni como las comprendes tú, sólo que tú no sabes por qué.

Lessa retrocedió, no de F'nor sino de la amenaza que ella *sabía* que existía, a pesar de ignorar por qué lo creía.

—Desde que F'lar Impresionó a Mnementh, F'lon empezó a adiestrarle para que asumiera el caudillaje. Luego, F'lon resultó muerto en aquella absurda reyerta... —una expresión, mezcla de dolor y de rabia, cruzó por el rostro de F'nor. Aunque con retraso, Lessa se dio cuenta de que el hombre estaba hablando de su padre—. F'lar era demasiado joven todavía, y antes de que nadie pudiera intervenir R'gul logró que Hath cubriera a Nemorth, y *nosotros* tuvimos que esperar. Pero R'gul no pudo controlar el pesar de Jora por la muerte de F'lon, y ella se deterioró rápidamente. Y él interpretó equivocadamente que el plan de F'lon para hacernos superar la última fase del Intervalo significaba aislamiento. En consecuencia —F'nor se encogió de hombros expresivamente—, el Weyr empezó a perder prestigio a partir de aquel momento.

—Momento, momento, momento —murmuró Lessa—. Siempre es el momento inoportuno. ¿Cuándo será *ahora* el momento?

—¡Escúchame!

El tono imperativo de F'nor interrumpió la cantinela de Lessa con tanta eficacia como si el caballero pardo la hubiera agarrado y sacudido. Lessa no había sospechado aquella energía en F'nor, y le miró con acrecentado respeto.

—Ramothe ha alcanzado su pleno desarrollo y está a punto para su primer vuelo de apareamiento. Cuando ella vuele, todos los dragones bronce intentarán cubrirla. No siempre lo consigue el más fuerte. A veces la reina es cubierta por el dragón que todos los del Weyr desean que la cubra —F'nor pronunciaba sus palabras lenta y claramente—. Así fue cómo R'gul logró que Hath cubriera a Nemorth. Los jinetes más viejos querían a R'gul. No podían soportar la idea de que un jovenzuelo de diecinueve años les diera órdenes como caudillo del Weyr, aunque se tratara del hijo de F'lon. De modo que Hath cubrió a Nemorth. Y ellos tuvieron a R'gul. Consiguieron lo que querían. ¡Y mira lo que consiguieron! —F'nor hizo un gesto con la mano, englobando simbólicamente a todo el depauperado Weyr.

—Es demasiado tarde, es demasiado tarde —gimió Lessa, comprendiendo mucho, demasiado bien, demasiado tarde.

—Es posible, gracias a tu intervención incitando a K'net a unos pillajes incontrolados —declaró F'nor sin rodeos—. No le necesitabas a él, ¿sabes? Nuestro escuadrón se ocupaba ya del asunto con la debida prudencia. Pero cuando K'net

empezó a pasarse de la raya, tuvimos que suspender nuestras operaciones. Pero eso no ha resuelto la cuestión, dada la actitud de la mayoría de los Señores de los Fuertes, cada vez más osados. Piensa, Lessa de Pern —y F'nor se inclinó hacia ella, con una amarga sonrisa—, en lo que será la reacción de R'gul. No te has parado a pensar en eso, ¿verdad? Piensa, ahora, en lo que R'gul hará cuando los Señores de los Fuertes, perfectamente armados, se presenten exigiendo una satisfacción.

Lessa cerró los ojos, abrumada ante la escena que podía imaginar con demasiada claridad. Agarrándose al brazo de su silla, se dejó caer en ella, anonadada al saber que había errado en sus cálculos. Un exceso de confianza en sí misma, después de haber sido capaz de provocar la muerte de Fax, estaba a punto de conducir al Weyr a la ruina a través de aquella misma arrogancia.

Súbitamente se produjo un intenso ruido, como si la mitad del Weyr avanzara por el pasadizo procedente del saledizo. Lessa pudo oír a los dragones llamándose excitadamente unos a otros, la primera vez que les oía hacerlo en dos meses.

Sobresaltada, se puso en pie. ¿Había fracasado F'lar en su tentativa de interceptar a K'net? ¿Había sido capturado K'net por los Señores? Se precipitó hacia el weyr de la reina, seguida de F'nor.

Los que entraron no eran F'lar y K'net y un furioso señor —o varios—. Era R'gul, con su cauteloso rostro contraído y sus ojos desorbitados por la excitación. Lessa pudo oír que Hath provocaba la misma intensa agitación en el saledizo exterior. R'gul dirigió una rápida mirada a Ramoth, que dormía plácidamente. Sus ojos, mientras se acercaba a Lessa, estaban calculando fríamente. Detrás de R'gul entró D'nol a todo correr, abrochándose apresuradamente su túnica. Pisándole los talones llegaron S'lan, S'lel, T'bor. Todos ellos se reunieron en un amplio semicírculo alrededor de Lessa.

R'gul avanzó hacia ella, con un brazo extendido como si se propusiera abrazarla. Antes de que Lessa pudiera retroceder, ya que en la expresión de R'gul había algo que le repugnaba, F'nor se situó a su lado y R'gul, furioso, inclinó su brazo.

—¿Está bebiendo Hath la sangre de su presa? —preguntó el caballero pardo ominosamente.

—Binth y Orth también —intervino T'bor, con los ojos brillantes con la extraña fiebre que parecía afectar a todos los caballeros bronce.

Ramoth se removió, inquieta, y todo el mundo se giró a mirarla intensamente.

—¿Bebiendo la sangre de su presa? —exclamó Lessa, perpleja pero sabiendo que esto era extrañamente significativo.

—Llamad a K'net y a F'lar —ordenó F'nor, con más autoridad de la que un caballero pardo debía usar en presencia de bronce.

La risa de R'gul fue desagradable.

—Nadie sabe dónde están.

D'nol empezó a protestar, pero R'gul le interrumpió con un gesto salvaje.

—No te atreverás, R'gul —dijo F'nor con fría amenaza. Bueno, Lessa sí se atrevería. Su frenética llamada a Mnementh y Piyanth obtuvo una débil respuesta. Luego no quedó absolutamente nada donde Mnementh había estado.

—Ella despertará —estaba diciendo R'gul, taladrando con sus ojos los de Lessa—. Ella despertará y se levantará de mal humor. Debes permitirle únicamente que beba la sangre de su presa. Te advierto que ofrecerá resistencia. Si no te impones a ella, comerá y no podrá volar.

—Remontará el vuelo para aparearse —exclamó F'nor, con voz impregnada de frío y desesperado furor.

—Remontará el vuelo para aparearse con el bronce que pueda alcanzarla —continuó R'gul con voz exultante.

Y en el momento en que F'lar no está aquí, pensó Lessa.

—Cuanto más largo sea el vuelo, mejor resultará el apareamiento. Y ella no podrá volar bien si está atiborrada de carne. No debe comer. Sólo hay que permitirle beber la sangre de su presa. ¿Comprendes?

—Sí, R'gul —dijo Lessa—, comprendo. Por una vez te comprendo, demasiado bien. F'lar y K'net no están aquí. —Su voz se hizo estridente—. Pero Ramoth no será cubierta por Hath, ¡aunque tenga que llevarla al *inter*!

Vio que el miedo y el asombro borraban del rostro de R'gul la expresión de triunfo, y vio cómo recobraba el control de sí mismo. Una sonrisa maligna reemplazó a la sorpresa ante su amenaza. ¿Acaso la creía incapaz de llevarla a cabo?

—Buenas tardes —dijo F'lar jovialmente desde la entrada. K'net sonreía a su lado—. Mnementh me informa de que los bronce beben la sangre de sus víctimas. Ha sido muy amable por vuestra parte el llamarnos para el espectáculo.

El alivio barrió momentáneamente del cerebro de Lessa su reciente antagonismo hacia F'lar. El verle, tranquilo, arrogante, burlón, la reanimó.

Los ojos de R'gul recorrieron el semicírculo de caballeros bronce, tratando de averiguar quién había llamado a aquellos dos. Y Lessa supo que R'gul odiaba a F'lar tanto como le temía. Pudo intuir, también, que F'lar había cambiado. Ahora no había pasividad, indiferencia ni despego en su actitud. Sólo tensa anticipación. ¡F'lar había dado por terminada su espera!

Ramoth se levantó, súbita y completamente despierta. Su mente se hallaba en un estado tal que Lessa comprendió que F'lar y K'net no habían llegado demasiado pronto. Las punzadas del hambre en Ramoth eran tan intensas que Lessa se apresuró a situarse junto a ella para tranquilizarla. Pero Ramoth despreció inexplicablemente sus caricias.

Con inesperada agilidad se irguió del todo, encaminándose hacia el saledizo. Lessa corrió tras ella, seguida por los dragoneros. Ramoth siseó agitadamente a los bronce que planeaban cerca del saledizo. Los dragones se dispersaron rápidamente, apartándose de su camino. Sus jinetes se dirigieron hacia la amplia escalinata que conducía al Cuenco desde el weyr de la reina.

Aturdida, Lessa apenas se dio cuenta de que F'nor la encaramaba al cuello de Canth y premiaba a su dragón para que siguiera a los otros hacia el comedero. Lessa observó, asombrada, como Ramoth se deslizaba sin aparente esfuerzo sobre el rebaño alarmado y puesto en fuga por su proximidad. Ramoth atacó súbitamente, agarrando a su presa por el cuello y dejándose caer sobre ella, demasiado hambrienta para llevarla más lejos.

¡Contrólala! —gritó F'nor, depositando a Lessa en el suelo sin la menor ceremonia.

Ramoth se mostró desafiante a la orden de su Dama del Weyr. Movié su cabeza de un lado a otro, agitando sus alas furiosamente, con los ojos llameantes como opalescentes charcas de fuego. Extendió el cuello hacia el cielo en toda su longitud, bramando su insubordinación. Los roncós ecos reverberaron contra las paredes del Weyr. En lo alto, los dragones, azul, verde, pardo y bronce, extendieron sus alas majestuosamente, y sus llamadas de respuesta llenaron el aire.

Ahora, Lessa debía apelar realmente a la fuerza de voluntad que había desarrollado a través de años de hambre de venganza. La cabeza cuneiforme de Ramoth oscilaba atrás y adelante; sus ojos ardían con incandescente rebeldía. Esta no era ninguna

amable y confiada cría de dragón: era un demonio violento.

A través del campo ensangrentado Lessa entabló una lucha de voluntades con la transformada Ramoth. Sin ningún asomo de debilidad, ningún vestigio de temor ni pensamiento de derrota. Lessa obligó al dragón a obedecer. Gritando su protesta, la dorada Ramoth inclinó su cabeza hasta su presa, lamiendo el cuerpo inerte, con sus grandes quijadas abiertas. Su cabeza osciló sobre las humeantes entrañas que sus garras habían dejado al descubierto. Con un gruñido de reproche final, Ramoth clavó sus dientes en la garganta de su presa y sorbió su sangre.

—Contrólala —murmuró F'nor.

Lessa se había olvidado de él.

Ramoth remontó el vuelo, gritando, y con increíble velocidad aterrizó sobre una segunda presa. Realizó una segunda tentativa para comer, pero Lessa volvió a ejercer su autoridad y ganó. De mala gana, Ramoth sorbió de nuevo la sangre.

La tercera vez no se resistió a las órdenes de Lessa. El dragón hembra había empezado a darse cuenta del instinto irresistible que la estaba poseyendo. No había conocido más que furor hasta que percibió el sabor de la sangre caliente. Ahora sabía lo que necesitaba: volar muy alto y con mucha rapidez, lejos del Weyr, lejos de aquellos insignificantes seres sin alas, muy por delante de aquellos bronce en celo.

El instinto de los dragones estaba limitado al aquí-y-ahora, sin ninguna capacidad de control ni de anticipación. El género humano existía en asociación con ellos para suministrar discernimiento y orden, canturreó silenciosamente Lessa.

Sin vacilar, Ramoth atacó por cuarta vez, siseando de voracidad mientras chupaba la garganta del animal.

Un tenso silencio había caído sobre el Cuenco del Weyr, roto únicamente por el sonido que producía Ramoth al alimentarse y por el agudo gemido del viento.

La piel de Ramoth empezó a resplandecer. El dragón hembra pareció ensancharse, no a causa de la hartura sino de la luminiscencia. Alzó su ensangrentada cabeza, relamiéndose el hocico. Luego irguió todo su cuerpo y, simultáneamente, se elevó un zumbido de los bronce que volaban en círculo alrededor del comedero en silenciosa anticipación.

Con un repentino y dorado movimiento, Ramoth arqueó su gran espalda. Se elevó hacia el cielo, con las alas plenamente extendidas, volando con increíble velocidad. Detrás de ella, en un abrir y cerrar de ojos, salieron siete formas bronceas, con sus poderosas alas proyectando chorros de aire cargados de arena hacia los rostros de los espectadores humanos del Weyr.

Con el corazón en la boca ante el prodigioso vuelo, Lessa sintió que su alma se elevaba con Ramoth.

—Quédate con ella —susurró F'nor en tono apremiante—. Quédate con ella. Ahora no debe escapar de tu control.

F'nor se apartó de Lessa, retrocediendo para reunirse con la gente del Weyr que, como un solo hombre, tenía los ojos clavados en el cielo, contemplando las brillantes manchas de los dragones, cada vez más pequeñas.

Lessa, con la mente en extraña suspensión, conservaba únicamente la suficiente consciencia física como para darse cuenta de que en realidad sus pies estaban posados en el suelo.

Todas las otras sensaciones y sentimientos estaban en lo alto con Ramoth. Y ella, Ramoth-Lessa, estaba viva con ilimitado poder, sus alas elevándola sin esfuerzo hasta inaccesibles alturas, con el júbilo inundando su cuerpo. Júbilo y... deseo.

Sentía más que veía a los grandes machos bronce persiguiéndola, mofándose de sus ineficaces esfuerzos. Ya que ella era libre e inconquistable.

Doblando el cuello, deslizó su cabeza por debajo de un ala y se burló de aquellos esfuerzos con estridentes graznidos. Se remontó muy por encima de ellos. Súbitamente, plegando sus alas, descendió en picado, entusiasmada al ver que los bronce viraban precipitadamente para evitar la colisión.

Volvió a remontarse rápidamente por encima de ellos, mientras los bronce luchaban desesperadamente para recobrar la velocidad y la altitud perdidas.

Ramoth flirteaba así a su antojo con sus pretendientes, espléndida en su recién hallada libertad, incitando a los bronce a que la cubrieran.

Uno de ellos se dejó caer, agitado. Ramoth graznó su superioridad. Un segundo dragón no tardó en abandonar, mientras Ramoth jugaba con ellos, descendiendo y volando recta como una flecha o en intrincadas trayectorias. A veces, perdida en la emoción del vuelo, se olvidaba de la existencia de sus perseguidores.

Cuando al fin, un poco aburrida, condescendió a mirar a sus pretendientes, se sintió vagamente halagada al ver que sólo tres grandes animales insistían en la persecución. Reconoció a Mnementh, Orth y Hath. Todos en su plenitud: dignos, quizá, de ella.

Se deslizó hacia abajo, incitándoles, divertida ante lo complicado de sus vuelos. A Hath no podía soportarlo. ¿Orth? Bueno, Orth era un animal joven y de fina estampa. Ramoth plegó sus alas para deslizarse entre Orth y Mnementh.

Cuando pasaba junto a Mnementh, éste cerró súbitamente sus alas y descendió hasta situarse a su lado. Desconcertada, Ramoth intentó planear y descubrió que sus alas se enredaban con las de Mnementh, que se había acercado peligrosamente a ella.

Entrelazados, cayeron. Mnementh, apelando a ocultas reservas de energía, extendió sus alas para controlar su caída en vertical. Sin posibilidad de maniobrar y sobresaltada por la aterradora velocidad de su descenso, Ramoth extendió también sus grandes alas. Y entonces...

Lessa se estremeció, extendiendo desesperadamente las manos en busca de algún apoyo. Su cuerpo parecía a punto de estallar, todos sus nervios vibraban...

—No te desmayes ahora. Quédate con ella —susurró roncamente la voz de F'lar en su oído. Sus brazos la sostuvieron con brusquedad.

Lessa trató de enfocar su mirada. Pero lo único que vio fueron las paredes de su propio weyr. Se aferró a F'lar, tocando piel desnuda, agitando la cabeza, aturdida.

—Haz que regrese.

—¿Cómo? —gritó Lessa, jadeante, incapaz de imaginar lo que podía arrancar a Ramoth de semejante gloria.

El dolor de unos golpes en su rostro le hizo adquirir una furiosa consciencia de la turbadora proximidad de F'lar. Los ojos del caballero bronce tenían una expresión salvaje, su boca estaba distorsionada.

—Piensa con ella. Ramoth no puede ir al *inter*. Quédate con ella.

Temblando al pensar que Ramoth podía perderse en el *inter*, Lessa llamó al dragón hembra, enlazada todavía ala con ala con Mnementh.

La pasión de los dos dragones en aquel momento ascendió en espiral hasta Lessa. Una marea subiendo torrencialmente desde el mar de su alma inundó a Lessa. Con un grito anhelante se aferró a F'lar. Sintió el cuerpo firme como una roca del caballero bronce contra el suyo, sus fuertes brazos levantándola, su boca pegándose implacablemente a la suya, mientras se sumergía profundamente en otra inesperada ola de deseo.

—¡Ahora! Les haremos regresar sanos y salvos —murmuró F'lar.

*Dragonero, dragonero,
Entre nosotros,
Comparte conmigo ese destello de amor
Mayor que el mío.*

F'lar se despertó súbitamente. Escuchó con atención, oyó y le tranquilizó el satisfecho murmullo de Mnementh. El bronce estaba posado sobre el saledizo en el exterior del weyr de la reina. Todo estaba apaciblemente en orden en el Cuenco, debajo.

Apacible pero distinto. F'lar, a través de los ojos y los sentidos de Mnementh, lo percibió inmediatamente. Algo estaba cambiando en el Weyr. F'lar se permitió una sonrisa de satisfacción al recordar los tumultuosos acontecimientos del día anterior. Algo podía haber salido mal.

Algo estuvo a punto de salir mal, le recordó Mnementh.

¿Quién había llamado a K'net y a él mismo para que regresaran?, se preguntó de nuevo F'lar. Mnementh se limitó a repetir que le habían llamado para que regresara. ¿Por qué no identificaba al informador?

Una obsesionante preocupación se había introducido subrepticamente en las reflexiones de F'lar.

—Tengo que recordarle a F'nor... —empezó a decir en voz alta.

F'nor nunca olvida tus órdenes, le tranquilizó Mnementh en tono impertinente. Canth me ha dicho que la perspectiva al amanecer de hoy sitúa a la Estrella Roja encima del Ojo de Roca. El sol está todavía lejos también.

F'lar deslizó unos dedos impacientes a través de sus cabellos. «Encima del Ojo de Roca. Más cerca, y más cerca llega la Estrella Roja», tal como predecían los Antiguos Archivos. Y el amanecer en el cual la Estrella brillara escarlata *a través* del Ojo de Roca, presagiaría un paso peligroso y... las Hebras.

No existía ninguna otra explicación para aquella cuidadosa disposición de piedras gigantescas y rocas especiales sobre el Pico Benden. Ni para su contrapartida sobre las murallas orientales de cada uno de los cinco Weyrs abandonados.

Primero, el Dedo de Piedra sobre el cual resbalaba brevemente el sol al amanecer en el solsticio de invierno. Luego, dos longitudes de dragón detrás de él, la rectangular y enorme Piedra de la Estrella, al nivel del pecho de un hombre alto, con su pulimentada superficie hendida por dos flechas, una apuntando al levante derecho hacia el Dedo de Piedra, la otra ligeramente al norte del levante derecho, apuntada directamente al Ojo de Roca, tan ingeniosa e inamoviblemente engastado en la Piedra de la Estrella.

Un amanecer, en el no demasiado lejano futuro, F'lar miraría a través del Ojo de Roca y encontraría el funesto parpadeo de la Estrella Roja. Y entonces...

Los sonidos de un vigoroso chapoteo interrumpieron las reflexiones de F'lar. Sonrió

de nuevo al darse cuenta de que era la muchacha bañándose. Procedía a un aseo general, y desvestida... F'lar pensó perezosamente en cómo le recibiría Lessa. No podía tener ninguna queja. ¡Qué vuelo! El caballero bronce rió silenciosamente.

Desde la seguridad de su saledizo Mnementh comentó que F'lar haría mejor vigilando sus relaciones con Lessa.

¿*Con Lessa?*, pensó F'lar, en respuesta a su dragón.

Mnementh repitió enigmáticamente su advertencia. F'lar expresó con una risita su confianza en sí mismo.

Súbitamente, Mnementh estuvo alerta ante una alarma.

Los centinelas habían enviado a un caballero a identificar las anormalmente persistentes nubes de polvo en la meseta del Lago Benden, informó Mnementh a su jefe de escuadrón.

F'lar se levantó apresuradamente, recogió sus ropas dispersas y se vistió. Estaba abrochándose el ancho cinturón de jinete cuando la cortina de la sala de baños se apartó a un lado. Lessa se encaró con él, completamente vestida.

A F'lar le sorprendía siempre ver lo frágil que era Lessa, un recipiente desproporcionado para tanta fuerza mental. Sus cabellos recién lavados enmarcaban su estrecho rostro con una nube oscura. En sus serenos ojos no había el menor vestigio de la pasión despertada por los dragones que ayer habían experimentado juntos. No había en ella ninguna cordialidad. Ningún calor. ¿Era eso lo que Mnementh había querido decir? ¿Qué pasaba con la muchacha?

Mnementh dio un adicional informe alarmante, y F'lar cuadró su mandíbula. Tendría que aplazar la comprensión que Lessa y él debían alcanzar intelectualmente hasta después de esta emergencia. En su fuero interno maldijo la bisoñez con que R'gul había manejado a Lessa. El hombre había estropeado a la Dama del Weyr, del mismo modo que había arruinado al propio Weyr.

Bueno, F'lar, caballero del bronce Mnementh, era ahora caudillo del Weyr, y los cambios no tardarían en producirse.

No tardarán en producirse, confirmó Mnementh secamente. *Los Señores de los Fuertes están reuniendo sus fuerzas en la meseta del lago.*

—Hay problemas —anunció F'lar a Lessa a guisa de saludo. Sus palabras no parecieron alarmarla.

—¿Han venido a protestar los Señores de los Fuertes? —preguntó fríamente ella.

F'lar admiró su serenidad a pesar de reprocharle el papel que había desempeñado en el desarrollo de los acontecimientos.

—Hubiera sido preferible que dejaras en mis manos el problema de los abastecimientos. K'net era demasiado joven para cargarle con esa responsabilidad. Era de prever que se excediera.

La leve sonrisa de Lessa estaba teñida de ironía. F'lar se preguntó fugazmente si no era aquello lo que ella se había propuesto. Si Ramoth no hubiera remontado el vuelo ayer, las cosas podrían ser hoy muy distintas. ¿Había pensado Lessa en eso?

Mnementh le advirtió que R'gul estaba en el saledizo. R'gul era todo pecho y mirada indignada, comentó el dragón, lo cual significaba que estaba sintiendo su autoridad.

—No tiene ninguna —exclamó F'lar en voz alta, completamente despierto y complacido con los acontecimientos, a pesar de su precipitación.

—¿R'gul?

Leesa era sumamente perspicaz, desde luego, admitió F'lar.

—Vamos, muchacha.

Hizo un gesto señalando hacia el weyr de la reina. La escena que estaba a punto de representar con R'gul debería redimir aquel día vergonzoso en la Sala del Consejo, hacía dos meses. F'lar sabía que a Lessa le había escocido tanto como a él.

Apenas habían entrado en el weyr de la reina cuando R'gul, seguido por un excitado K'net, penetró precipitadamente por el lado contrario.

—El centinela me informa —empezó R'gul— que hay un gran cuerpo de hombres armados, con banderas de muchos Fuertes, acercándose al Túnel. K'net —R'gul estaba furioso con el joven— confiesa que ha estado realizando sistemáticas incursiones de pillaje... contra todo motivo y, desde luego, contra mis órdenes estrictas. Naturalmente, nos ocuparemos de él más tarde —declaró en tono ominoso—, es decir, si continúa existiendo un Weyr después de que los Señores hayan tratado con nosotros.

Se volvió hacia F'lar, frunciendo el ceño al darse cuenta de que el caballero bronce se estaba riendo de él.

—No creo que haya motivos para reírse —gruñó R'gul—. Tenemos que pensar en la manera de aplacarles.

—No, R'gul —contradijo F'lar al excitado R'gul, sin dejar de sonreír—; la época de aplacar a los Señores ha quedado atrás.

—¿Qué? ¿Acaso has perdido el juicio?

—No. Pero *tú* has perdido el mando —dijo F'lar, desaparecida su sonrisa, con una expresión severa en el rostro.

Los ojos de R'gul se desorbitaron mientras miraba fijamente a F'lar, como si le viera por primera vez.

—Has olvidado un hecho muy importante —continuó F'lar implacablemente—. La política cambia cuando el caudillo del Weyr es reemplazado. *Yo*, F'lar, jinete de Mnementh, soy ahora caudillo del Weyr.

Mientras resonaba aquella frase, S'lel, D'nol, T'bor y S'lan entraron en la estancia. Se detuvieron, desconcertados, como si no acabaran de dar crédito a sus oídos.

F'lar esperó, dándoles la oportunidad de absorber el hecho de que la disensión en la estancia significaba realmente que la autoridad había pasado a sus manos.

—Mnementh —dijo finalmente en voz alta—, llama a todos los segundos jefes de escuadrón y caballeros pardos. Tenemos que arreglar algunas cosas antes de que lleguen nuestros... huéspedes. Como la reina está dormida, dragoneros, pasemos a la Sala del Consejo, por favor. Tú delante, Dama del Weyr.

Se apartó a un lado para ceder el paso a Lessa, observando el leve rubor en sus mejillas. Ella no dominaba por completo sus emociones, después de todo.

Apenas se habían sentado alrededor de la Mesa del Consejo cuando empezaron a presentarse los caballeros pardos. F'lar tomó cuidadosa nota de la sutil diferencia en sus actitudes. Andaban más erguidos, decidió. Y... sí, el aire de derrota y frustración había sido reemplazado por una tensa excitación. Si ocurría lo mismo con todos los demás, los acontecimientos de hoy resucitarían el orgullo y la determinación del Weyr.

F'nor y T'sum, sus propios lugartenientes, entraron. No cabía duda de que su estado de ánimo era excelente, optimista. Miraron a su alrededor con ojos llameantes, desafiando a cualquiera que se atreviera a poner en tela de juicio lo legítimo de su ascenso. De acuerdo con su nueva categoría, F'nor fue a situarse detrás de la silla de F'lar, no sin antes detenerse para inclinarse profunda y respetuosamente ante Lessa. F'lar notó que la muchacha enrojecía y entrecerraba los ojos.

—¿Quién está a nuestras puertas, F'nor? —preguntó afablemente el nuevo caudillo del Weyr.

—Los Señores de Telgar, Nabol, Fort y Keroon, para nombrar las principales banderas —respondió F'nor en un tono similar.

R'gul se levantó de su silla; la protesta a medio formar murió en sus labios cuando captó la expresión de los rostros de los caballeros bronce. S'lel, a su lado, empezó a murmurar, pellizcándose el labio inferior.

—¿Fuerza calculada?

—Superior a mil. En perfecto orden y bien armada —informó F'nor con aire indiferente.

F'lar dirigió a su lugarteniente una mirada de reproche. La confianza era una cosa, la indiferencia preferible al derrotismo, pero no resultaba juicioso negar que la situación era difícil.

—¿Contra el Weyr? —inquirió S'lel, con voz apenas audible.

—¿Somos dragoneros o cobardes? —exclamó D'nol, poniéndose en pie y golpeando la mesa con el puño—. Este es el insulto final.

—Ciertamente —asintió F'lar calurosamente.

—Esto tiene que acabar. No tragaremos ninguno más —continuó D'nol con vehemencia, estimulado por la actitud de F'lar—. Unas cuantas llamas...

—¡Basta! —ordenó F'lar secamente—. ¡Somos dragoneros! Recordad eso, y recordad también, no lo olvidéis nunca, que nuestra comunidad nació para *proteger*. —Subrayó la última palabra, fijando en cada uno de los hombres una ardiente mirada—. ¿Ha quedado claro este punto?

Miró a D'nol con aire interrogador. Hoy no habría aquí héroes particulares.

—No necesitamos pedernal —continuó, seguro de que D'nol le había comprendido— para dispersar a esos necios Señores. —Se reclinó hacia atrás y añadió, con más calma—: Durante la Búsqueda observé, como supongo que todos vosotros hicisteis, que los habitantes de los Fuertes no han perdido ni un ápice de su... digamos... respeto hacia la dragonería.

T'bor sonrió, y alguien dejó oír una expresiva risita.

—Sí, siguen a sus Señores con bastante rapidez, estimulados a base de indignación y de raciones de vino nuevo. Pero enfrentarse con un dragón es harina de otro costal. Y no digamos si hay que hacerlo a pie, sin muralla ni un Fuerte a la vista. —Pudo captar la aprobación de los caballeros—. En cuanto a los hombres montados, estarán demasiado ocupados con sus animales para entablar una lucha seria —añadió con una risita de ironía, coreada por la mayoría de los presentes.

«Pero, por tranquilizadoras que resultan esas reflexiones, hay factores más poderosos a favor nuestro. Dudo de que los buenos Señores de los Fuertes se hayan molestado en revisarlos. Sospecho —miró a sus jinetes con una expresión sardónica en los ojos— que los han olvidado... del mismo modo que han olvidado oportunamente tantas cosas acerca de la dragonería... y de la Tradición. Ha llegado el momento de reeducarlos.

Su voz era acerada. Le respondió un murmullo afirmativo. Bien, se había hecho con ellos.

—Por ejemplo, ahora están aquí, a las puertas del Weyr. Han viajado desde muy lejos para alcanzar este remoto lugar. Indudablemente, algunas unidades han estado andando semanas enteras. F'nor —dijo en un calculado aparte—, recuérdame que hemos de fijar los horarios de las patrullas. Quiero que os formuléis una pregunta, dragoneros: si los Señores de los Fuertes están aquí, ¿quién está conservando los Fuertes para los Señores? ¿Quién monta guardia en el Fuerte Interior, predilecto de

todos los Señores?

Oyó la risita maliciosa de Lessa. Ella era más rápida que cualquiera de los caballeros bronce. Había elegido bien aquel día en Ruatha, aunque ello hubiera significado matar en el curso de una Búsqueda.

—Nuestra Dama del Weyr entiende mi plan. T'sum, ponlo en marcha.

T'sum abandonó la Sala con una ancha sonrisa en el rostro.

—Yo no entiendo nada —se lamentó S'lel, parpadeando desconcertado.

—Oh, permíteme que te lo explique —intervino Lessa rápidamente, en aquel tono suave y razonable que F'lar estaba aprendiendo a identificar como el más temible en Lessa. No podía reprocharle que quisiera tomarse el desquite sobre S'lel, pero esta afición suya a la venganza podía resultar perniciosa.

—Alguien debería explicar algo —dijo S'lel quejumbrosamente—. No me gusta lo que está pasando. Señores en el Camino del Túnel. Dragones autorizados a usar el pedernal. No lo entiendo.

—Es muy sencillo —le aseguró Lessa en tono suave, sin esperar el permiso de F'lar—. Me avergüenza tener que explicarlo.

F'lar la llamó bruscamente al orden.

—¡Dama del Weyr!

Lessa no le miró, pero no dejó de aguijonear a S'lel.

—Los Señores han dejado sus Fuertes sin protección —dijo—. Al parecer no han tenido en cuenta que los dragones pueden desplazarse por el *inter* en cuestión de segundos. T'sum, si no me equivoco, ha ido a reunir suficientes rehenes de los Fuertes sin vigilancia como para asegurarse de que los Señores respetarán la santidad del Weyr. —F'lar asintió con un gesto. Los ojos de Lessa llamearon furiosamente mientras continuaba—: Los Señores no son culpables de haberle perdido el respeto al Weyr. El Weyr ha...

—El Weyr —intervino F'lar bruscamente. Sí, tendría que vigilar a esta frágil muchacha con mucha atención y mucho respeto— ...el Weyr está a punto de insistir en sus derechos y prerrogativas tradicionales. Antes de que explique exactamente cómo, Dama del Weyr, ¿tendrías inconveniente en recibir a nuestros recién llegados huéspedes? Unas cuantas palabras pueden resultar muy oportunas para reforzar los efectos de la lección que hoy daremos a todos los perneses.

Los ojos de la muchacha brillaron con anticipada satisfacción. Sonrió con un placer tan intenso que F'lar se preguntó si sería prudente permitir que instruyera a los indefensos rehenes.

—Confío en tu discreción e inteligencia —dijo enfáticamente— para desempeñar esta misión como es debido.

Captó la mirada de Lessa, y la sostuvo hasta que ella inclinó brevemente la cabeza dándose por enterada de la advertencia de F'lar. Mientras Lessa salía de la estancia, F'lar envió aviso a Mnementh para que no la perdiera de vista.

Mnementh le informó que sería un esfuerzo perdido. ¿Acaso Lessa no había demostrado tener más sentido común que cualquier otra persona del Weyr? Era circunspecta por naturaleza.

Lo bastante circunspecta como para haber precipitado la invasión de hoy, le recordó F'lar a su dragón.

—Pero... los... Señores... —estaba farfullando R'gul.

—Oh, cállate de una vez —sugirió K'net—. Si no te hubiéramos escuchado durante tanto tiempo no nos encontraríamos en esta situación. Piérdete en el *inter* si no te

gusta, pero ahora el caudillo del Weyr es F'lar. ¡Y yo digo que ya era hora!

—¡K'net! ¡R'gul! —F'lar les llamó al orden, gritando por encima de los vítores que las descaradas palabras de K'net habían provocado—. Estas son mis órdenes —continuó, cuando se restableció el silencio—. Espero que sean cumplidas al pie de la letra.

Miró a cada uno de los hombres para asegurarse de que ninguno de ellos discutía su autoridad. Luego bosquejó sus intenciones concisa y rápidamente, contemplando con satisfacción cómo la incertidumbre era reemplazada por un admirativo respeto.

Convencido de que todos los caballeros bronce y pardo habían entendido el plan perfectamente, le pidió a Mnementh el último informe.

El ejército en progresión estaba irrumpiendo a través de la meseta del lago, con sus unidades más avanzadas en el camino del Túnel, el único acceso por tierra al Weyr. Mnementh añadió que las mujeres de los Fuertes estaban aprovechando su estancia en el Weyr.

—¿En qué sentido? —preguntó F'lar inmediatamente. Mnementh emitió un murmullo que en el dragón equivalía a la risa. Dos de los jóvenes bisoños verdes se estaban alimentando, eso era todo. Pero, por algún motivo desconocido, una ocupación tan normal parecía trastornar a las mujeres.

La Dama era diabólicamente lista, pensó F'lar en su fuero interno, procurando que Mnementh no captará su preocupación. Aquel payaso de bronce estaba tan embelesado con el jinete como con la reina. ¿Qué clase de fascinación tenía la Dama del Weyr para un dragón bronce?

—Nuestros huéspedes están en la meseta del lago —les dijo F'lar a los dragoneros—. Tenéis vuestras posiciones. Ordenad a vuestros escuadrones que las ocupen.

Salió de la Sala del Consejo sin mirar ni una sola vez hacia atrás, dominando un intenso deseo de correr hacia el saledizo. No quería en absoluto que aquellos rehenes se asustaran tontamente.

Abajo en el valle, junto al lago, las mujeres estaban discretamente vigiladas por cuatro de los bisoños verdes más pequeños —bastante grandes para los no iniciados—, y probablemente se sentían demasiado asustadas para observar que los cuatro jinetes apenas habían salido de la adolescencia. F'lar localizó la esbelta figura de la Dama del Weyr, sentada a un lado del grupo principal. Un sonido de ahogados sollozos se elevó hasta sus oídos. Miró más allá de las mujeres, hacia el comedero, y vio a un dragón verde atrapando a una presa y alejándose con ella. Otro verde estaba posado en un saledizo, comiendo con la típica glotonería dragonil. F'lar se encogió de hombros y montó sobre Mnementh, despejando el saledizo para los dragones que planeaban en espera de recoger a sus propios jinetes.

Mientras Mnementh se elevaba por encima de la confusión de alas y cuerpos resplandecientes, F'lar hizo un gesto de aprobación. Un vuelo nupcial alto y emocionante y la promesa de una pronta acción mejoraba la moral de cualquiera.

Mnementh resopló.

F'lar no le prestó la menor atención, observando cómo R'gul reunía a su escuadrón. El hombre había encajado una derrota psicológica. Tendría que ser vigilado y tratado cuidadosamente. Una vez que las Hebras empezaran a caer y R'gul hubiera recobrado su confianza en sí mismo, no habría problemas con él.

Mnementh le preguntó si tenían que recoger a la Dama del Weyr.

—Ella no tiene nada que ver con esto —respondió F'lar bruscamente, preguntándose

por qué, por las dobles lunas, el bronce había hecho aquella sugerencia. Mnementh replicó que creía que a Lessa le gustaría estar allí.

Los escuadrones de D'nol y de T'bor se elevaron en correcta formación. Aquellos dos se estaban convirtiendo en excelentes jefes. K'net se puso al frente de un doble escuadrón que debía situarse detrás del ejército que se aproximaba al Weyr. C'gan, el viejo caballero azul, había organizado a los dragones más jóvenes.

F'lar le dijo a Mnementh que se comunicara con Canth para que éste le dijera a F'nor que iniciara la operación. Con una mirada fanal para asegurarse de que las piedras de las Cavernas Inferiores estaban en su lugar, F'lar le dio a Mnementh la señal de ir al *inter*.

*Desde el Weyr y desde el Cuenco,
Bronce y pardo y azul y verde,
Se elevan los dragoneros de Pern,
Arriba, en escuadrón, visibles, luego invisibles.*

Larad, Señor de Telgar, contempló las monolíticas alturas del Weyr de Benden. La piedra estriada semejaba una sucesión de cataratas heladas en el crepúsculo. Y casi tan hospitalarias. Una especie de pavor se insinuó en alguna parte de su cerebro por el sacrilegio que el ejército que mandaba y él mismo estaban a punto de cometer. Reprimió aquella idea con firmeza.

El Weyr había dejado de ser útil. Esto era evidente. No había ya ninguna necesidad de que los habitantes de los Fuertes compartieran los beneficios de su sudor y de su trabajo con los perezosos moradores del Weyr. Habían sido muy pacientes. Habían mantenido al Weyr en prueba de gratitud por pasados servicios. Pero los dragoneros habían sobrepasado las fronteras de una agradecida generosidad.

En primer lugar, aquella arcaica tontería de la Búsqueda. A fin de que fuera puesto un huevo-reina. ¿Por qué tenían que llevarse los dragoneros las mujeres más bonitas de los Fuertes, si tenían mujeres de su clase en el propio Weyr? No tenían ninguna necesidad de haberse apoderado de la hermana de Larad, Kylora, esperando ávidamente una alianza muy distinta con Brant de Igen una noche, y desaparecida en aquella absurda Búsqueda a la noche siguiente. Desde entonces no había vuelto a tener noticias de ella.

¡Y matar a Fax! Aunque el hombre había sido peligrosamente ambicioso, era de la Sangre. Y nadie había pedido al Weyr que se mezclara en los asuntos de las Altas Extensiones.

Pero lo que colmaba toda medida era aquel sistemático pillaje. Oh, un habitante de un Fuerte podía disculpar unos cuantos animales de vez en cuando. Pero cuando aparecía un dragón surgido de ninguna parte (una facultad que intrigaba profundamente a Larad) y arramblaba con los mejores ejemplares de un rebaño cuidadosamente protegido y alimentado, la cosa resultaba intolerable.

El Weyr tenía que admitir, a las buenas o a las malas, lo subordinado de su posición en Pern. Tendría que arbitrar otros medios para abastecer a su gente, ya que no recibiría más diezmos de nadie. Benden, Bitra y Lemos no tardarían en entrar en razón. También a ellos debía satisfacerles que terminara de una vez el dominio supersticioso que ejercía el Weyr.

Sin embargo, cuanto más se acercaban a la gigantesca montaña, mayores eran las dudas que Larad experimentaba acerca de cómo penetrarían los Señores en aquella fortaleza natural. Hizo una seña a Meron, que se hacía llamar Señor de Nabol (en realidad no confiaba demasiado en aquel ex Gobernador que no era de la Sangre), para

que se acercara a él.

Meron hostigó a su montura hasta situarla al lado de la de Larad.

—¿No hay ningún otro acceso al Weyr que no sea el Túnel?

Meron agitó la cabeza.

—Absolutamente ninguno.

Esto no desalentaba a Meron, pero captó la expresión dubitativa de Larad.

—He enviado una patrulla de reconocimiento al borde meridional del Pico —dijo, señalando la zona—. Tengo la impresión de que allí puede haber un acantilado que ofrezca menos dificultades para la escalada.

—¿Has enviado una patrulla sin consultar con nosotros? *Yo* fui nombrado jefe...

—Es cierto —asintió Meron, con una amable exhibición de dientes—. Una simple idea mía.

—Es una posibilidad, lo admito, pero hubiera sido preferible...

Larad alzó la mirada hacia el Pico.

—Nos han visto, de eso no hay duda, Larad —le aseguró Meron, contemplando desdeñosamente el silencioso Weyr—. Eso será suficiente. Entrega nuestro ultimátum, y se rendirán ante una fuerza como la nuestra. Han demostrado su cobardía una y otra vez. Yo insulté dos veces al caballero bronce al que ellos llaman F'lar, y él lo ignoró. ¿Qué *hombre* lo hubiera hecho?

Un súbito rugido susurrante y una ráfaga del aire más frío del mundo interrumpió su coloquio. Mientras dominaban a su sobresaltada montura, Larad captó un confuso panorama de dragones, de todos los tamaños y colores, y en todas partes a la vez. El aire estaba lleno con los chillidos de los sobresaltados animales y los gritos de hombres aterrorizados.

Larad consiguió, con un gran esfuerzo, que su montura diera media vuelta para encararse con los dragoneros.

Por el Vacío que nos engendró, pensó, luchando por dominar su propio temor, había olvidado que los dragones fueran tan grandes.

En punta de lanza de aquella impresionante fuerza había una formación triangular de cuatro enormes animales color bronce, agitando sus inmensas alas para mantenerse inmóviles a poca distancia del suelo. A una longitud de dragón encima y detrás de ellos se extendía una segunda hilera, más larga y más ancha, de animales pardos. Y todavía más allá y a más altura había animales azules y verdes y más pardos, todos agitando sus alas y proyectando ráfagas de aire frío sobre la aterrada multitud que había sido un ejército momentos antes.

Larad se preguntó de dónde procedía aquel frío lacerante. Tiró con fuerza de las riendas de su montura, que empezaba a sobresaltarse de nuevo.

Los dragoneros permanecían sentados sobre los cuellos de sus dragones, observando, esperando.

—Si continuamos a lomos de nuestros animales no podremos hablar —le gritó Meron a Larad, mientras su montura se encabritaba y chillaba de terror.

Larad hizo una seña a unos soldados a pie para que se adelantaran, pero fueron precisos cuatro hombres por montura para sujetarlas mientras los Señores se apeaban.

Error número dos, pensó Larad malhumorado. Hemos olvidado el efecto de los dragones sobre los animales de Pern. Incluido el hombre. Ajustando su espada al cinto y tirando de sus guantes por encima de sus muñecas, Larad hizo una seña con la cabeza a los otros Señores, y todos ellos avanzaron unos pasos.

Mientras veía desmontar a los Señores, F'lar le dijo a Mnementh que corriera la voz

para que las tres primeras hileras tomaran tierra. Como una gran ola, los dragones se posaron obedientemente en el suelo, plegando sus alas con un enorme suspiro susurrante.

Mnementh le dijo a F'lar que los dragones estaban excitados y complacidos. Esto era mucho más divertido que los Juegos.

F'lar le dijo severamente a Mnementh que esto no era ninguna diversión.

—Larad de Telgar —se presentó a sí mismo el hombre que iba en cabeza de los Señores, con voz firme y actitud marcial, envalentonado tal vez por la relativa juventud de F'lar.

—Meron de Nabol.

F'lar reconoció inmediatamente el rostro atezado de facciones angulosas y ojos inquietos. F'lar asintió imperceptiblemente y siguió atendiendo a las presentaciones.

—He sido nombrado portavoz —empezó Larad de Telgar—. Los Señores de los Fuertes han acordado por unanimidad que el Weyr ya no sirve para nada. En consecuencia exigen que deje de atribuirse funciones que no le corresponden. No habrá más Búsquedas entre nuestros Fuertes. No habrá más incursiones a los graneros y rebaños de ningún Fuerte por parte de los dragoneros.

F'lar le prestó una cortés atención. Larad se había expresado con toda claridad, sin divagaciones superfluas. F'lar asintió. Miró atentamente a cada uno de los Señores que tenía delante, midiéndoles mentalmente. Sus severos rostros expresaban su convencimiento y su justificada indignación.

—En mi calidad de caudillo del Weyr, yo, F'lar, jinete de Mnementh, te contesto. Vuestra queja ha sido oída. Ahora escuchad lo que ordena el caudillo del Weyr.

Su actitud de aparente indiferencia se había trocado en otra de imperioso dominio. Mnementh murmuró un contrapunto amenazador a la voz de su jinete que resonaba ronca y metálica a través de la meseta, transportando sus palabras lejos a fin de que incluso la soldadesca pudiera oírlas.

—Daréis media vuelta y regresaréis a vuestros Fuertes. Al llegar allí revisaréis vuestros graneros y vuestros rebaños y reuniréis un diezmo justo y equitativo. El diezmo estará de camino hacia el Weyr tres días después de vuestro regreso.

—¿El caudillo del Weyr está ordenando a los Señores que entreguen un diezmo? —inquirió Meron de Nabol, con una ruidosa y burlona risotada.

F'lar hizo una señal, y otros dos escuadrones de dragoneros aparecieron y se situaron encima del contingente de Nabol.

—El caudillo del Weyr ordena a los Señores que entreguen un diezmo —afirmó F'lar—. Y hasta el momento en que los Señores envíen sus diezmos, lamentamos que las damas de Nabol, Telgar, Fort, Igen y Keroon tengan que compartir nuestros hogares. También, las damas de Fuerte Balan, Fuerte Gar, Fuerte...

—Tu baladronada no dará resultado —se mofó Meron, avanzando unos pasos, con la mano en el pomo de su espada. Podía darse crédito al pillaje entre los rebaños: se había producido. ¡Pero los Fuertes eran sacrosantos! Ellos no se atreverían...

F'lar le pidió a Mnementh que transmitiera la señal, y apareció el escuadrón de T'sum. Cada uno de los jinetes sujetaba a una Dama sobre el cuello de su dragón. T'sum mantenía a su grupo a una altura adecuada para que los Señores pudieran identificar a cada una de las asustadas o histéricas mujeres.

El rostro de Meron reflejó el mayor de los asombros y un odio acrecentado.

Larad avanzó unos pasos arrancando su mirada de su propia Dama. Era una esposa nueva para él y muy amada. Resultaba un menguado consuelo el hecho de que ella no

sollozara ni se desmayara, comportándose tranquila y valientemente.

—Has adquirido ventaja sobre nosotros —admitió Larad, muy pálido—. Nos retiraremos y enviaremos el diezmo.

Estaba a punto de dar media vuelta cuando Meron se precipitó hacia él, con una expresión salvaje en el rostro.

—¿Vamos a someternos cobardemente a sus exigencias? ¿Quién es un dragonero para damos órdenes?

—¡Cállate! —ordenó Larad, agarrando el brazo del nabolense.

F'lar levantó su brazo en una señal imperativa. Apareció un escuadrón de azules, transportando a los «montañeros» de Meron, algunos de ellos con huellas de su lucha con la cara meridional del Pico Benden.

—Los dragoneros dan órdenes. Y nada escapa a su atención —declaró F'lar fríamente—. Os retiraréis a vuestros Fuertes. Enviaréis el diezmo que os corresponda, porque si intentáis falsearlo nos enteraremos. Luego, bajo pena de pedernal, procederéis a eliminar la hierba alrededor de vuestras viviendas, en todo el Fuerte. Tú, Larad, cuida de un modo especial de la parte meridional de tu Fuerte, particularmente vulnerable. Limpiad todos los pozos de pedernal a orillas de las defensas. Habéis dejado que se cieguen. Hay que volver a abrir las minas y almacenar pedernal.

—Los diezmos, sí, pero el resto... —le interrumpió Larad.

El brazo de F'lar se disparó hacia el cielo.

—Mira hacia arriba, Señor. Mira bien. La Estrella Roja parpadea durante el día lo mismo que por la noche. Las montañas más allá de Ista humean y arrojan roca ardiente. El mar levanta olas enormes e inunda la costa. ¿Habéis olvidado las Sagas y las Baladas, del mismo modo que habéis olvidado las facultades de los dragones? ¿Pretendéis ignorar esos portentos que presagian siempre la llegada de las Hebras?

Meron los ignoraría hasta que viera caer de los cielos las plateadas Hebras. Pero F'lar sabía que este no sería el caso de Larad y de la mayoría de los otros Señores.

—Y la reina —continuó— ha remontado el vuelo para aparearse en su segundo año. Y ha volado alto y lejos.

Las cabezas de todos los que estaban delante de él se alzaron al unísono, con una expresión de asombro en los ojos. El propio Meron parecía desconcertado. F'lar oyó la exclamación de R'gul detrás de él, pero no se atrevió a mirar hacia arriba, temiendo que pudiera tratarse de una añagaza.

Súbitamente, en la periferia de su campo visual, captó un brillo dorado en el cielo.

¡*Mnementh!*, gritó, pero Mnementh se limitó a emitir un alegre susurro. La reina viró en redondo en aquel preciso instante para hacerse visible, un bello espectáculo, admitió F'lar a regañadientes.

Con sus blancas vestiduras ondeando al viento, Lessa era claramente visible sobre el dorado cuello. Ramoth planeó, con las alas completamente extendidas, con lo que su tamaño superaba al del propio Mnementh. Por su modo de arquear el cuello, era evidente que Ramoth disfrutaba inmensamente con aquel vuelo, pero F'lar estaba furioso.

El espectáculo de la reina en lo alto ejerció un gran efecto sobre todo el mundo. F'lar tuvo consciencia de su impacto en él mismo, y lo vio reflejado en los rostros de los incrédulos habitantes de los Fuertes, lo supo a través de los zumbidos de los dragones, lo oyó de Mnementh.

—Y, desde luego, nuestras mejores Damas del Weyr, Moreta, Torene, para no alargar la lista, han procedido todas del Fuerte de Ruatha, como Lessa de Pern.

—Ruatha... —susurró roncamente Meron, con las mandíbulas apretadas y el rostro muy pálido.

—¿Se acercan las Hebras? —preguntó Larad.

F'lar asintió lentamente.

—Tu arpista puede volver a instruirte sobre las señales. Señores de los Fuertes, enviad el diezmo y vuestras mujeres os serán devueltas. Los Fuertes se prepararán bajo la supervisión del Weyr, ya que el Weyr tiene como misión proteger a Pern. Se espera vuestra colaboración... —hizo una pausa significativa— que en caso necesario será exigida por la fuerza.

Pronunciadas estas palabras, se encaramó al cuello de Mnementh, sin perder de vista a la reina. Vio como ésta agitaba sus doradas alas mientras el dragón extendía las suyas y remontaba el vuelo.

Resultaba irritante que Lessa hubiera escogido aquel momento, cuando toda la atención y toda la energía de F'lar debían concentrarse en resolver el problema planteado por la rebeldía de los Señores de los Fuertes. ¿Por qué había querido hacer alarde de su independencia a la vista de todo el Weyr y todos los Señores? Anhelaba volar tras ella inmediatamente, pero no podía hacerlo. Antes tenía que comprobar que el ejército de los Señores se retiraba, antes tenía que dar la orden para la exhibición final de la fuerza del Weyr, a fin de que los Señores de los Fuertes tuvieran tema de meditación.

Rechinando los dientes, dio la señal convenida, y tras él remontaron el vuelo los escuadrones con espectaculares maniobras en el aire y ruidosos trompeteos, de modo que parecía haber millares de dragones volando cuando en realidad apenas llegaban a los doscientos en todo el Weyr de Benden.

Seguro de que aquella parte de su estrategia se estaba desarrollando correctamente, F'lar ordenó a Mnementh que volara detrás de la Dama del Weyr, que ahora estaba zambulléndose y remontándose a mucha altura por encima del Weyr.

Cuando pusiera sus manos sobre aquella muchacha, le diría un par de cosas...

Mnementh le informó cáusticamente que decirle a Lessa un par de cosas podría ser una idea excelente. Mucho mejor que volar de un modo tan vengativo detrás de una pareja que sólo intentaba poner sus alas a prueba. Mnementh le recordó a su encolerizado jinete que, después de todo, Ramoth había volado alto y lejos ayer, después de beber la sangre de cuatro presas, pero que no había comido desde entonces. Ramoth no era capaz ni estaba interesada en un vuelo prolongado sin haber saciado su apetito. Sin embargo, si F'lar insistía en esta desconsiderada y completamente innecesaria persecución, podría enojar a Ramoth hasta el punto de inducirla a penetrar en el *inter* para escapar de él.

La idea de aquella inexperta pareja penetrando en el *inter* enfrió a F'lar instantáneamente. Controlándose a sí mismo, se dio cuenta de que el criterio de Mnementh era más de fiar que el suyo en aquel momento. El permitía que la rabia y la ansiedad influyeran en sus decisiones, pero...

Mnementh voló en círculo para posarse en la Piedra de la Estrella, ya que la cumbre del Pico Bender era un observatorio excelente desde el cual F'lar podría contemplar al mismo tiempo al ejército en retirada y a la reina.

Los grandes ojos de Mnementh giraron en sus órbitas mientras el dragón adaptaba su visión a su alcance más lejano.

Informó a F'lar de que el jinete de Piyanth creía que la supervisión de la retirada por parte de los dragones estaba causando histeria entre los hombres y animales. Algunos

habían resultado heridos en las subsiguientes estampidas.

F'lar ordenó inmediatamente a K'net que asumiera la vigilancia en altura hasta que el ejército acampara para pasar la noche. Sin embargo, debía vigilar de cerca al contingente de Nabol en todo momento.

Mientras Mnementh transmitía aquellas órdenes, F'lar se dio cuenta de que el asunto se había borrado ya de su mente. Toda su atención estaba concentrada en aquella pareja en vuelo.

Será mejor que la enseñes a volar en el ínter, observó Mnementh, con uno de sus grandes ojos brillando directamente encima del hombro de F'lar. *Ella es bastante rápida para intentarlo por sí misma, y, ¿dónde estaremos nosotros entonces?*

F'lar dejó que la acerada réplica muriera en sus labios, mientras miraba sin aliento. Ramoth plegó súbitamente sus alas, lanzándose en picado a través del cielo. Al llegar al punto crítico, y sin esfuerzo aparente, volvió a remontarse.

Mnementh le recordó deliberadamente su primer vuelo salvajemente acrobático. Una tierna sonrisa iluminó el rostro de F'lar, y súbitamente supo hasta qué punto Lessa había anhelado volar, cuan amargo tenía que haber sido para ella ver practicar a los jóvenes dragones, mientras que a ella le estaba prohibido intentarlo.

Bueno, él no era R'gul, corroído por la indecisión y por la duda.

Y ella no es Jora, le recordó Mnementh mordazmente. *Les estoy llamando*, añadió el dragón. *Ramoth se está poniendo anaranjada*.

F'lar contempló cómo Ramoth iniciaba obedientemente el descenso, arqueando sus alas para ralentizar su enorme velocidad. ¡Alimentada o no, podía volar!

Montó en Mnementh, sin dejar de observar el descenso de la pareja hacia el comedero. Vio fugazmente el rostro de Lessa, reflejando un júbilo y una rebeldía inenarrables.

Ramoth tomó tierra y Lessa se dejó caer al suelo, indicándole con un gesto al dragón hembra que podía comer.

Luego, la muchacha se giró, contemplando cómo Mnementh planeaba para que F'lar desmontara. Irguió sus hombros, levantando belicosamente su barbilla y preparándose para enfrentarse con la reprimenda del dragonero. Se comportaba como cualquiera de los jóvenes caballeros del Weyr, anticipando el castigo y decididos a aguantarlo sin proferir ninguna queja. ¡No estaba arrepentida de lo que había hecho!

La admiración por aquella indomable personalidad borró el último rastro del enojo de F'lar. Dejó asomar una sonrisa a su rostro mientras recorría la distancia que les separaba.

Desconcertada por aquella actitud completamente inesperada, Lessa inició un movimiento de retroceso:

—Las reinas pueden volar también —exclamó, en tono desafiante.

La sonrisa de F'lar se ensanchó hasta inundar su rostro. Apoyando las manos sobre los hombros de Lessa, la sacudió cariñosamente.

—Desde luego que pueden volar —le aseguró, con voz llena de orgullo y de respeto—. ¡Por eso tienen alas!

TERCERA PARTE

CAE POLVO

*El Dedo apunta
A un Ojo inyectado en sangre.
Alerta a los Weyrs
Para chamuscar a la Hebra.*

—¿Dudas todavía, R'gul? —preguntó F'lar, mostrándose ligeramente divertido ante la terquedad del viejo caballero bronce.

R'gul, con sus agraciadas facciones obstinadamente endurecidas, no replicó a la mofa del caudillo del Weyr. Rechinó los dientes, como si con ello pudiera triturar la autoridad de F'lar sobre él.

—¡No ha habido Hebras en los cielos de Pern durante más de cuatrocientas Revoluciones! ¡Han dejado de existir!

—Siempre hay esa posibilidad —concedió F'lar amablemente. Sin embargo, en sus ojos ambarinos no había el menor rastro de tolerancia. Ni el menos indicio de compromiso en sus modales.

Era más parecido a F'lon, su padre, decidió R'gul, de lo que un hijo tiene derecho a ser. Siempre tan seguro de sí mismo, siempre ligeramente desdeñoso de lo que otros hacían o pensaban. Arrogante, eso era F'lar. Impertinente también, y esquivo en el asunto de aquella joven Dama del Weyr. R'gul la había educado para que fuera una de las mejores Damas del Weyr en muchas Revoluciones. Antes de que él terminara de instruirla, ella se sabía al pie de la letra todas las Baladas y Sagas Docentes. Y luego la estúpida chiquilla se había vuelto hacia F'lar. No tenía bastante sentido común para apreciar los méritos de un hombre más viejo y con más experiencia. Indudablemente se sentía obligada con F'lar por haberla descubierto en la Búsqueda.

—Sin embargo —estaba diciendo F'lar—, ¿admites que cuando el sol golpea el Dedo de Roca al amanecer se ha alcanzado el solsticio de invierno?

—Cualquier tonto sabe para qué sirve el Dedo de Roca —gruñó R'gul.

—Entonces, viejo tonto, ¿por qué no admites que el Ojo de Roca fue colocado en la Piedra de la Estrella para enmarcar a la Estrella Roja cuando está a punto de hacer una Pasada? —estalló K'net.

R'gul enrojeció, levantándose a medias de su silla, dispuesto a pedirle cuentas al joven caballero por semejante insolencia.

—¡K'net! —intervino F'lar en tono autoritario—. ¿De veras te gustó tanto volar con la patrulla de Igen que quieres pasar unas cuantas semanas más en ella?

K'net se apresuró a sentarse, enrojeciendo ante la reprimenda y la amenaza.

—Existen, R'gul, pruebas incontrovertibles en apoyo de mis conclusiones —continuó F'lar con engañosa suavidad—. «El Dedo apunta / A un Ojo inyectado en sangre.»

—No me cites versos que yo te enseñé cuando eras un novato —exclamó R'gul

calurosamente.

—En tal caso, no pierdas la fe en lo que enseñabas —replicó F'lar con un brillo peligroso en sus ojos ambarinos. R'gul, desconcertado por aquella inesperada energía, se hundió en su asiento.

—No puedes negar, R'gul —continuó F'lar tranquilamente—, que hace menos de media hora el sol golpeó en la punta del Dedo, y la Estrella Roja quedó perfectamente enmarcada en el Ojo de Roca.

Los otros caballeros, lo mismo los bronce que los pardo, murmuraron e hicieron gestos de asentimiento. Existía también una corriente subterránea de resentimiento por la continua oposición de R'gul a la política de F'lar como nuevo caudillo del Weyr. Incluso el viejo S'lel, otrora decidido partidario de R'gul, estaba siguiendo a la mayoría.

—No ha habido Hebras en cuatrocientas Revoluciones. No existen ya Hebras —murmuró R'gul.

—En tal caso, camarada dragonero —dijo F'lar jovialmente—, todo lo que has enseñado es falso. Los dragones, tal como los Señores de los Fuertes desean creer, son parásitos de la economía de Pern, anacronismos. Lo mismo que nosotros.

«Por lo tanto, no quiero retenerte aquí contra los dictados de tu conciencia. Tienes mi permiso para abandonar el Weyr y fijar tu residencia donde te plazca.

Alguien rió.

R'gul estaba demasiado aturdido por el ultimátum de F'lar para darse por enterado de aquella ofensa. ¿Abandonar el Weyr? ¿Se había vuelto loco F'lar? ¿Adónde iría? Había pasado toda su vida en el Weyr. Todos sus antepasados masculinos habían sido dragoneros. No todos bronce, ciertamente, pero sí un buen porcentaje. Su abuelo materno había sido caudillo del Weyr, lo mismo que él, R'gul, hasta que Mnementh había cubierto a la nueva reina.

Pero los dragoneros no abandonaban nunca el Weyr. Bueno, lo hacían si eran lo bastante negligentes como para perder sus dragones, como en el caso de aquel Lytol que ahora estaba en el Fuerte de Ruatha. ¿Cómo podía R'gul abandonar el Weyr *con* un dragón?

¿Qué quería F'lar de él? ¿No le bastaba con ser caudillo del Weyr en lugar de R'gul? ¿No estaba suficientemente hinchado su orgullo después de haber humillado a los Señores de Pern obligándoles a retirar su ejército cuando se habían puesto de acuerdo para ajustarles las cuentas al Weyr y a los dragoneros? ¿Acaso pretendía dominar a *todos* los dragoneros, en cuerpo y alma? R'gul permaneció largo rato con la mirada fija, incrédulo.

—Yo no creo que seamos parásitos —dijo finalmente F'lar, rompiendo el silencio con voz suave y persuasiva—. Ni anacrónicos. En otras épocas hubo largos Intervalos. La Estrella Roja no pasa siempre lo bastante cerca como para que caigan Hebras sobre Pern. Por eso nuestros ingeniosos antepasados idearon la posición del Ojo de Roca y del Dedo de Roca de modo que les permitiera confirmar *cuándo* se producirá una Pasada. Y otra cosa —su rostro asumió una expresión muy seria—: la dragonería, y con ella Pern, han estado a punto de desaparecer en más de una ocasión por culpa de escépticos como tú —F'lar sonrió y se relajó indolentemente en su silla—. Yo prefiero no ser recordado como un escéptico. ¿Cómo habrá que recordarte a ti, R'gul?

La tensión en la Sala del Consejo era enorme. R'gul tuvo consciencia de que alguien respiraba roncamente y se dio cuenta de que era él mismo. Miró el rostro diamantino del joven caudillo del Weyr y supo que la amenaza no era vana. Tendría que admitir

sin reservas la autoridad de F'lar, aunque la admisión le doliera en lo más hondo, o abandonar el Weyr.

Y, ¿a dónde podría ir, como no fuera a uno de los otros Weyrs, abandonados durante centenares de Revoluciones? ¿Acaso no era eso una prueba suficiente de que las Hebras habían dejado de existir? ¿Cinco Weyrs vacíos? No, por el Huevo de Faranth, él imitaría la conducta de F'lar, disimularía, y esperaría a que llegara su momento. Cuando todo Pern se volviera contra el necio y arrogante F'lar, él, R'gul, estaría allí para salvar algo de las ruinas.

—Un dragonero permanece en su Weyr —dijo R'gul, con toda la dignidad que pudo reunir.

—¿Y acepta la política del legítimo caudillo del Weyr?

El tono de F'lar hizo que la pregunta sonara más como una orden.

Para no ser perjuro a sí mismo, R'gul se limitó a asentir inclinando levemente la cabeza. F'lar continuó mirándole fijamente, y R'gul se preguntó si el hombre, podía leer sus pensamientos como podía hacerlo su dragón. Logró devolver la mirada tranquilamente. Su momento llegaría. Sabría esperar.

Aceptando aparentemente la capitulación, F'lar se puso en pie y nombró los servicios de patrulla para la jornada.

—T'bor, tú eres vigía del tiempo. No pierdas de vista a esos convoyes de diezmos. ¿Tienes el informe de esta mañana?

—El tiempo era bueno al amanecer... en Telgar y Keroon... quizá demasiado frío —dijo T'bor con una maliciosa sonrisa—. Los convoyes de diezmos sin embargo, tienen buenos caminos duros, de modo que no pueden tardar en llegar aquí.

Sus ojos brillaron con la anticipación del festín que seguiría a la llegada de provisiones... una idea que compartía todo el mundo, a juzgar por las expresiones alrededor de la mesa.

F'lar asintió.

—S'lan y D'nol, vosotros continuaréis con la minuciosa Búsqueda de muchachos aptos. Tienen que ser jóvenes, si es posible, pero no paséis por alto a ninguno que dé muestras de talento. Son preferibles, para la Impresión, los muchachos educados en las Tradiciones del Weyr... —F'lar se encogió de hombros—, pero en las Cavernas Inferiores no hay bastantes. También en materia de procreación andamos retrasados. De todos modos, los dragones alcanzan su pleno crecimiento más aprisa que sus jinetes. Necesitamos más *hombres* jóvenes para la Impresión cuando Ramoth haya empollado sus huevos. Recorred los Fuertes meridionales, Ista, Nerat, Fort y Sur Boll, donde la madurez llega más pronto. Utilizad el pretexto de que inspeccionáis las tareas de eliminación de la hierba en los Fuertes para hablar con los muchachos. Y llevaos pedernal y efectúa unas cuantas pasadas llameantes sobre aquellas alturas que no hayan sido exploradas en... oh... años de dragón. Un animal llameante impresiona a los jóvenes y despierta envidia.

F'lar miró deliberadamente a R'gul para comprobar cómo reaccionaba el ex caudillo del Weyr ante aquella orden. R'gul se había opuesto obstinadamente a ir en busca de candidatos fuera del Weyr. En primer lugar, R'gul había argüido que en las Cavernas Inferiores había dieciocho muchachos, algunos demasiado jóvenes, desde luego, pero R'gul no admitía que Ramoth pusiera más de la docena de huevos que Nemorth había puesto siempre. En segundo lugar, R'gul insistía en la necesidad de evitar cualquier acto que pudiera enojar a los Señores.

R'gul no formuló ninguna objeción, y F'lar continuó:

—K'net, vuelve a las minas. Quiero que se revisen las medidas adoptadas en cada una de ellas, y conocer las cantidades de pedernal disponibles. R'gul, continúa instruyendo a los jóvenes caballeros, de un modo especial en lo que respecta a puntos de referencia para la localización de lugares geográficos. Si son utilizados como mensajeros y portadores de suministros, pueden verse obligados a salir precipitadamente, sin tiempo para formular preguntas.

«F'nor, T'sum —F'lar se volvió hacia sus propios caballeros pardos—, hoy os toca servicio de limpieza. —Se permitió una sonrisa ante su consternación—. Empezad por Ista Weyr. Limpiad la Caverna de Eclosión y los weyrs suficientes para un doble escuadrón. Y, F'nor, no dejéis un solo Archivo detrás. Vale la pena conservarlos.

«Eso es todo, dragoneros. Os deseo un vuelo feliz.»

F'lar salió de la Sala del Consejo y se dirigió directamente al weyr de la reina.

Ramoth seguía durmiendo, con su piel resplandeciente de salud, y su color ligeramente más oscuro —un dorado más bronceado—, revelando su preñez. Cuando F'lar pasó por delante de ella, la larga cola de Ramoth vibró imperceptiblemente.

Aquellos días, todos los dragones se mostraban inquietos, pensó F'lar. Pero cuando interrogó a Mnementh, el dragón bronce no pudo darle ningún motivo. Se despertaba, y volvía a dormirse. Eso era todo. Al parecer, la inquietud era algún tipo de reacción instintiva. Pero esta explicación no satisfacía del todo a F'lar.

Lessa no se encontraba en el dormitorio, ni se estaba bañando. F'lar resopló. La muchacha iba a despellejarse con tanto baño. En el Fuerte de Ruatha había tenido que vivir mugrienta para protegerse a sí misma, pero aquí, bañarse dos veces al día... F'lar empezaba a preguntarse si esto podría ser una manera sutil, muy a lo Lessa, de insultarle a él personalmente. Suspiró. Lessa se mostraba esquiva, inasequible. Era más amable con su hermanastro, F'nor, y con K'net, el más joven de los jinetes bronce, que con F'lar... que compartía su lecho.

Dejó caer la cortina, irritado. ¿Dónde estaría Lessa ahora, cuando por primera vez en varias semanas, F'lar había logrado enviar a todos los escuadrones fuera del Weyr para poder enseñarle a ella a volar en el *inter*?

Ramoth no tardaría en estar demasiado pesada para semejante actividad. El se lo había prometido a la Dama del Weyr, y quería cumplir su palabra. Lessa se había acostumbrado a ponerse su atuendo de montar de piel de wher, como si quisiera recordarle continuamente su incumplida promesa. Por determinadas observaciones que ella había dejado caer, F'lar sabía que no esperaba mucho más su ayuda, y que lo intentaría por su propia cuenta.

Cruzó de nuevo el weyr de la reina y atisbó a lo largo del pasillo que conducía a la Sala de los Archivos. Lessa iba allí con frecuencia, para revolver los mohosos pergaminos. Y este era otro asunto que requería una urgente consideración. Aquellos pergaminos se estaban deteriorando hasta el punto de resultar prácticamente ilegibles. Curiosamente, los que estaban en mejores condiciones eran los más antiguos. Otra técnica olvidada.

¡Aquella muchacha! F'lar echó hacia atrás un mechón de cabellos caído sobre su frente, en un gesto habitual en él cuando estaba enojado o preocupado. El pasillo estaba a oscuras, lo cual significaba que Lessa no podía encontrarse en la Sala de los Archivos.

—Mnementh —llamó silenciosamente a su dragón bronce, que tomaba el sol en el saledizo correspondiente al weyr de la reina—. ¿Qué está haciendo la muchacha?

Lessa, respondió el dragón, pronunciando el nombre de la Dama del Weyr con

rebuscaba cortesía, *está hablando con Manora. Va vestida para cabalgar*, añadió tras una breve pausa.

F'lar dio sarcásticamente las gracias al bronce y echó a andar por el pasillo en dirección a la entrada. Al doblar el último recodo se dio de manos a boca con Lessa.

Tú no me has preguntado dónde estaba, se lamentó Mnementh, respondiendo a la ofuscada reprimenda de F'lar.

La violencia del choque estuvo a punto de hacer perder el equilibrio a la muchacha. Alzó la mirada hacia F'lar, con los labios apretados y los ojos llameantes.

—¿Por qué no he tenido oportunidad de ver a la Estrella Roja a través del Ojo de Roca? —preguntó, en tono rabioso.

F'lar suspiró. Una Lessa enfurecida completaría la lista de sus quebraderos de cabeza esta mañana.

—Había que acomodar a demasiada gente en el Pico —murmuró, decidido a no permitir que Lessa le irritara hoy—. Y tú ya crees.

—Me hubiera gustado verla —replicó Lessa, y pasó por delante de F'lar hacia el weyr—. Aunque sólo fuera en mi calidad de Dama del Weyr y Registradora.

F'lar la tomó del brazo, y notó que el cuerpo de la muchacha se tensaba. Apretó los dientes, deseando, como había deseado un centenar de veces desde que Ramoth remontó el vuelo para su primer apareamiento, que Lessa no hubiese sido virgen. El no había podido controlar sus excitadas emociones por aquel vuelo nupcial, y la primera experiencia sexual de Lessa había sido violenta. A F'lar le había sorprendido ser el primero, teniendo en cuenta que Lessa había pasado su adolescencia entre lascivos guardianes. Evidentemente, nadie se había tomado la molestia de mirar más allá de la cortina de harapos y la capa de suciedad que ella había conservado cuidadosamente como un disfraz. Desde entonces, F'lar había sido un compañero de cama considerado y amable, pero no por ello había logrado que Lessa dejara de mostrarse esquiva.

Sin embargo, F'lar sabía que algún día Lessa acabaría por responder voluntaria y apasionadamente a sus caricias. Estaba orgulloso de su habilidad, y se encontraba en situación de perseverar.

Ahora, F'lar respiró a fondo y soltó lentamente el brazo de Lessa.

—Es una suerte que estés vestida para cabalgar. En cuanto los escuadrones se hayan marchado y Ramoth despierte, voy a enseñarte a volar por el *inter*.

El brillo de excitación en los ojos de Lessa fue visible incluso en el mal iluminado pasillo.

—No podemos demorarlo por más tiempo, si no queremos que Ramoth esté demasiado pesada para volar —añadió F'lar amablemente.

—¿Lo dices en serio? —La voz de Lessa había perdido su habitual acento mordaz—. ¿Nos enseñarás hoy?

A F'lar le hubiera gustado poder ver con claridad el rostro de la muchacha.

Un par de veces había captado en aquel rostro una expresión descuidada, amorosa y tierna. Hubiera dado cualquier cosa porque aquella mirada se hubiese vuelto hacia él. Sin embargo, admitía en su fuero interno, tenía que alegrarse de que aquella mirada cariñosa sólo estuviera dirigida a Ramoth y no a otro humano.

—Sí, mi querida Dama del Weyr, lo digo en serio. Hoy te enseñaré a volar por el *inter*. Aunque sólo sea —se inclinó ante ella con una exagerada reverencia— para evitar que lo intentes por tu propia cuenta.

La risita de Lessa le reveló que su indirecta había dado en el blanco.

—Ahora mismo, sin embargo —añadió F'lar, indicándole a Lessa con un gesto que

le precediera hacia el weyr—, comería algo. Haremos que lo suban de la cocina.

Habían entrado en el bien iluminado weyr, de modo que F'lar no se perdió la incisiva mirada que Lessa le disparó por encima del hombro. Lessa no perdonaría fácilmente el haber sido dejada fuera del grupo que acudió a la Piedra de la Estrella aquella mañana, ni siquiera con el soborno de volar por el *inter*.

Cuán distinto era este aposento interior ahora que Lessa era la Dama del Weyr, pensó F'lar mientras Lessa encargaba la comida. Durante la incompetente gestión de Jora como Dama del Weyr, los dormitorios habían estado atestados de vajilla sin lavar y platos sucios. El lamentable estado del Weyr y el reducido número de dragones tenían su origen tanto en Jora como en R'gul, ya que ella había estimulado indirectamente la pereza, la negligencia y la glotonería.

Si él, F'lar, hubiese tenido unos cuantos años más cuando falleció F'lon, su padre... Jora había sido desagradable, pero cuando los dragones se remontan en vuelo de apareamiento, la condición de la pareja de uno no cuenta para nada.

Lessa trajo de la plataforma una bandeja de pan y queso y cubiletes de estimulante *klah*. Sirvió a F'lar diestramente.

—¿Tú no has comido, tampoco? —preguntó F'lar. Lessa sacudió la cabeza vigorosamente, agitando a través de sus hombros la trenza en la que había recogido sus finos y oscuros cabellos. El peinado resultaba demasiado severo para su estrecho rostro, pero no desfiguraba, si había sido esa su intención, su feminidad ni la extraña belleza de sus delicadas facciones. F'lar se maravilló de nuevo de que un cuerpo tan frágil contuviera tanta inteligencia y tantos recursos, tanta astucia... sí, esa era la palabra, astucia. F'lar no incurría en el error, que otros habían cometido, de subestimar las facultades de Lessa.

—Manora me llamó para que presenciara el nacimiento del hijo de Kylara.

F'lar mantuvo una expresión de educado interés. Sabía perfectamente que Lessa sospechaba que el niño era suyo, y podía haberlo sido, admitía en su fuero interno, aunque lo dudaba. Kylara había sido una de las diez candidatas de la misma Búsqueda en la que había descubierto a Lessa, hacía tres años. Al igual que otras candidatas que habían sobrevivido a la Impresión, Kylara había descubierto que ciertos aspectos de la vida del Weyr encajaban exactamente con su temperamento. Había pasado del weyr de un caballero a otro. Incluso había seducido a F'lar... no en contra de su voluntad, desde luego. Ahora que era caudillo del Weyr, F'lar juzgaba más prudente ignorar los esfuerzos de Kylara para reanudar aquellas relaciones. T'bor había sido el último en convivir con ella hasta que la retiró a las Cavernas Inferiores, en avanzado estado de gestación.

Aparte de tener las tendencias amorosas de un dragón verde, Kylara era lista y ambiciosa. Sería una Dama del Weyr fuerte, de modo que F'lar había encargado a Manora y a Lessa que imbuyeran la idea en la mente de Kylara. En calidad de Dama del Weyr... de otro Weyr... resultaría útil para Pern. Kylara no había aprendido a mostrarse disimulada y paciente como Lessa, y no poseía una mente tortuosa como la actual Dama del Weyr. Por fortuna, Kylara sentía una especie de terror reverencial hacia Lessa, y F'lar sospechaba que la propia Lessa influenciaba sutilmente esta actitud. En el caso de Kylara, F'lar prefería no formular objeciones a las maniobras de Lessa.

—Un hijo muy hermoso —estaba diciendo Lessa. F'lar sorbió su *klah*. Lessa no se saldría con la suya si pretendía hacerle admitir alguna responsabilidad. Tras una larga pausa, Lessa añadió:

—Kylara le ha puesto el nombre de T'kil. F'lar reprimió una sonrisa ante el fracaso de Lessa en sus tentativas por hacerle salir de su impasibilidad.

—Muy discreto por su parte.

—¿Eh?

—Sí —dijo F'lar tranquilamente—. T'lar podría haber dado lugar a confusiones si ella tomaba la segunda mitad de su nombre como es costumbre. «T'kil», en cambio, indica tanto al padre como a la madre.

—Mientras esperaba que terminara el Consejo —dijo Lessa después de aclararse la garganta—, Manora y yo revisamos las cuevas de suministros. Los convoyes de diezmos, que los Fuertes han sido tan amables en enviarnos —su voz era incisiva—, llegarán en el curso de esta semana. Pronto tendremos pan apto para el consumo —añadió, frunciendo la nariz ante el quebradizo bollo grisáceo sobre el cual intentaba extender una capa de queso.

—Un cambio agradable —convino F'lar.

Lessa hizo una pausa.

—¿Siguió la Estrella Roja la trayectoria prevista? —preguntó finalmente.

F'lar asintió.

—¿Y se han disipado con ello las dudas de R'gul?

—No del todo —dijo F'lar sonriendo, ignorando el sarcasmo de Lessa—. No del todo, pero será más comedido en sus críticas.

Lessa tragó rápidamente a fin de poder hablar.

—Harias bien en cortar sus críticas de raíz —dijo bruscamente, moviendo su cuchillo como si lo hundiera en el corazón de un hombre—. Nunca aceptará tu autoridad de buen grado.

—Necesitamos a todos los caballeros bronce... sólo hay siete, como ya sabes —le recordó F'lar—. R'gul es un buen jefe de escuadrón. Y cambiará de actitud cuando caigan las Hebras. Necesita pruebas para que desaparezcan definitivamente sus dudas.

—¿Acaso la Estrella Roja en el Ojo de Roca no es una prueba? —inquirió Lessa.

En su fuero interno F'lar compartía la opinión de Lessa, en el sentido de que podría resultar más prudente eliminar la obstinada oposición de R'gul. Pero no podía sacrificar a un jefe de escuadrón, necesitando como necesitaba a todos y a cada uno de sus dragones y jinetes.

—No confío en él —añadió Lessa en tono sombrío. Sorbió su *klah*, con aire pensativo, mientras F'lar se preguntaba si aquella desconfianza se extendía a él mismo.

Era indudable que sí, hasta cierto punto. Y F'lar, honradamente, no podía reprochárselo. Lessa reconocía que todas las medidas que tomaba F'lar tenían el mismo objetivo: la seguridad y protección de la dragonería y del Weyr, y consecuentemente la seguridad y protección de Pern. Para alcanzar aquel objetivo, necesitaba la plena colaboración de Lessa. Y cuando se discutían asuntos del Weyr o de la dragonería, Lessa prescindía de la antipatía que F'lar sabía que experimentaba hacia él. En las conferencias le apoyaba incondicional y persuasivamente, aunque F'lar veía siempre una expresión especulativa y suspicaz en sus ojos. El necesitaba no solamente su tolerancia sino también su simpatía.

—Dime —inquirió Lessa después de un prolongado silencio—, ¿tocó el sol el Dedo de Roca antes o después de que la Estrella Roja quedara enmarcada en el Ojo de Roca?

—A decir verdad, no estoy seguro, ya que no lo vi por mí mismo... la coincidencia sólo dura unos instantes... pero se supone que los dos hechos son simultáneos.

Lessa frunció el ceño.

—¿A quién encargaste que lo controlara? ¿A R'gul? Lessa estaba enfurecida, y sus ojos miraban a todas partes menos a F'lar.

—Soy el caudillo del Weyr —la informó F'lar secamente. Lessa se estaba mostrando irrazonable.

Lessa le dirigió una larga y dura mirada antes de inclinarse a terminar su comida. Comía muy poco. Comparada con Jora, en el curso de un día entero no comía lo suficiente como para alimentar a un niño enfermo. Aunque, desde luego, resultaba absurdo comparar a Lessa con Jora en cualquier sentido.

F'lar terminó su propio desayuno, colocando los cubiletes sobre la bandeja vacía con aire ausente. Lessa se levantó silenciosamente y se llevó los platos.

—Saldremos en cuanto el Weyr esté libre —dijo F'lar.

—Como tú digas —Lessa asintió con la cabeza hacia la dormida reina, visible a través del arco—. Pero tendremos que esperar a Ramoth.

—¿No se está despertando? Hace más de una hora que mueve la cola.

—Siempre lo hace a esta hora del día.

F'lar se inclinó a través de la mesa, con las cejas fruncidas pensativamente, mientras contemplaba cómo se movía espasmódicamente de un lado a otro la dorada punta de la cola de la reina.

—Mnementh hace lo mismo. Y siempre al amanecer y a primera hora de la mañana. Como si asociaran esa hora del día con problemas...

—¿O con el remontarse de la Estrella Roja? —le interrumpió Lessa.

Alguna sutil diferencia en el tono de su voz hizo que F'lar le dirigiese una rápida mirada. Ahora no era rabia por haberse perdido el fenómeno matinal. Los ojos de Lessa no estaban fijos en nada concreto; su rostro se había contraído y unas diminutas arrugas poblaban su entrecejo.

—Al amanecer... cuando llegan todas las advertencias —murmuró Lessa.

—¿Qué clase de advertencias? —preguntó F'lar con sincero interés.

—Aquella mañana... unos días antes... antes de que Fax y tú llegaraís al Fuerte de Ruatha. Algo me despertó... una especie de presión... la sensación de amenaza de un terrible peligro —Lessa permaneció silenciosa unos instantes—. La Estrella Roja había empezado a remontarse.

Los dedos de su mano izquierda se abrieron y se cerraron. Se estremeció convulsivamente y volvió a fijar su mirada en F'lar.

—Fax y tú llegasteis del nordeste, procedentes de Crom —añadió en tono incisivo, ignorando el hecho, observó F'lar, de que la Estrella Roja se remonta también algo al norte del auténtico este.

—Es cierto —sonrió F'lar, recordando perfectamente aquella mañana—. Aunque —añadió, señalando con un amplio gesto la gran caverna a su alrededor— prefiero creer que aquel día te serví bien. ¿Lo recuerdas con desagrado?

La mirada que Lessa le dirigió era fríamente inescrutable.

—El peligro se presenta con muchos disfraces.

—Estoy de acuerdo —respondió F'lar amablemente, decidido a no caer en la trampa que ella le tendía—. ¿Habías despertado de un modo similar en alguna otra ocasión? —inquirió en tono casual. El silencio absoluto en la estancia atrajo de nuevo la atención de F'lar hacia Lessa. Vio que el rostro de la muchacha había palidecido intensamente.

—El día que Fax invadió el Fuerte de Ruatha. La voz de Lessa era un susurro

apenas articulado. Sus ojos, muy abiertos, tenían una extraña fijeza. Sus manos se aferraban al borde de la mesa. Su silencio se prolongó por espacio de tanto tiempo que F'lar empezó a preocuparse. Esta era una reacción inesperadamente violenta a una pregunta casual.

—Cuéntame —sugirió suavemente.

Lessa habló en un tono frío, impersonal, como si estuviera recitando una Balada Tradicional o algo que le había ocurrido a otra persona.

—Yo era una niña. Tenía once años. Desperté al amanecer...

Su voz se apagó. Sus ojos permanecieron fijos en un punto indeterminado, contemplando una escena que había ocurrido hacía mucho tiempo.

F'lar se sintió dominado por un irresistible deseo de consolarla. Le impresionó profundamente, incluso mientras se sentía invadido por aquella desacostumbrada compasión, el hecho de que nunca se le había ocurrido la idea de que Lessa, de entre todas las personas, pudiera sentirse afectada por un terror tan antiguo.

Mnementh informó bruscamente a su jinete que Lessa estaba obviamente trastornada. Lo suficiente para que su angustia mental estuviera despertando a Ramoth. En tono menos acusador, Mnementh informó a F'lar que R'gul se había marchado finalmente con sus jóvenes alumnos. Sin embargo, Hath, su dragón, se hallaba muy desorientado debido al estado de ánimo de R'gul. Por lo visto, F'lar se había propuesto desquiciar a todo el mundo en el Weyr...

—Oh, cállate de una vez —dijo F'lar en voz baja.

—¿Por qué? —inquirió Lessa con su voz normal.

—No hablaba contigo, mi querida Dama del Weyr —le aseguró F'lar, sonriendo agradablemente, como si no se hubiese producido el penoso interludio—. Estos días, Mnementh está lleno de consejos.

—A tal jinete, tal dragón —replicó Lessa en tono mordaz.

Ramoth dejó oír un poderoso bostezo. Lessa se puso en pie de un salto y echó a correr hacia el dragón hembra, su frágil figura empequeñecida por los casi dos metros de la cabeza del animal.

Una expresión de ternura inundó el rostro de Lessa mientras contemplaba los brillantes ojos opalescentes de Ramoth. F'lar apretó los dientes, envidioso del afecto que la muchacha profesaba a su dragón.

En su mente percibió el equivalente a la risa de dragón de Mnementh.

—Ramoth tiene hambre —informó Lessa a F'lar, con un eco de su amor a Ramoth vibrando en la suave línea de su boca, en la ternura de sus ojos grises.

—Ramoth siempre tiene hambre —observó F'lar, y siguió a la pareja fuera del weyr.

Mnementh planeó cortésmente junto al saledizo hasta que Lessa y Ramoth hubieron despegado. Se deslizaron hacia el Cuenco del Weyr, por encima del lago cubierto por una leve bruma, en dirección al comedero situado en el extremo opuesto del largo óvalo que incluía el suelo del Weyr de Benden. Las estriadas paredes estaban taladradas con las negras bocas de las entradas de los weyrs individuales, abandonados a aquella hora del día por los escasos dragones que podían dormirar sobre sus saledizos al sol invernal.

Mientras F'lar se encaramaba al bronceo cuello de Mnementh, confió en que la nidada de Ramoth sería espectacular, borrando la ignominia de la mezquina docena de huevos que Nemorth había puesto en cada uno de sus escasos apareamientos.

F'lar no tenía serias dudas sobre la mejoría después del notable vuelo de apareamiento de Ramoth con su Mnementh. El dragón bronce murmuró su completo

acuerdo con la certidumbre de su jinete, y ambos contemplaron posesivamente a la reina mientras curvaba sus alas para tomar tierra. Su tamaño era dos veces mayor que el de Nemorth, en primer lugar; y sus alas tenían una longitud superior a las de Mnementh, que era el mayor de los siete bronce machos. F'lar pensaba en Ramoth para repoblar los cinco Weyrs vacíos, del mismo modo que pensaba en Lessa y en sí mismo para rejuvenecer el orgullo y la fe de los dragoneros y del propio Pern. Sólo esperaba disponer del tiempo suficiente para hacer lo que era necesario. La Estrella Roja había sido enmarcada por el Ojo de Roca. Las Hebras no tardarían en caer. En alguna parte, en uno de los Archivos de los otros Weyrs, tenía que encontrarse la información que necesitaba para saber *cuándo*, exactamente, caerían las Hebras.

Mnementh tomó tierra. F'lar se apeó del curvado cuello para situarse al lado de Lessa. Los tres contemplaron cómo Ramoth, con una presa en cada una de sus patas delanteras, remontaba el vuelo hasta un saledizo.

—¿No se le acabará nunca el apetito? —preguntó Lessa con fingido desaliento.

Siendo una cría, Ramoth había estado comiendo para crecer. Completado su desarrollo, ahora estaba comiendo, desde luego, en su calidad de gestante, y se aplicaba a ello concienzudamente.

F'lar dejó oír una risita y se agachó, estilo cazador. Cogió trozos de pizarra y los lanzó a través del suelo seco y llano, contando infantilmente las nubecillas de polvo.

—Llegará el momento en que Ramoth no coma todo lo que tenga a la vista —le aseguró a Lessa—. Pero ahora es joven...

—...y necesita su fuerza —le interrumpió Lessa, imitando perfectamente el tono pedante de R'gul.

F'lar alzó la mirada hacia ella, entornando los ojos contra el sol invernal que caía oblicuamente sobre ellos.

—Ramoth es un animal perfectamente desarrollado, especialmente si se la compara con Nemorth —F'lar se encogió de hombros desdeñosamente—. En realidad, *no* hay comparación posible. Sin embargo, mira aquí —ordenó perentoriamente.

Golpeó con la palma de la mano la arena alisada delante de él, y Lessa vio que sus gestos aparentemente ociosos habían tenido una finalidad. Con una piedra puntiaguda, F'lar hizo un dibujo con rápidos trazos.

—Para que un dragón vuele por el *inter*, tiene que saber adónde ir. Lo mismo que tú. —Sonrió ante la expresión asombrada y enfurecida del rostro de Lessa—. Un salto mal calculado produce determinadas consecuencias. Los puntos de referencia mal visualizados se traducen a menudo en una imposibilidad de salir del *inter* —añadió en tono ominoso. El rostro de Lessa se aclaró, olvidado su resentimiento—. De modo que existen algunos puntos de referencia o de reconocimiento que todos los caballeros jóvenes deben aprender. Ese —señaló primero a su dibujo y luego a la verdadera Piedra de la Estrella con sus compañeros el Dedo y el Ojo de Roca —es el primer punto de reconocimiento que aprende un joven caballero. Cuando yo te lleve hacia lo alto, te situarás inmediatamente encima de la Piedra de la Estrella, lo bastante cerca como para que puedas ver claramente el orificio en el Ojo de Roca. Fija bien esa imagen en tu cerebro, y transmítesela a Ramoth. Te devolverá siempre a casa.

—Entendido. Pero, ¿cómo aprenderé puntos de reconocimiento de lugares que nunca he visto?

F'lar sonrió.

—A base de ejercicio. En primer lugar, obedeciendo a tu instructor —y apuntó la piedra puntiaguda a su propio pecho—, y luego yendo allí, tras haber aleccionado a tu

dragón para que capte la visualización de su instructor —y señaló a Mnementh.

El dragón bronce inclinó su cuneiforme cabeza hasta que uno de sus ojos enfocó a su jinete y al jinete de su pareja. Ronroneó en lo profundo de su pecho, complacido.

Lessa le sonrió al resplandeciente ojo y, con inesperado afecto, palmeó el suave hocico.

F'lar carraspeó, sorprendido. Se había dado cuenta de que Mnementh le demostraba afecto a la Dama del Weyr, pero no tenía la menor idea de que Lessa estuviera encariñada con el bronce. Se sintió irritado, sin saber exactamente por qué.

—Sin embargo —dijo, y su voz sonó anormal a sus propios oídos—, llevamos continuamente a los jóvenes caballeros en viajes de ida y vuelta a los principales puntos de referencia a través de todo Pern, a todos los Fuertes, a fin de que tengan impresiones visuales directas en que apoyarse. A medida que un caballero aprende a captar puntos de reconocimiento, obtiene referencias adicionales de otros caballeros. En consecuencia, para ir por el *inter* sólo se requiere una cosa: una imagen clara del lugar al que se desea ir. ¡Y un dragón! —F'lar sonrió—. Asimismo, debes planear siempre llegar encima de tu punto de referencia, en pleno aire.

Lessa enarcó las cejas.

—Es preferible llegar en pleno aire —F'lar agitó una mano por encima de su cabeza —que bajo tierra— y golpeó el suelo con la palma de la mano, levantando una nubecilla de polvo.

—Pero los escuadrones despegaron del interior del Cuenco el día que llegaron los Señores de los Fuertes —le recordó Lessa.

F'lar sonrió.

—Es verdad, pero sólo los jinetes más veteranos. En cierta ocasión encontramos un dragón y su caballero emparedados juntos en sólida roca. Eran... muy jóvenes.

Los ojos de F'lar se habían nublado.

—Lo tendré muy en cuenta —le aseguró Lessa, muy seria—. Esa es la que hace el número cinco —añadió, señalando a Ramoth, que transportaba a su última presa hacia el saledizo ensangrentado.

—Hoy van a hacerle falta, te lo aseguro —observó F'lar. Se incorporó, sacudiendo el polvo de sus rodillas con sus guantes de cabalgar—. Llámale la atención.

Lessa lo hizo con un silencioso *¿No has comido bastante?* Frunció el ceño al notar que Ramoth rechazaba la idea, indignada.

La reina descendió en busca de una enorme ave y volvió a remontarse en medio de una agitación de plumas grises, pardas y blancas.

—Ramoth no está tan hambrienta como te hace creer, la muy bellaca —rió F'lar, y vio que Lessa había llegado a la misma conclusión: sus ojos chispeaban de enojo.

—Cuando hayas terminado con el ave, Ramoth, vamos a aprender a volar por el *inter* —dijo Lessa en voz alta, para que F'lar pudiera oírlo—, a menos de que nuestro buen caudillo del Weyr se haya cansado de esperar y cambie de idea.

Ramoth levantó su mirada de su presa y volvió la cabeza hacia los dos jinetes. Sus ojos resplandecían. Se inclinó de nuevo como disponiéndose a comer, pero Lessa pudo intuir que el dragón hembra obedecería.

Hacía frío en las alturas. Lessa agradeció el forro de piel de su traje de cabalgar, y el calor del gran cuello dorado que montaba a horcajadas. Decidió no pensar en el frío absoluto del *inter* que había experimentado una sola vez. Miró hacia abajo y a su

derecha, donde planeaba el bronceo Mnementh, y captó su divertido pensamiento.

F'lar me dice que le diga a Ramoth que te diga a ti que fijas bien en tu mente el emplazamiento de la Piedra Estrella para volver a casa. Luego, añadió Mnementh amablemente, nosotros volaremos hacia el lago. Vosotras regresaréis del inter a este punto exacto. ¿Entendido?

Lessa se descubrió a sí misma sonriendo de placer anticipado y asintió vigorosamente. ¡Cuánto tiempo se ahorraba debido a que ella podía hablar directamente a los dragones! Ramoth emitió una especie de gruñido de impaciencia. Lessa palmeó su cuello para tranquilizarla.

—¿Has fijado el cuadro en tu mente, querida? —preguntó, y Ramoth gruñó de nuevo, menos impaciente, porque estaba captando la excitación de Lessa.

Mnementh hendió el aire frío con sus alas, pardo-verdosas a la luz del sol, y descendió graciosamente hacia el lago en la meseta debajo del Weyr de Benden. Su línea de vuelo le situó a muy poca altura sobre la orilla del Weyr. Por un instante, Lessa tuvo la impresión de que Mnementh iba a estrellarse. Ramoth le siguió muy de cerca. Lessa contuvo la respiración a la vista de los dentados peñascos inmediatamente debajo de las puntas de las alas de Ramoth.

Resultaba exaltante, se dijo Lessa, indudablemente estimulada por el júbilo que se desprendía de Ramoth.

Mnementh se detuvo encima de la playa más lejana del lago, y allí también planeó Ramoth.

Mnementh transmitió a Lessa la idea de que debía situar el cuadro del lugar al que deseaba ir en su mente, y dirigir a Ramoth hacia allí.

Lessa obedeció. Inmediatamente después las envolvió el espantoso y penetrante frío del negro *inter*. Antes de que Lessa o Ramoth tuvieran consciencia de algo más que de aquel frío intensísimo y aquella impenetrable oscuridad, se encontraban encima de la Piedra de la Estrella.

Lessa profirió un grito de puro triunfo.

Es sumamente sencillo. Ramoth parecía decepcionada.

Mnementh reapareció al lado y ligeramente debajo de ellas.

Vais a regresar al lago por el mismo camino, ordenó, y antes de que el pensamiento hubiera terminado, Ramoth remontó el vuelo.

Mnementh estaba al lado de ella encima del lago, visiblemente furioso, lo mismo que F'lar.

No has visualizado antes de la transportación. No creas que un primer vuelo afortunado te ha hecho perfecta. No tienes la menor idea de los peligros inherentes al inter. No vuelvas a olvidarte nunca de situar mentalmente tu punto de llegada.

Lessa inclinó la mirada hacia F'lar. A pesar de las dos longitudes de ala de separación, pudo ver la rabia reflejada en el rostro del caudillo del Weyr, y casi sintió el furor que llameaba en sus ojos. Y, a través de su enojo, un miedo terrible por la seguridad de Lessa que era una reprimenda más eficaz que su enojo. ¿La seguridad de Lessa, se preguntó ella amargamente, o la de Ramoth?

Vas a seguirnos, estaba diciendo Mnementh en tono más tranquilo, *grabando en tu mente los dos puntos de referencia que ya has aprendido. Esta mañana saltaremos del uno al otro, aprendiendo gradualmente otros puntos alrededor de Benden.*

Así lo hicieron. Volando tan lejos como el propio Fuerte de Benden, situado al pie de las colinas encima del Valle de Benden, con el Pico del Weyr como un punto lejano contra el cielo del mediodía, Lessa no dejó de visualizar una impresión claramente

detallada cada vez.

Esto era tan maravillosamente excitante como ella había esperado que sería, le confió Lessa a Ramoth. Ramoth replicó: sí, era preferible a los métodos para consumir el tiempo que otros tenían que utilizar, desde luego, aunque ella no encontraba excitante saltar por el *inter* desde el Weyr de Benden al Fuerte de Benden y regresar de nuevo al Weyr de Benden. Era aburrido.

Se encontraron de nuevo con Mnementh encima de la Piedra de la Estrella. El dragón bronce envió a Lessa el mensaje de que esta era una sesión inicial muy satisfactoria. Mañana practicarían algún salto más prolongado.

Mañana, pensó Lessa malhumorada, se producirá alguna emergencia, o nuestro superatareado caudillo del Weyr decidirá que con la sesión de hoy ha cumplido con su promesa y que no está obligado a continuarlas.

Había un salto que ella podía efectuar por el *inter*, desde cualquier parte de Pern, sin fallar el blanco.

Visualizó Ruatha para Ramoth tal como se veía desde las alturas encima del Fuerte... para satisfacer aquella exigencia. Para ser escrupulosamente correcta, Lessa proyectó la pauta de los pozos de pedernal. Antes de que Fax la invadiera y de que ella tuviera que provocar su decadencia, Ruatha había sido un valle próspero y encantador.

Leesa le dijo a Ramoth que saltara al *inter*.

El frío era intenso y pareció prolongarse durante muchos latidos cardíacos. En el momento en que Lessa empezaba a temer que se habían perdido en el *inter*, estallaron en el aire encima del Fuerte. Se sintió invadida por una oleada de júbilo. ¡Para que aprendiera F'lar, con su excesiva cautela! ¡Con Ramoth, ella podía saltar a cualquier parte! Allí estaban las inconfundibles alturas de Ruatha con sus pozos de pedernal. Era inmediatamente antes del amanecer, con los negros conos del Paso de los Senos entre Crom y Ruatha recortándose contra el cielo gris. Lessa observó fugazmente la ausencia de la Estrella Roja que ahora brillaba en el cielo antes de romper el día. Y observó fugazmente una diferencia en el aire. Frío, sí, pero no invernal... el aire tenía aquel húmedo frescor de principios de primavera.

Desconcertada, Lessa miró hacia abajo, preguntándose si podía haber incurrido en algún error, a pesar de todas sus seguridades. Pero no, esto era el Fuerte de Ruatha. La Torre, el Patio interior, la ancha avenida que descendía hacia las viviendas de los artesanos, estaban exactamente donde debían estar. El humo que despedían lejanas chimeneas indicaba que la gente se estaba preparando para empezar la jornada.

Ramoth captó la inseguridad de Lessa y empezó a apremiarla pidiendo una explicación.

Esto es Ruatha, replicó Lessa tercamente. *No puede ser ningún otro lugar. Vuela en círculo sobre las alturas. Mira, allí están las líneas de los pozos de pedernal que te indiqué...*

Leesa jadeó: la frialdad en su estómago helaba sus músculos.

Debajo de ella, a la leve claridad que precedía al alba, vio las figuras de muchos hombres descendiendo de las colinas que se erguían más allá de Ruatha, hombres moviéndose furtivamente como criminales.

Ordenó a Ramoth que se mantuviera tan inmóvil como le fuera posible en el aire a fin de no llamar la atención de aquellos hombres. A Ramoth le picó la curiosidad, pero obedeció.

¿Quién estaría atacando a Ruatha? Parecía increíble. Lytol era, después de todo, un ex dragonero, y ya había rechazado salvajemente un ataque. ¿Podía existir una idea de

agresión entre los Fuertes ahora que F'lar era caudillo del Weyr? ¿Y qué Señor de un Fuerte sería lo bastante estúpido como para iniciar una guerra territorial en invierno?

No, en invierno, no. El aire era definitivamente primaveral.

Los hombres se arrastraron por encima de los pozos de pedernal hasta el borde de las alturas. Súbitamente, Lessa se dio cuenta de que hacían descender escalerillas de cuerda por la fachada del acantilado, hacia los espacios abiertos del Fuerte Interior.

Se agarró fuertemente al cuello de Ramoth, segura de lo que estaba viendo.

Este era el invasor Fax, muerto desde hacía casi tres Revoluciones... Fax y sus hombres iniciando su ataque a Ruatha, hacía casi trece Revoluciones.

Sí, allí estaba el guardián de la Torre, con la mancha blanca de su rostro vuelta hacia el propio acantilado, observando. Había aceptado un soborno para permanecer silencioso aquella mañana.

Pero el wher guardián, adiestrado para dar la señal de alarma ante cualquier intrusión... ¿por qué no trompeteaba su advertencia? ¿Por qué permanecía silencioso?

Porque, la informó Ramoth con fría lógica, capta tu presencia, así como la mía, y concluye que el Fuerte no puede estar en peligro.

¡No, no!, gimió Lessa. ¿Qué puedo hacer ahora? ¿Cómo puedo despertarles? ¿Dónde está la niña que era yo? Yo estaba dormida, y luego desperté. Lo recuerdo. Me precipité fuera de mi habitación. Estaba muy asustada. Bajé las escaleras y estuve a punto de caer. Sabía que tenía que llegar a la madriguera del wher guardián... Sabía...

Leesa se aferró con mucha más fuerza todavía al cuello del dragón hembra, a medida que actos y misterios del pasado se hacían devastadoramente claros.

Ella misma se había advertido a sí misma, del mismo modo que su presencia sobre el dragón reina había impedido que el wher guardián diera la señal de alarma. Ya que mientras miraba, aturdida y sin habla, vio a la pequeña figura vestida de gris que sólo podía ser ella misma en su niñez salir precipitadamente por la puerta del Vestíbulo del Fuerte, bajar corriendo los fríos peldaños de piedra que daban al patio y desaparecer en la maloliente madriguera del wher guardián. Percibió débilmente los gritos del animal, sumido en una lamentable confusión.

En el preciso instante en que Lessa-niña alcanzaba aquel dudoso refugio, los invasores de Fax penetraban por las abiertas ventanas y empezaban a asesinar a los dormidos familiares de Lessa.

—¡Regresa... regresa a la Piedra de la Estrella! —gritó Lessa.

En sus ojos desorbitados retenía la imagen de las rocas orientadoras como un timón para su cordura tanto como para guiar a Ramoth.

El intenso frío actuó de revulsivo. Y luego se encontraron de nuevo encima del silencioso y apacible Weyr invernal, como si nunca hubiesen visitado paradójicamente Ruatha.

No había ni rastro de F'lar y Mnementh.

Ramoth, sin embargo, no estaba impresionada por la experiencia. Se había limitado a ir a donde le habían dicho que fuera, y no había comprendido del todo que el ir a donde le habían dicho que fuera hubiera impresionado de tal modo a Lessa. Sugirió a su jinete que probablemente Mnementh las había seguido a Ruatha, de modo que si Lessa le daba las referencias *correctas* la trasladaría allí. La razonable actitud de Ramoth resultaba consoladora.

Leesa trazó cuidadosamente para Ramoth, no el recuerdo infantil de una Ruatha idílica desaparecida hacía mucho tiempo, sino su recuerdo más reciente del Fuerte,

gris, sombrío, al amanecer, con una Estrella Roja latiendo en el horizonte.

Y allí estaban de nuevo, planeando sobre el Valle, con el Fuerte bajo ellos, a la derecha. La hierba crecía a sus anchas en las alturas, cegando los pozos de pedernal; la escena revelaba toda la decadencia que Lessa había estimulado en su esfuerzo por impedir que Fax obtuviera algún beneficio de su conquista del Fuerte de Ruatha.

Pero, mientras miraba, vagamente inquieta, vio salir una figura de la cocina, vio al wher guardián deslizarse fuera de su madriguera y seguir a la figura vestida con harapos a través del Patio tan lejos como su cadena le permitía. Vio que la figura subía a la Torre y miraba primero hacia el este, luego hacia el nordeste. ¡Esta no era aún la Ruatha de hoy y ahora! La mente de Lessa vaciló, desorientada. Esta vez había venido a visitar a la Lessa de hacía tres Revoluciones, a ver a la sucia fregona planeando vengarse de Fax.

Notó el frío absoluto del *inter* mientras Ramoth emprendía el vuelo de regreso, surgiendo una vez más encima de la Piedra de la Estrella. Lessa estaba temblando, empapando frenéticamente sus ojos en la tranquilizadora vista del Cuenco del Weyr, confiando en que no había vuelto a retroceder en el tiempo. Súbitamente, Mnementh se hizo visible unas cuantas longitudes de dragón debajo y más allá de Ramoth. Lessa le saludó con un grito de intenso alivio.

¡Regresa a tu Weyr! Mnementh no se molestaba en disimular el furor que le poseía. Lessa estaba demasiado aturdida para replicar de otro modo que no fuera una obediencia inmediata. Ramoth se deslizó rápidamente hacia su saledizo, y con la misma rapidez dejó espacio para que Mnementh tomara tierra a su lado.

La rabia que se reflejaba en el rostro de F'lar cuando se apeó de Mnementh y avanzó hacia Lessa hizo reaccionar bruscamente a la muchacha. No efectuó ningún movimiento para eludirle cuando F'lar la agarró por los hombros y la sacudió violentamente.

—¿Cómo te has atrevido a poner en peligro a Ramoth y a ti misma? ¿Por qué te empeñas en desafiarme continuamente? ¿Te das cuenta de lo que significaría para todo Pern perder a Ramoth? ¿Dónde has estado?

F'lar babeaba de rabia, subrayando cada una de las preguntas que brotaban de sus labios con una ruda sacudida a Lessa.

—En Ruatha —logró articular la muchacha, tratando de mantenerse erguida. Extendió las manos para agarrarse a los brazos de F'lar, pero éste volvió a sacudirla.

—¿En Ruatha? Nosotros estuvimos allí. Tú no estabas. ¿A dónde has ido?

—¡A Ruatha! —gritó Lessa desesperadamente, aferrándose a F'lar para no perder el equilibrio. La violenta actitud del caudillo del Weyr le impedía organizar sus pensamientos.

Ella estuvo en Ruatha, afirmó Mnementh.

Estuvimos allí dos veces, añadió Ramoth.

A medida que las palabras más tranquilas de los dragones penetraban en su enfurecida mente, F'lar dejó de sacudir a Lessa, la cual se desplomó contra él, con los ojos cerrados y el rostro grisáceo. F'lar la tomó en brazos y se dirigió rápidamente hacia el weyr de la reina, seguido de los dragones. La depositó sobre la cama, envolviéndola en la colcha de pieles. A continuación llamó al cocinero de servicio para que enviara *klah* caliente.

—De acuerdo, ¿qué ocurrió? —preguntó.

Lessa no le miró, pero F'lar tuvo una visión fugaz de sus asustados ojos. Parpadeaba continuamente, como si deseara borrar lo que acababa de ver.

Finalmente, Lessa logró dominarse hasta cierto punto y dijo en voz baja y cansada:

—Fui a Ruatha. Sólo que... *regresé* a Ruatha.

—¿Regresaste a Ruatha?

F'lar repitió estúpidamente las palabras; momentáneamente, el significado se le escapaba.

Está muy claro, intervino Mnementh, y envió a la mente de F'lar las dos escenas que había captado en la memoria de Ramoth.

Desconcertado por la importancia de la visualización, F'lar se sentó lentamente en el borde de la cama.

—¿Fuiste por el *intertiempo*?

Lessa asintió lentamente. El terror estaba empezando a desaparecer de sus ojos.

—*Intertiempo* —murmuró F'lar—. Me pregunto...

Su mente galopó a través de las posibilidades, capaces de inclinar la balanza de la supervivencia a favor del Weyr. De momento no se le ocurría cómo utilizar exactamente aquella extraordinaria facultad, pero en ella *tenía* que existir una ventaja para la dragonería.

Un ruido en el pozo de servicio le advirtió que subía el *klah*. Fue en busca de la jarra y llenó dos cubiletes.

Las manos de Lessa temblaban tanto que no pudo levantar el suyo hasta sus labios. F'lar se preguntó si el ir por el *intertiempo* produciría habitualmente aquella clase de shock. En caso afirmativo, no representaría ninguna ventaja. Si Lessa se había asustado lo suficiente con aquella experiencia, posiblemente haría más caso de sus órdenes la próxima vez; lo cual no dejaría de ser un beneficio para él.

En el exterior del weyr, Mnementh expresó su opinión al respecto. F'lar le ignoró.

Lessa seguía temblando violentamente. F'lar la rodeó con un brazo, apretando la piel contra su delgado cuerpo. Acercó el cubilete a sus labios, obligándola a beber. Notó cómo remitían los temblores. Lessa respiraba lenta y profundamente entre sorbo y sorbo, igualmente decidida a recobrar el control de sí misma. En el momento en que F'lar notó que el cuerpo de Lessa se envaraba bajo su brazo, la soltó. Se preguntó si Lessa había tenido nunca a alguien a quien recurrir en caso de apuro. No, desde luego, después de que Fax invadiera el Fuerte de su familia. Y entonces no tenía más que once años, era una niña. ¿Habían sido el odio y la venganza las únicas emociones que había practicado mientras se convertía en mujer?

Lessa apartó el cubilete de sus labios, sosteniéndolo cuidadosamente entre sus manos, como si hubiera adquirido una importancia indefinible para ella.

—Vamos, cuéntamelo todo —sugirió F'lar en tono amable.

Lessa respiró profundamente y empezó a hablar, apretando fuertemente las manos alrededor del cubilete. Su tormenta interior no había amainado: ahora estaba simplemente bajo control.

—Ramoth y yo estábamos aburridas de repetir los breves viajes por el *inter* que nos habías señalado —admitió ingenuamente.

F'lar reconoció que, si bien la aventura podría haberla enseñado a ser más prudente, no la había convertido en una criatura más dócil. Y dudaba de que algo pudiera conseguirlo.

—Le di a Ramoth la imagen de Ruatha para poder trasladarnos allí por el *inter* —Lessa no miraba a F'lar, pero su perfil se recortaba contra la oscura piel de la colcha—. La Ruatha que yo conocía tan bien... Y accidentalmente retrocedí en el tiempo hasta el día de la invasión de Fax.

F'lar comprendía ahora lo profundo de la impresión que había experimentado Lessa.

—¿Y...? —la animó, con voz cuidadosamente neutra.

—Y me vi a mí misma... —La voz de Lessa se quebró. Con un esfuerzo, continuó— : Yo había visualizado para Ramoth la pauta de los pozos de pedernal y el ángulo del Fuerte si se mira hacia abajo desde los pozos al Patio Interior. Y allí fue donde surgimos. Estaba amaneciendo —Lessa alzó su barbilla con una nerviosa sacudida—, y no había ninguna Estrella Roja en el cielo. —Dirigió una mirada rápida y defensiva a F'lar, como si esperase que él pusiera en duda este detalle—. Y vi hombres arrastrándose por encima de los pozos de pedernal, dejando caer escalerillas de cuerda hasta las ventanas más altas del Fuerte. Vi que el guardián de la Torre miraba. Se limitaba a mirar. —Apretó los dientes ante el recuerdo de aquella traición, y sus ojos brillaron malignamente—. Y me vi a mí misma saliendo precipitadamente del Vestíbulo y corriendo hacia la madriguera del wher guardián. Y, ¿sabes por qué el wher guardián no dio la voz de alarma? —inquirió, bajando la voz hasta convertirla en un amargo susurro.

—¿Por qué?

—Porque había un dragón reina en el cielo, y yo, Lessa de Ruatha, era su jinete. —Apartó de ella el cubilete, como si con aquel gesto pudiera rechazar también el conocimiento—. El wher guardián no dio la voz de alarma porque *yo* estaba allí, creyendo que la intrusión era legítima con alguien de la Sangre sobre un dragón en el cielo. De modo que yo —su cuerpo se envaró, y sus manos se entrelazaron con tanta fuerza que los nudillos se pusieron blancos—, yo fui la causa de la masacre de mi familia. ¡No Fax! Si hoy no hubiera actuado como una estúpida, no habría estado allí con Ramoth, y el wher guardián habría...

Su voz se había convertido en un grito histérico, autoacusándose. F'lar abofeteó sus mejillas, agarrándola, vestido y todo, para sacudirla.

La expresión aturdida en sus ojos y la tragedia en su rostro le alarmaron. La indignación por su terquedad desapareció. El indomable espíritu de independencia de Lessa le atraía tanto como su extraña belleza. Por enojosas que pudieran resultar sus rebeldías, eran una parte demasiado vital de su personalidad para ser exorcizadas. Su inquebrantable voluntad había sufrido hoy un rudo golpe, y había que procurar por todos los medios que recobrara rápidamente la confianza en sí misma.

—Te equivocas, Lessa —dijo F'lar, muy serio—. Fax habría asesinado a tu familia de todas maneras. Lo había planeado todo cuidadosamente, incluso previendo que el guardián de la Torre a aquella hora de la mañana era alguien que podía ser sobornado. Recuerda, también, que había amanecido y que el wher guardián, siendo un animal nocturno al que ciega la luz del día, es relevado de su responsabilidad al amanecer, y lo sabe. Tu presencia, por culposa que pueda parecerte, no fue el factor decisivo ni mucho menos. Lo que hizo, y llamo tu atención sobre este hecho tan importante, fue salvarte a ti misma, advirtiéndote a la Lessa-niña. ¿No te das cuenta?

—Yo podía haber gritado —murmuró Lessa, pero la expresión frenética había desaparecido de sus ojos, y había un leve indicio de color normal en sus labios.

—Si te empeñas en sentirte culpable, por mí que no quede —dijo F'lar con deliberada dureza.

Ramoth interpuso la idea de que, dado que ellas dos habían estado allí por primera vez cuando los hombres de Fax iniciaban la invasión, la cosa ya había sucedido, de modo que, ¿cómo podía cambiarse? El acto era inevitable, lo mismo aquel día que hoy. Si no, ¿cómo podría haber vivido Lessa para llegar al Weyr e impresionar a

Ramoth en la Sala de Eclosión?

Mnementh transmitió el mensaje de Ramoth escrupulosamente, imitando incluso los egocéntricos matices de Ramoth. F'lar observó a Lessa para comprobar el efecto de la astringente argumentación de Ramoth.

—A Ramoth siempre le ha gustado pronunciar la palabra final —comentó Lessa, con un asomo de su antiguo y cáustico humor.

F'lar notó que los músculos a lo largo de su cuello y sus hombros empezaban a relajarse. Lessa había superado la crisis, decidió, pero podría ser más prudente hacerla hablar ahora, para situar toda la experiencia en su adecuada perspectiva.

—Has dicho que estuviste allí dos veces —dijo, observándola atentamente—. ¿Cuándo fue la segunda vez?

—¿No lo adivinas? —preguntó Lessa sarcásticamente.

—No —mintió F'lar.

—¿Cuándo podría ser, si no al amanecer en que desperté con la sensación de que la Estrella Roja era una amenaza para mí? Tres días antes de que Fax y tú llegarais del nordeste.

—Diríase —observó F'lar secamente— que las dos veces fuiste tu propia premonición.

Lessa asintió.

—¿Has tenido alguno más de esos presentimientos?

Lessa se estremeció, pero logró que su voz sonara casi normal al contestar:

—No, pero si lo tuviera, irías *tú*. Yo no querría hacerlo.

F'lar sonrió maliciosamente.

—Sin embargo —añadió Lessa—, me gustaría saber por qué y cómo ha podido ocurrir.

—Nunca he encontrado la menor alusión a ello en ninguna parte —declaró F'lar sinceramente—. Desde luego, si tú lo has hecho... y es innegable que lo has hecho —se apresuró a añadir ante la indignada protesta de Lessa—, no cabe duda de que puede hacerse. Dices que pensaste en Ruatha, pero tu pensamiento quedó circunscrito a aquel día particular. Una fecha difícil de olvidar, desde luego. Pensaste en la primavera, antes del amanecer, y sin Estrella Roja... si, recuerdo que mencionaste eso... de modo que hay que recordar referencias peculiares de un día significativo para retornar por el *intertiem*po al pasado.

Lessa asintió lenta y pensativamente.

—Utilizaste el mismo método la segunda vez, para llegar a la Ruatha de hace tres Revoluciones. De nuevo, desde luego, era primavera.

F'lar frotó una contra otra las palmas de sus manos, y luego golpeó sus rodillas con las dos y se puso en pie.

—En seguida vuelvo —dijo, y salió de la estancia, ignorando el semiarticulado grito de advertencia de Lessa.

Ramoth estaba dormitando en su weyr cuando F'lar pasó por delante de ella. Observó que su color seguía siendo bueno a pesar del desgaste de energías producido por los ejercicios de la mañana. Ramoth le miró, con su ojo de múltiples facetas cubierto ya por el protector párpado interno.

Mnementh esperaba a su jinete en el saledizo, y en cuanto F'lar saltó a su cuello, despegó. Ascendió en círculo, para planear encima de la Piedra de la Estrella.

Quieres intentar el truco de Lessa, dijo Mnementh, impasible ante el experimento en perspectiva.

F'lar acarició cariñosamente el gran cuello curvado.

¿Comprendes cómo funcionó para Ramoth y Lessa?

Tan bien como el primero, respondió Mnementh, con el equivalente de un encogimiento de hombros. *¿En qué momento estás pensando?*

Hasta entonces, F'lar no había tenido ninguna idea. Ahora, sin vacilar, sus pensamientos le retrotrajeron al día de verano en que el bronceo Hath de R'gul había remontado el vuelo para aparearse con la grotesca Nemorth y R'gul se había convertido en caudillo del Weyr ocupando el lugar del difunto F'lon, padre de F'lar.

Sólo el frío del *inter* les permitió intuir que se habían transportado, ya que seguían planeando encima de la Piedra de la Estrella. F'lar se preguntó si habían omitido alguna parte esencial de la maniobra. Luego se dio cuenta de que el sol se hallaba en otro cuadrante del cielo y el aire era cálido y veraniego. El Weyr, debajo, estaba vacío; no había dragones holgazaneando en los saledizos, ni mujeres atareadas en el Cuenco. Pero los sonidos llenaban sus sentidos: roncadas risotadas, aullidos, gritos, y un suave canturreo que lo dominaba todo.

Luego, procedentes de los barracones destinados a los novatos en las Cavernas Inferiores, surgieron dos figuras: un mozalbete y un joven dragón bronce. El brazo del muchacho reposaba a lo largo del cuello del animal. La impresión que alcanzó a los planeantes observadores fue de profundo desaliento. La pareja se detuvo junto al lago, y el muchacho contempló por unos instantes las inmóviles aguas azules y luego alzó la mirada hacia el weyr de la reina.

F'lar se reconoció en aquel muchacho, y se sintió lleno de compasión hacia el mozalbete que era él mismo, desgarrado por la pena, desbordante de resentimiento. Si al menos pudiera tranquilizarle, asegurándole que un día se convertiría en caudillo del Weyr...

Bruscamente, aturdido por sus propios pensamientos, ordenó a Mnementh que emprendiera el vuelo de regreso. El frío absoluto del *inter* fue como un bofetón en su rostro, reemplazado casi inmediatamente, cuando salieron del *inter*, por el frío del invierno normal.

Lentamente, Mnementh voló hacia el weyr de la reina, tan pensativo como F'lar por lo que habían visto.

*En vuelo glorioso,
Bronce y oro,
Se entrelazan
En beneficio del Fuerte.*

*Cuenta tres meses y más,
Y cinco semanas de calor,
Un día de gloria y
dentro de un mes, ¿quién se preocupa?*

*Una hebra de plata
En el cielo...
Con calor, todo revive
Y se mueve más aprisa.*

—No sé por qué te empeñaste en que F'nor desenterrara esas cosas absurdas del Weyr de Ista —exclamó Lessa en tono de exasperación—. No son más que notas triviales acerca de las medidas de grano utilizadas para amasar el pan cotidiano.

F'lar levantó su mirada de los documentos que estaba examinando y posó sus ojos en Lessa. Suspiró, retrepándose en su asiento para cambiar de postura.

—Y yo que creía —añadió Lessa con una expresión de desencanto en su animado rostro— que esos venerables Archivos contenían la suma total de la sabiduría dragonil y humana. Al menos, eso me indujeron a creer —concluyó irónicamente.

F'lar sonrió.

—Y así es, en efecto. Pero tienes que exhumarla.

Lessa arrugó la nariz.

—¡Uf! Huelen de un modo horrible... y lo único decente que podríamos hacer sería volver a enterrarlos.

—Esa es otra de las cosas que espero descubrir: la antigua técnica de conservación que evita que las pieles se resequen y huelan mal.

—Es absurdo, en cualquier caso, utilizar pieles para los archivos. Tendría que haber algo mejor. Nos hemos apegado con exceso a nuestras pieles, querido caudillo del Weyr.

Mientras F'lar estallaba en una carcajada, dando a entender que había captado su juego de palabras, Lessa le miraba con aire impaciente. De pronto se puso en pie, asaltada por otro de sus caprichosos impulsos.

—Bueno, no lo encontrarás. No encontrarás los hechos que estás buscando. Porque sé lo que realmente buscas, y no está registrado...

—Explicate.

—Ya es hora de que dejemos de ocultarnos a nosotros mismos una verdad más bien brutal.

—¿Que es...?

—¡Nuestra mutua sensación de que la Estrella Roja es una amenaza y dé que las Hebras *llegarán!* *Nosotros* decidimos eso por puro capricho y luego retrocedimos por el *intertiem*po hasta puntos particularmente cruciales de nuestras vidas y reforzamos esa idea en nuestros egos anteriores. En lo que a ti respecta, fue cuando decidiste que estabas destinado —la palabra sonó burlonamente en sus labios— a convertirte en caudillo del Weyr algún día.

«¿No podría ser —continuó en tono sarcástico— que nuestro ultraconservador R'gul estuviera en lo cierto? ¿Que no se hayan presentado Hebras durante cuatrocientas Revoluciones simplemente porque han dejado de existir? ¿Y que el motivo de que tengamos tan pocos dragones es que los dragones intuyen que ya no son esenciales para Pern? ¡Que nosotros *somos* anacronismos así como parásitos?

F'lar no supo cuanto tiempo permaneció sentado contemplando el amargado rostro de Lessa, ni cuanto tiempo tardó en encontrar respuestas a las incisivas preguntas de la Dama del Weyr.

—Todo es posible —oyó que replicaba tranquilamente su voz—. Incluido el hecho improbable de que una niña de once años, mortalmente asustada, pudiera planear vengarse del asesino de su familia y —contra todas las probabilidades— tener éxito.

Lessa dio un involuntario paso hacia adelante, impresionada por la inesperada refutación de F'lar. Escuchó con la mayor atención.

—Yo prefiero creer —continuó F'lar inexorablemente— que vivir es algo más que criar dragones y tomar parte en juegos de primavera. Eso no es suficiente para mí. Y he hecho que otros miren más lejos, más allá del propio interés y de la comodidad. Les he dado un objetivo, una disciplina. En beneficio de todo el mundo, lo mismo de la dragonería que de los habitantes de los Fuertes.

«No examino esos Archivos en busca de tranquilidad. Estoy buscando hechos concretos.

»Puedo demostrar, Dama del Weyr, que han existido Hebras. Puedo demostrar que han existido Intervalos durante los cuales los Weyrs han decaído. Puedo demostrar que si se ve la Estrella Roja directamente enmarcada por el Ojo de Roca en el momento del solsticio de invierno, la Estrella Roja pasará lo bastante cerca de Pern como para que caigan Hebras. Dado que puedo demostrar esos hechos, creo que Pern está en peligro. Lo creo *yo*... no el jovenzuelo de hace quince Revoluciones. ¡Lo cree F'lar, el caballero bronce, el caudillo del Weyr!

Vio que los ojos de Lessa reflejaban oscuras dudas, pero intuyó que sus argumentos empezaban a convencerla.

—Tú te sentiste obligada a creer en mí en otra ocasión —continuó F'lar, con voz más suave—, cuando sugerí que podías ser Dama del Weyr. Creíste en mí y...

Hizo un gesto significativo con la mano, señalando a su alrededor.

Lessa sonrió, sin alegría.

—Eso fue debido a que nunca había planeado lo que sería mi vida después de ver a Fax muerto a mis pies. Desde luego, ser compañera de Weyr de Ramoth es maravilloso, pero... —frunció ligeramente el ceño— tampoco es suficiente para mí. Por eso deseaba tanto aprender a volar y...

—... así es como empezó esta discusión —terminó F'lar por ella, con una sardónica sonrisa.

Se inclinó a través de la mesa.

—Cree en mí, Lessa, hasta que tengas un motivo para no hacerlo. Respeto tus dudas. No hay nada malo en dudar; a veces sirve para fortalecer la fe. Pero cree en mí hasta la primavera. Si para entonces no han caído las Hebras... —se encogió de hombros en un gesto fatalista.

Lessa le miró durante un largo rato y luego inclinó lentamente la cabeza, asintiendo.

F'lar trató de disimular el alivio que sentía ante aquella decisión. Lessa, como Fax había tenido ocasión de descubrir, era un adversario implacable y un astuto abogado. Además, era Dama del Weyr: esencial para sus planes.

—Ahora, volvamos a la contemplación de trivialidades. Ellas me revelarán la época, el lugar y la duración de las incursiones de las Hebras —sonrió F'lar como si deseara tranquilizar a Lessa—. Y necesito esos hechos para ajustar mis planes al tiempo.

—¿Ajustar tus planes al tiempo? Pero tú mismo has dicho que ignorabas en qué momento podría producirse la supuesta incursión.

—Desde luego, no puedo fijar la fecha exacta. En primer lugar, mientras el tiempo se mantenga tan inusitadamente frío para esta época del año, las Hebras se desmenuzarán y volarán lejos como polvo. En estas condiciones son inofensivas. Sin embargo, cuando el aire se caliente, serán viables y... mortales. —Convirtió en puños sus dos manos, colocando uno encima del otro—. La Estrella Roja es mi mano derecha, la izquierda es Pern. La Estrella Roja gira con mucha rapidez y en dirección contraria a nosotros. Oscila también de un modo errático.

—¿Cómo lo sabes?

—Por un diagrama en las paredes de la Sala de Eclosión del Weyr de Fort. Ese fue el primer Weyr, ¿sabes?

Lessa sonrió irónicamente.

—Lo sé.

—De modo que cuando la Estrella efectúa una pasada, las Hebras giran rápidamente y descienden hacia nosotros, en ataques que duran seis horas y se producen con catorce horas de intervalo, aproximadamente.

—¿Los ataques duran seis horas?

F'lar asintió gravemente.

—Cuando la Estrella Roja está más cerca de nosotros. Ahora mismo está iniciando su Pasada.

Lessa frunció el ceño.

F'lar rebuscó entre las hojas de piel encima de la mesa, y un objeto cayó al suelo de piedra con un chasquido metálico.

Curiosa, Lessa se inclinó a recogerlo, haciendo girar la delgada lámina entre sus dedos.

—¿Qué es esto? —Lessa pasó un dedo exploratorio a través del dibujo irregular en uno de los lados.

—No lo sé. F'lor lo trajo del Weyr de Fort. Estaba clavado a uno de los baúles en los cuales habían sido guardados los Archivos. Lo trajo pensando que podía ser importante. Dijo que había una lámina igual debajo del diagrama de la Estrella Roja en la pared de la Sala de Eclosión.

—Esta primera parte es bastante clara: «El padre del padre de mi madre, que se marchó para siempre al *inter*, dijo que esto era la clave del misterio, y llegó a él mientras garabateaba ociosamente: dijo que dijo: ¿ARRHENIUS? ¡EUREKA! MYCORRHIZA...» Desde luego, esa parte no tiene ningún sentido —refunfuñó

Lessa—. Esas tres últimas palabras ni siquiera son pernense... simple cháchara.

—Lo he estudiado, Lessa —dijo F'lar, mirándolo de nuevo y acercándolo a él para reafirmar sus conclusiones—. La única manera de marchar para siempre al *inter* es morir, ¿de acuerdo? La gente no se marcha para siempre por su propia voluntad, evidentemente. De modo que es una visión de muerte, registrada respetuosamente por un nieto, que además no sabía expresarse. Es obvio que al decir que «garabateaba ociosamente» quiso expresar que se estaba muriendo. —Sonrió indulgentemente—. En cuanto al resto, «explica», como la mayoría de visiones de muerte, lo que todo el mundo ha sabido siempre. Sigue leyendo.

—«Reptiles lanzallamas para aniquilar las esporas. Q.E.D.».

—No nos aclara nada, tampoco. Si acaso, que se trata de un dragonero, que ni siquiera conoce el nombre correcto de las Hebras, a las que llama esporas —dijo F'lar, encogiéndose de hombros.

Lessa humedeció la punta de uno de sus dedos para comprobar si los dibujos eran a tinta. El metal brillaba lo suficiente para convertirse en un buen espejo si lograba borrarlos. Sin embargo, los dibujos permanecieron inalterables.

—Primitiva o no, aquella gente registraba sus visiones de muerte de un modo permanente, muy superior a las pieles mejor conservadas —murmuró.

—Chácharas bien conservadas —dijo F'lar, volviendo de nuevo su atención a las pieles que estaba examinando en busca de datos comprensibles.

—¿Una balada mal descrita? —inquirió Lessa, para descartar inmediatamente la idea— El dibujo ni siquiera es bonito.

F'lar empujó hacia adelante un mapa que mostraba unas franjas horizontales encima de la masa continental de Pern.

—Mira —dijo—, este representa oleadas de atacantes, y este otro —empujó hacia adelante el segundo mapa con franjas verticales— muestra zonas de tiempo. De modo que puedes ver que con una solución de continuidad de catorce horas sólo determinadas partes de Pern son afectadas en cada uno de los ataques. Un motivo para espaciar los Weyrs.

—Seis Weyrs completos —murmuró Lessa—, casi tres mil dragones.

—Conozco la estadística —replicó F'lar con voz inexpresiva— Significa que ningún Weyr estaba sobrecargado en el momento crítico de los ataques, no que debía disponerse de tres mil animales. Sin embargo, conociendo el ritmo de los ataques, podemos arreglarnos hasta que hayan madurado las primeras crías de Ramoth.

Lessa le miró irónicamente.

—Tienes mucha fe en la capacidad de una reina. F'lar hizo un gesto de impaciencia, descartando aquella observación.

—Tengo más fe, a pesar de lo que opinas tú, en las desconcertantes repeticiones de acontecimientos en esos Archivos.

—¡Ja!

—No me refiero a las medidas necesarias para el pan cotidiano, Lessa —replicó F'lar, levantando la voz— Me refiero a cosas tales como la hora en que un escuadrón salió de patrulla, cuanto tiempo duró la patrulla, cuantos jinetes resultaron heridos. La capacidad reproductora de las reinas, durante los cincuenta años de una Pasada y los Intervalos entre tales Pasadas. Eso es lo que me interesa. Por lo que he estudiado aquí —y golpeó enfáticamente con la palma de la mano el fajo de pieles más próximo, levantando una nubecilla de polvo maloliente—, Nemorth tendría que haberse apareado dos veces por Revolución durante las diez últimas. Incluso en el supuesto de

que no hubiera superado su ridículo promedio de doce huevos por nidada, tendríamos doscientos cuarenta animales más... No me interrumpas. Pero teníamos a Jora como Dama del Weyr y a R'gul como caudillo del Weyr, y nos habíamos ganado la animadversión del planeta durante un Intervalo de cuatrocientas Revoluciones. Bien, Ramoth pondrá más de una docena de huevos, entre ellos un huevo reina, recuerda mis palabras. Remontará el vuelo a menudo para aparearse y será generosa en sus nidadas. De modo que cuando la Estrella Roja pase más cerca de nosotros y los ataques sean frecuentes, estaremos preparados.

Lessa le miró fijamente, con una expresión de incredulidad en los ojos.

—¿Gracias a Ramoth?

—Gracias a Ramoth y a las reinas que nacerán de ella. No olvides que hay constancia de que Faranth puso sesenta huevos de una sola vez, incluyendo varios huevos de reina.

Lessa sólo pudo sacudir la cabeza lentamente, asombrada.

—«Una Hebra de plata / En el cielo... / Con calor, todo revive / Y se mueve más aprisa» —recitó F'lar.

—Tienen que transcurrir varias semanas para que la reina ponga los huevos, y luego hay que incubarlos...

—¿Has estado últimamente en la Sala de Eclosión? Si vas allí, ponte las botas. A través de las sandalias te quemarías los pies.

Lessa descartó aquello con un sonido gutural. F'lar se retrepó en su asiento, visiblemente divertido por la incredulidad de la Dama del Weyr.

—Y luego hay que llevar a cabo la Impresión, y esperar hasta que los caballeros... —continuó Lessa.

—¿Por qué crees que he insistido en que los muchachos no fueran demasiado jóvenes? Los dragones maduran mucho antes que sus jinetes.

—Entonces, el sistema es deficiente.

F'lar entornó ligeramente los ojos, sacudiendo su estilo delante de Lessa.

—La tradición dragonil empezó como una orientación... pero llega un momento en que un hombre se convierte también en demasiado tradicional... ¿qué fue lo que dijiste tú?... «Demasiado apegados a nuestras pieles». Sí, es tradicional utilizar jinetes criados en el Weyr, porque ha sido conveniente. Los muchachos criados en el Weyr son más sensibles a los dragones. Pero esto no significa que sean necesariamente los mejores. Tú, por ejemplo...

—En el linaje ruathano hay sangre Weyr —declaró Lessa orgullosamente.

—Lo admito. Pero tomemos al joven Naton; se crió en Nabol, y sin embargo F'nor me dice que puede hacer que Canth le entienda.

—Oh, eso no es difícil —dijo Lessa.

—¿Qué quieres decir? —inquirió F'lar, intrigado.

Se vieron interrumpidos por un estridente gemido. F'lar escuchó con atención durante unos instantes, y terminó encogiéndose de hombros, sonriendo.

—Algún dragón hembra verde perseguida por un macho —comentó.

—Y hay otra cosa que esos Archivos, que según tú lo saben todo, no mencionan nunca. ¿Por qué pueden reproducirse solamente los dragones dorados?

F'lar no reprimió una risita lasciva.

—Bueno, en primer lugar, el pedernal inhibe la reproducción. Si no masticara nunca piedra, un dragón hembra verde pondría huevos, pero en el mejor de los casos produciría animales pequeños, y nosotros los necesitamos grandes. Y en segundo lugar

—añadió F'lar, sonriendo maliciosamente—, si los verdes pudieran reproducirse, teniendo en cuenta sus aficiones amorosas y lo abundantes que son, no tardaríamos en tener una superpoblación de dragones, con los consiguientes problemas.

El primer gemido fue seguido de otro, y a continuación estalló un inmenso zumbido que resonó en todas las paredes del Weyr.

F'lar, con el rostro cambiando rápidamente de la sorpresa al triunfal asombro, se precipitó hacia el pasillo.

—¿Qué pasa? —preguntó Lessa, recogiendo su falda para correr detrás de él—. ¿Qué significa eso?

El zumbido, resonando en todas partes, era ensordecedor en la cámara del weyr de la reina. Lessa registró el hecho de que Ramoth no estaba allí. Oyó las botas de F'lar repiqueteando en el pasillo que conducía al saledizo, un agudo *ta-ta-tat* que se imponía a todos los demás sonidos. El gemido era ahora tan estridente que resultaba inaudible, aunque no por ello dejaba de sacudir los nervios. Aturdida, asustada, Lessa siguió a F'lar al exterior.

Cuando llegó al saledizo, el Cuenco era un hervidero de dragones que se dirigían hacia la entrada superior de la Sala de Eclosión. Debajo, toda la gente del Weyr, jinetes, mujeres y niños, gritando de excitación, cruzaban el Cuenco en dirección a la entrada inferior de la Sala.

Lessa vio a F'lar que se abría paso en la entrada, y le gritó que la esperase. Pero F'lar no podía oírla en medio de aquel alboroto.

Llena de enojo porque tenía que bajar las largas escaleras y luego dar la vuelta, ya que las escaleras estaban encaradas a los comederos, al extremo contrario del Cuenco, Lessa se dio cuenta de que ella, la Dama del Weyr, sería la última en llegar allí.

¿Por qué se había mostrado Ramoth tan reservada acerca de la puesta? ¿No estaba suficientemente identificada con su compañera de Weyr como para desear que estuviera a su lado?

Un dragón sabe lo que tiene que hacer, la informó Ramoth tranquilamente.

Podías habérmelo dicho, se lamentó Lessa, decepcionada.

Mientras F'lar hablaba de puestas fantásticas y de tres mil animales, la joven reina había decidido apoyar sus palabras con una primera demostración de su capacidad reproductora...

El estado de ánimo de Lessa no mejoró al tener que recordar otra observación de F'lar acerca de la Sala de Eclosión. En el momento en que penetró en la caverna, notó el calor a través de las suelas de sus sandalias. Todo el mundo estaba agrupado en un amplio círculo al final de la caverna. Y todo el mundo oscilaba de un pie al otro. Como Lessa era bajita, además, las probabilidades de ver lo que Ramoth había hecho le parecían remotas.

—¡Dejadme pasar! —exigió en tono imperioso, golpeando las anchas espaldas de dos altos caballeros.

De mala gana, abrieron un pasillo para ella y Lessa avanzó, sin mirar a derecha ni a izquierda a la excitada multitud. Estaba furiosa, desconcertada, dolida, y sabía que su aspecto era ridículo debido a que la cálida arena la obligaba a andar a saltitos, como un ave mareada.

Se detuvo, aturdida y con los ojos desorbitados ante la masa de huevos, y olvidó cosas tan triviales como unos pies calientes.

Ramoth estaba agazapada junto a los huevos, abriendo y cerrando un ala protectora sobre ellos, de modo que resultaba difícil contarlos. Parecía estar muy satisfecha de sí

misma.

Deja ya de moverte, tonta, nadie va a robártelos, dijo Lessa, mientras trataba de contar los huevos.

Ramoth plegó obedientemente sus alas. No obstante, para aliviar su maternal ansiedad, proyectó su cabeza a través del círculo de huevos moteados, mirando hacia uno y otro lado de la caverna, sacando y ocultando alternativamente su lengua bífida.

Un inmenso suspiro, como una ráfaga de viento, recorrió la caverna. Ya que allí, ahora que las alas de Ramoth estaban plegadas, brillaba un resplandeciente huevo dorado entre los moteados. ¡Un huevo de reina!

—¡Un huevo de reina!

El grito brotó simultáneamente de medio centenar de gargantas. Y la Sala de Eclosión se llenó de vítores, gritos, alaridos y aullidos de júbilo.

Alguien agarró a Lessa y la hizo girar alocadamente, en un exceso de alegría. Un beso aterrizó en la vecindad de su boca. Apenas se había recuperado del leve mareo cuando se vio empujada por otra persona —Lessa creyó que era Manora— y todo el mundo empezó a felicitarla tratando, y a veces consiguiendo, palmear sus hombros y su espalda, hasta que se encontró girando en una especie de danza para eludir a sus entusiasmados vecinos y al mismo tiempo calmar el creciente dolor de sus pies.

Por fin logró evadirse y corrió a través de la Sala hacia Ramoth. Se detuvo bruscamente delante de los huevos. Parecían estar latiendo. Los cascarones tenían un aspecto flácido. Lessa habría jurado que eran duros el día que ella Impresionó a Ramoth. Quiso tocar uno, sólo para asegurarse, pero no se atrevió.

Puedes hacerlo, le susurró Ramoth en tono condescendiente, al tiempo que tocaba cariñosamente el hombro de Lessa con su lengua.

El huevo era blando al tacto, y Lessa apartó la mano rápidamente, temiendo causarle algún daño.

El calor lo endurecerá, dijo Ramoth.

—Ramoth, estoy muy orgullosa de ti —suspiró Lessa, mirando con adoración los grandes ojos que brillaban en arco iris de ufanía—. Eres la reina más maravillosa que ha existido nunca. Creo que repoblarás de dragones todos los Weyrs. Creo que lo harás.

Ramoth inclinó su cabeza regiamente, y luego empezó a moverla de un lado a otro sobre los huevos, en un gesto protector. De pronto se irguió y agitó fuertemente las alas, con un agudo siseo, antes de volver a agacharse para poner otro huevo.

Los habitantes del Weyr, incómodos sobre las arenas calientes, empezaban a abandonar la Sala de Eclosión, ahora que habían rendido tributo a la llegada del huevo dorado. Una reina tardaba varios días en completar su nidada, de modo que no había ningún motivo para esperar. Había ya siete huevos al lado del dorado, y siendo ya siete el augurio para el total no podía ser más favorable. Mientras Ramoth producía su noveno huevo moteado, empezaban a cruzarse apuestas.

—Tal como predije, un huevo reina, por la madre de todos nosotros —dijo la voz de F'lar al oído de Lessa—. Y apuesto a que habrá al menos diez bronce.

Lessa alzó la mirada hacia él, en completa armonía en aquel momento con el caudillo del Weyr. Ahora vio a Mnementh, agachado orgullosamente sobre un saledizo, contemplando cariñosamente a su pareja. Lessa posó impulsivamente una mano sobre el brazo de F'lar.

—F'lar, ahora te creo.

—¿Sólo ahora? —inquirió F'lar en tono irónico, pero su sonrisa era ancha y sus ojos

brillaban de satisfacción.

*Hombre del Weyr, vigila; hombre del Weyr, aprende
Algo nuevo en cada Revolución.
Lo más viejo puede ser más frío también.
¡Capta lo correcto; descubre la verdad!*

Aunque las órdenes de F'lar en los meses siguientes provocaron interminables discusiones y murmuraciones entre los habitantes del Weyr, a Lessa le parecían las consecuencias lógicas de lo que habían discutido después de que Ramoth completara su impresionante puesta de cuarenta y un huevos.

F'lar descartaba la tradición a diestro y siniestro, eludiendo los caminos más que trillados del conservador R'gul.

Por ser contraria a los sistemas que tanto la habían enojado durante el caudillaje de R'gul, y por respeto a la inteligencia de F'lar, Lessa apoyaba a este último de un modo absoluto. Es posible que no hubiera respetado su anterior promesa de que creería en él hasta la primavera si no hubiera visto que las predicciones de F'lar se cumplían, una tras otra. Sin embargo, no estaban basadas en las premoniciones en las que Lessa no confiaba ya después de su experiencia con el intertiempo, sino en hechos registrados.

En cuanto los huevos se hubieron endurecido y Ramoth hubo apartado su huevo reina especial de los moteados para una incubación más cuidadosa, F'lar hizo acudir a los futuros caballeros a la Sala de Eclosión. Tradicionalmente, los candidatos veían los huevos por primera vez el día de la Impresión. A este precedente F'lar añadió otros: muy pocos de los sesenta y pico de candidatos se habían criado en el Weyr, y la mayoría de ellos estaban más cerca de los veinte años que de los quince. Los jóvenes tenían que tocar los huevos, acariciarlos, acostumbrarse a la idea de que de aquellos huevos saldrían unas crías de dragón ávidas por ser Impresionadas. F'lar creía que este sistema podía eliminar accidentes durante la Impresión, cuando los muchachos estaban demasiado asustados para apartarse del camino de las torpes crías.

F'lar había hecho también que Lessa convenciera a Ramoth para que dejara permanecer a Kylara cerca de su valioso huevo dorado. Kylara destetó pronto a su hijo y pasaba horas enteras, asesorada por Lessa, junto al huevo dorado. A pesar de que Kylara vivía abiertamente con T'bor, no ocultaba su preferencia por la compañía de F'lar. En consecuencia, Lessa secundaba de muy buena gana el plan de F'lar para Kylara, dado que el plan en cuestión significaba que Kylara se trasladaría, con la reina recién nacida, al Weyr de Fort.

La utilización como jinetes de muchachos nacidos en los Holds servía a un objetivo adicional. Poco antes de la Impresión, Lytol, el Gobernador del Fuerte de Ruatha envió otro mensaje.

—A este hombre le encanta positivamente enviar malas noticias —observó Lessa cuando F'lar le pasó el mensaje para que lo leyera.

—Tiene un temperamento lúgubre —asintió F'nor, que había traído el mensaje—. Lo siento por el muchachito enjaulado con semejante pesimista.

Lessa miró al caballero pardo con el ceño fruncido. Seguía encontrando insoportable cualquier mención al hijo de Gemma, ahora Señor de su Fuerte ancestral. Sin embargo... dado que ella había causado involuntariamente la muerte de su madre y no podía ser Dama del Weyr y Señora del Fuerte al mismo tiempo, era lógico que Jaxom de Gemma fuera el Señor de Ruatha.

—Por mi parte —dijo F'lar—, le estoy agradecido por sus advertencias. Sospechaba que Meron volvería a plantear problemas.

—Tiene los ojos huidizos, como los de Fax —observó Lessa.

—Ojos huidizos o no, es peligroso —declaró F'lar—. Y no puedo permitir que ande por ahí propagando el rumor de que estamos eligiendo deliberadamente hombres de la Sangre para debilitar los Linajes Familiares.

—Hay más hijos de artesanos que muchachos de los Fuertes, en cualquier caso —intervino F'nor.

—No me gusta que se interrogue acerca del hecho de que las Hebras no hayan aparecido —dijo Lessa con aire sombrío.

F'lar se encogió de hombros.

—Aparecerán a su debido tiempo. Demos gracias a que la temperatura se ha mantenido fría. Me preocuparé cuando haga calor y las Hebras sigan sin aparecer —y F'lar sonrió a Lessa, en un íntimo recordatorio de su promesa.

F'nor carraspeó apresuradamente y desvió la mirada.

—Sin embargo —continuó el caudillo del Weyr animadamente—, puedo hacer algo en lo que respecta a la otra cuestión.

De modo que, cuando se hizo evidente que los huevos estaban a punto de abrirse, rompió con otra antigua tradición y envió caballeros en busca de los padres de los jóvenes candidatos del artesanado y del Fuerte.

La gran Caverna de Eclosión daba la impresión de estar casi llena debido al gran número de espectadores procedentes de los Fuertes. Esta vez, observó Lessa, el ambiente no era de temor. Los jóvenes candidatos estaban tensos, sí, pero no asustados en presencia de los huevos. Cuando las crías echaron a andar torpemente —a Lessa le pareció que miraban deliberadamente a los ávidos rostros, como si estuvieran pre-impresionados—, los jóvenes se hicieron a un lado o avanzaron rápidamente cuando una cría canturreaba su elección. Las Impresiones fueron rápidas y sin incidentes. Demasiado pronto, pensó Lessa, el cortejo triunfal de dragones vacilando sobre sus débiles patas y de orgullosos nuevos caballeros abandonó la Sala de Eclosión en dirección a los barracones.

La joven reina surgió de su cascarón y avanzó confiadamente hacia Kylara sobre las ardientes arenas. Los dragones presentes susurraron su aprobación.

—La ceremonia terminó demasiado pronto —le dijo Lessa a F'lar aquella noche, con voz decepcionada.

F'lar rió indulgentemente, permitiéndose a sí mismo una rara velada de relajamiento ahora que se había cubierto otra etapa de acuerdo con sus planes. Los habitantes de los Fuertes habían sido devueltos a sus hogares, deslumbrados e impresionados por el Weyr y por el caudillo del Weyr.

—Eso se debe a que estabas esperando este momento —observó F'lar, echando hacia atrás un mechón de los cabellos de Lessa que tapaba a medias el perfil de la muchacha. Rió de nuevo—. Ya habrás visto que Naton...

—N'ton —le corrigió Lessa.

—De acuerdo, N'ton... ha impresionado a un bronce.

—Tal como tú habías predicho —murmuró Lessa con cierta aspereza.

—Y Kylara es Dama del Weyr para Pridith.

Lessa no hizo ningún comentario, y se esforzó en ignorar la risa de F'lar.

—Me pregunto qué bronce la cubrirá —murmuró el caudillo del Weyr.

—Lo más conveniente sería que fuera Orth de T'bor —dijo Lessa, irguiendo la cabeza.

F'lar le contestó de la única manera que podía hacerlo un hombre juicioso.

*Polvo crujiente, polvo negro,
Girando en el aire glacial.
Polvo perdido, polvo espacial,
De la desnuda Estrella Roja.*

Lessa despertó bruscamente con la cabeza dolorida, los ojos turbios y la boca seca. Tenía la impresión inmediata de una horrible pesadilla que, de momento, escapaba a su recuerdo. Apartó los cabellos de su rostro y quedó sorprendida al descubrir que había estado sudando copiosamente.

—¿F'lar? —llamó con voz insegura. Era evidente que él se había levantado más temprano—. ¿F'lar? —volvió a llamar, en voz más alta.

Está llegando, le informó Mnementh. Lessa captó que el dragón se estaba posando en el saledizo. Tocó a Ramoth y descubrió que también la reina había sido afectada por horribles pesadillas. El dragón hembra se despertó brevemente y volvió a sumirse en un sueño más profundo.

Desasosegada por sus vagos temores, Lessa se levantó y se vistió, renunciando al baño por primera vez desde que había llegado al Weyr.

Encargó el desayuno, y mientras lo esperaba trenzó sus cabellos con dedos hábiles.

La bandeja apareció en la plataforma en el momento en que entraba F'lar, con la mirada vuelta hacia Ramoth.

—¿Qué le pasa? —inquirió.

—La ha afectado mi pesadilla. Me he despertado empapada en un sudor frío.

—Cuando he salido a nombrar las patrullas estabas durmiendo tranquilamente. ¿Sabes una cosa? Al ritmo que están creciendo esos jóvenes dragones, son capaces ya de un vuelo limitado. Lo único que hacen es comer y dormir, y eso es...

—...lo que hace crecer a un dragón —terminó Lessa por él, y sorbió pensativamente su humeante *klah*—. Dedicarás una atención especial a sus entrenamientos, ¿no es cierto?

—¿Te refieres a evitar un inadvertido vuelo por el *intertempo*? Desde luego que sí —aseguró F'lar—. No quiero que unos jinetes aburridos vayan y vengan irresponsablemente —añadió, dirigiendo una significativa mirada a Lessa.

—Bueno, no fue culpa mía si nadie me enseñó a volar a su debido tiempo —replicó Lessa en aquel tono suave que utilizaba cuando estaba siendo particularmente maliciosa—. Si me hubieran aleccionado desde el día de la Impresión hasta el día de mi primer vuelo, nunca habría descubierto aquel truco.

—Es cierto —dijo F'lar solemnemente.

—¿Sabes una cosa, F'lar? Si yo lo descubrí, otros podrían descubrirlo... si es que no lo han hecho ya.

F'lar bebió, haciendo una mueca cuando el *klah* escaldó su lengua.

—No sé cómo averiguarlo discretamente. Hemos sido unos tontos al pensar que éramos los primeros. Se trata, después de todo, de una facultad congénita de los dragones, ya que de no ser así no hubieras podido hacerlo.

Lessa frunció el ceño, respiró profundamente y luego expulsó el aire, encogiéndose de hombros.

—Adelante —la estimuló F'lar.

—Bien, ¿no es posible que nuestro convencimiento acerca de la inminencia de las Hebras se deba a alguno de nuestros saltos hacia atrás, a un momento en que las Hebras estaban cayendo realmente? Quiero decir...

—Mi querida muchacha, los dos hemos analizado todos nuestros pensamientos y actos más descabellados (incluso tu sueño de esta mañana te ha trastornado, aunque no cabe duda de que se debía al vino que bebiste anoche), hasta el punto de que no reconoceríamos un presentimiento correcto si se irguiera ante nosotros y nos golpeara en pleno rostro.

—No puedo descartar la idea de que esta facultad *intertempo* tiene un valor fundamental —dijo Lessa enfáticamente.

—Eso, mi querida mujer Weyr, es un presentimiento correcto.

—Pero, ¿por qué?

—No por qué —rectificó F'lar enigmáticamente—. *Cuándo*.

Una idea se removió vagamente en alguna parte de su cerebro. F'lar trataba de concretarla cuando Mnementh anunció que F'nor estaba entrando en el Weyr.

—¿Qué te pasa? —le preguntó F'lar a su hermanastro, ya que F'nor estaba tosiendo y escupiendo, con el rostro intensamente enrojecido.

—Polvo... —murmuró F'nor, golpeando sus mangas y su pecho con sus guantes de cabalgar—. Mucho polvo, pero ninguna Hebra —añadió, describiendo un ancho arco con un brazo mientras movía sus dedos significativamente. Sacudió sus ajustados pantalones de piel de wher, volviendo a toser mientras de ellos se elevaba una nubecilla de fino polvo negro.

F'lar sintió tensarse todos los músculos de su cuerpo mientras contemplaba cómo el polvo flotaba hasta el suelo.

—¿Dónde has recogido tanto polvo? —preguntó.

F'nor le miró con un leve aire de sorpresa.

—Patrullando en Tillek. Todo el norte se ha visto afectado últimamente por tormentas de polvo. Pero lo que he venido... —Se interrumpió, alarmado por la rígida inmovilidad de F'lar—. ¿Qué pasa con el polvo? —inquirió, con voz ahogada.

F'lar giró sobre sus talones y corrió hacia la escalera que conducía a la Sala de Archivos. Lessa y F'nor le siguieron.

—¿Tillek, has dicho? —le preguntó F'lar a su lugarteniente. Estaba despejando la mesa para desplegar sobre ella cuatro mapas—. ¿Cuándo empezaron esas tormentas? ¿Por qué no me informaste acerca de ellas?

—¿Informar sobre tormentas de polvo? Lo que tú querías saber se refería a masas de aire caliente...

—¿Cuándo empezaron esas tormentas? —repitió F'lar, y su voz restalló como un látigo.

—Hace una semana, aproximadamente.

—¿Con cuánta aproximación?

—Hace seis días se observó la primera tormenta en las alturas de Tillek. Posteriormente se han producido en Bitra, Telgar, Crom y las Altas Extensiones —

informó F'lor concisamente.

Volvió la mirada hacia Lessa, pero vio que también ella estaba absorta en la contemplación de los cuatro extraños mapas. Trató de comprender por qué habían sido superimpuestas sobre la masa de tierra de Pern las franjas horizontales y verticales, pero le resultó imposible.

F'lor estaba efectuando apresuradas anotaciones, apartando de él primero uno y luego otro de los mapas.

—Demasiado complicado para pensar rectamente, para ver con claridad, para comprender —gruñó el caudillo del Weyr para sí mismo, soltando furiosamente el estilo.

—Tú hablaste sólo de masas de aire caliente —murmuró F'lor apesadumbrado, consciente de que de algún modo le había fallado a su caudillo del Weyr.

F'lor sacudió la cabeza impacientemente.

—No es culpa tuya, F'lor, sino mía. Tenía que haberlo previsto. Sabía que era una suerte que el tiempo se mantuviera tan frío. —Apoyó sus dos manos sobre los hombros de F'lor, mirándole rectamente a los ojos—. Las Hebras han estado cayendo —anunció gravemente—. Cayendo en el aire frío, congelándose y desmenuzándose... para que el viento las dispersara en forma de motas de polvo negro.

—«Polvo crujiente, polvo negro» —citó Lessa—. En «La Balada del Viaje de Moreta», el estribillo sólo habla de polvo negro.

—En este momento no necesito que me recuerden a Moreta —gruñó F'lor, inclinándose sobre los mapas—. Ella podía hablar con todos los dragones de los Weyrs.

—¡Y yo también puedo hacerlo! —protestó Lessa.

Lentamente, como si no diera crédito a sus oídos, F'lor se volvió hacia Lessa.

—¿Qué es lo que acabas de decir?

—He dicho que puedo hablar con cualquier dragón del Weyr.

Sin dejar de mirarla, parpadeando de asombro, F'lor se sentó en el borde de la mesa.

—¿Cuánto tiempo hace que posees esa facultad especial? —logró decir.

Algo en su tono, en su actitud, hizo que Lessa enrojeciera y tartamudeara como un caballero bisoño pillado en falta.

—Yo... desde siempre, supongo. Empecé con el wher guardián en Ruatha. Y, también en Ruatha, hablé con Mnementh. Y... cuando llegué aquí, pude...

Se interrumpió, no pudiendo soportar la acusadora mirada de los ojos fríos y duros de F'lor. Acusadores y, lo que era peor, despreciativos.

—Creí que habías decidido ayudarme, confiar en mí.

—Lo siento de veras, F'lor. Nunca se me ocurrió que pudiera ser de alguna utilidad para nadie, pero...

F'lor se puso en pie de un salto, con los ojos llameantes.

—El único problema que no podía resolver era el de dirigir los escuadrones y mantenerlos en contacto con el Weyr durante un ataque, el de enviar refuerzos y pedernal a tiempo. Y tú... tú has estado ahí sentada, ocultando rencorosamente...

—¡Yo NO soy rencorosa! —gritó Lessa—. He dicho que lo sentía. Y lo siento. Pero tú tienes la fea y desagradable costumbre de no hablar con nadie de tus problemas. ¿Cómo podía yo saber que no poseías la misma facultad? Tú eres F'lor, el caudillo del Weyr, puedes hacer cualquier cosa. Pero eres tan malo como R'gul, porque nunca me has dicho la mitad de las cosas que yo tendría que saber...

F'lor agarró a Lessa por los hombros y la sacudió hasta que la enfurecida voz de la

muchacha se apagó.

—¡Basta! No podemos perder tiempo discutiendo como chiquillos. —Enarcó las cejas, como asaltado por una brusca revelación—. ¿Perder tiempo? Eso es.

—¿Ir por el *intertempo*? —inquirió Lessa, con los ojos muy abiertos.

—¡*Intertempo*!

F'nor estaba completamente desconcertado.

—¿De qué estáis hablando?

—Las Hebras empezaron a caer al amanecer en Nerat —dijo F'lar, con los ojos brillantes y maneras decididas.

F'nor notó un extraño peso en la boca del estómago. ¿Al amanecer en Nerat? La idea del peligro llenó su cuerpo con una carga de adrenalina.

—De modo que retrocederemos hasta allí, por el *intertempo*, y llegaremos cuando las Hebras empiecen a caer, hace dos horas. F'nor, los dragones no sólo pueden ir dónde les dirigimos, sino también cuándo.

—¿Dónde? ¿Cuándo? —repitió F'nor, aturdido—. Eso podría ser peligroso.

—Sí, pero hoy salvará a Nerat. Vamos, Lessa —y F'lar dio otra sacudida a la muchacha, mezcla de orgullo y de afecto—, ordena a todos los dragones, jóvenes, viejos, todos los que sean capaces de volar. Diles que se carguen con bolsas de pedernal. No sé si podrás hablar a través del tiempo...

—Mi sueño de esta mañana...

—Es posible. Pero ahora pon en pie a todo el Weyr. —Se volvió hacia F'nor—. Si las Hebras están cayendo... estaban cayendo... en Nerat al amanecer, estarán cayendo en Keroon y en Ista ahora mismo, porque se encuentran en esa pauta de tiempo. Lleva dos escuadrones a Keroon. Haz que enciendan los pozos de pedernal. Llévate también algunos caballeros jóvenes y envíalos a Igen y a Ista. Esos Fuertes no están en peligro tan inmediato como Keroon. Te mandaré refuerzos en cuanto pueda. Y... mantén a Canth en contacto con Lessa.

F'lar despidió a su hermanastro con una palmada en el hombro. El caballero pardo estaba demasiado acostumbrado a recibir órdenes para discutir.

—Mnementh dice que R'gul es el oficial de guardia, y R'gul quiere saber... —empezó Lessa.

—Vamos, muchacha —dijo F'lar, con los ojos brillantes de excitación. Tomó sus mapas y empujó a Lessa hacia la escalera.

Llegaron al weyr en el momento en que entraba R'gul, acompañado de T'sum. R'gul estaba murmurando algo acerca de aquella movilización general.

—Hath tuvo que informarme —se quejó—. Resulta vergonzoso que tenga que ser el dragón...

—R'gul, T'sum, formad vuestros escuadrones —le interrumpió F'lar—. Cargadlos con todo el pedernal que puedan transportar, y reunidlos encima de la Piedra de la Estrella. Yo me reuniré con vosotros dentro de unos minutos. Tenemos que llegar a Nerat al amanecer.

—¿A Nerat? Soy oficial de guardia, no patrullero...

F'lar le interrumpió secamente:

—Esto no es ninguna patrulla.

—Pero, señor —intervino T'sum, con los ojos muy abiertos—, en Nerat amaneció hace dos horas, lo mismo que aquí.

—Exactamente, y es entonces *cundo* vamos a ir, caballero pardo. Hemos descubierto que los dragones pueden trasladarse por el *inter* temporalmente lo mismo

que geográficamente. Las Hebras han caído en Nerat al amanecer. Nosotros retrocederemos por el *intertempo*, para eliminarlas del cielo.

F'lar no prestó ninguna atención al tartamudeo de R'gul exigiendo una explicación. T'sum, en cambio, recogió unas bolsas de pedernal y echó a correr hacia el saledizo donde le esperaba su Munth.

—¡Muévete, viejo estúpido! —le gritó Lessa a R'gul, encolerizada—. Las Hebras han llegado. Estabas equivocado al suponer que habían dejado de existir... ¡Ahora, pórtate como un dragonero! ¡O márchate al *inter* y quédate allí para siempre!

Ramoth, despertada por las alarmas, empujó a R'gul con su cabeza del tamaño de un hombre, y el ex caudillo del Weyr pareció recobrase de su momentánea conmoción. Sin pronunciar una sola palabra, siguió a T'sum a lo largo del pasillo.

F'lar se había despojado de su pesada túnica de piel de wher y de sus botas de montar.

—Lessa, asegúrate de enviar mensajes a todos los Fuertes y artesanados. Este ataque se interrumpirá dentro de unas cuatro horas, aproximadamente. De modo que puede llegar tan al oeste como Ista, si mis cálculos son correctos. Pero quiero que todos los Fuertes estén advertidos.

Lessa asintió, sin apartar sus ojos del rostro de F'lar para no perderse una sola palabra.

—Afortunadamente —continuó F'lar—, la Estrella sólo está iniciando su Pasada, de manera que no hay que pensar en la posibilidad de que se produzca un ataque antes de que transcurran unos cuantos días. Me ocuparé del siguiente cuando regrese.

«Ahora, procura que Manora organice a sus mujeres. Necesitaremos grandes cantidades de ungüento. Algunos dragones resultarán quemados, y eso duele. Y, lo más importante, si algo sale mal, tienes que esperar hasta que un bronce haya cumplido un año, como mínimo, para cubrir a Ramoth...

—¡Nadie cubrirá a Ramoth, que no sea Mnementh! —exclamó Lessa, con los ojos chispeantes.

F'lar la aplastó contra él, estrujando la boca de Lessa con la suya como si quisiera infundirle toda su ternura y toda su fuerza. La soltó tan bruscamente que Lessa retrocedió tambaleándose hasta chocar con la inclinada cabeza de Ramoth. Lessa se agarró por un instante a su dragón hembra, tanto para apoyarse como para tranquilizarse.

Eso será si Mnementh puede alcanzarme, rectificó Ramoth con dragonil coquetería.

*Rueda y gira
O sangra y arde.
Vuela al inter,
Azul y verde.
Remóntate, desciende en picado,
Bronce y pardo.
Los dragoneros deben volar
Cuando las Hebras están en el cielo.*

Mientras F'lar corría por el pasillo hacia el saledizo, con las bolsas de pedernal golpeando contra sus muslos, se sintió súbitamente compensado por las tediosas patrullas en todos los Fuertes y hondonadas de Pern. Mentalmente, podía ver Nerat con la mayor claridad. Podía ver las enredaderas cargadas de flores multipetalíferas que eran la característica principal de sus bosques en esta época del año. Sus capullos marfileños estarían brillando con los primeros rayos del sol como ojos de dragón entre las plantas altas, de hojas anchas.

Mnementh, con los ojos brillantes de excitación, planeaba sobre el saledizo. F'lar se encaramó al bronceo cuello.

El Weyr bullía de escuadrones de todos los colores, fragoroso con gritos y contraórdenes. La atmósfera estaba cargada de electricidad, pero F'lar no pudo captar ningún pánico en aquella ordenada confusión. Dragones y humanos brotaban de las aberturas alrededor de las paredes del Cuenco. Las mujeres se deslizaban de una Caverna Inferior a otra. Los niños que jugaban junto al lago fueron enviados a reunir leña para una fogata. Los jóvenes caballeros, supervisados por el viejo C'gan, estaban formando en el exterior de sus barracones. F'lar alzó la mirada hacia el Pico y aprobó la formación de los escuadrones reunidos en compacto orden de vuelo. Otro escuadrón se formó mientras miraba. Reconoció al pardo Canth, con F'nor a su cuello, en el preciso instante en que todo el escuadrón desaparecía.

Ordenó a Mnementh que se remontara. El viento era frío y ligeramente húmedo. ¿Una nevada tardía? Esta era la época, si tenía que producirse.

Los escuadrones de R'gul y T'bor se desplegaron en abanico a su izquierda, los de T'sum y D'nol a su derecha. Observó que cada uno de los dragones estaba cargado de bolsas. Entonces, F'lar le dio a Mnementh la visualización de los bosques primaverales de Nerat, poco antes del amanecer, con las flores marfileñas resplandeciendo y el mar estrellándose contra las rocas del Cayo Alto.

Notó el frío glacial del *inter*. Y sintió una punzada de duda. ¿Era imprudente por su parte enviarles a todos a una muerte posible en el *intertempo* en este esfuerzo para adelantarse a las Hebras en Nerat?

Luego estaban todos allí, a la luz crepuscular que precede al día. Los sugerentes

olores del bosque ascendían hasta ellos. Y calor también, lo cual resultaba temible. F'lar alzó la mirada y la desvió ligeramente hacia el norte. La Estrella Roja brillaba muy baja, latiendo amenazadora.

Los hombres se habían dado cuenta de lo que había ocurrido y sus voces subieron de tono, asombradas. Mnementh le dijo a F'lar que los dragones estaban levemente sorprendidos por el alboroto que armaban sus jinetes.

—¡Atención, dragoneros! —gritó F'lar, con voz ronca y distorsionada en su esfuerzo para que le oyeran todos. Esperó hasta que los hombres se situaron lo más cerca posible. Le dijo a Mnementh que transmitiera la información a cada uno de los dragones. Luego explicó lo que habían hecho y por qué. Nadie habló, pero a través de las resplandecientes alas se intercambiaron muchas miradas nerviosas.

F'lar ordenó a los dragoneros que se desplegaran en formación escalonada, manteniendo una distancia de cinco alas entre cada uno de ellos.

Salió el sol.

Descendiendo oblicuamente a través del mar, como una niebla cada vez más espesa, las Hebras estaban cayendo, silenciosas, bellas, traidoras. Las esporas que cruzaban el espacio tenían un color gris plateado, y giraban en duros óvalos helados que se desfleaban a medida que penetraban en la cálida envoltura atmosférica de Pern. Desprovistas de toda inteligencia, habían sido expulsadas de su estéril planeta en dirección a Pern, una lluvia espantosa que buscaba materia orgánica para alimentarse. Una Hebra, hundiéndose en suelo feraz, se enterraría profundamente, propagándose por millares en la cálida tierra, convirtiéndola en un erial de polvo negruzco. El continente meridional de Pern ya había sufrido aquellas consecuencias. Los verdaderos parásitos de Pern eran las Hebras.

Un rugido ahogado de las gargantas de ochenta hombres y dragones taladró el aire de la madrugada sobre las verdes alturas de Nerat... Como si las Hebras pudieran oír este reto, musitó F'lar.

Simultáneamente, los dragones giraron sus cuneiformes cabezas hacia sus jinetes pidiendo pedernal. Las grandes quijadas trituraron las piedras. Los fragmentos eran tragados, y los dragones pedían más pedernal. En el interior de los animales se agitaban los ácidos y se elaboraban las tóxicas fosfinas. Cuando los dragones eructaran el gas, se inflamaría en el aire y la voraz llama eliminaría a las Hebras del cielo. Y las quemaría en el suelo.

El instinto dragonil se impuso en el momento en que las Hebras empezaron a caer encima de las costas de Nerat.

La admiración que F'lar había experimentado siempre por su compañero bronce alcanzó nuevas cotas en las horas siguientes. Azotando el aire con sus grandes alas, Mnementh se remontó escupiendo fuego, saliendo al encuentro de la amenaza que llovía del cielo. Las emanaciones, empujadas por el viento, sofocaron a F'lar, que tuvo que aplastarse contra uno de los lados del bronceo cuello. El dragón berreó cuando una Hebra se pegó a una punta del ala. Inmediatamente, F'lar se sumergió con su montura en el *inter*, frío, tranquilo, negro. La Hebra helada se desintegró. En un abrir y cerrar de ojos regresaron para enfrentarse con la realidad de las Hebras.

A su alrededor, F'lar vio dragones entrando y saliendo del *inter*, llameando a su regreso, descendiendo, remontándose. Mientras el ataque continuaba y ellos se deslizaban a través de Nerat, F'lar empezó a reconocer la pauta de los instintivos movimientos de los dragones para eludir un ataque. Ya que, al contrario de lo que había deducido de su estudio de los Archivos, las Hebras caían en amasijos. No como

una lluvia, en extensiones regulares, sino como chubascos de nieve, aquí, encima, allí, desplazándose súbitamente hacia un lado. Nunca con fluidez, a pesar de la continuidad que su nombre sugería.

Uno podía ver un racimo de Hebras encima de él. Llameando, su dragón se remontaría. Y se experimentaría la intensa alegría de ver al racimo arrugándose de abajo a arriba. A veces, un racimo caía entre jinetes. Un dragón daba la señal de que él lo seguiría y, vomitando llamas, se lanzaba en picado y lo eliminaba.

Paulatinamente, los dragoneros avanzaban por encima de los bosques, tan tentadoramente verdes. F'lar se negaba a pensar en lo que una sola Hebra viva podía hacer en aquella tierra lujuriente. Una Hebra, una sola Hebra, podía apagar los ojos marfileños de todas las luminosas flores. Más tarde, enviaría una patrulla en vuelo rasante para rastrear cada metro cuadrado de terreno.

Un dragón gritó en alguna parte a su izquierda. Antes de que pudiera identificar al animal, se había zambullido en el *inter*. F'lar oyó otros gritos de dolor, lo mismo de hombres que de dragones. Cerró sus oídos y se concentró, como hacían los dragones, en el aquí-y-ahora. ¿Recordaría Mnementh aquellos gritos penetrantes más tarde? F'lar deseó poder olvidarlos ahora.

El, F'lar, el caballero bronce, se sintió repentinamente superfluo. Los que estaban librando la batalla eran los dragones. Uno estimulaba a su animal, le consolaba cuando las Hebras le quemaban, pero dependía de su instinto y de su velocidad.

Algo ardiente rozó la mejilla de F'lar, enterrándose como ácido en su hombro. Un grito de asombrada agonía brotó de sus labios. Mnementh les sumergió en el misericordioso *inter*. El dragonero se sacudió con manos frenéticas las Hebras, notando cómo se desintegraban en el intenso frío del *inter*. Con una sensación de asco, golpeó las heridas todavía ardientes. De regreso en el aire húmedo de Nerat, el dolor pareció remitir. Mnementh canturreó alentadoramente y luego se precipitó hacia un racimo, vomitando fuego.

Olvidándose de sí mismo, F'lar examinó apresuradamente el cuello de su montura en busca de señales de quemaduras.

Me zambulliré con mucha rapidez, le dijo Mnementh, y viró para alejarse de un racimo de Hebras peligrosamente próximo. Un dragón pardo les siguió y redujo las Hebras a cenizas.

Podían haber transcurrido unos instantes, podían haber transcurrido un centenar de horas cuando F'lar miró hacia abajo con sorpresa, al mar iluminado por el sol. Las Hebras caían ahora inofensivamente en las aguas saladas. Nerat quedaba ahora al este y a su derecha.

F'lar sintió la debilidad en todos sus músculos. En la excitación de la frenética batalla había olvidado los ensangrentados arañazos en su mejilla y en su hombro. Ahora, mientras Mnementh y él se deslizaban lentamente, las heridas dolían y punzaban.

Hizo que Mnementh se remontara y, cuando alcanzaron la altitud suficiente, planearon. No pudo ver ninguna Hebra cayendo hacia tierra. Debajo de él, los dragones se deslizaban a mayor o menor altura, en busca de cualquier señal de penetración en el suelo, atentos a cualquier movimiento anormal de la vegetación.

—Regresemos al Weyr —le dijo a Mnementh con un ruidoso suspiro. Oyó que el bronce transmitía la orden, incluso mientras él era llevado al *inter*. Estaba tan cansado que ni siquiera visualizó dónde —y mucho menos cuándo—, confiando en que el instinto de Mnementh le transportaría con seguridad al Weyr a través del tiempo y del espacio.

*Honra a los que cuidan de los dragones,
En pensamiento y favor, de palabra y de obra.
Se pierden mundos o se salvan mundos
De los peligros que los dragones arrostran.*

Estirando el cuello hacia la Piedra de la Estrella del Pico Benden, Lessa observó desde el saledizo hasta que vio desaparecer los cuatro escuadrones.

Suspirando profundamente en respuesta a sus íntimos temores, descendió corriendo las escaleras hasta el suelo del Weyr Benden. Vio que alguien estaba encendiendo una fogata junto al lago y que Manora daba órdenes a sus mujeres con voz clara y tranquila.

El viejo C'gan había formado a los jóvenes caballeros. Lessa sorprendió los ojos envidiosos de los jinetes más bisoños en las ventanas de los barracones. Tendrían tiempo suficiente para montar un dragón llameante. Por lo que F'lar había sugerido, tendrían Revoluciones enteras.

Se estremeció mientras avanzaba hacia los jóvenes caballeros, pero logró sonreírles. Les dio sus órdenes y les envió a advertir a los Fuertes, comprobando rápidamente que cada uno de los dragones había recibido referencias claras de su jinete. Los Fuertes no tardarían en ser arrancados de su frivolidad.

Canth le dijo que había Hebras en Keroon, cayendo sobre el sector de la Bahía de Nerat. Le dijo también que F'nor no creía que dos escuadrones fueran suficientes para proteger los prados.

Lessa se detuvo, tratando de calcular cuantos escuadrones habían salido ya.

El escuadrón de K'net todavía está aquí, la informó Ramoth. *Sobre el Pico.*

Lessa alzó la mirada y vio al bronce Piyanth extendiendo sus alas en respuesta. Lessa le dijo que fuera por el *inter* hasta Keroon, cerca de la Bahía de Nerat. Obedientemente, todo el escuadrón remontó el vuelo y desapareció.

Lessa se volvió con un suspiro a decirle algo a Manora, cuando una ráfaga de viento y un intenso hedor casi le cortaron la respiración. El aire encima del Weyr estaba lleno de dragones. Estaba a punto de preguntarle a Piyanth por qué no había ido a Keroon, cuando se dio cuenta de que el número de animales era muy superior a los veinte de K'net.

Pero si acabáis de marcharos, exclamó, al reconocer la inconfundible mole del bronce Mnementh.

Eso fue hace dos horas para nosotros, dijo Mnementh, en un tono tan fatigado que Lessa cerró los ojos, llena de compasión.

Algunos dragones descendían rápidamente. Por su forma de volar, era evidente que estaban heridos.

Las mujeres se apresuraron a coger los recipientes de ungüento y trapos limpios

para atender a los lesionados. Por malheridos que estuvieran, los caballeros procuraban que sus animales fueran atendidos en primer lugar.

Lessa no perdía de vista a Mnementh, segura de que F'lar no mantendría al enorme bronce planeando de aquel modo si estuviera herido. Estaba ayudando a T'sum a curar el ala derecha de Munth, cruelmente desgarrada, cuando se dio cuenta de que el cielo encima de la Piedra de la Estrella estaba vacío.

Se obligó a sí misma a terminar con Munth antes de ir en busca del bronce y su jinete. Cuando los localizó, vio también que Kylara estaba aplicando ungüento en la mejilla y el hombro de F'lar. Avanzaba decididamente a través de las arenas hacia la pareja cuando llegó hasta ella la urgente llamada de Canth. Vio que Mnementh levantaba la cabeza al captar, también, el pensamiento del pardo.

—F'lar, Canth dice que necesitan ayuda —gritó Lessa. No se dio cuenta entonces de que Kylara se alejaba para ir a reunirse con las otras mujeres.

Las heridas de F'lar no eran graves. Lessa quiso convencerse de ello para su tranquilidad. Kylara había tratado las quemaduras, que parecían poco profundas. Alguien le había proporcionado a F'lar otra piel para reemplazar las que las Hebras habían destrozado. F'lar frunció el ceño... y parpadeó debido a que el fruncimiento le hizo arrugar la dolorida mejilla. Bebió apresuradamente unos sorbos de *klah*.

Mnementh, ¿cuántos dragones se encuentran en condiciones de volar? Oh, no importa, límitate a decirles que remonten el vuelo con una carga completa de pedernal.

—¿Estás bien? —preguntó Lessa, apoyando una mano en el brazo de F'lar. No podía marcharse ahora... ¿o sí?

F'lar le dedicó una fatigada sonrisa y le entregó su cubilete vacío, apretando fugazmente las manos de Lessa. Luego se encaramó al cuello de Mnementh. Alguien le entregó una pesada carga de bolsas.

Dragones azul, verde, pardo y bronce se elevaron rápidamente del Cuenco del Weyr. Algo más de sesenta dragones planearon unos instantes encima del Weyr, donde unos minutos antes habían planeado ochenta.

Tan pocos dragones. Tan pocos jinetes. ¿Cuánto tiempo podrían seguir combatiendo?

Canth dijo que F'nor necesitaba más pedernal. Lessa miró a su alrededor ansiosamente. Ninguno de los caballeros jóvenes había regresado aún de su misión de mensajero. Un dragón estaba canturreando quejosamente, y Lessa giró sobre sus talones, pero era la joven Pridith, atravesando el Weyr con paso vacilante en dirección al comedero, empujando juguetonamente a Kylara mientras avanzaban. Los otros dragones que quedaban estaban heridos o... Su mirada cayó sobre C'gan, que salía de los barracones de los caballeros jóvenes.

—C'gan, ¿podríais Tagath y tú llevar más pedernal a F'nor en Keroon?

—Desde luego —le aseguró el viejo caballero azul, hinchado el pecho con orgullo, los ojos llameantes.

Lessa no había pensado enviarle a ninguna parte, pero C'gan había pasado toda su vida adiestrándose para esta emergencia, y no podía ser privado de una oportunidad.

Sonrió con aprobación ante la vehemencia con que amontonaban bolsas sobre el cuello de Tagath. El viejo dragón azul canturreaba y retozaba como si volviera a ser joven y fuerte. Lessa les dio las referencias que Canth había visualizado para ella.

Contempló cómo destellaban encima de la Piedra de la Estrella.

No es justo. Toda la diversión será para ellos, dijo Ramoth en tono desabrido.

Lessa la vio tomando el sol en el saledizo del Weyr, limpiando sus enormes alas.

—Si masticaras pedernal quedarías reducida a un simple verde —le respondió Lessa secamente. Pero en su fuero interno se sentía divertida por el descontento de la reina.

A continuación, Lessa pasó entre los heridos. El bello verde de B'fol gemía y sacudía la cabeza, incapaz de doblar un ala que había resultado desgarrada hasta el cartílago. Tardaría unas semanas en recuperarse, pero sus heridas eran las más graves entre los dragones. Lessa apartó rápidamente la mirada de B'fol para no ver el dolor reflejado en sus ojos.

Se dio cuenta de que había más hombres que animales heridos. Dos de los jinetes del escuadrón de R'gul habían recibido serios daños en la cabeza. Uno de los hombres podría perder un ojo. Manora le había sumido en la inconsciencia con un brebaje de hierbas. El brazo de otro hombre tenía quemaduras que llegaban hasta el hueso. Aunque la mayoría de las heridas eran de carácter leve, el número de ellas desalentó a Lessa. ¿Cuántos caballeros más resultarían lesionados en Keroon?

De ciento setenta y dos dragones, quince estaban ya fuera de combate, aunque algunos sólo por un par de días.

A Lessa se le ocurrió una idea. Si N'ton había montado realmente a Canth, tal vez podría montar al animal de un hombre herido en la próxima salida, ya que había más caballeros que dragones heridos. F'lar rompía con las tradiciones a su antojo. Aquí había otra para romper... si el dragón estaba de acuerdo.

Suponiendo que N'ton no era el único jinete capaz de montar a otro animal que no fuera el suyo, ¿qué beneficios produciría semejante flexibilidad a largo plazo? F'lar había dicho concretamente que las incursiones no serían tan frecuentes al principio, cuando la Estrella Roja sólo estaba iniciando su pasada de cincuenta Revoluciones de duración alrededor de Pern. ¿Qué entendía F'lar por «frecuentes»? El tenía que saberlo, desde luego, pero ahora no estaba aquí para preguntárselo.

Bueno, esta mañana *había* estado en lo cierto acerca de la aparición de Hebras en Nerat, de modo que su exhaustivo estudio de aquellos antiguos Archivos se había revelado fructífero.

No, eso no era completamente exacto. F'lar se había olvidado de alertar a los hombres contra las señales de polvo negro, así como las de calentamiento de la atmósfera. Dado que había resuelto el problema yendo por el *intertempo*, Lessa estaba dispuesta a perdonarle aquel pequeño error. Pero F'lar tenía la fastidiosa costumbre de acertar en sus suposiciones. Lessa se rectificó a sí misma. No eran suposiciones. F'lar estudiaba. Planeaba, pensaba y luego usaba el sentido común. Como el calcular dónde y cuándo atacarían las Hebras de acuerdo con las anotaciones de aquellos malolientes Archivos. Lessa empezó a sentirse más optimista acerca de su futuro.

Ahora, si F'lar lograba que los caballeros aprendieran a confiar en el seguro instinto de los dragones en el combate, el número de bajas se reduciría también.

Un grito estridente taladró aire y oído mientras un dragón azul aparecía encima de la Piedra de la Estrella.

¡Ramoht!, aulló Lessa en una reacción instintiva, sin saber exactamente por qué.

La reina remontó el vuelo antes de que el eco de la orden de Lessa se hubiera apagado. Era evidente que el azul se encontraba en serios apuros. Estaba tratando de frenar su velocidad, pero una de sus alas no le obedecía. Su jinete se había deslizado hacia adelante sobre el gran hombro, aferrándose precariamente al cuello de su dragón con una mano.

Lessa, con las manos apretadas sobre su boca, contemplaba la escena con el miedo

reflejado en sus ojos. En el Cuenco no se oía más sonido que el batir de las inmensas alas de Ramoth. La reina se elevó rápidamente para situarse junto al desesperado azul, apretando un ala contra el lado lastimado.

Los espectadores contuvieron la respiración cuando el jinete resbaló, soltándose del cuello de su montura, y cayó... aterrizando sobre los anchos hombros de Ramoth.

El azul cayó como una piedra. Ramoth fue a posarse suavemente cerca de él, agachándose para que la gente del Weyr pudiera sacar a su pasajero.

Era C'gan.

Lessa sintió que su estómago se revolvía al ver los destrozos que las Hebras habían causado en el rostro del viejo arpista. Se arrodilló a su lado, apoyando la canosa cabeza en su regazo. La gente del Weyr se reunió en un respetuoso y silencioso círculo.

Manora, con su rostro sereno como siempre, tenía lágrimas en sus ojos. Se arrodilló y colocó su mano sobre el corazón del viejo caballero. Alzó la mirada hacia Lessa y agitó lentamente la cabeza. Luego, con los labios apretados, empezó a aplicar el ungüento adormecedor.

—Demasiado viejo y desdentado para vomitar fuego, y demasiado lento para meterse en el *inter* —murmuró C'gan, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Demasiado viejo. Pero «Los dragoneros deben volar / cuando las Hebras están en el cielo...»

Su voz se apagó en un suspiro. Sus ojos se cerraron.

Lessa y Manora se miraron, angustiadas. Una nota terrible rasgó el silencio. Tagath salió despedido hacia arriba en un tremendo salto. Los ojos de C'gan giraron en sus órbitas, ciegos. Lessa, contenida la respiración, contempló al dragón azul, tratando de negar lo inevitable, mientras Tagath desaparecía en el aire.

Un leve gemido se esparció por el Weyr, como el grito solitario y desgarrado de un viento incisivo. Los dragones rendían tributo.

—¿Se ha... marchado? —preguntó Lessa, aunque ya lo sabía.

Manora asintió lentamente, con lágrimas resbalando por sus mejillas mientras se inclinaba para cerrar los ojos muertos de C'gan.

Lessa se puso en pie lentamente, haciendo señas a unas mujeres para que se llevaran el cadáver del viejo caballero. Con aire ausente, se frotó las ensangrentadas manos contra su falda, tratando de concentrarse en lo que podría ser necesario de un modo inmediato.

Pero su mente regresó hacia lo que acababa de ocurrir. Un dragonero había muerto. Y también su dragón. Las Hebras habían dado cuenta ya de una pareja. ¿Cuántas más morirían en esta cruel Revolución? ¿Cuánto tiempo podría sobrevivir el Weyr? ¿Incluso después de que madurasen los cuarenta de Ramoth, y los que no tardaría en concebir, y sus hijas-reinas también?

Lessa echó a andar para silenciar sus incertidumbres y aliviar su pena. Vio que Ramoth se remontaba para ir a posarse sobre el Pico. ¿Vería algún día aquellas alas doradas teñidas de rojo y negro a causa de las Hebras? ¿Desaparecería Ramoth?

No, Ramoth no. No, mientras Lessa viviera.

F'lar le había dicho hacía mucho tiempo que tenía que aprender a mirar más allá de los estrechos límites del Fuerte de Ruatha y de la mera venganza. Tenía razón, como de costumbre. Como Dama del Weyr bajo la tutela de F'lar, había aprendido que vivir *era* algo más que criar dragones y participar en los Juegos de Primavera. Vivir era luchar para conseguir algo imposible... para alcanzar el éxito, o morir, sabiendo que se

había intentado.

Lessa se dio cuenta de que, al fin, había aceptado plenamente su papel: como Dama del Weyr y como compañera, para ayudar a F'lar a modelar hombres y acontecimientos para muchas futuras Revoluciones... Para asegurar Pern contra las Hebras.

Lessa echó sus hombros hacia atrás e irguió su barbilla. El viejo C'gan lo había expresado correctamente:

*¡Los dragoneros deben volar
Cuando las Hebras están en el cielo!*

*Se pierden mundos o se salvan mundos
De los peligros que los dragones arrostran.*

Tal como F'lar había predicho, el ataque finalizó a primeras horas de la tarde, y dragones y fatigados caballeros fueron acogidos por el estridente trompeteo de Ramoth desde el Pico.

Después de asegurarse de que F'lar no había recibido ninguna otra herida, de que las de F'nor eran superficiales, y de que Manora mantenía a Kylara ocupada en las cocinas, Lessa se dedicó a organizar la atención a los heridos y el consuelo a los preocupados.

A medida que oscurecía, una calma intranquila se instaló en el Weyr: la quietud de mentes y cuerpos demasiado cansados o demasiado doloridos para hablar. Lessa efectuó el recuento de hombres y animales heridos. Veintiocho hombres o dragones no podrían estar en el aire en la próxima batalla contra las Hebras. C'gan era la única baja definitiva, pero había otros cuatro dragones gravemente heridos en Keroon y siete hombres en muy mal estado, con los que no podría contarse en los próximos meses.

Lessa atravesó el Cuenco hacia su Weyr, preocupada ante la perspectiva de tener que darle a F'lar aquellas malas noticias.

Esperaba encontrarle en el dormitorio, pero estaba vacío. Ramoth dormía ya cuando pasó por delante de ella camino de la Sala del Consejo... también vacía. Intrigada y un poco alarmada, Lessa bajó semicorriendo la escalera que conducía a la Sala de los Archivos, para encontrar a F'lar, con el rostro macilento y ojeroso, inclinado sobre mohosas pieles.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Lessa furiosamente—. Tendrías que estar durmiendo.

—Lo mismo que tú —replicó F'lar, sonriendo.

—Yo estaba ayudando a Manora a atender a los heridos...

—Cada uno a lo suyo —dijo F'lar, pero se apartó de la mesa, frotándose el cuello y haciendo girar el hombro ileso para relajar los rígidos músculos—. No podía dormir —admitió—, de modo que se me ocurrió buscar algunas respuestas en los Archivos.

—¿Más respuestas? ¿A qué? —gritó Lessa, exasperada. Como si los Archivos pudieran proporcionar alguna clase de respuesta. Evidentemente, las enormes responsabilidades de defender a Pern contra las Hebras empezaban a pesar sobre el caudillo del Weyr. Después de todo, había existido la tensión de la primera batalla, sin contar con el agotamiento del viaje por el *intertiempo* para llegar a Nerat antes que las Hebras.

F'lar sonrió e invitó a Lessa sentarse a su lado en el banco adosado a la pared.

—Necesitaba la respuesta a la apremiante pregunta de cómo un Weyr debilitado puede luchar por seis.

Lessa trató de dominar el pánico que invadía, como un torrente helado, sus entrañas.

—Oh, tus previsiones temporales se encargarán de eso —respondió galantemente—. Serás capaz de conservar la potencia dragonil hasta que las cuarenta crías de Ramoth estén en condiciones de volar.

F'lar enarcó irónicamente las cejas.

—Entre tú y yo podemos permitirnos el lujo de ser sinceros, Lessa.

—Pero ha habido Largos Intervalos antes de ahora —arguyó Lessa—, y si Pern sobrevivió a ellos, puede volver a hacerlo.

—Entonces existían seis Weyrs. Y unas veinte Revoluciones antes de que la Estrella Roja tuviera que iniciar su Pasada, las reinas empezaban a producir nidadas enormes. Todas las reinas, y no solamente una leal y dorada Ramoth. ¡Oh, cómo maldigo a Jora! —F'lar se puso en pie y empezó a pasear de un lado a otro, echando hacia atrás nerviosamente el mechón de negros cabellos que caía a través de sus ojos.

Lessa experimentaba un intenso deseo de consolarle, pero al mismo tiempo se sentía desgarrada por el miedo que latía en su vientre y que le impedía pensar de un modo coherente.

—No tenías tantas dudas...

F'lar giró en redondo hacia ella.

—No las tenía antes de enfrentarme a las Hebras y contar el número de heridos. Eso nos sitúa en inferioridad de condiciones. Suponiendo incluso que pudiéramos proporcionar otros jinetes a los dragones ilesos, nos resultaría muy difícil conservar una fuerza permanentemente eficaz en el aire y mantener al mismo tiempo una fuerza eficaz en tierra. —Captó la expresión intrigada de Lessa—. Mañana tendremos que recorrer Nerat a pie. Sería un estúpido si creyera que hemos localizado y eliminado a todas las Hebras antes de que llegaran al suelo.

—Deja que la gente de los Fuertes se encargue de ese rastreo. No pueden limitarse a permanecer encerrados en la seguridad de sus Fuertes Interiores mientras nosotros lo hacemos todo. Si no hubieran sido tan mezquinos y tan imbéciles...

F'lar la interrumpió bruscamente.

—Ellos desempeñarán su papel, desde luego —le aseguró—. Mañana voy a reunir en Consejo a todos los Señores de los Fuertes y a todos los Maestros Artesanos. Pero hay que hacer algo más que señalar dónde caen las Hebras. ¿Cómo se destruye a una Hebra que se ha enterrado en el subsuelo? El aliento de un dragón es muy eficaz en el aire y en la superficie del terreno, pero no penetra a un metro de profundidad.

—Oh, no había pensado en ese aspecto del problema. Pero los pozos de pedernal...

—...se encuentran únicamente en las alturas y alrededor de las viviendas humanas, pero no en los prados de Keroon ni en los verdes bosques de Nerat.

Un argumento de mucho peso, desde luego. Lessa se obligó a sí misma a sonreír.

—He sido una tonta al suponer que nuestros dragones eran lo único que Pern necesitaba para eliminar a las Hebras. Sin embargo... —Lessa se encogió de hombros expresivamente.

—Existen otros métodos —dijo F'lar—, o al menos existían. Tienen que haber existido. He encontrado frecuentes menciones de que los Fuertes estaban organizando grupos de tierra y de que esos grupos estaban armados con fuego. No se menciona nunca de qué clase, probablemente porque era algo perfectamente conocido —F'lar se retorció las manos con un gesto de impotencia y volvió a dejarse caer en el banco—. Ni siquiera quinientos dragones podrían haber eliminado a todas las Hebras que cayeron hoy. Sin embargo, *ellos* lograron mantener a Pern libre de Hebras.

—A Pern, sí; pero, ¿acaso no se perdió el Continente Meridional? ¿Es posible que tuvieran las manos demasiado ocupadas con el propio Pern?

—Nadie se ha preocupado del Continente Meridional en cien mil Revoluciones —replicó F'lar.

—Está en los mapas —le recordó Lessa.

F'lar dirigió una mirada de disgusto a los Archivos, amontonados en comunicativos fajos sobre la larga mesa.

—La respuesta tiene que estar ahí. En alguna parte.

Había un leve acento de desesperación en su voz, la sugerencia de que se reprochaba a sí mismo no haber descubierto aquellos hechos esquivos.

—La mitad de esas cosas no podrían ser leídas por el hombre que las escribió —dijo Lessa en tono mordaz—. Además, lo que hasta ahora nos ha ayudado más han sido tus *propias* ideas. Tú has compilado los mapas del tiempo, y mira lo valiosos que han sido ya.

—Vuelvo a apegarme demasiado a la piel, ¿eh? —preguntó F'lar, con la sombra de una sonrisa en las comisuras de sus labios.

—Indudablemente —le aseguró Lessa, con más confianza de la que sentía—. Los dos sabemos que los Archivos son culpables de las omisiones más absurdas.

—Bien dicho, Lessa. De modo que vamos a olvidar esos desorientadores y anticuados preceptos y a pensar por nuestra cuenta. Primero, necesitamos más dragones. Segundo, los necesitamos ahora. Tercero, necesitamos algo tan eficaz como un dragón llameante para destruir las Hebras que se han enterrado en el subsuelo.

—Cuarto, necesitamos dormir, o no seremos capaces de pensar en nada —añadió Lessa, con un rastro de su aspereza habitual.

F'lar rió abiertamente, abrazando a Lessa.

—Tienes ganas de ir a la cama, ¿verdad? —la excitó, acariciándola con avidez.

Lessa trató de escapar de su abrazo, inútilmente. El ímpetu amoroso de F'lar era tanto más notable por cuanto se trataba de un hombre herido y fatigado. En ese aspecto tenía muchos puntos de contacto con Kylara. Había que imaginar a aquella ardiente mujer vendando sus heridas...

—Mi responsabilidad como Dama del Weyr incluye el cuidar de ti, en tu calidad de caudillo del Weyr.

—Pero pasas horas enteras con los dragoneros azules y me dejas en manos de Kylara.

—Lo cual no pareció disgustarte precisamente.

F'lar estalló en otra carcajada.

—¿Tengo que abrir el Weyr Fort y enviar a Kylara allí? —inquirió, en tono burlón.

—No me importaría que Kylara estuviera a tantas Revoluciones como kilómetros de distancia de aquí —estalló Lessa, sin disimular su enojo.

F'lar reaccionó de un modo muy raro: permaneció unos instantes con los ojos muy abiertos y la mandíbula caída, como paralizado por el asombro. Luego se puso en pie de un salto y gritó:

—¡Tú lo has dicho!

—¿Qué es lo que he dicho?

—¡A Revoluciones de distancia! ¡Eso es! Enviaremos a Kylara al pasado, por el intertiempo, con su reina y las crías de dragón. —F'lar empezó a pasear excitadamente por la estancia, mientras Lessa trataba de seguir su razonamiento—. No, será mejor enviar al menos a uno de los bronce más veteranos. Y a F'nor, también... F'nor podría

supervisar la operación... Discretamente, desde luego...

—¿Enviar a Kylara... a dónde? ¿A cuándo? —le interrumpió Lessa.

—Buena pregunta —F'lar desplegó los ubicuos mapas sobre la mesa—. Muy buena pregunta. ¿A dónde podemos enviarles fuera de aquí sin provocar anomalías por estar presentes en uno de los otros Weyrs? Las Altas Extensiones son remotas. No, hemos encontrado restos de fogatas allí, todavía calientes, y ningún indicio de quién las había encendido ni por qué. Y si les hubiésemos enviado ya al pasado habrían estado preparados para hoy, y no lo estaban. De modo que no pueden haber estado ya en dos lugares... F'lar sacudió la cabeza, aturdido por las paradojas. Los ojos de Lessa se fijaron en el negro contorno del olvidado Continente Meridional.

—Podrías enviarles ahí —sugirió, señalando el lugar.

—Ahí no hay nada.

—Podrían llevarse lo necesario. Tiene que haber agua, ya que las Hebras no pueden devorarla. Podrían llevarse todo lo demás. Pienso para el ganado, grano...

F'lar frunció las cejas, profundamente concentrado en sus pensamientos, con los ojos brillantes, olvidadas la depresión y la sensación de derrota de unos momentos antes.

—Las Hebras no estarían allí hace diez Revoluciones. Y no han estado allí desde hace casi cuatrocientas. En diez Revoluciones Pridith podría madurar e incubar varias nidadas. Incluso reinas, tal vez... —Sacudió la cabeza dubitativamente—. No, allí no hay ningún Weyr. Ninguna Sala de Eclosión. Ningún...

—¿Cómo podemos saberlo? —le interrumpió Lessa bruscamente, demasiado entusiasmada con muchos aspectos de aquel proyecto para renunciar a él fácilmente—. Los Archivos no mencionan el Continente Meridional, es cierto, pero también lo es que omiten muchas otras cosas. ¿Cómo podemos saber que no ha vuelto a crecer la vegetación durante las cuatrocientas Revoluciones transcurridas desde la última invasión de las Hebras? Sabemos que las Hebras no pueden sobrevivir a menos de que exista algo orgánico con lo cual alimentarse, y que una vez lo han devorado todo se secan y se desintegran.

F'lar la miró sin disimular su admiración.

—Bueno, ¿por qué no se le ha ocurrido esa idea a alguien hasta ahora?

—Demasiado apego a la piel —dijo Lessa, apuntándole con un dedo—. Además, no existía la necesidad de preocuparse por ello.

—La necesidad (¿o son los celos?) es la madre de muchas grandes ideas —dijo F'lar. Había una sonrisa de pura malicia en su rostro, y Lessa retrocedió, adivinando sus intenciones.

—Es por el bien del Weyr —replicó.

—Bien, te enviaré allí mañana con F'nor, a echar una ojeada. Es justo, dado que la idea ha sido tuya.

Lessa se inmovilizó.

—¿No vas a ir tú?

—Confío en que puedo dejar este proyecto en tus capaces e interesadas manos —F'lar rió y tomó a Lessa entre sus brazos, apretándola contra su costado ileso, sonriéndole, con los ojos brillantes—. Yo he de desempeñar mi papel de implacable caudillo del Weyr y evitar que los Señores de los Fuertes cierren de golpe sus Puertas Interiores. Y tengo la esperanza... —irguió la cabeza, frunciendo ligeramente el ceño— de que alguno de los Maestros Artesanos conozca la solución del tercer problema: eliminar a las Hebras enterradas en el subsuelo.

—Pero...

—El viaje le sentará bien a Ramoth y aliviará tu aburrimiento —F'lar estrechó con más fuerza el esbelto cuerpo de la muchacha, dedicando por fin toda su atención al exótico y delicado rostro—. Lessa, tú eres mi cuarto problema —susurró, inclinándose a besarla.

En aquel preciso instante resonaron unos pasos apresurados en dirección a la Sala, y F'lar soltó a la muchacha, visiblemente irritado.

—¿Quién puede ser a esta hora? —murmuró, dispuesto a dejar caer todo el peso de su enojo sobre el intruso.

—¿F'lar?

Era la voz de F'nor, ansiosa, ronca.

La expresión del rostro de F'lar le dijo a Lessa que ni siquiera su hermanastro se libraría de una reprimenda, y ello le complació de un modo irracional. Pero en cuanto F'nor penetró en la estancia, el caudillo del Weyr y la Dama del Weyr se sumieron en un asombrado silencio. En el aspecto del caballero pardo se había producido algún cambio indefinible. Y mientras el hombre transmitía su incoherente mensaje, la mente de Lessa registró súbitamente la diferencia. ¡F'nor estaba bronceado por el sol! No llevaba ningún vendaje, y en su mejilla no había el menor rastro de la herida causada por una Hebra que Lessa había curado aquella misma tarde.

—¡F'lar, la cosa no funciona! ¡No se puede estar vivo en dos lugares al mismo tiempo! —estaba exclamando F'nor frenéticamente. Se tambaleó hasta la pared, agarrándose a la roca para mantenerse en pie. Había unos profundos círculos debajo de sus ojos, visibles a pesar del bronceado—. No sé cuánto tiempo podremos resistir. Todos estamos afectados. Algunos días menos que otros.

—No comprendo...

—Tus dragones se encuentran perfectamente —le aseguró F'nor al caudillo del Weyr con una risa amarga—. A ellos no les afecta en absoluto. Pero sus jinetes... toda la gente del Weyr... somos unas sombras, semivivientes, como hombres sin dragón, con una parte de nosotros desaparecida para siempre. Excepto Kylara. —Su rostro se contrajo en una mueca de disgusto—. Lo único que ella desea es ir hacia atrás y contemplarse a sí misma. Temo que la egomanía de esa mujer nos destruirá a todos.

Súbitamente, sus ojos se desorbitaron y volvió a tambalearse, como si no encontrara ya apoyo en la pared.

—No puedo quedarme. Ya estoy aquí. Demasiado cerca. Me hace sentir dos veces peor. Pero tenía que avisarte. Te prometo, F'lar, que permaneceremos allí mientras podamos, pero no será mucho tiempo... No será mucho tiempo, pero lo hemos intentado. ¡Lo hemos intentado!

Antes de que F'lar pudiera moverse, el caballero pardo giró sobre sí mismo y salió corriendo, semiagachado, de la Sala.

—¡Pero él no se ha marchado aún! —exclamó Lessa—. ¡No se ha marchado aún!

CUARTA PARTE

EL FRÍO *INTER*

F'lar vio alejarse a su hermanastro, con las cejas contraídas a causa de la intensa ansiedad que experimentaba.

—¿Qué puede haber sucedido? —le preguntó Lessa al caudillo del Weyr—. Ni siquiera se lo habíamos dicho a F'nor. Apenas habíamos terminado de discutir la idea. —Su mano voló hacia su propia mejilla—. Y la huella de la Hebra, yo misma le curé esta tarde, ha desaparecido. Desaparecido. De modo que F'nor ha estado fuera mucho tiempo.

Se dejó caer sobre el banco.

—Sin embargo, ha regresado. De modo que lo hizo —observó F'lar lentamente, como si meditara cada una de las palabras que tenía que pronunciar—. Y ahora sabemos que la aventura no es completamente favorable incluso antes de que empiece. Y sabiendo esto, le hemos enviado diez Revoluciones atrás por los beneficios que la aventura pueda reportarnos. —Se interrumpió, pensativamente—. En consecuencia, no tenemos más alternativa que seguir adelante con el experimento.

—Pero, ¿dónde puede estar el fallo?

—Creo que lo sé, y no tiene remedio. —F'lar se sentó al lado de Lessa, mirándola fijamente—. Lessa, tú estabas muy trastornada al regreso de tu viaje por el *inter* a Ruatha aquella primera vez. Pero ahora creo que se trataba de algo más que de la impresión de ver a los hombres de Fax invadiendo tu propio Fuerte, o de pensar que tu regreso podría haber sido responsable de aquel desastre. Creo que es algo relacionado con estar en dos épocas al mismo tiempo.

Se interrumpió de nuevo, tratando de entender este concepto inmensamente nuevo incluso mientras lo formulaba.

Lessa le miró con una expresión tan asombrada en sus ojos que F'lar se echó a reír, aunque sin demasiada convicción.

—Bajo cualesquiera condiciones —continuó—, resulta enervante pensar en retroceder en el tiempo y ver a un yo más joven.

—Eso debe ser lo que F'nor quiso decir respecto a Kylara —murmuró Lessa—, acerca de su deseo de ir hacia atrás y contemplarse a sí misma... como una niña. ¡Oh, esa perversa muchacha! —Lessa estaba llena de rabia por la presunción de Kylara—. Es un ser perverso y egoísta. Lo arruinará todo.

—Todavía no —le recordó F'lar—. Mira, aunque F'nor nos ha advertido de que la situación en su época se está haciendo desesperada, no nos ha dicho lo que él era capaz de realizar. Pero habrás observado que la cicatriz de su mejilla se ha hecho invisible... lo cual significa que tienen que haber transcurrido algunas Revoluciones. Suponiendo que Pridith haya incubado una sola nidada, suponiendo incluso, poniéndonos en lo peor, que sólo hayan madurado las cuarenta crías de Ramoth lo suficiente como para poder luchar dentro de tres días, hemos conseguido algo. En consecuencia, Dama del Weyr —y observó cómo Lessa se erguía al sonido de su título—, debemos olvidar el regreso de F'nor. Mañana, cuando vuelas al Continente Meridional, no hagas ninguna alusión al asunto. ¿Comprendes?

Lessa asintió gravemente y luego suspiró.

—No sé si me siento feliz o decepcionada al comprobar, incluso antes de que lleguemos allí mañana, que el Continente Meridional soportará obviamente un Weyr —dijo con desaliento—. La duda resultaba muy excitante...

—En cualquier caso —dijo F'lar con una sonrisa sardónica—, sólo hemos encontrado parte de las respuestas a los problemas primero y segundo.

—Bueno, será mejor que contestes al problema número cuatro ahora mismo —sugirió Lessa—. ¡Decisivamente!

*Tejedor, Minero, Arpista, Herrero,
Curtidor, Agricultor, Ganadero, Señor,
Reuníos y escuchad con mucha atención
El urgente mensaje del hombre del Weyr.*

Cuando hablaron con F'nor a la mañana siguiente, lo mismo Lessa que F'lar lograron evitar cualquier referencia al prematuro regreso del caballero pardo. F'lar le pidió a Canth que enviara a su jinete al weyr de la reina en cuanto se despertara, y quedó complacido al ver a F'nor casi inmediatamente. Si el caballero pardo notó la mirada de intensa curiosidad que Lessa fijaba en su vendado rostro, no lo dio a entender. En realidad, en el momento en que F'lar esbozó la osada aventura de explorar el Continente Meridional con la posibilidad de poner en marcha un Weyr diez Revoluciones atrás en el tiempo, F'nor se olvidó de todas sus heridas.

—Iré de buena gana sólo si envías a T'bor con Kylara. No voy a esperar a que N'ton y su bronce hayan crecido lo suficiente como para hacerse cargo de ella. T'bor y Kylara son... —F'nor se interrumpió, con una mueca en dirección a Lessa—. Bueno, son lo más parecido a una pareja que se puede ser. No me importa que me... importunen, pero hay límites a lo que un hombre está dispuesto a hacer por lealtad a la dragonería.

F'lar logró disimular a duras penas lo mucho que le divertían los apuros de F'nor. Kylara había tratado de conquistar a todos los caballeros y, dado que F'nor se había resistido a sus encantos, ella estaba decidida a tener éxito con él.

—Espero que dos bronce sean suficientes. Pridith puede tener su propia opinión llegada la época del apareamiento.

—¡No puedes convertir a un pardo en un bronce! —exclamó F'nor con tanto desaliento que F'lar no pudo contener por más tiempo la risa.

—¡Oh, no te rías! —refunfuñó F'nor. Lo cual desencadenó la risa de Lessa —Sois tal para cual— gruñó el caballero pardo—. Si vamos a ir hacia el sur, Dama del Weyr, será mejor que nos pongamos en marcha. Particularmente si tenemos que darle a este hilarante maníaco la oportunidad de recobrarse de su ataque de risa antes de que lleguen los solemnes Señores. Voy a pedirle provisiones a Manora. Bien, Lessa: ¿vas a venir conmigo?

Ahogando su propia risa, Lessa cogió su capa de vuelo y siguió a F'nor. Al menos, la aventura empezaba bien.

Cargando con el cántaro de *klah* y su cubilete, F'lar se dirigió a la Sala del Consejo, discutiendo consigo mismo si debía hablarles o no a los Señores y Maestros Artesanos de aquella aventura meridional. La facultad de los dragones de volar por el *intert* tiempo tanto como por el *interes* espacio no era aún bien conocida. Los Señores podrían no darse cuenta de que había sido utilizada el día anterior para anticiparse a las Hebras. Si F'lar pudiera estar seguro de que el proyecto tendría éxito... bueno, añadiría una nota

optimista a la reunión.

Preparó los mapas, con las oleadas y las épocas de los ataques de las Hebras claramente visibles, para tranquilizar a los Señores.

Los visitantes no tardaron en reunirse. Y la mayoría de ellos no lograban ocultar su aprensión, y la impresión que les había causado el hecho de que las Hebras hubieran caído de nuevo del cielo para amenazar todo género de vida en Pern. La sesión iba a resultar difícil, decidió F'lar ceñudamente. Ojalá, pensó, me hubiera marchado con F'nor y Lessa al Continente Meridional. Pero descartó rápidamente aquella idea y se inclinó con aparente diligencia hacia los mapas desplegados ante él.

Sólo faltaban por llegar dos de los Señores, Meron de Nabol (al cual le hubiera gustado no incluir, ya que el hombre era un chismoso) y Lytol de Ruatha. F'lar había colocado a Lytol en el último lugar de la lista porque no deseaba que Lessa se encontrara con él. Lessa no había acabado de digerir —absurdamente, en opinión de F'lar— el hecho de haber tenido que renunciar a sus pretensiones sobre el Fuerte de Ruatha en favor del hijo póstumo de Dama Gemma. Lytol, como Gobernador de Ruatha, tenía un lugar en esta conferencia. El hombre era también un ex dragonero, y su regreso al Weyr ya era bastante penoso sin que Lessa lo agravara con su resentimiento. Exceptuando al joven Larad de Telgar, Lytol era el aliado más valioso del Weyr.

S'lel entró, seguido a poca distancia por Meron. A este último le había enfurecido esta llamada; se notaba en su modo de andar, en sus ojos, en su porte altivo. Pero era también tan inquisitivo como tortuoso. Saludó únicamente a Larad de entre todos los Señores, y ocupó el asiento reservado para él al lado de Larad. La actitud de Meron hizo evidente que aquel lugar se encontraba media Sala demasiado cerca de F'lar.

El caudillo del Weyr respondió al saludo de S'lel y le indicó al caballero bronce que debía sentarse. F'lar había dispuesto cuidadosamente los lugares que debían ocupar los asistentes a la conferencia, intercalando dragoneros pardo y bronce entre Señores de los Fuertes y Maestros Artesanos. Ahora apenas había espacio para moverse en la caverna de amplias proporciones, pero tampoco había espacio para empuñar las dagas si los ánimos se calentaban con exceso.

Se elevó un murmullo de entre los reunidos, y F'lar alzó la mirada y vio que el rechoncho ex dragonero de Ruatha se había detenido en el umbral de la Sala. Levantó su mano para saludar respetuosamente al caudillo del Weyr. Mientras F'lar devolvía el saludo, observó que el tic en la mejilla izquierda de Lytol palpitaba de un modo casi continuo.

Los ojos de Lytol, sombríos de dolor y de inquietud, recorrieron la estancia. Saludó con un gesto a los miembros de su anterior escuadrón, a Larad y a Zurg, jefe de su propio equipo de tejedores. Con paso rígido, se dirigió hacia el único asiento que estaba vacío, murmurando un saludo a T'sum, sentado a su izquierda.

F'lar se puso en pie.

—Agradezco vuestra presencia, Señores y Maestros Artesanos. Las Hebras han empezado a caer de nuevo. El primer ataque ha sido desbaratado y las Hebras han sido eliminadas del cielo. Señor Vincet —y el preocupado Señor de Narat alzó la mirada, alarmado—, hemos enviado una patrulla a los bosques para que efectúen unas pasadas en vuelo rasante, a fin de asegurarnos de que no hay madrigueras de Hebras.

Vincet tragó saliva nerviosamente, palideciendo al pensar en lo que las Hebras podían hacer en sus feraces y óptimas posesiones.

—Necesitaremos la ayuda de tus mejores forestales...

—¿Ayuda? Pero... acabas de decir que las Hebras fueron eliminadas en el cielo...

—No podemos correr ningún riesgo —replicó F'lar, dando a entender que la patrulla no era más que una precaución, en vez de una necesidad como él sabía perfectamente.

Vincet volvió a tragar saliva, mirando ansiosamente a su alrededor en busca de simpatía, pero no la encontró. Todo el mundo estaría muy pronto en su misma situación.

—Seguirán patrullas a Keroon y a Igen —F'lar miró primero a Corman, y luego a Banger, que asintieron gravemente—. Para vuestra tranquilidad, permitidme que os diga que no habrá más ataques durante tres días y cuatro horas —F'lar señaló uno de los mapas—. Las Hebras empezarán a caer aproximadamente aquí, en Telgar, derivarán hacia el oeste a través de la zona más meridional de Crom, que es montañosa, y seguirán a través de Ruatha y del extremo más meridional de Nabol.

—¿Cómo puedes estar seguro de eso?

F'lar reconoció la despectiva voz de Meron de Nabol.

—Las Hebras no caen como un juego infantil de pajitas, Meron —replicó F'lar—. Caen de acuerdo con una pauta perfectamente predecible; los ataques duran exactamente seis horas. Los intervalos entre los ataques se acortarán gradualmente en las próximas Revoluciones, a medida que la *Estrella Roja* se acerque más a nosotros. Luego, durante casi cuarenta Revoluciones, a medida que la Estrella Roja se aleje de nosotros, los ataques se producirán cada catorce horas, avanzando a través de nuestro mundo de un modo controlable.

—Eso es lo que *tú* dices —gruñó Meron, y se oyó un leve murmullo de aprobación.

—Eso es lo que dicen las Baladas Docentes —intervino Larad en tono firme.

Meron miró al Señor de Telgar y continuó:

—Recuerdo otra de tus predicciones, según la cual las Hebras empezarían a caer inmediatamente después del Solsticio.

—Lo cual hicieron —le interrumpió F'lar—. En forma de polvo negro en los Fuertes septentrionales. Si hemos tenido un respiro, podemos agradecerlo a la afortunada circunstancia de que hemos disfrutado de un Período Frío anormalmente intenso y prolongado.

—¿Polvo? —inquirió Nessel de Crom—. ¿Aquel polvo eran Hebras? —El hombre era uno de los parientes consanguíneos de Fax, y estaba bajo la influencia de Meron: un hombre anciano que había aprendido los métodos sanguinarios de conquista de su pariente y no había tenido la inteligencia suficiente para mejorar ni modificar el original—. Mi Fuerte está aún lleno de polvo. ¿Es peligroso?

F'lar agitó enfáticamente la cabeza.

—¿Cuánto tiempo hace que cae polvo en tu Fuerte? ¿Semanas? ¿Ha causado algún daño?

Nessel enarcó las cejas.

—Estoy interesado en tus mapas, caudillo del Weyr —dijo Larad de Telgar con voz tranquila—. ¿Nos darán una idea exacta de la frecuencia con que podemos esperar que caigan Hebras en nuestros Fuertes?

—Sí. Puedes anticipar también que los dragoneros llegarán poco antes de que se produzca la invasión. Sin embargo, es preciso que adoptéis algunas medidas por vuestra parte, y este es el motivo de que haya convocado el Consejo.

—Un momento —gruñó Corman de Keroon—. Quiero una copia de esos fantásticos mapas para mi uso personal. Quiero saber qué significan realmente esas franjas y esas líneas onduladas. Quiero...

—Naturalmente, te serán facilitados. Voy a encargar al Maestro Arpista Robinton —F'lar inclinó respetuosamente la cabeza saludando al Maestro Artesano— que se ocupe de realizar las copias y de asegurarse de que todo el mundo las entiende perfectamente.

Robinton, un hombre alto y delgado, con un rostro arrugado y melancólico, correspondió al saludo del caudillo del Weyr. Una leve sonrisa asomó a sus labios ante la atención que ahora le dedicaban los Señores de los Fuertes. Su profesión de arpista, lo mismo que la de dragonero, había sido muy menospreciada, y este súbito respeto le divertía. Era un hombre con un agudo sentido de lo ridículo y una activa imaginación. Las circunstancias en las cuales se encontraba el incrédulo Pern eran demasiado irónicas para no apelar a su innato sentido de la justicia. Ahora se contentó a si mismo con una profunda inclinación y una frase cortés.

—Realmente, todos prestarán atención al maestro. —Su voz era profunda, y pronunciaba las palabras sin el menor acento provinciano.

F'lar, a punto de hablar, miró incisivamente a Robinton al captar el doble filo de aquella frase. Larad miró también al Maestro Arpista y se aclaró la garganta apresuradamente.

—Tendremos nuestros mapas —dijo Larad, anticipándose a Meron, que había abierto la boca para hablar—. Tendremos los dragoneros cuando caigan las Hebras. ¿Cuáles son esas medidas adicionales? ¿Y por qué son necesarias?

Todas las miradas volvieron a fijarse en F'lar.

—Tenemos un solo Weyr donde otrora hubo seis.

—Pero se dice que Ramoth ha incubado más de cuarenta dragones —dijo alguien desde el fondo de la Sala—. ¿Y por qué ordenaste la Búsqueda para llevarte más jóvenes de nuestros Fuertes?

—Cuarenta y uno, que no han madurado aún —dijo F'lar. En su fuero interno, confiaba en que aquella aventura meridional daría resultado. Había verdadero miedo en la voz de aquel hombre—. Crecen bien y rápidamente. En estos momentos, mientras las Hebras no ataquen con más frecuencia a medida que la Estrella Roja inicie su Pasada, nuestro Weyr es suficiente... si contamos con vuestra colaboración en tierra. La tradición establece —inclinó diplomáticamente la cabeza hacia Robinton, dispensador de los usos Tradicionales— que los Señores son responsables únicamente de sus respectivos Fuertes, los cuales, desde luego, están adecuadamente protegidos por pozos de pedernal y piedra viva. Sin embargo, se ha permitido que nuestras alturas se llenen de vegetación. Y las tierras de cultivo abundan en cosechas. Esto significa que existen vastas extensiones de terreno vulnerable que un solo Weyr, en estos momentos, no puede proteger sin agotar seriamente la vitalidad de nuestros dragones y caballeros.

Ante aquella sincera admisión, un murmullo asustado y furioso se extendió rápidamente a través de la Sala.

—Ramoth no tardará en remontar el vuelo para otro apareamiento —continuó F'lar, ignorando aquellos murmullos—. Desde luego, en otras épocas las reinas empezaban a producir abundantes nidadas muchas Revoluciones antes del solsticio crítico, así como más reinas. Por desgracia, Jora era vieja y estaba enferma, y Nemorth se mostraba intratable. El caso...

Fue interrumpido.

—¡Los dragoneros, con vuestros aires de superioridad, acarrearéis nuestra ruina!

—Vosotros mismos tenéis mucho que reprocharos —resonó la voz de Robinton a

través del griterío que siguió a aquellas palabras—. Admitidlo, todos y cada uno de vosotros. Habéis tenido menos consideraciones con el Weyr que con la madriguera de vuestro wher guardián... que ya es decir. Pero ahora los ladrones están en las alturas, y vosotros gritáis porque el pobre reptil se encuentra a las puertas de la muerte por falta de atenciones. Os quejáis, cuando lo cierto es que le exiliasteis a su madriguera porque trataba de advertiros. Trataba de conseguir que os prepararaís contra los invasores... La culpa es *vuestra*, y no del caudillo del Weyr ni de los dragoneros, que han cumplido honradamente con su deber durante esos centenares de Revoluciones conservando viva la dragonería... a pesar de vuestras protestas. ¿Cuántos de vosotros —su tono era incisivo— habéis sido generosos de pensamiento y de obra con la dragonería? Desde que me convertí en maestro de mi artesanado, mis arpistas me han dicho con frecuencia que habían sido golpeados por cantar las antiguas Baladas, como era su obligación. Sólo os habéis ganado el derecho, Señores y Maestros Artesanos, a encerraros en vuestros Fuertes de piedra y retorceros de rabia y de impotencia mientras vuestras cosechas mueren antes de nacer. Se puso en pie.

—«No caerá ninguna Hebra. Son cuentos de viejas de los arpistas» —continuó, imitando impecablemente a Nessel—. «Esos dragoneros pretenden despojarnos de nuestros herederos y de nuestras cosechas» —añadió, remedando ahora una voz atemorada que sólo podía ser la de Meron—. Y ahora la verdad es tan amarga como el miedo de un hombre valiente y tan difícil de tragar como el agracillo. En justa correspondencia a las consideraciones que habéis tenido con ellos, los dragoneros deberían dejaros a merced de las Hebras.

—Bitra, Lemos y yo —intervino Raid, Señor de Benden, con la barbilla erguida belicosamente— hemos cumplido siempre con nuestras obligaciones para con el Weyr.

Robinton se volvió hacia él y le miró en silencio unos instantes.

—Sí, es cierto —dijo finalmente—. De todos los Grandes Fuertes, vosotros tres habéis sido los únicos leales. Pero, como portavoz de mi artesanado, conozco muy bien lo que opinan de la dragonería todos los demás. ¿Habéis olvidado acaso vuestra tentativa de marchar contra el Weyr? —Robinton rio roncamente y apuntó un largo dedo hacia Vincet—. ¿Dónde estarías hoy, Señor de Nerat, si el Weyr *no* te hubiera enviado hacia atrás con la esperanza de que te fueran devueltas tus damas? Todos vosotros —y su dedo acusador señaló a cada uno de los Señores que habían tomado parte en aquella abortada tentativa— marchasteis contra el Weyr porque... ¡«las... Hebras... habían... dejado... de... existir»!

Apretó sus puños contra sus caderas y contempló a los reunidos con ojos llameantes. F'lar sintió deseos de aplaudir. Se comprendía fácilmente por qué Robinton era Maestro Arpista, y F'lar agradeció la circunstancia de que un hombre semejante fuera partidario del Weyr.

—¿Y ahora, en este momento crítico, tenéis la increíble presunción de protestar contra cualquier medida que sugiera el Weyr? —La voz de Robinton rezumaba ahora escarnio y asombro—. ¡Atended a lo que el caudillo del Weyr diga y ahorradle vuestras necias censuras! —Pronunció aquellas palabras como un padre reprendiendo a un hijo descarriado. Luego se volvió hacia F'lar—. Creo que estabas pidiendo nuestra colaboración. ¿Cómo podemos prestártela?

F'lar se aclaró apresuradamente la garganta.

—Es preciso que los Fuertes monten servicios de patrulla en sus propios campos y bosques, durante los ataques si es posible, indispensablemente después de que hayan

pasado las Hebras. Todas las madrigueras subterráneas que puedan albergar a una Hebra tienen que ser localizadas, señaladas y destruidas. Cuanto antes sean localizadas, más fácil resultará librarse de ellas.

—No hay tiempo para excavar pozos de pedernal a través de todas las tierras... perderíamos la mitad de nuestro espacio vital —exclamó Nessel.

—Existen otros medios, utilizados en tiempos antiguos, que creo que nuestro Maestro Herrero podría conocer —y F'lar hizo un gesto cortés en dirección a Fandarel, el prototipo de su profesión, si alguna vez había existido.

El Maestro Herrero superaba en varios centímetros la estatura del más alto de los hombres presentes en la Sala del Consejo. Sus macizos hombros y sus musculosos brazos quedaban como encajonados entre sus dos vecinos, a pesar de sus esfuerzos por encogerse, por así decirlo. Se puso en pie, gigantesco, con unos pulgares como cuernos engarfiados en el ancho cinturón que rodeaba la parte central de su cuerpo. Su voz distaba mucho de ser suave, después de Revoluciones enteras de aullar por encima del rugir de fogatas y mallos.

—Había máquinas, seguramente —declaró, en un tono deliberadamente pensativo—. Mi padre me habló de ellas como una curiosidad del Artesanado. Es posible que haya bocetos en el Vestíbulo. Y es posible que no. Esas cosas no se conservan en las pieles durante mucho tiempo —y dirigió una oblicua mirada, con el entrecejo fruncido, hacia el Maestro Curtidor.

—Lo que se trata de conservar son nuestras propias pieles —observó F'lar para anticiparse a cualquier disputa entre Artesanados.

Fandarel gruñó en su garganta de un modo que dejó a F'lar en la duda de si el sonido era la risa del hombre o un asentimiento gutural.

—Estudiaré el asunto. Y lo mismo tendrían que hacer todos mis camaradas artesanos —declaró Fandarel—. Eliminar Hebras del suelo sin perjudicar al terreno puede resultar difícil. Es cierto que existen líquidos que lo queman casi todo. Nosotros utilizamos un ácido para grabar dibujos en dagas y metales de adorno. Lo llamamos agenothree. Existe también el agua pesada negra que flota sobre la superficie de charcas en Igen y Boll. Quema mucho y sus efectos son prolongados. Y si, como tú dices, la Revolución Fría desintegra a las Hebras y las convierte en polvo, quizás el hielo de las regiones más septentrionales podría congelar y desintegrar las Hebras enterradas. Sin embargo, el problema estriba en llevar esos elementos al lugar en el que caen las Hebras, puesto que ellas no nos ayudarán cayendo donde nosotros deseamos que caigan... —Y Fanderel contrajo su ancho rostro en una mueca.

F'lar le miró, sorprendido. ¿Estaba hablando en broma? No, lo hacía con sincera preocupación.

El Maestro Herrero se rascó la cabeza: sus recios dedos produjeron unos sonidos casi chirriantes y perfectamente audibles a lo largo de sus crespos cabellos y de su cuero cabelludo endurecido por el calor.

—Un problema interesante. Un problema interesante —musitó, impertérrito—. Le dedicaré toda mi atención. Se sentó, y el pesado banco crujió bajo su peso. El Maestro Agricultor alzó la mano, pidiendo el uso de la palabra.

—Cuando me convertí en Maestro Artesano, recuerdo haber leído una referencia a los gusanos de arena de Igen. En otros tiempos eran criados como una protección...

—Igen no ha producido nunca nada útil, salvo calor y arena —le interrumpió alguien.

—Necesitamos todas las sugerencias —dijo F'lar bruscamente, tratando de

identificar al que había hablado—. Por favor, Maestro Artesano, procura localizar esa referencia. ¡Y tú, Banger de Igen, encuéntrame algunos de esos gusanos de arena!

Banger, igualmente sorprendido de que su árido Fuerte poseyera algo de valor oculto, asintió vigorosamente.

—Hasta que dispongamos de medios más eficaces para eliminar a las Hebras, todos los Fuertes deben organizar patrullas que recorran el terreno durante los ataques, a fin de localizar y señalar madrigueras y quemar pedernal en ellas. No deseo que se produzcan heridos, pero todos sabemos la rapidez con la que las Hebras se entierran profundamente, y no puede dejarse ninguna madriguera para que se multipliquen. Vosotros perderíais más —F'lar señaló enfáticamente a los Señores de los Fuertes— que cualquier otro. No os limitéis a cuidar de vosotros mismos, ya que una madriguera en la frontera de un hombre puede extenderse a la de su vecino. Moviliza todos los hombres, mujeres y niños, agricultores y artesanos. En seguida.

La Sala del Consejo quedó cargada de tensión y de aturrida reflexión hasta que Zurg, el Maestro Tejedor, se levantó para hablar.

—Mi artesanado tiene algo que ofrecer también... lo cual es lógico ya que tratamos con hebras todo los días de nuestras vidas... en virtud de los antiguos métodos —la voz de Zurg era incisiva y seca, y sus ojos, rodeados de arrugas, no permanecían quietos sino que saltaban de uno a otro rostro de los presentes—. En cierta ocasión vi en una de las paredes del Fuerte de Ruatha... ¿quién sabe donde se encuentra ahora el tapiz? —Su mirada se deslizó de Meron de Nabol a Banger de las Altas Extensiones, que había heredado los títulos de Fax allí—. La obra era tan antigua como la dragonería y mostraba, entre otras cosas, a un hombre a pie, portando sobre su espalda un extraño aparato. Empuñaba en su mano un objeto redondeado, largo como una espada, del cual brotaban lenguas de fuego... espléndidamente tejidas con los tonos rojo-anaranjados que se han perdido para nosotros... encaradas hacia el suelo. Encima, desde luego, había dragones en formación cerrada, predominando los bronce... también hemos perdido el tono bronce-dragón exacto. He recordado la obra porque creo que puede estar relacionada con el tema que nos ocupa.

—¿Un lanzallamas? —rugió el Herrero—. Un lanzallamas —repitió, con menos ímpetu—. Un lanzallamas —murmuró pensativamente, frunciendo sus pobladas cejas—. ¿Un lanzador de qué clase de llamas? Esto requiere meditación.

Inclinó la cabeza y no dijo nada más, tan enfrascado en la meditación requerida que perdió interés en el resto de la conversación.

—Sí, Zurg, en las Revoluciones más recientes se han perdido muchos procedimientos de todos los artesanados —comentó F'lar sardónicamente—. Si queremos seguir viviendo, tenemos que recuperar tales conocimientos... y pronto. Me gustaría particularmente recuperar el tapiz al que se refiere el Maestro Zurg.

F'lar miró significativamente a los Señores que habían pleiteado por los siete Fuertes de Fax después de su muerte.

—Puede ahorrarnos muchas pérdidas a todos. Sugiero que aparezca en Ruatha. O en el taller de Zurg o de Fandarel. Donde resulte más cómodo.

Se oyó un restregar de pies, pero nadie admitió ser propietario del tapiz.

—También podría ser devuelto al hijo de Fax, que ahora es el Señor de Ruatha —añadió F'lar, entre indignado y divertido ante el sentido de la justicia que demostraban aquellos Señores.

Lytol refunfuñó en voz baja y dirigió una insolente mirada a su alrededor. F'lar imaginó que Lytol se estaba divirtiendo mucho y experimentó una fugaz compasión

hacia el huérfano Jaxom, educado por un tutor tan severo, aunque honrado.

—Si se me permite decirlo, Señor caudillo del Weyr —intervino Robinton—, todos podríamos beneficiarnos, como nos demuestran tus mapas, de investigaciones en nuestros propios Archivos. —Sonrió súbitamente, con una sonrisa levemente irónica—. Confieso que yo soy el primero en tener que reprocharme algo, ya que los Arpistas hemos dejado perder baladas impopulares y mutilado algunas de las Baladas y Sagas Docentes más largas... por falta de oyentes y, ocasionalmente, con la intención de conservar nuestros pellejos.

F'lar ahogó una risa con una tos. Robinton era un genio.

—Tengo que ver ese tapiz ruathano —estalló súbitamente Fandarel.

—Estoy seguro de que llegará a tus manos muy pronto —le garantizó F'lar, con más confianza de la que se atrevía a sentir—. Señores, hay mucho que hacer. Ahora que comprendéis con lo que nos enfrentamos, dejo en vuestras manos como caudillos de vuestros Fuertes y artesanados independientes la mejor manera de organizar a vuestra propia gente. Maestros artesanos, dedicad vuestras mejores mentes a nuestro problema particular: revisad todos los Archivos en busca de algo que pueda sernos útil. Telgar, Crom, Ruatha y Nabol, estaré con vosotros dentro de tres días. Nerat, Igen y Keroon, estoy a vuestra disposición para ayudaros a destruir madrigueras en vuestras tierras. Ahora que tenemos al Maestro Minero aquí, habladle de vuestras necesidades. ¿Cómo marcha tu artesanado?

—El trabajo no falta, y esto nos hace felices, caudillo del Weyr —respondió el Maestro Minero con voz aflautada.

En aquel preciso instante F'lar vio a F'nor en la penumbra de la antecámara, tratando de llamar su atención. El jinete pardo exhibía una sonrisa exultante, y era obvio que estallaba de noticias.

F'lar se preguntó cómo había podido regresar tan rápidamente del Continente Meridional, y luego se dio cuenta de que F'nor —otra vez— estaba bronceado por el sol. Hizo un gesto con la cabeza, indicándole a F'nor que se dirigiera al dormitorio y le esperase allí.

—Señores y Maestros Artesanos, habrá un joven dragón a disposición de cada uno de vosotros para mensajes y transporte. Ahora, buenos días.

Salió de la Sala del Consejo, recorrió el pasillo hasta el weyr de la reina, y apartó la cortina todavía oscilante del dormitorio en el momento en que F'nor se estaba sirviendo una copa de vino.

—¡Éxito! —exclamó F'nor al ver entrar a su hermanastro—. Aunque nunca llegaré a entender cómo sabías que había que enviar treinta y dos candidatos exactamente. Creí que estabas insultando a nuestra noble Pridith. Pero ha puesto treinta y dos huevos en cuatro días. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no precipitarme hacia aquí cuando apareció el primero.

F'lar respondió con calurosas felicitaciones, aliviado al comprobar que, como mínimo, aquella aventura aparentemente absurda produciría aquel beneficio. Ahora, lo único que tenía que calcular era cuanto tiempo había permanecido F'nor en el sur hasta su frenética visita de la noche anterior. Ya que en el rostro bronceado y sonriente de F'nor no había arrugas de preocupación ni la menor tensión.

—¿Ningún huevo reina? —preguntó F'lar, esperanzado. Con treinta y dos en el primer experimento, quizá podrían enviar atrás una segunda reina y volver a intentarlo.

El rostro de F'nor se ensombreció.

—No, y yo estaba convencido de que habría alguno. Pero hay catorce bronce. En

esto, Pridith ha superado a Ramoth —añadió con orgullo.

—Es cierto. ¿Cómo marcha el Weyr en los otros aspectos? F'nor frunció el ceño, sacudiendo la cabeza contra un desconcierto interior.

—Kylara es... bueno, es un problema. Provoca conflictos continuamente. T'bor lo pasa muy mal con ella, y se muestra tan susceptible que todo el mundo se mantiene alejado de él. —F'nor se animó un poco—. El joven N'ton se está convirtiendo en un excelente jefe de escuadrón, y su bronce puede aventajar al Orth de T'bor la próxima vez que Pridith remonte el vuelo para aparearse. Y no es que yo desee ver a Kylara con N'ton... ni con nadie.

—Entonces, ¿ningún problema con los suministros?

F'nor rió abiertamente.

—Si no hubieras insistido tanto en que no debíamos comunicarnos contigo, podríamos abastecerte de frutas y de verduras frescas muy superiores a las del norte. ¡Por fin comemos como tienen que comer los dragoneros! F'lar, podríamos establecer allí un Weyr que nos resolvería el problema del abastecimiento, y no tendríamos que preocuparnos de convoyes de diezmos ni...

—A su debido tiempo. Ahora tienes que regresar. Ya sabes que tus visitas aquí tienen que ser muy breves. F'nor hizo una mueca.

—Oh, no es tan malo. De todos modos, no estoy aquí en este momento.

—Cierto —convino F'lar—, pero no te equivoques de momento y vengas mientras aún estás aquí.

—¿Hmmm? Oh, sí, es verdad. Olvidaba que el tiempo es muy lento para nosotros y muy rápido para ti. Bueno, no volveré aquí hasta que Pridith ponga la segunda nidada.

Con un alegre adiós, F'nor salió del weyr. F'lar le contempló pensativamente mientras se dirigía de nuevo a la Sala del Consejo. Treinta y dos crías de dragón, catorce de ellas bronce, eran un buen resultado y parecían justificar el riesgo. ¿O se haría mayor el riesgo?

Alguien carraspeó deliberadamente. F'lar alzó la mirada y vio a Robinton de pie en la abovedada antecámara de la Sala del Consejo.

—Antes de que pueda copiar e instruir a otros acerca de esos mapas, caudillo del Weyr, debo comprenderlos yo mismo del todo. Me he tomado la libertad de esperarte.

—Eres un buen paladín, Maestro Arpista.

—Y la tuya es una noble causa, caudillo del Weyr. —Luego, Robinton guiñó maliciosamente un ojo—. Le había estado suplicando al Huevo que me concediera la oportunidad de hablar ante un auditorio tan noble.

—¿Una copa de vino?

—Las uvas de Benden son la envidia de Pern.

—Si se tiene paladar para un *bouquet* tan delicado.

—Los entendidos lo cultivan cuidadosamente. F'lar se preguntó cuándo dejaría el hombre de jugar con las palabras. Tenía en su mente algo más que el estudio de los mapas del tiempo.

—Estoy pensando en una balada que, por falta de explicación, dejé de lado cuando me convertí en Maestro de mi artesanado —dijo Robinton juiciosamente, después de saborear su vino—. Es una canción «incómoda», lo mismo la melodía que la letra. Un arpista desarrolla, como es lógico, cierta sensibilidad hacia lo que será aceptado y lo que será rechazado... violentamente. Descubrí que la balada en cuestión trastornaba tanto al artista como al auditorio, y la retiré de la circulación. Ahora, al igual que ese

tapiz, valdría la pena redescubrirla.

Después de la muerte de C'gan, su instrumento había sido colgado en la pared de la Sala del Consejo hasta que se nombrara un nuevo Cantor del Weyr. La guitarra era muy antigua, su madera delgada. El viejo C'gan la había conservado bien afinada y protegida del polvo. El Maestro Arpista la tomó en sus manos con reverencia, pulsando ligeramente las cuerdas para oír el tono, enarcando las cejas ante la fina voz del instrumento.

Punteó un acorde, una disonancia. F'lar se preguntó si el instrumento estaba desafinado o si el artista había pulsado de un modo casual una cuerda incorrecta. Pero Robinton repitió el extraño acorde, modulando a continuación una extraña línea melódica más rara aún que las primeras notas.

—Ya te he dicho que era una canción incómoda. Y me pregunto si conoces las respuestas a las preguntas que formula. Yo me he pasado muchas horas dándole vueltas en mi cerebro al enigma.

Súbitamente, Robinton rompió a cantar:

*Marcha lejos, marcha adelante,
Ruedan los ecos sin respuesta.
Vacíos, abiertos, polvorientos, muertos.
¿Por qué han huido todas las gentes del Weyr?*

*¿A dónde se han marchado los dragones
Abandonando los Weyrs al viento y a las tempestades,
Dejando a las reses libres de trabas?
¿A dónde se han marchado nuestros protectores?*

*¿Han volado a algún nuevo Weyr
En el que otros temen a las crueles Hebras?
¿Están a mundos de distancia de aquí?
¿Por qué, oh, por qué está vacío el Weyr?*

El último acorde lastimero se apagó en el aire.

—Desde luego, te habrás dado cuenta de que la canción fue registrada por primera vez en los anales del artesanado hace unas cuatrocientas Revoluciones —dijo Robinton en tono ligero, acunando la guitarra en sus dos brazos—. La Estrella Roja acababa de pasar más allá de la distancia precursora de un ataque. La gente tenía motivos más que sobrados para asombrarse y preocuparse por la repentina pérdida de las poblaciones de cinco Weyrs. Oh, imagino que en aquella época tendrían un buen número de explicaciones, pero ninguna... ni una sola explicación... está registrada.

Robinton hizo una pausa significativa.

—Yo tampoco he encontrado ninguna en los Archivos —declaró F'lar—. De hecho, ordené que trajeran aquí todos los Archivos de los otros Weyrs... a fin de compilar unas tablas temporales de los ataques exactas. Y los Archivos de aquellos otros Weyrs terminan de golpe, sencillamente... —F'lar hizo un expresivo gesto con una mano—. En los Archivos de Benden no hay ninguna mención de enfermedad, muerte, incendio, desastre... ni una palabra de explicación para el repentino colapso de las habituales relaciones entre los Weyrs. Los Archivos de Benden se prolongan, pero sólo para Benden. Existe una anotación que corresponde a la desaparición en masa: el

establecimiento de un servicio de patrulla abarcando todo Pern, y no sólo la demarcación de Benden. Y eso es todo.

—Es muy raro —murmuró Robinton—. Una vez pasado el peligro de la Estrella Roja, los dragones y caballeros podían haber ido al *inter* para aliviar la carga que representaban para los Fuertes, pero yo no puedo creerlo. Nuestros Archivos del artesanado mencionan que las cosechas fueron malas y que se habían producido varias catástrofes naturales... que no tenían nada que ver con las Hebras. Los hombres pueden ser galantes, y tu casta la más galante de todas, pero, ¿suicidio en masa? No, no acepto esa explicación... tratándose de dragoneros.

—Muchas gracias —dijo F'lar, con una leve ironía.

—No hay de qué darlas —replicó Robinton, inclinando cortésmente la cabeza.

F'lar se encogió de hombros.

—Veo que hemos estado demasiado apegados al Weyr, así como demasiado apegados a nuestros pellejos.

Robinton vació su copa y la contempló melancólicamente hasta que F'lar volvió a llenarla.

—Bueno, vuestro aislamiento ha servido para algo, y tú manejaste estupendamente aquella sublevación de los Señores. ¡Casi me atraganté de tanto reír! —observó Robinton, con una ancha sonrisa—. ¡Raptar a sus mujeres en un abrir y cerrar de ojos! —Rió de nuevo y luego, súbitamente serio, miró a F'lar rectamente a los ojos—. Acostumbrado como estoy a oír lo que un hombre *no* dice en voz alta, sospecho que es mucho lo que te has callado en esa reunión del Consejo. Puedes estar seguro de mi discreción... y... puedes estar seguro de mi apoyo incondicional y del de mi artesanado no ineficaz. Hablando sin rodeos, ¿cómo pueden ayudarte mis arpistas? —y Robinton rasgó un vigoroso aire de marcha—. «Acelera los pulsos de los hombres con baladas de glorias y éxitos pretéritos». —La melodía, bajo sus ágiles dedos, se transformó bruscamente en un ritmo severo pero decidido—. «Fortalece su vigor físico y mental para afrontar las penalidades».

—Si todos tus arpistas pudieran estimular a los hombres como lo haces tú, no me preocuparía en absoluto el no poder disponer inmediatamente de quinientos dragones más.

—Entonces, a pesar de tus palabras optimistas y de los mapas, la situación es... —un acorde disonante en la guitarra subrayó sus palabras finales— más desesperada de lo que cuidadosamente no has dicho.

—Es posible.

—Los lanzallamas que el viejo Zurg recordaba y que Fanderel debe reconstruir... ¿mejorarían las perspectivas?

F'lar miró pensativamente a aquel hombre listo y tomó una rápida decisión.

—Incluso los gusanos de arena de Igen ayudarán a mejorarlas, pero a medida que el mundo gira y la Estrella Roja se aproxima, los Intervalos entre ataques ciertos se acortan y sólo tenemos setenta y dos dragones que añadir a los que teníamos ayer. Uno de ellos está muerto, y algunos no volarán durante varias semanas.

—¿Setenta y dos? —inquirió Robinton en tono incisivo—. Ramoth sólo incubó cuarenta, y son demasiado jóvenes para comer pedernal.

F'lar habló de la expedición de F'nor y Lessa que estaba teniendo lugar en aquel momento, de la reaparición y advertencia de F'nor, así como del hecho de que el experimento había conseguido un éxito parcial con la primera nidada de treinta y dos dragones de Pridith.

Robinton le interrumpió.

—¿Cómo puede haber regresado ya F'nor, *antes* de haber llegado al Continente Meridional?

—Los dragones pueden ir por el *intertempo* lo mismo que por el *interespacio*. Pueden viajar tan fácilmente a un *cuándo* como a un *dónde*.

Robinton abrió mucho los ojos mientras digería aquella asombrosa noticia.

—Así fue como nos anticipamos al ataque contra Nerat ayer por la mañana. Retrocedimos dos horas por el *intertempo* para sorprender a las Hebras en el momento de su caída.

—¿De veras podéis retroceder en el tiempo? ¿Hasta qué punto?

—No lo sé. Lessa, cuando le estaba enseñando a montar a Ramoth, regresó inadvertidamente al Fuerte de Ruatha al amanecer de hace trece Revoluciones cuando lo invadieron los hombres de Fax. Cuando regresó al presente, yo intenté un salto por el *intertempo* de unas diez Revoluciones. Para los dragones no representa ningún problema ir *intertempo* o *interespacio*, pero parece ser que afecta de un modo terrible a los jinetes. Ayer, cuando regresamos de Nerat y tuvimos que ir a Keroon, me sentía como si me hubieran puesto a secar durante un verano entero en la Llanura de Igen... —F'lar agitó la cabeza—. Evidentemente, hemos logrado un éxito al enviar a Kylara, a Pridith y a los demás diez Revoluciones *inter*, porque F'nor me ha informado ya de que ha permanecido allí varias Revoluciones. Sin embargo, la fatiga de los humanos es cada vez más intensa. Pero incluso setenta y dos dragones maduros más serán una ayuda.

—Envía a un caballero adelante en el tiempo para ver si es suficiente —sugirió Robinton—. Te ahorrará unos cuantos días de preocupación.

—No sé cómo llegar a un *cuándo* que todavía no se ha producido. Hay que darle al dragón puntos de referencia, ¿sabes? ¿Cómo puedes darles puntos de referencia de algo que aún no existe?

—No te falta imaginación. Ponla en juego.

—¿Y exponerme a perder un dragón cuando no puedo prescindir de ninguno? No, debo continuar tal como decidí empezar... porque estoy en el buen camino a juzgar por el regreso de F'nor. Lo cual me recuerda que tengo que dar algunas órdenes. Luego me ocuparé contigo de esos mapas del tiempo.

Hasta después de la comida del mediodía, que Robinton tomó con el caudillo del Weyr, el Maestro Arpista no quedó convencido de que entendía perfectamente los mapas. Entonces empezó a hacer las copias.

*A través de una extensión de solitario y agitado mar,
En la que no se habían desplegado últimamente alas de dragón,
Vuelan un dorado y un robusto pardo en primavera,
Investigando si una región está muerta.*

Mientras Ramoth y Canth remontaban a Lessa y a F'nor hacia la Piedra de la Estrella, vieron a los primeros Señores y Maestros Artesanos de los Fuertes que llegaban para asistir al Consejo.

Para retroceder al Continente Meridional de hacía diez Revoluciones, Lessa y F'nor habían decidido que resultaría más fácil trasladarse primero por el *intertempo* al Weyr de hacía diez años que F'nor recordaba. Luego irían por el *interesespacio* hasta una zona del mar próxima a la costa del olvidado Continente Meridional, la única zona de la que los Archivos daban alguna referencia.

F'nor situó en la mente de Canth un día particular que recordaba de hacía diez Revoluciones, y Ramoth captó las referencias de la mente del pardo. El espantoso frío del *inter* dejó a Lessa sin aliento, y experimentó un intenso alivio al contemplar de un modo fugaz la normal actividad del Weyr antes de que los dragones les transportaran por el *interesespacio* hasta planear sobre el embravecido océano.

Más allá de ellos, una mancha púrpura, en este día nublado y tristón, acechaba al Continente Meridional. Lessa notó que una nueva ansiedad reemplazaba a la incertidumbre del desplazamiento temporal. Ramoth avanzaba hacia la lejana costa agitando vigorosamente sus alas. Galantemente, Canth trataba de mantenerse a su altura.

No es más que un pardo, dijo Lessa, reprendiendo a su reina dorada.

Si está volando conmigo, replicó Ramoth fríamente, *tiene que forzar un poco sus alas*.

Lessa sonrió, pensando muy en privado que Ramoth seguía estando molesta por no haber podido luchar con sus camaradas de Weyr. Todos los machos serían víctimas de su malhumor durante una temporada.

Lo primero que vieron fue la bandada de wherries, y ello les dio a entender que existía alguna vegetación en el Continente. Los wherries necesitaban hortalizas para vivir, aunque en caso necesario podían subsistir con algo distinto, además de los ocasionales insectos.

Lessa hizo que Canth transmitiera preguntas a su jinete.

Si el Continente Meridional quedó asolado por las Hebras, ¿cómo empezó la nueva vegetación? ¿De dónde procedían los wherries?

¿No has observado nunca que las vainas se abren y las semillas son transportadas por los vientos? ¿No has observado nunca que los wherries vuelan hacia el sur después del solsticio de otoño?

Sí, pero...

¡Sí, pero!

¡Pero la tierra estaba agostada por las Hebras!

En menos de cuatrocientas Revoluciones incluso las requemadas cumbres de las colinas de nuestro Continente empiezan a retoñar en primavera, replicó F'nor a través de Canth, *de modo que es fácil suponer que el Continente Meridional podría revivir, también.*

Incluso a la velocidad impuesta por Ramoth, tardaron en llegar a la costa, con sus impresionantes acantilados, murallas de piedra muerta a la sucia claridad del día. Lessa gruñó en sus adentros pero apremió a Ramoth para que se elevara más a fin de poder ver lo que había más allá. Todo parecía gris y desolado desde aquella altura.

Súbitamente, el sol desgarró las nubes, y el gris se disolvió en colores vivos, verdes y pardos, los verdes de una lujuriente vegetación tropical, los pardos de vigorosos árboles y enredaderas. El grito de triunfo de Lessa fue coreado por los vítores de F'nor y las voces metálicas de los dragones. Los wherries, sobresaltados por el inusitado sonido, volaron precipitadamente en todas direcciones.

Más allá del promontorio, el terreno descendía hasta una meseta boscosa, similar a la región central de Boll. Aunque buscaron durante toda la mañana, no encontraron farallones hospitalarios aptos para instalar un nuevo Weyr. Lessa se preguntó si aquello sería un factor contribuyente al fracaso de la aventura meridional.

Desalentados, tomaron tierra en una alta meseta junto a un pequeño lago. La temperatura era cálida, pero no opresiva, y mientras F'nor y Lessa efectuaban su comida del mediodía, los dos dragones se zambulleron en el agua, para refrescarse.

Lessa estaba intranquila y le apetecían muy poco el pan y la carne. Observó que F'nor estaba inquieto, también, y lanzaba frecuentes ojeadas a los alrededores del lago.

—¿Qué podemos temer? —inquirió Lessa—. Los wherries no atacan a nadie, y los whers salvajes no se acercarían a un dragón. Estamos diez Revoluciones antes de la Estrella Roja, de modo que no pueden haber Hebras.

F'nor se encogió de hombros, sonriendo tímidamente mientras guardaba su pan sin terminar en la bolsa de provisiones.

—El lugar parece tan vacío... —murmuró, mirando a su alrededor. Localizó unos frutos maduros colgando de una especie de bejucos—. Mira, eso tiene un aspecto familiar y comestible, sin dejar sabor a polvo en la boca.

Trepó ágilmente y arrancó uno de los frutos de color rojoanaranjado.

—Huele bien y parece maduro —anunció, abriéndolo diestramente. Sonriendo, entregó a Lessa el primer gajo, arrancando otro para él. Lo exhibió con aire retador—. ¡Vamos a comer y a morir juntos!

Lessa se echó a reír y levantó a su vez el gajo, devolviendo el saludo a su compañero. Mordieron la sabrosa pulpa simultáneamente. Unos dulces jugos gotearon de las comisuras de la boca de Lessa, la cual se relamió los labios apresuradamente para capturar hasta la última gota del delicioso líquido.

—¡Si morimos, moriremos felices! —gritó F'nor, arrancando más gajos.

Ambos se sintieron sutilmente tranquilizados por el experimento, y fueron capaces de hablar de su inquietud.

—Creo —sugirió F'nor— que es la falta de cavernas y la quietud absoluta de este lugar, el saber que no hay otros hombres ni animales a nuestro alrededor.

Lessa inclinó la cabeza, asintiendo.

—Ramoth, Canth, ¿no os trastorna no tener ningún Weyr?

No hemos vivido siempre en cuevas, respondió Ramoth con cierta altanería, revolviéndose en el lago. Unas grandes olas se abalanzaron hacia la orilla, casi hasta donde estaban sentados F'nor y Lessa sobre un tronco caído. *El sol es aquí cálido y agradable, el agua refrescante. Disfrutaría mucho aquí, pero no voy a venir.*

—Está malhumorada —le susurró Lessa a F'nor—. Deja que lo disfrute Pridith, querida —le transmitió cariñosamente a la reina dorada—. ¡Tú tienes el Weyr y todo lo demás!

Ramoth gruñó y, por toda respuesta, se sumergió en el agua hasta hacerse invisible.

Canth admitió que no le importaba en absoluto vivir sin un Weyr. La tierra seca sería más caliente que la piedra para dormir, una vez practicado en ella un hueco cómodo, a su medida. No, no protestaría por la falta de una cueva con tal de que hubiera comida suficiente.

—Tenemos que traer algunas reses —musitó F'nor—. Las suficientes para establecer un buen rebaño. Desde luego, aquí los wherries son enormes. Ahora que pienso en ello, creo que esta meseta no tiene salidas. No necesitaríamos llevar el rebaño a otros pastos. Será mejor que lo compruebe. Por otra parte, esta meseta con el lago y bastante espacio despejado para Fuertes parece ideal.

—Tal vez conviniera escoger a los que no se han criado en un Fuerte —sugirió Lessa—. No se sentirían tan intranquilos lejos de alturas protectoras y de la seguridad de la piedra. —Rió nerviosamente—. Soy más animal de costumbres de lo que creía. Todos esos espacios abiertos, deshabitados y silenciosos, parecen... indecorosos.

Se estremeció ligeramente, tendiendo la mirada hacia la amplia y abierta llanura que se extendía más allá del lago.

—Feraces y encantadores —rectificó F'nor, trepando en busca de más frutos rojoanaranjados—. Estos frutos tienen un sabor delicioso. No puedo recordar nada tan dulce y jugoso procedente de Nerat, y sin embargo es la misma variedad.

—Indiscutiblemente mejores que los que llegan al Weyr. Supongo que Nerat se queda con lo mejor y envía al Weyr los desechos.

Los dos comieron vorazmente.

Una investigación posterior reveló que la meseta estaba aislada, con pastos suficientes para un enorme rebaño de reses para alimento de los dragones. Terminaba en un acantilado cortado a pico de varias longitudes de dragón en lo más tupido del bosque por un lado, y los escarpados farallones de la costa por el otro. Los árboles proporcionarían madera para las viviendas necesarias. Ramoth y Canth se mostraron de acuerdo en que los dragones estarían bastante cómodos bajo el tupido follaje del bosque. Como esta parte del continente era similar, climatológicamente, al Alto Nerat, ni el calor ni el frío serían nunca demasiado intensos.

Sin embargo, en tanto que a Lessa le alegraba la idea de marcharse, F'nor parecía reacio a emprender el viaje de regreso.

—Podemos ir por el *intertempo* y espacio simultáneamente —insistió finalmente Lessa—, y estar en el Weyr a última hora de la tarde. Seguro que los Señores ya se habrán marchado.

F'nor se mostró de acuerdo, y Lessa se preparó mentalmente para el viaje *inter*. Se preguntaba por qué el *inter cuándo* la molestaba más que el *dónde*, ya que no producía ningún efecto en los dragones. Ramoth, captando la depresión de Lessa, canturreó de un modo estimulante. La prolongada y negra suspensión del frío absoluto del *inter dónde* y *cuándo* terminó súbitamente encima del Weyr iluminado por el sol.

Algo sobresaltada, Lessa vio bultos y bolsas extendidas delante de las Cavernas

Inferiores, mientras unos dragoneros revisaban la carga de sus monturas.

—¿Qué ha pasado? —exclamó F'nor.

—Oh, F'lar se ha anticipado al éxito —le aseguró Lessa volublemente.

Mnementh, que estaba contemplando la frenética actividad desde el saledizo del weyr de la reina, envió a los viajeros un saludo y la información de que F'lar deseaba que se reunieran con él en el weyr en cuanto regresaran.

Encontraron a F'lar, como de costumbre, inclinado sobre algunas de las pieles del Archivo más antiguas y menos legibles que había llevado a la Sala del Consejo.

—¿Y bien? —inquirió, con una ancha sonrisa de bienvenida.

—Verde, feraz y habitable —declaró Lessa, mirando fijamente a F'lar. El sabía algo más, también. Bueno, Lessa confiaba en que mediría sus palabras. F'nor no era tonto, y esa presciencia resultaba peligrosa.

—Eso es lo que esperaba oírte decir —dijo F'lar tranquilamente—. Vamos, contadme con detalle lo que habéis observado y descubierto. Será bueno para llenar los espacios en blanco del mapa.

Lessa dejó que F'nor diera la mayor parte del informe, que F'lar escuchó con gran atención, tomando notas.

—Previendo la posibilidad de que pudiera ser útil, he empezado a empaquetar suministros y a alertar a los caballeros que han de ir contigo —le dijo a F'nor cuando este terminó su relato—. Recuerda que sólo disponemos de tres días de nuestro tiempo para que inicies tu regreso hace diez Revoluciones. No podemos desaprovechar un solo momento. Y hemos de tener muchos más dragones maduros aptos para luchar en Telgar dentro de tres días. De modo que aunque para ti hayan pasado diez Revoluciones, aquí sólo habrán transcurrido tres días. Lessa, tu idea de que los jóvenes criados fuera del Weyr podrían dar mejor resultado es correcta. Tenemos la suerte de que los candidatos a caballeros para los dragones de Pridith de nuestra última Búsqueda proceden en su mayoría de artesanados y regiones agrícolas. No habrá problema por esta parte. Y muy pocos de los treinta y dos han cumplido los quince años.

—¿Treinta y dos? —exclamó F'nor—. Deberíamos tener cincuenta. Hay que dejar alguna posibilidad de elección a los pequeños dragones, aunque hayamos logrado que los candidatos se acostumbren a las crías antes de nacer.

F'lar se encogió negligentemente de hombros.

—Envía a buscar más. Recuerda que *tú* dispones de tiempo —y F'lar dejó oír una risita, como si hubiera pensado añadir algo y en el último momento hubiese cambiado de opinión.

F'nor no tuvo tiempo para discutir con el caudillo del Weyr, ya que F'lar empezó inmediatamente a dar otras rápidas instrucciones.

F'nor se llevaría a sus compañeros de escuadrón para ayudar a instruir a los jóvenes caballeros. Se llevaría también los cuarenta dragones de la primera nidada de Ramoth, a Kylara con su reina Pridith, y a T'bor con su bronce Piyanth. El joven bronce de N'ton podría estar también preparado para volar y aparearse en la misma época que Pridith, de modo que la joven reina dispondría al menos de dos opciones.

—Supongamos que hubiéramos encontrado el continente inhabitable —inquirió F'nor, intrigado por la seguridad de F'lar—. ¿Qué hubiera pasado en tal caso?

—Oh, los habríamos enviado a... digamos, las Altas Extensiones —respondió F'lar con demasiada volubilidad, pero se apresuró a añadir—: Debería enviar a otros bronce, pero los necesitaré todos aquí para combatir a las Hebras que puedan haberse

enterrado en Keroon y Nerat. Ya han desenterrado varias en Nerat. Y me han dicho que Vincet ha estado a punto de sufrir un ataque cardíaco del susto.

Lessa hizo un breve comentario sobre el Señor de aquel Fuerte.

—¿Qué ha pasado en la reunión de esta mañana? —preguntó F'nor, recordando.

—No importa eso ahora. Tienes que empezar a remontarte al *inter* al anochecer, F'nor.

Lessa miró fijamente al caudillo del Weyr, y decidió que tenía que descubrir muy pronto y con todo detalle lo que había ocurrido.

—Bosquéjame algunas referencias, ¿quieres, Lessa? —pidió F'lar.

Había una especie de súplica en sus ojos mientras le entregaba a la muchacha una piel limpia y un estilo. No quería que le formulara preguntas que pudieran alarmar a F'nor.

Lessa suspiró y empuñó el estilo.

Dibujó rápidamente, dejando que F'nor añadiera un par de detalles, hasta confeccionar un mapa razonable de la meseta que habían elegido. Luego, bruscamente, Lessa notó que una especie de niebla le impedía ver con claridad. Se sintió mareada.

F'lar se inclinó hacia ella.

—¿Lessa?

—Todo... se está moviendo... dando vueltas... —y Lessa se desplomó en brazos de F'lar.

Mientras el caudillo del Weyr levantaba el ligero cuerpo, intercambió una alarmada mirada con su hermanastro.

—Voy a buscar a Manora —dijo F'nor.

—¿Cómo te sientes tú? —le preguntó el caudillo del Weyr.

—Cansado, simplemente —le aseguró F'nor, dirigiéndose al pozo de comunicación con las cocinas para que avisaran a Manora y subieran *klah* caliente. Lo necesitaba, sin duda.

F'lar depositó a la Dama del Weyr sobre la cama, tapándola solícitamente.

—No me gusta esto —murmuró, recordando rápidamente lo que F'nor había dicho acerca de la decadencia de Kylara. ¿Por qué habría de empezar a afectar con tanta rapidez a Lessa?

—Los saltos en el tiempo le hacen sentirse a uno ligeramente... —F'nor se interrumpió, buscando las palabras exactas—. No del todo... completo. Tú luchaste por el *intertempo* en Nerat ayer.

—Yo luché —le recordó F'lar—, pero ni tú ni Lessa habéis combatido contra nada hoy. Es posible que el simple hecho de viajar por el *intertempo* provoque alguna tensión interna... mental... Mira, F'nor, es mejor que sólo regreses tú después de que hayáis llegado al Weyr meridional. Daré la orden oportuna, y haré que Ramoth inhiba a los dragones. De ese modo ningún caballero podrá regresar aunque desee hacerlo. Existe algún factor que puede ser más grave de lo que podemos suponer. No debemos correr riesgos innecesarios.

—De acuerdo.

—Otra cosa, F'nor. Ten mucho cuidado con los momentos que escoges para venir a verme. Yo no saltaría por el *inter* demasiado cerca de cualquier momento en que tú estuvieras realmente aquí. No puedo imaginar lo que ocurriría si tú tropezaras con tu propio yo en el pasillo, y no puedo perderte.

Con una rara demostración de afecto, F'lar agarró con fuerza el hombro de su hermanastro.

—Recuérdalo, F'nor. Yo he estado aquí toda la mañana y tú no has regresado del primer viaje hasta media tarde. Y recuerda, también, que *nosotros* sólo disponemos de tres días. Tú dispones de diez Revoluciones.

F'nor se marchó, cruzándose con Manora en el vestíbulo.

La mujer no pudo encontrar nada anormal en Lessa, y finalmente decidieron que podía tratarse de simple fatiga; la tensión de ayer, cuando Lessa tuvo que transmitir mensajes entre dragones y combatientes, seguida del dislocante viaje por el *intertiem*po de hoy.

Cuando F'lar salió a desear un buen viaje a los dragoneros que marchaban hacia el sur, Lessa estaba sumida en un sueño normal, con el rostro pálido pero respirando sin dificultad.

F'lar hizo que Mnementh transmitiera a Ramoth la prohibición que deseaba que la reina instilara en todos los dragones asignados a la aventura. Ramoth lo hizo, pero añadió en un aparte al bronce Mnementh, que se lo comunicó a F'lar, que todo el mundo tenía aventuras en tanto que ella, la reina del Weyr, era dejada de lado.

Apenas los cargados dragones, uno a uno, desaparecieron del cielo encima de la Piedra de la Estrella, el joven caballero asignado como mensajero al Fuerte de Nerat se presentó con el rostro muy pálido de miedo.

—Caudillo del Weyr, han sido descubiertas muchas más madrigueras, y no pueden ser destruidas sólo con fuego. El Señor Vincet quiere que vayas allí.

F'lar podía imaginar perfectamente lo que Vincet quería.

—Antes de regresar a Nerat, muchacho, baja a las cocinas y que te den de cenar. Yo saldré en seguida.

Cuando se dirigía al dormitorio, F'lar oyó que Ramoth gruñía en voz baja. La reina se había instalado cómodamente para descansar.

Lessa seguía durmiendo, con una mano debajo de su mejilla y los oscuros cabellos colgando por encima del borde del lecho. Tenía un aspecto frágil, infantil, y F'lar sonrió al contemplarla, sintiéndose complacido y halagado por lo celosa que Lessa se había mostrado a causa de las atenciones que Kylara había dedicado al caudillo del Weyr el día anterior. Nunca le diría que Kylara, a pesar de su espectacular belleza y de su temperamento sensual, no tenía para él ni la décima parte del atractivo de la incontrolable, morena y delicada Lessa. Incluso su carácter indomable, su agudo y malicioso humor, eran un aliciente más en sus relaciones. Con una ternura que nunca habría manifestado estando ella despierta, F'lar se inclinó y la besó en los labios. Lessa se removió y sonrió, suspirando ligeramente en sueños.

Volviendo de mala gana a lo que tenía que hacer, F'lar salió del dormitorio. Cuando se detuvo junto a la reina, Ramoth levantó su gran cabeza cuneiforme; sus ojos de múltiples facetas brillaron intensamente mientras miraba al caudillo del Weyr.

—Por favor, Mnementh, pídele a Ramoth que se ponga en contacto con el joven dragón que se encuentra en el taller de Fandarel. Quiero que el Maestro Herrero me acompañe a Nerat, para comprobar los efectos de su *agenothree* sobre las Hebras.

Ramoth asintió con la cabeza mientras el dragón bronce le transmitía el mensaje.

Ramoth lo ha hecho, y el dragón verde vendrá tan pronto como pueda, informó Mnementh a su jinete. Estas transmisiones resultan más fáciles cuando Lessa está despierta, gruñó.

F'lar se mostró de acuerdo. Había sido una gran ventaja ayer, durante la batalla, y resultaría cada vez más valiosa.

Tal vez sería preferible que Lessa intentara hablar, a través del tiempo, con F'nor...

pero no, F'lor tenía que regresar.

F'lar se dirigió a la Sala del Consejo, confiando aún en que en alguna parte de los fragmentos ilegibles de los antiguos Archivos se encontraba la clave que tan desesperadamente necesitaba. Tenía que existir un medio para salir del apuro. Si no la aventura meridional, alguna otra cosa. ¡Algo!

Además de robusto, Fandarel se reveló como un hombre con una voluntad de hierro; observó tranquilamente el montón al descubierto de Hebras creciendo a simple vista que se retorcían y entrelazaban obscenamente.

—Centenares y millares en este solo agujero —estaba diciendo Vincet de Nerat con voz frenética. Agitó las manos, señalando a su alrededor la plantación de árboles jóvenes en la cual había sido descubierta la madriguera—. Esos tallos se están marchitando mientras vosotros vaciláis. ¡Haced algo! ¿Cuántos árboles jóvenes morirán sólo en este campo? ¿Cuántas madrigueras más escaparon ayer del aliento del dragón? ¿Dónde hay un dragón para eliminar a las Hebras enterradas? ¿Por qué os quedáis ahí plantados?

F'lar y Fandarel no prestaban atención a las protestas del hombre, tan fascinados como asqueados por su primera visión de la fase subterránea de su antiguo enemigo. A pesar de las acusaciones preñadas de pánico de Vincet, era la única madriguera en aquella pendiente particular. A F'lar no le gustaba pensar en el número de Hebras que podían haberse deslizado a través de los dragones para alcanzar el suelo cálido y fértil de Nerat. Si al menos hubieran tenido tiempo suficiente para situar vigilantes que localizaran a los grupos de Hebras en su descenso... Podrían, en cambio, rectificar aquel error en Telgar, Crom y Ruatha dentro de tres días. Pero no era suficiente. No era suficiente.

Fandarel hizo una seña a los dos artesanos que le habían acompañado. Iban cargados con un extraño aparato: un largo cilindro de metal al que estaba unida una varilla rematada por una boquilla más ancha. En el otro extremo del cilindro había un trozo de tubería más corto y luego un cilindro más pequeño con un émbolo interior. Uno de los artesanos movió vigorosamente el émbolo en tanto que el segundo, manteniendo a duras penas sus manos quietas, apuntaba la boquilla hacia la madriguera de las Hebras. A una señal del primero de los artesanos, su compañero accionó un pequeño resorte de la boquilla y la situó encima mismo de la madriguera, apartando rápidamente sus manos. Una lluvia pulverizada brotó de la boquilla y cayó en la madriguera. Cuando las gotas de líquido entraron en contacto con las Hebras, de la madriguera surgió una nubecilla de vapor. Al cabo de unos instantes, lo único que quedaba en el agujero era una masa humeante de hilachas ennegrecidas. Mucho después de haber despedido a los dos artesanos, Fandarel examinó la tumba. Finalmente gruñó y, provisto de un largo palo, hurgó en los restos. Ni una sola Hebra se movió.

—¡Uf! —gruñó, con visible satisfacción—. Sin embargo, no podemos ir por ahí excavando todas las madrigueras. Necesitamos otra prueba.

Con el Señor de Nerat retorciéndose las manos y gimiendo detrás de ellos, fueron escoltados por los agricultores hasta otra madriguera intacta en el lado del bosque que daba al mar. Las Hebras habían penetrado en la tierra junto a un árbol enorme que empezaba ya a agostarse.

Con su largo palo, Fandarel practicó un pequeño agujero en la parte superior de la

madriguera y luego hizo una seña a sus artesanos para que se acercaran. El encargado del émbolo trabajó activamente mientras su compañero ajustaba la boquilla antes de insertarla en el agujero. Fandarel dio la señal de empezar y contó lentamente: cuando bajó la mano y el artesano apartó la boquilla, una nubecilla de humo brotó del pequeño agujero.

Transcurrido un tiempo prudencial, Fandarel ordenó a los agricultores que cavaran, recordándoles que no debían establecer contacto con el agenothree líquido. Cuando la madriguera quedó al descubierto, el ácido había actuado, dejando únicamente una masa de hilachas completamente carbonizadas.

Fandarel hizo una mueca, pero esta vez se rascó la cabeza con aire de insatisfacción.

—Se tarda demasiado tiempo, de las dos maneras. Es preferible acabar con ellas cuando todavía están en la superficie —gruñó el Maestro Herrero.

—Es preferible acabar con ellas en el aire —protestó Vincet—. ¿Y qué les hará ese líquido a mis huertas? ¿Qué les hará?

Fandarel giró sobre sí mismo, contemplando al angustiado Señor de Nerat como si le viera por primera vez.

—Amigo mío, el agenothree en forma diluida es lo que utilizáis para abonar vuestras plantas en primavera. Es cierto que este campo será improductivo durante unos cuantos años, pero *no* está lleno de Hebras. *Sería* preferible que pudiéramos esparcir el líquido en el aire. Entonces caería como una finísima lluvia y se disiparía inofensivamente... abonando los campos de un modo muy uniforme, además. —El Maestro Herrero hizo una pausa y se rascó la cabeza ruidosamente—. Dragones jóvenes podrían transportar un equipo a lo alto... Hmmmm. Una posibilidad, pero el aparato es aún voluminoso. —Le volvió la espalda al sorprendido Señor del Fuerte y le preguntó a F'lar si el tapiz había sido devuelto—. Todavía no he podido encontrar la manera de construir un tubo lanzallamas. Este mecanismo es una copia de los que construimos para los agricultores.

—Sigo esperando noticias sobre el tapiz —respondió F'lar—, pero ese rociador es eficaz. Aniquila las madrigueras de Hebras.

—Los gusanos de arena también son eficaces, pero no del todo —gruñó Fandarel, insatisfecho.

Bruscamente, hizo una seña a sus ayudantes y echó a andar hacia los dragones a la incierta claridad del crepúsculo.

Robinton esperaba su regreso en el Weyr, sin que su aspecto aparentemente tranquilo ocultara del todo su excitación interior. Sin embargo, se interesó cortésmente por los esfuerzos de Fandarel. El Maestro Herrero gruñó y se encogió de hombros.

—Tengo a todos mis artesanos trabajando.

—El Maestro Herrero es demasiado modesto—intervino F'lar—. Ha construido ya un ingenioso aparato que esparce agenothree en las madrigueras de las Hebras y las convierte en pulpa negra.

—No es eficaz. A *mí* me gusta la idea de los lanzallamas —dijo el herrero, con sus ojos brillando en su rostro inexpresivo—. Un lanzallamas —repitió, poniendo los ojos en blanco. Luego sacudió su pesada cabeza—. Me voy —gruñó. Y dirigiendo un leve gesto de saludo al arpista y al caudillo del Weyr, se marchó.

—Me gusta la dedicación de ese hombre a una idea —observó Robinton. A pesar de la excéntrica conducta del herrero, en su fuero interno el Maestro Arpista le respetaba profundamente—. Haré que mis aprendices se dediquen a elaborar una apropiada Saga sobre el Maestro Herrero. Tengo entendido —dijo, volviéndose hacia F'lar— que ha

empezado la aventura meridional.

F'lar asintió sin entusiasmo.

—¿Han aumentado tus dudas? —inquirió Robinton.

—Este viajar por el *intertiem*po se cobra su tributo —admitió F'lar, dirigiendo una ansiosa mirada al dormitorio.

—¿Está enferma la Dama del Weyr?

—Duerme, pero el viaje de hoy la ha afectado. ¡Necesitamos otra respuesta, menos peligrosa! —y F'lar golpeó con su puño derecho la palma de su mano izquierda.

—No traigo ninguna respuesta real —se apresuró a decir Robinton—, sino lo que creo que es otra parte del rompecabezas. He encontrado una anotación. Hace cuatrocientas Revoluciones, el entonces Maestro Arpista fue llamado al Weyr de Fort poco después de que la Estrella Roja se alejara de Pern en el cielo nocturno.

—¿Una anotación? ¿Sobre qué?

—Verás, los ataques de las Hebras acababan de cesar y el Maestro Arpista fue convocado a última hora de la tarde al Weyr de Fort. Un llamada anormal. Sin embargo —y Robinton subrayó la distinción apuntando un largo dedo de yema callosa hacia F'lar—, aquella visita no volvió a ser mencionada nunca. Y tenía que haberlo sido, ya que todas las llamadas de ese tipo tienen una finalidad. Todas las otras reuniones están registradas, pero no se da ninguna explicación de aquella específicamente. En el registro redactado por el Maestro Arpista unas semanas después, no menciona su salida del artesanado. Diez meses más tarde, aproximadamente, la Canción Pregunta fue añadida a las Baladas Docentes obligatorias.

—¿Crees que las dos están relacionadas con el abandono de los cinco Weyrs?

—Lo creo, pero no podría decir por qué. Sólo tengo la impresión de que los acontecimientos, la visita, las desapariciones y la Canción Pregunta están relacionados.

F'lar llenó dos copas de vino.

—Yo también he investigado, buscando alguna indicación. —Se encogió de hombros—. Todo debió transcurrir normalmente hasta el momento de las desapariciones. Hay Registros de convoyes de diezmos recibidos, de provisiones almacenadas, las listas de dragones y caballeros heridos al regreso de patrullas activas. Y luego los Registros se interrumpen en pleno Frío, dejando solamente el Weyr de Benden ocupado.

—¿Y por qué fue elegido ese Weyr de entre los seis? —preguntó Robinton—. Si sólo tenía que quedar un Weyr, la isla Ista habría sido una elección más apropiada. Benden se encuentra demasiado al norte, y no es un lugar adecuado para pasar cuatrocientas Revoluciones.

—Benden es un lugar alto y aislado. ¿Se trataba de evitar que lo alcanzara una epidemia que había afectado a los otros?

—¿Sin ninguna explicación? Resulta imposible que todos, dragones, caballeros, habitantes de los Weyrs, cayeran muertos en el mismo instante sin que quedara ningún cadáver pudriéndose al sol.

—Entonces, preguntémonos a nosotros mismos por qué fue llamado el arpista... ¿Le dijeron que elaborase una Balada Docente cubriendo esta desaparición?

—Bueno —respondió Robinton en tono sarcástico—, no puede decirse que sirva para tranquilizarnos precisamente con esa melodía, si alguien quiere llamarla melodía, el cual no es mi caso. Además, no contesta a ninguna pregunta. ¡Las formula!

—¿Para que las contestemos nosotros? —sugirió F'lar.

—Sí —dijo Robinton, con los ojos brillantes—. Para que las contestemos nosotros, ya que es una canción difícil de olvidar. Lo cual significa que se pretendía que fuera recordada. ¡Esas preguntas son importantes, F'lar!

—¿Qué preguntas son importantes? —inquirió Lessa, que había entrado silenciosamente.

Los dos hombres se pusieron simultáneamente en pie. F'lar, con desacostumbrada cortesía, acercó una silla para Lessa y sirvió a la Dama del Weyr una copa de vino.

—No soy una inválida —dijo Lessa en tono brusco, casi enojada ante aquel exceso de amabilidad. Luego miró a F'lar sonriendo, como si quisiera borrar el mal efecto de sus palabras—. He dormido y me encuentro mucho mejor. ¿De qué estabais hablando con tanto apasionamiento, si puede saberse?

F'lar le contó a grandes rasgos lo que el Maestro Arpista y él habían estado discutiendo. Cuando mencionó la Canción Pregunta, Lessa se estremeció.

—Tampoco yo puedo olvidarla —dijo—. Siempre me habían asegurado —hizo una mueca, recordando las odiosas lecciones con R'gul— que era importante. Pero, ¿por qué? Sólo formula preguntas...

Súbitamente parpadeó y luego abrió mucho los ojos, asombrada.

—«Marcha lejos, marcha... *adelante*» —exclamó, poniéndose en pie—. ¡Eso es! Los cinco Weyrs se marcharon... *adelante*. Pero, ¿a cuándo?

F'lar se volvió hacia ella, sin habla.

—¡Se marcharon adelante a nuestra época! Cinco Weyrs llenos de dragones —repitió Lessa con voz despavorida.

—No, eso es imposible —declaró F'lar.

—¿Por qué? —preguntó Robinton excitadamente—. ¿No resuelve eso el problema con el que nos enfrentamos? ¿La necesidad de dragones combatientes? ¿No explica por qué se marcharon tan de repente sin ninguna explicación excepto esa Canción Pregunta?

F'lar echó bruscamente hacia atrás el mechón de cabellos que caía sobre sus ojos.

—Explicaría sus acciones al marcharse —admitió—, porque no podían dejar ninguna pista diciendo a dónde iban, ya que ello hubiera cancelado todo el asunto. Del mismo modo que yo no podía decirle a F'nor que sabía que la aventura meridional tendría problemas. Pero, ¿cómo llegaron aquí... si aquí es a *cuándo* se dirigían? No están aquí ahora. ¿Cómo podían saber que serían necesarios... ni *cuándo* serían necesarios? Y existe el verdadero problema: ¿cómo se le pueden dar a un dragón referencias de un *cuándo* que todavía no se ha producido?

—Alguien de aquí debió retroceder hasta ellos para darles las referencias apropiadas —replicó Lessa en voz baja.

—Estás loca, Lessa —le gritó F'lar, con la alarma escrita en su rostro—. Sabes lo que te ha ocurrido hoy. ¿Cómo puedes pensar en retroceder a un *cuándo* que no puedes imaginar ni siquiera remotamente? ¿A un *cuándo* de hace cuatrocientas Revoluciones? Retroceder diez Revoluciones te ha dejado agotada y medio enferma.

—¿No valdría la pena? —le preguntó Lessa mirándole fijamente, muy seria—. ¿Acaso Pern no lo merece?

F'lar la agarró por los hombros, sacudiéndola, con los ojos llenos de miedo.

—Ni siquiera Pern justificaría el perderte a ti, ni a Ramoth. Lessa, Lessa, no te atrevas a desobedecerme en esto —susurró apasionadamente el caudillo del Weyr, sacudiéndola con más rabia.

—Oh, es posible que exista un medio para alcanzar esa solución y que

momentáneamente nos sea desconocido, Dama del Weyr —intervino oportunamente Robinton—. ¿Quién sabe lo que nos reserva el mañana? Desde luego, no es algo que pueda hacerse sin considerar todos los aspectos.

Lessa no hizo ningún esfuerzo para liberarse de las manos de F'lar, que seguían aferrando sus hombros mientras miraba a Robinton.

—¿Un poco de vino? —sugirió el Maestro Arpista, llenando una copa para Lessa.

La tensión se relajó inmediatamente, y F'lar soltó a la Dama del Weyr.

—Ramothe no tendría inconveniente en intentarlo —dijo Lessa, con los labios fruncidos en una mueca de obstinación.

F'lar miró al dragón hembra que estaba contemplando a los humanos, con el cuello doblado casi hasta la articulación del hombro de su enorme ala.

—Ramothe es joven —dijo F'lar, en tono casi despectivo... y captó el desabrido pensamiento de Mnemeth al mismo tiempo que Lessa.

La Dama del Weyr echó su cabeza hacia atrás y estalló en una carcajada que resonó contra la bóveda de la Sala.

—Bueno, no me sentaría mal que alguien me contara un buen chiste —observó Robinton, levemente desconcertado por aquella risa.

—Mnemeth le ha dicho a F'lar que él no era joven y que no tendría inconveniente en intentarlo tampoco... —explicó Lessa, secándose las lágrimas de los ojos.

F'lar tendió la mirada a lo largo del pasillo a cuyo final Mnemeth permanecía en su acostumbrado saledizo.

Llega un dragón cargado, advirtió el bronce a los del Weyr. *Es Lytol detrás del joven B'rat, sobre el pardo Fanth.*

—¿Ahora nos trae en persona sus malas noticias? —preguntó Lessa con aspereza.

—Para Lytol resulta bastante duro tener que montar en el dragón de otro caballero, e incluso venir aquí, Lessa de Ruatha. No aumentes su tortura con tus chiquilladas —dijo F'lar severamente.

Lessa inclinó la mirada, furiosa con F'lar por hablarle de aquel tono delante de Robinton.

Lytol entró en el weyr de la reina, sosteniendo un extremo de un largo tapiz enrollado. El joven B'rant, luchando por sostener en alto el otro extremo, sudaba a causa del esfuerzo. Lytol se inclinó respetuosamente hacia Ramothe y le indicó al joven caballero pardo que le ayudara a desenrollar su carga. Una vez desenrollado el inmenso tapiz, F'lar pudo comprender por qué lo había recordado el Maestro Tejedor. Los colores, a pesar de su indiscutible antigüedad, conservaban su frescor y su brillo originales. El tema de la tela era todavía más interesante.

—Mnemeth, envía un aviso a Fandarel. Aquí está el modelo que necesita para su lanzallamas —dijo F'lar.

—Ese tapiz pertenece a Ruatha —exclamó Lessa en tono indignado—. Lo recuerdo de mi infancia. Estaba colgado en el Gran Vestíbulo, y era la más preciada de las posesiones de mi Linaje. ¿Dónde ha estado? —sus ojos llameaban.

—Dama del Weyr, está siendo devuelto a donde pertenece —dijo Lytol estólidamente, evitando la mirada de Lessa—. Esto es obra de un Maestro Tejedor —añadió, tocando la pesada tela con dedos reverentes—. Estos colores, estos diseños... Hace falta toda la vida de un hombre para preparar el telar, y el esfuerzo de todo un artesanado para terminar la obra, o yo no entiendo nada de artesanía.

F'lar anduvo a lo largo del borde inferior del inmenso tapiz, deseando que pudiera estar colgado para proporcionar la adecuada perspectiva de la heroica escena. Una

formación en vuelo de tres escuadrones de dragones dominaba la parte superior de la mitad del tapiz. Vomitaban llamas cayendo en picado sobre racimos de Hebras grises en el brillante cielo. Un cielo con aquel perfecto azul otoñal, decidió F'lar, que no puede producirse en un tiempo más cálido. Sobre las laderas inferiores de las colinas, el follaje estaba pintado como si amarillara a causa del frío nocturno. Las rocas pizarrosas sugerían que el paisaje era ruathano. ¿Era por eso que el tapiz había sido colgado en el Vestíbulo de Ruatha? Debajo, unos hombres habían abandonado el Fuerte protector, labrado en el mismo acantilado. Iban cargados con los extraños cilindros de los que Zurg había hablado. Los tubos que sostenían en sus manos vomitaban brillantes lenguas de fuego en largos chorros, apuntando a las Hebras que se retorcían intentando enterrarse en el suelo.

Lessa profirió una exclamación de asombro y se acercó más al tapiz, contemplando fijamente el contorno del Fuerte, su maciza puerta entornada, los detalles de su bronceínea ornamentación.

—Creo que ese es el diseño de la puerta del Fuerte de Ruatha —observó F'lar.

—Lo es... y no lo es —replicó Lessa con voz intrigada.

Lytol miró a la Dama del Weyr y luego a la puerta reproducida en el tapiz.

—Es cierto. Lo es y sin embargo no lo es, y yo pasé a través de esa puerta hace apenas una hora —dijo, contemplando con el ceño fruncido la puerta situada delante de los dedos de sus pies.

—Bueno, aquí están los dibujos que Fandarel quiere estudiar —dijo F'lar con alivio, mirando los lanzallamas. Si el herrero podría fabricar o no un modelo útil basándose en los reproducidos en el tapiz, y en el plazo de tres días, era algo que F'lar ignoraba. Pero si Fandarel no podía hacerlo, ningún otro hombre sería capaz de realizarlo.

El Maestro Herrero no disimuló su alegría al encontrarse en presencia del tapiz. Se tendió encima de él, con la nariz materialmente pegada a la tela, para estudiar mejor los detalles. Gruñó, gimió y murmuró mientras se sentaba con las piernas cruzadas para seguir mirando y dibujar.

—Se hizo. Puede hacerse. Debe hacerse —le oyeron mascullar entre dientes.

Lessa encargó *klah*, pan y carne cuando se enteró por el joven B'rant que ni Lytol ni él habían comido aún. Sirvió a todos los hombres, mostrándose alegre y ocurrente. F'lar se sintió aliviado pensando en Lytol. Lessa apremió incluso a Fandarel, ofreciéndole comida y *klah*, insistiendo en que saliera del tapiz y comiera y bebiera antes de retornar a sus gruñidos y sus dibujos. Su delicada figura parecía aún más diminuta al lado de la imponente mole del herrero.

Finalmente, Fandarel decidió que ya tenía suficientes bocetos y desapareció, para ser transportado a su artesanado.

—No valía la pena preguntarle cuándo regresará. Está demasiado absorto en sus pensamientos para oír nada —observó F'lar, sonriendo.

—Si no os importa, yo también voy a retirarme —dijo Lessa, sonriendo graciosamente a los cuatro hombres sentados alrededor de la mesa—. Gobernador Lytol, creo que el joven B'rant debería retirarse también. Está medio dormido.

—Estoy completamente despierto, Dama del Weyr —declaró B'rant apresuradamente, abriendo mucho los ojos para demostrárselo.

Lessa se echó a reír y se retiró al dormitorio. F'lar la contempló pensativamente mientras se alejaba.

—Desconfío de la Dama del Weyr cuando utiliza ese tono de voz particularmente dócil —dijo lentamente.

—Bueno, todos debemos marcharnos —sugirió Robinton, poniéndose en pie.

—Ramothe es joven, pero no es tonta hasta ese extremo —murmuró F'lar cuando los otros se hubieron marchado.

Ramothe dormía, insensible al escrutinio de F'lar. El caudillo del Weyr trató de obtener algún consuelo de Mnemeth, sin resultado. El gran bronce estaba dormitando en su saledizo.

*Negro, más negro, lo más negro
Y frío más allá de las cosas heladas.
¿Dónde está el inter cuando lo único vivo
Son unas frágiles alas de dragón?*

—Sólo quiero ver ese tapiz devuelto a Ruatha —insistió Lessa ante F'lar al día siguiente—. Quiero que esté en el lugar al que pertenece.

Habían ido a visitar a los heridos, y habían discutido ya por el hecho de que F'lar hubiera enviado a N'ton al Continente Meridional. Lessa hubiera deseado que intentara montar el dragón de otro caballero. Pero F'lar había preferido que aprendiera a mandar un escuadrón en el sur, dadas las Revoluciones de que dispondría para madurar. Le había recordado a Lessa, con la esperanza de inhibir cualquier idea que tuviera de retroceder cuatrocientas Revoluciones, los viajes de regreso de F'nor y las dificultades que ella misma había experimentado ya.

Lessa se había quedado muy pensativa, aunque no había dicho nada.

En consecuencia, cuando Fandarel envió el mensaje de que le gustaría enseñarle al caudillo del Weyr un nuevo mecanismo, F'lar no tuvo inconveniente en concederle a Lessa la satisfacción de devolver a Ruatha el tapiz robado. Y Lessa fue a ocuparse de que enrollaran el tapiz y lo ataran al lomo de Ramoth.

F'lar contempló a Ramoth remontándose con enérgicas sacudidas de sus grandes alas hasta la Piedra de la Estrella antes de entrar en el *inter* hacia Ruatha. R'gul se presentó en el saledizo en aquel preciso instante, para informarle de que un enorme convoy de pedernal estaba entrando en el Túnel. En consecuencia, ocupado con tales detalles, había transcurrido media mañana cuando pudo ir a ver el lanzallamas de Fandarel, tosco y todavía ineficaz: el fuego salía de la boquilla del tubo sin la menor fuerza. Llegó de nuevo al Weyr a última hora de la tarde.

R'gul le anunció en tono malhumorado que F'nor le había estado buscando... dos veces, de hecho.

—¿Dos veces?

—Dos veces, como he dicho. No quiso dejarme ningún mensaje para ti.

Era evidente que R'gul se había sentido insultado por la negativa de F'nor.

A la hora de la cena, en vista de que la ausencia de Lessa se estaba prolongando más de la cuenta, F'lar envió un mensajero a Ruatha para enterarse de que, efectivamente, Lessa había llevado el tapiz allí. Y había puesto en movimiento a todo el Fuerte hasta que el tapiz quedó convenientemente colgado. Luego, Lessa se había sentado a contemplarlo por espacio de varias horas, recorriendo ocasionalmente su longitud.

Después, Ramoth y ella se habían elevado por encima de la Gran Torre y habían desaparecido. Lytol había supuesto, como todo el mundo en Ruatha, que Lessa había regresado al Weyr de Benden.

—¡Mnementh! —aulló F'lar cuando el mensajero hubo terminado—. Mnementh, ¿dónde están?

La respuesta de Mnementh tardó largo rato en llegar.

No puedo oírles, dijo finalmente, y su voz mental sonó tan llena de preocupación como podía estarlo la de un dragón.

F'lar agarró el borde de la mesa con ambas manos, mirando fijamente hacia el vacío weyr de la reina. Sabía, en la angustiada intimidad de su mente, adónde había intentado ir Lessa.

*Frío como la muerte, portador de muerte,
Quédate y muere, desorientado.
Intrépido y valiente, demórate.
Así fue decidido dos veces.*

Debajo de ellas se encontraba la Gran Torre de Ruatha. Lessa desvió a Ramoth ligeramente hacia la izquierda, ignorando los acres comentarios de la reina, sabiendo que también ella estaba excitada.

Muy bien, querida, este es exactamente el ángulo en el cual el tapiz sitúa la puerta del Fuerte. Sólo que cuando el tapiz fue diseñado nadie había labrado los dinteles ni colocado la puerta. Y no existía ninguna Torre, ningún Patio interior, ningún rastrillo. Lessa acarició la piel asombrosamente suave del cuello de Ramoth, riendo para ocultar su propio nerviosismo y su aprensión ante lo que estaba a punto de intentar.

Se dijo a sí misma que existían muy buenos motivos para que actuara como lo estaba haciendo. La frase inicial de la balada, «Marcha lejos, marcha adelante», era una clara alusión al *intertempo*. Y el tapiz daba los puntos de referencia necesarios para el salto al *intercuando*. Oh, cuán agradecida se sentía hacia el Maestro Tejedor que había tejido aquel umbral. Tenía que acordarse de decirle lo bien que había trabajado. Confiaba en que podría hacerlo. Basta de eso. Desde luego, podría hacerlo. ¿Acaso no habían desaparecido los Weyrs? Sabiendo que habían marchado adelante, sabiendo cómo retroceder para traerles a ellos adelante, era ella, evidentemente, la que debía ir hacia atrás y conducirlos. Era muy sencillo, y sólo ella y Ramoth podían hacerlo.

Lessa rió otra vez, nerviosamente, y aspiró una profunda bocanada de aire, expulsándolo lentamente.

—De acuerdo, mi dorado amor —murmuró—. Tienes la referencia. Sabes a cuándo quiero ir. Llévame por el *inter*, Ramoth, *inter* cuatrocientas Revoluciones.

El frío era intenso, más penetrante aún de lo que ella había imaginado. Pero no era un frío físico. Era el darse cuenta de la ausencia de *todo*. Ninguna luz. Ningún sonido. Ningún tacto. Mientras planeaban, más lejos, y más lejos, en aquella nada, Lessa se sintió presa de un pánico que amenazaba con desposeerla de su capacidad de razonar. Sabía que estaba sentada sobre el cuello de Ramoth, pero no podía sentir al gran animal debajo de sus muslos, debajo de sus manos. Intentó gritar inadvertidamente y abrió la boca para... nada... ningún sonido en sus propios oídos. Ni siquiera podía sentir las manos que sabía que había alzado hasta sus propias mejillas.

Estoy aquí, oyó que Ramoth decía en su mente. *Estamos juntas*, y esta seguridad fue lo único que evitó que perdiera del todo la razón durante aquel aterrador eón de una nada inmutable, intemporal.

Alguien tuvo el suficiente sentido común para llamar a Robinton. El Maestro Arpista encontró a F'lar sentado a la mesa, con el rostro mortalmente pálido, mirando fijamente al vacío weyr. La entrada del maestro artesano, su voz tranquila, parecieron despertar a F'lar de su torpor. Despidió a los otros con un gesto perentorio.

—Lessa se ha marchado. Ha intentado retroceder cuatrocientas Revoluciones —dijo F'lar, con una voz desprovista de expresión.

El Maestro Arpista se dejó caer en una silla frente al caudillo del Weyr.

—Fue a devolver el tapiz a Ruatha —continuó F'lar con la misma voz inexpresiva—. Le hablé de los regresos de F'nor. Le dije lo peligroso que era esto. Ella no discutió mucho, y sé que ir por el *intertiem*po la había asustado, si hay algo que pueda asustar a Lessa —F'lar golpeó la mesa con su puño—. Debí sospechar de ella. Cuando cree que está en lo cierto, no se para a analizar, a meditar. ¡Se limita a actuar!

—Pero Lessa no es una mujer tonta —le recordó Robinton lentamente—. Ni siquiera ella saltaría al *intertiem*po sin un punto de referencia. ¿Lo haría?

—«Marcha lejos, marcha adelante»... ¡Esa es la única pista que tenemos!

—Un momento, caudillo del Weyr —dijo Robinton, haciendo chasquear sus dedos—. Anoche, cuando Lessa examinó el tapiz, se mostró extrañamente interesada en la puerta del Vestíbulo. Recuerda que habló de ella con Lytol...

F'lar se había puesto en pie y avanzaba ya por el pasillo.

—Vamos, tenemos que ir a Ruatha.

Lytol encendió todas las lámparas del Fuerte para que F'lar y Robinton pudieran examinar el tapiz.

—Lessa se pasó la tarde entera mirándolo —dijo el Gobernador, sacudiendo la cabeza— ¿Estáis seguros de que ha intentado ese increíble salto?

—Tiene que haberlo hecho. Mnementh no puede oírlas, ni a ella ni a Ramoth, en ninguna parte. Sin embargo, dice que puede captar un eco de Canth a muchas Revoluciones de distancia y en el Continente Meridional —F'lar se volvió hacia el Gobernador— ¿Qué hay acerca de la puerta, Lytol? ¡Piensa, hombre!

—Todo es muy parecido, salvo que no hay dinteles labrados, no hay Patio exterior, ni Torre...

—Eso es. ¡Oh, por el primer Huevo, es muy sencillo! Zurg dijo que este tapiz es antiguo. Lessa debió decidir que su antigüedad se remontaba a cuatrocientas Revoluciones, y lo ha utilizado como punto de referencia para ir hacia atrás por el *intertiem*po.

—Bueno, en tal caso está allí y segura —exclamó Robinton, dejándose caer en una silla, con una expresión de alivio en el rostro.

—Oh, no, arpista. No es así de fácil —murmuró F'lar, y Robinton captó su expresión de desaliento, que se reflejó en el rostro de Lytol.

—¿Qué pasa?

—No existe nada en el *inter* —dijo F'lar con voz apagada—. Para ir por el *interes*pacio sólo se necesita el tiempo que un hombre tarda en toser tres veces. Pero *inter* cuatrocientas Revoluciones...

F'lar no terminó la frase.

*Quien quiere,
Puede.
Quien lo intenta,
Lo hace.
Quien ama,
Vive.*

Resonaron voces que al principio fueron rugidos en los doloridos oídos de Lessa, y luego se apaciguaron más allá del umbral del sonido. Lessa se sintió poseída por una sensación de náusea, y el lecho que notaba debajo de ella parecía girar, girar... Se aferró a los lados de la cama mientras el dolor apuñalaba su cabeza, en algún lugar situado exactamente en el centro de su cráneo. Gritó, tanto como protesta por el dolor como por la aterradora y mareante falta de un suelo sólido.

Pero alguna espantosa necesidad la obligaba a intentar transmitir el mensaje que había venido a entregar. A veces tenía la impresión de que Ramoth trataba de alcanzarla en aquella vasta oscuridad que la envolvía. Trataría de aferrarse a la mente de Ramoth, con la esperanza de que la reina dorada pudiera sacarla de esta angustiada situación. Agotada, se hundía cada vez más, y más, hasta que la desesperada necesidad de comunicación la arrancaba del olvido.

Finalmente, tuvo consciencia de una suave mano sobre su brazo, de un líquido, caliente y de sabor agradable, en su boca. Movié la lengua y el líquido se deslizó por su dolorida garganta. Un acceso de tos la dejó jadeante y débil. Luego abrió los ojos, lentamente, y las imágenes no oscilaron ya delante de ella.

—¿Quién... eres... tú? —logró articular.

—Oh, mi querida Lessa...

—¿Es ése mi nombre? —inquirió, aturdida.

—Eso es lo que tu Ramoth nos ha dicho —le aseguraron—. Yo soy Mardra, del Weyr de Fort.

—Oh, F'lar estará furioso conmigo —gimió Lessa, recobrando lentamente la memoria—. Me sacudirá, una y otra vez... Siempre me sacude cuando le desobedezco. Pero yo tenía razón. Yo tenía razón. ¿Mardra? Oh, aquella... espantosa... nada —y Lessa se sintió arrastrada al sueño, incapaz de resistir aquel abrumador apremio. Afortunadamente, su lecho no oscilaba ya debajo de ella.

La estancia, débilmente iluminada por lámparas de pared, era al mismo tiempo muy parecida a la suya del Weyr de Benden y sutilmente distinta. Lessa permaneció completamente inmóvil, tratando de aislar aquella diferencia. Ah, las paredes del weyr eran muy lisas aquí. La estancia era más espaciosa también, y el techo más alto y abovedado. El mobiliario, ahora que sus ojos estaban acostumbrados a la penumbra y podía distinguir detalles, estaba tallado con más arte. Lessa se removió en el lecho,

inquieta.

—Ah, te has despertado otra vez, dama misterio —dijo un hombre. Las entreabiertas cortinas dejaban penetrar la luz del weyr exterior. Lessa intuyó más que vio la presencia de otras personas en la estancia contigua.

Una mujer pasó por debajo del brazo del hombre, acercándose rápidamente al lecho.

—Me acuerdo de ti. Eres Mardra —dijo Lessa, sorprendida.

—Efectivamente. Y aquí está T'ron, caudillo del Weyr de Fort.

T'ron estaba encendiendo más lámparas, volviéndose a mirar a Lessa para comprobar si la luz la molestaba.

—¡Ramothe! —exclamó Lessa, sentándose en la cama, consciente por primera vez de que no era la mente de Ramoth la que contactaba en el weyr exterior.

—¡Oh, esa! —Mardra rió con divertido desaliento—. Parece que pretende echamos del Weyr, e incluso mi Loranthe ha tenido que llamar a las otras reinas para que no le hagan caso.

—Se ha instalado sobre la Piedra de la Estrella como si fuera su dueña, y grita continuamente —añadió T'ron, menos caritativo. Ladeó ligeramente la cabeza, tendiendo el oído—. Ja. Se ha callado.

—Iréis, ¿no es cierto? —inquirió Lessa ansiosamente.

—¿Iremos? ¿A dónde, querida? —preguntó Mardra, desconcertada—. No has dejado de preguntarnos si «iríamos», hablando de las Hebras aproximándose, y de la Estrella Roja enmarcada en el Ojo de Roca, y... querida, ¿olvidas que la Estrella Roja se ha estado alejando de Pern desde hace dos meses?

—No, no, han empezado a caer. Por eso he retrocedido por el *intertiem*po...

—¿Retrocedido? ¿Por el *intertiem*po? —exclamó T'ron, acercándose a la cama y mirando a Lessa intensamente.

—¿Podría tomar un poco de *klah*? Sé que lo que digo no tiene sentido para vosotros, y aún no estoy despierta del todo. Pero no estoy loca, y esto es más bien complicado.

—Sí, desde luego —asintió T'ron con engañosa amabilidad. Pero fue a asomarse al pozo de servicio para encargar *klah*, y luego arrastró una silla hasta el lado de la cama, instalándose en ella para escuchar a Lessa.

—Desde luego, no estás loca —la tranquilizó Mardra, dirigiendo una significativa mirada a su compañero de weyr—. Una mujer loca no hubiera montado sobre una reina.

T'ron tuvo que admitirlo. Lessa esperó a que llegara el *klah*, y cuando se lo ofrecieron sorbió ávidamente su estimulante calor.

Luego aspiró profundamente, llenando de aire sus pulmones, y empezó su relato, hablando del Largo Intervalo entre las peligrosas pasadas de la Estrella Roja; de cómo el único Weyr había caído en desgracia, perdiendo el respeto de los Fuertes; de cómo Jora había perdido el control sobre su reina, Nemorth, de modo que cuando la Estrella Roja se aproximó, no se produjo un súbito aumento del volumen de las nidadas. De cómo ella, Lessa, había Impresionado a Ramoth para convertirse en Dama del Weyr de Benden. De cómo F'lar había escarmentado a los rebeldes Señores de los Fuertes un día después del primer vuelo de apareamiento de Ramoth, empuñando a continuación con mano firme las riendas del Weyr y de Pern y preparándose para combatir a las Hebras que sabía que estaban a punto de llegar. Contó a su auditorio, ahora pendiente de sus labios, sus primeras tentativas para montar a Ramoth, y lo ocurrido cuando, inadvertidamente, retrocedió por el *intertiem*po al día en que Fax invadió el Fuerte de

Ruatha.

—¿Invadió... el Fuerte de mi familia? —exclamó Mardra, horrorizada.

—Ruatha ha dado a los Weyrs muchas Damas del Weyr famosas —dijo Lessa, con una maliciosa sonrisa que hizo estallar a T'ron en una carcajada.

—Es ruathana, indiscutiblemente —le aseguró a Mardra.

Lessa les habló de la situación en que se encontraban ahora los dragoneros, con una fuerza insuficiente para replicar al ataque de las Hebras. De la Canción Pregunta y del gran tapiz.

—¿Un tapiz? —gritó Mardra, llevándose una mano a la mejilla, alarmada—. ¡Describemelo!

Y cuando Lessa lo hizo vio —por fin— credulidad en los dos rostros.

—Mi padre acaba de encargarse un tapiz con esa escena. Me habló de ello hace unos días, porque la última batalla contra las Hebras tuvo lugar sobre Ruatha. —Mardra se volvió hacia T'ron, que ahora estaba muy serio—. Tiene que haber hecho lo que ha dicho. ¿Cómo, si no, podría estar enterada de lo del tapiz?

—Puedes interrogar también a tu dragón reina, y al mío —sugirió Lessa.

—Querida, ahora ya no dudamos de ti —dijo Mardra sinceramente—; pero es una hazaña increíble.

—Creo que no volvería a intentarlo —dijo Lessa—, sabiendo lo que ahora sé.

—Sí, esta impresión convierte a un salto por el *intertempo* en un verdadero problema, si tu F'lar ha de disponer de una fuerza combatiente eficaz —observó T'ron.

—¿Iréis? ¿Iréis?

—Existe una clara posibilidad de que lo hagamos —dijo T'ron gravemente, y luego sonrió—. Has dicho que dejamos los Weyrs... que los abandonamos, de hecho... sin dejar ninguna explicación. Fuimos a alguna parte, es decir, a algún cuándo, ya que todavía estamos aquí...

Permanecieron todos silenciosos, ya que se les había ocurrido simultáneamente la misma alternativa. Los Weyrs habían quedado vacíos, pero Lessa no podía demostrar que los cinco Weyrs reaparecerían en su época.

—Tiene que haber un medio. Tiene que haber un medio —exclamó Lessa, angustiada—. Y no hay tiempo que perder. ¡Ni un solo minuto!

T'ron se echó a reír.

—En este extremo de la historia hay mucho tiempo, querida.

La obligaron a descansar, informándola de que había estado enferma varias semanas, gritando en su delirio que estaba cayendo y que no podía ver, que no podía oír, que no podía tocar. También Ramoth, le dijeron, había padecido las consecuencias de una prolongada permanencia en el *inter*, y era una pálida sombra de sí misma la que había surgido sobre la antigua Ruatha.

El Señor del Fuerte de Ruatha, padre de Mardra, había quedado estupefacto ante la aparición de aquellas dos desconocidas en tan lastimoso estado. Lógica y afortunadamente, había pedido ayuda su hija, Dama del Weyr de Fort. Lessa y Ramoth habían sido transportadas al Weyr, y el Señor de Ruatha guardó silencio sobre el asunto.

Cuando Lessa recuperó sus fuerzas, T'ron convocó un Consejo de caudillos de Weyr. Curiosamente, no hubo oposición a marchar con tal de que pudieran resolver el problema del shock provocado por el tiempo y encontrar puntos de referencia a lo largo del camino. Lessa no tardó en comprender por qué los dragoneros se mostraban tan bien dispuestos a intentar el viaje. La mayoría de ellos se habían hecho caballeros

durante las recientes incursiones de las Hebras. Ahora llevaban casi cuatro meses de patrullas rutinarias y aburridas. Los Juegos de adiestramiento resultaban monótonos comparados con las verdaderas batallas en las que habían tomado parte. Los Fuertes, que otrora mostraban un respeto rayano en la veneración hacia los dragoneros, empezaban a mostrarse indiferentes. Los caudillos de los Weyrs veían aumentar aquella indiferencia a medida que disminuía el temor engendrado por las Hebras. La alternativa que Lessa les ofrecía les parecía preferible a una lenta decadencia en su propia época.

En lo que respecta a Benden, la única persona que estaba enterada de aquellas reuniones era el caudillo del Weyr. Dado que Benden era el único Weyr en la época de Lessa, debía permanecer ignorante, e intacto, hasta la época de Lessa. Y no podía mencionarse la presencia de Lessa, ya que era un hecho desconocido también en la Revolución de la visitante.

Lessa insistió en que convocaran al Maestro Arpista, ya que en los Archivos se decía que había sido llamado. Pero cuando el Arpista le pidió que le recitara la Canción Pregunta, Lessa sonrió y se negó a hacerlo.

—La escribirás tú, o tu sucesor, cuando se descubra que los Weyrs han sido abandonados —dijo—. Pero debe ser obra vuestra, y no una repetición de mis palabras.

—Difícil tarea la de escribir una canción que cuatrocientas Revoluciones más tarde proporcione una pista valiosa...

—Sólo tienes que asegurarte de que es una Balada Docente —le advirtió Lessa—. No debe ser olvidada, ya que formula preguntas que yo tengo que contestar.

Al ver la sonrisa que iluminaba el rostro del Maestro Arpista, Lessa supo que el artesano realizaría concienzudamente su tarea.

Las discusiones acerca de la mejor manera de llegar tan lejos en perfectas condiciones fueron acaloradas. Se presentaron sugerencias más constructivas, pero impracticables, en lo que atañe a encontrar puntos de referencia a lo largo del camino. Los cinco Weyrs no habían ido nunca adelante en el tiempo, y Lessa, en su único y gigantesco salto atrás, no se había detenido a fijar marcas temporales intermedias.

—¿Dices que un salto de diez años por el *intertempo* no provocó ninguna dificultad? —le preguntó T'ron a Lessa en presencia de todos los caudillos de los Weyrs y del Maestro Arpista.

—Ninguna. Se tarda... oh, dos veces más que en el salto *interesespacio*.

—Lo que te dejó desequilibrada fue el salto de cuatrocientas Revoluciones. Hmmm... Tal vez veinte o veinticinco fragmentos de Revolución significarían una seguridad suficiente.

Aquella sugerencia fue bien acogida hasta que el prudente caudillo de Ista, D'ram, tomó la palabra.

—No pretendo ser un aguafiestas, pero existe una posibilidad que no hemos mencionado. ¿Cómo sabremos que estamos realizando el salto al *inter* hacia la época de Lessa? Marchar por el *inter* es algo aventurado. Los hombres yerran a menudo el camino. Y Lessa ha llegado aquí medio muerta.

—Bien argumentado, D'ram —asintió T'ron vivamente—, pero yo creo que existen pruebas suficientes de que vamos... fuimos... iremos hacia adelante. En primer lugar, las pistas apuntaban a Lessa. La misma emergencia que dejó cinco Weyrs vacíos la envió atrás en busca de nuestra ayuda...

—De acuerdo, de acuerdo —le interrumpió D'ram—, pero lo que yo quiero decir es

si podemos estar seguros de que alcanzaremos la época de Lessa. No ha ocurrido aún. ¿Sabemos que es posible?

T'ron no fue el único que rebuscó en su mente una respuesta a aquella pregunta. Súbitamente, dejó caer las dos manos, con las palmas hacia abajo, sobre la mesa.

—Por el Huevo, se puede morir lentamente, sin hacer nada. o morir aprisa, intentando hacer algo. Estoy harto de la vida tranquila que los dragoneros padecen una vez ha pasado la Estrella Roja y hasta que la vejez les hace marchar al *inter*. Confieso que casi lamento ver alejarse cada vez más de nosotros la Estrella Roja en el cielo nocturno. Yo digo: agarra el riesgo con las dos manos y sacúdelo hasta que haya desaparecido. Somos dragoneros, ¿no es cierto? Y hemos nacido para combatir a las Hebras. ¡Vamos a luchar contra ellas... cuatrocientas Revoluciones adelante!

El contraído rostro de Lessa se relajó. Había reconocido la validez de la posibilidad alterna de D'ram, que había llenado de miedo su corazón. Arriesgarse ella misma era responsabilidad suya, pero arriesgar a aquellos centenares de hombres y dragones, a las gentes del weyr que acompañarían a sus hombres...

Las enérgicas palabras de T'ron disiparon del todo aquellas incertidumbres.

—Y yo creo —gritó el Maestro Arpista para hacerse oír por encima de las exclamaciones de asentimiento— que tengo vuestros puntos de referencia. —Una sonrisa iluminó su rostro—. ¡Veinte Revoluciones o dos mil Revoluciones, siempre tendréis una orientación! Y T'ron lo ha dicho: «...ver alejarse cada vez más de nosotros la Estrella Roja en el cielo nocturno.»

Más tarde, mientras trazaban la órbita de la Estrella Roja descubrieron lo fácil que era en realidad aquella solución, y bromearon sobre lo irónico que resultaba que su antigua enemiga tuviera que ser su guía.

En las alturas del Weyr de Fort, como en todos los Weyrs, había grandes piedras. Estaban situadas de modo que en determinadas épocas del año señalaban la aproximación y la retirada de la Estrella Roja, mientras orbitaba en su errático curso de doscientas Revoluciones de duración alrededor de su sol. Consultando los Archivos, que entre otras informaciones incluían las andanzas de la Estrella Roja, no resultó difícil planear saltos *inter* de veinticinco Revoluciones para cada uno de los Weyrs. Se había decidido que el complemento de cada Weyr saltaría al *inter* encima de su propia base, ya que era indiscutible que se producirían accidentes si cerca de mil ochocientos animales cargados lo intentaban en un mismo lugar.

Para Lessa, cada instante que transcurría la situaba ahora un instante demasiado lejos de su propia época. Hacía un mes que no veía a F'lar, y le echaba de menos más de lo que había creído posible. Le preocupaba también que Ramoth pudiera aparearse lejos de Mnementh. Desde luego, había dragones bronce y caballeros bronce ávidos por prestar aquel servicio, pero Lessa no estaba interesada en ellos.

T'ron y Mardra la mantuvieron ocupada con los numerosos detalles de organización del éxodo, que debía desarrollarse sin que quedara en los Weyrs ninguna pista, aparte del tapiz y de la Canción Pregunta, que serían compuestos en una fecha posterior.

Con un alivio próximo a las lágrimas, Lessa apremió a Ramoth en el cielo nocturno para que ocupara su puesto junto a T'ron y a Mardra encima de la Piedra de la Estrella del Weyr de Fort. En los cinco Weyrs estaban formados los grandes escuadrones, preparados para emprender la marcha.

Cuando los dragones de cada uno de los caudillos de los Weyrs comunicaron a Lessa que todos estaban a punto, con los puntos de referencia determinados por la órbita de la Estrella Roja en sus mentes, la viajera del futuro dio la orden de saltar al

inter.

*La noche más negra debe acabar en amanecer,
El sol desvanece los temores del soñador:
¿Cuándo encontrará consuelo en su sombrío Weyr
Mi alma dolorida?*

Habían efectuado once saltos *inter*, y los bronce de los caudillos de los Weyrs informaban a Lessa mientras reposaban brevemente entre cada uno de los saltos. De los mil ochocientos viajeros, únicamente cuatro habían fracasado en la tentativa de marchar adelante, y habían sido los animales más viejos. Los cinco grupos acordaron hacer una pausa para un rápido refrigerio y un poco de *klah* caliente antes del salto final, que sólo sería de doce Revoluciones.

—Es más fácil recorrer veinticinco Revoluciones que doce —comentó T'ron mientras Mardra servía el *klah*. Alzó la mirada hacia la Estrella Roja del Amanecer, su parpadeante y fiel guía—. No modifica tanto su posición. Cuento contigo, Lessa, para que nos proporciones referencias adicionales.

—Quería llegar a Ruatha antes de que F'lar descubriera que me había marchado —Lessa se estremeció, mirando hacia la Estrella Roja, y sorbió apresuradamente el *klah* caliente—. He visto la Estrella así una vez... no, dos veces... en Ruatha.

Lessa miró a T'ron, con un nudo en la garganta al recordar aquella mañana, cuando había decidido que la Estrella Roja era un amenaza para ella, tres días antes de que Fax y F'lar se presentaran en el Fuerte de Ruatha. Fax había muerto atravesado por la daga de F'lar, y ella se había marchado al Weyr de Benden. Se sintió repentinamente mareada, débil, extrañamente trastornada. Algo que no le había ocurrido cuando se habían detenido entre los otros saltos.

—¿Te encuentras bien, Lessa? —inquirió Mardra con aire preocupado—. Estás muy pálida. Estás temblando —y Mardra rodeó con su brazo los hombros de Lessa, al tiempo que dirigía una angustiada mirada a su compañero de Weyr.

—Hace doce Revoluciones estuve en Ruatha —murmuró Lessa, agarrando una mano de Mardra en busca de apoyo—. Estuve en Ruatha dos veces. Marchémonos en seguida. Tengo que regresar. Tengo que regresar al lado de F'lar. Estará tan furioso...

La nota de histeria en su voz alarmó a T'ron y a Mardra. El caudillo del Weyr de Fort dio apresuradamente la orden de que se apagaran las fogatas y de que todo el mundo montara y se preparara para el salto final.

Con un caos en su mente, Lessa transmitió las referencias a los dragones de los otros caudillos: Ruatha a la luz del crepúsculo, la Gran Torre, el Patio interior, la tierra en primavera...

*Una mancha rojiza en un frío cielo nocturno,
Una gota de sangre para guiarles,
Alejaos, alejaos, dad media vuelta,
Les sugiere a los viajeros una Estrella Roja.*

Lytol y Robinton obligaron a F'lar a comer, escanciándole vino con deliberada frecuencia. En algún rincón de su mente F'lar admitía que tendría que seguir adelante, pero el esfuerzo era inmenso, dado su desaliento. Para él no representaba ningún consuelo saber que disponía aún de Pridith y de Kylara para prolongar la dragonería, y no se atrevía a enviar a alguien en busca de F'nor, incapaz de enfrentarse con la cruda realidad: al reclamar a Pridith y a Kylara, admitiría el hecho de que Lessa y Ramoth no regresarían.

Lessa, Lessa, gritaba su mente sin cesar, maldiciéndola por su atolondrada temeridad en un momento determinado, admirándole y amándola un minuto más tarde por haber intentado aquella increíble hazaña.

—Vamos, F'lar, tienes que dormir un poco —dijo Robinton.

F'lar le miró, frunciendo el ceño, perplejo. Por unos instantes había llegado a olvidarse de sus compañeros de mesa.

—¿Qué has dicho? —inquirió.

—He dicho que tienes que dormir. Estoy dispuesto a soportar tu compañía. En realidad, nada podría convencerme para que me alejara de tu lado. Has envejecido unos años en el curso de unas horas.

—¿Y no es comprensible? —gritó F'lar, poniéndose en pie, descargando su rabia contra el blanco más próximo, en forma de Robinton.

Los ojos del Maestro Arpista estaban llenos de compasión cuando agarró el brazo de F'lar, sujetándolo con fuerza.

—F'lar, ni siquiera este Maestro Arpista tiene palabras suficientes para expresar el respeto y la simpatía que le inspiras. Pero tienes que dormir; tendrás que soportar un mañana, y pasado mañana tendrás que luchar. Los dragoneros necesitan un caudillo...

—La voz de Robinton se convirtió en un susurro—. Mañana tienes que enviar a buscar a F'nor... y a Pridith.

F'lar giró sobre sus talones y se encaminó hacia la funesta puerta del gran vestíbulo de Ruatha.

*Oh, Lengua, da sonido a la alegría y canta
Esperanzas y promesas de la dragonería.*

Delante de ellos se erguía la Gran Torre de Ruatha, con las altas paredes del Patio Exterior claramente visibles a la luz moribunda del atardecer.

El claxon transmitió violentos avisos a través del aire, apenas audibles entre el fragor de la llegada de centenares de dragones, que formaron en orden de combate, escuadrón sobre escuadrón, arriba y abajo del valle.

Una franja de luz manchó las losas del Patio cuando se abrió la puerta del Fuerte.

Lessa ordenó a Ramoth que descendiera cerca de la Torre y desmontó, corriendo ansiosamente hacia los hombres agrupados delante de la puerta. Localizó la robusta figura de Lytol, sosteniendo una lámpara por encima de su cabeza. Se sintió tan aliviada al verle que olvidó su antiguo antagonismo hacia el Gobernador.

—¡Has errado el cálculo del último salto en dos días, Lessa! —gritó Lytol cuando Lessa estuvo lo bastante cerca como para oírle por encima del estruendo de los dragones.

—¿Errado el cálculo? ¿Cómo es posible? —jadeó Lessa. T'ron y Mardra se acercaron a ella.

—No te preocupes —la tranquilizó Lytol, apretando las manos de Lessa entre las suyas, sonriéndole abiertamente—. Has sobrepasado el día. Retrocede por el *inter* y vuelve a la Ruatha de hace dos días, eso es todo. —Su sonrisa aumentó la confusión de Lessa—. Un simple error de cálculo —repitió Lytol, sin dejar de sonreír—. Toma esta misma hora, el Gran Patio, todo, pero visualiza a F'lar, a Robinton y a mí aquí, sobre las losas. Sitúa a Mnementh en la Gran Torre y a un dragón azul cerca de él. En marcha.

¿Mnementh?, le susurró Ramoth a Lessa, ansiosa por ver a su compañero de Weyr. Inclino su cabeza, y sus enormes ojos centellearon.

—No lo entiendo —gimió Lessa. Mardra deslizó un brazo consolador alrededor de sus hombros.

—Pero lo entiendo yo... confía en mí —suplicó Lytol, palmeando con cariñosa torpeza el hombro de la Dama del Weyr y mirando a T'ron en busca de apoyo—. Es lo que dijo F'nor. No se puede estar en varios lugares al mismo tiempo sin experimentar serios trastornos, y cuando os detuvisteis doce Revoluciones atrás, Lessa los experimentó.

—¿Estás enterado de eso? —exclamó T'ron.

—Desde luego. Sólo tenéis que retroceder dos días. Se que tenéis que hacerlo. Desde luego, entonces quedará sorprendido, pero ahora, esta noche, sé que reapareceréis dos días antes. Oh, no discutas, Lessa. F'lar estaba medio loco de preocupación por ti.

—¡Me sacudirá! —gritó Lessa, como una niña.

—¡Lessa! —T'ron la tomó de la mano y la condujo al lado de Ramoth, que se agachó para que su jinete pudiera montar.

T'ron asumió todas las responsabilidades e hizo que su Fidranth transmitiera la orden de regresar a las referencias que Lytol había dado, añadiendo a través de Ramoth una descripción de los humanos y de Mnementh.

El frío del *inter* reanimó a Lessa, a pesar de que su error había disminuido considerablemente su confianza en sí misma. Pero allí estaba Ruatha de nuevo. Los dragones volvieron a formar alegremente. Y allí, silueteados contra la luz del Vestíbulo, estaban Lytol, la alta figura de Robinton, y... F'lar.

La voz de Mnementh dio una metálica bienvenida, y a Ramoth le faltó tiempo para ir a entrelazar su cuello con el del bronce, una vez se hubo apeado Lessa.

La Dama del Weyr permaneció en el lugar en el que Ramoth la había dejado, incapaz de moverse. Se dio cuenta de que T'ron y Mardra estaban a su lado. Pero sólo veía a F'lar, corriendo a través del Patio hacia ella. Sin embargo, no pudo moverse.

F'lar la abrazó, apretándola con tanta fuerza contra su pecho que Lessa no pudo dudar de la sincera alegría con que la acogía el caudillo del Weyr.

—Lessa, Lessa —susurró la voz de F'lar en su oído. Apretó el rostro de Lessa contra el suyo, hasta casi cortarle la respiración, sin tratar de disimular sus sentimientos. La besó una y otra vez, cálida e impetuosamente. Luego, de pronto, la apartó de él y la agarró por los hombros—. Lessa, si vuelves... —empezó, subrayando cada palabra con una flexión de sus dedos... y se interrumpió, consciente de que les rodeaba un sonriente círculo de forasteros.

—Ya os dije que me sacudiría —gimió Lessa, secándose las lágrimas del rostro—. Pero, F'lar, los he traído a todos... menos al Weyr de Benden. Por eso fueron abandonados los cinco Weyrs. Los he traído aquí.

F'lar miró a su alrededor, miró más allá de los caudillos a las masas de dragones planeando sobre el valle, en las alturas, en todas partes. Había dragones azul, verde, pardo y bronce... y todo un escuadrón de reinas doradas.

—¿Has traído los Weyrs? —inquirió, aturdido.

—Sí. Estos son Mardra y T'ron del Weyr de Fort, D'ram y... —F'lar la interrumpió con una leve sacudida, colocándola a su lado de modo que él pudiera ver y saludar a los recién llegados.

—Os estoy más agradecido de lo que podéis imaginar —dijo, y no encontró palabras para las muchísimas cosas que deseaba añadir.

T'ron avanzó con su brazo derecho extendido, ofreciéndole su mano. F'lar la estrechó calurosamente.

—Hemos traído mil ochocientos dragones, diecisiete reinas y todo lo necesario para abastecer nuestros Weyrs.

—Y han traído lanzallamas, también —añadió Lessa.

—Pero... venir... intentarlo... —murmuró F'lar, vacilando entre la admiración y el asombro.

—Vuestra Lessa nos ha mostrado el camino...

—...con la Estrella Roja como guía —dijo Lessa.

—Somos dragoneros —continuó T'ron solemnemente—, como lo eres tú, F'lar de Benden. Nos dijeron que aquí habían Hebras que combatir, y esa es una tarea para dragoneros... ¡en cualquier época!

*Tambor redobla y flautista sopla,
Arpista toca y soldado marcha.
Libera la llama y quema las hierbas
Hasta que haya pasado la Estrella Roja.*

Mientras los cinco Weyrs se instalaban alrededor del Valle de Ruatha, F'lar se había visto obligado a hacer avanzar en el tiempo a sus miembros del Weyr meridional. Todos ellos habían llegado al límite de lo que podían soportar, y agradecieron profundamente el poder regresar a los alojamientos que habían abandonado hacía dos días y diez Revoluciones.

R'gul, ignorante del salto de Lessa hacia atrás, acogió a F'lar y a su Dama del Weyr, a su regreso a Benden, con la noticia de la aparición de F'nor con setenta y dos nuevos dragones, y su opinión anticipada de que ninguno de los caballeros sería apto para luchar.

—En toda mi vida no he visto hombres más agotados —añadió R'gul—. No puedo imaginar lo que les ha ocurrido, disfrutando como han disfrutado de comida abundante, sol y todo lo demás, y sin ninguna responsabilidad.

F'lar y Lessa se miraron el uno al otro.

—Bueno, el Weyr Meridional tiene que ser conservado, R'gul. Piensa en ello.

—Yo soy un dragonero combatiente, no un alfeñique —gruñó el viejo jinete—. Se necesita algo más que un viaje intertiempo para agotarme hasta ese extremo.

—Oh, se repondrán en un abrir y cerrar de ojos —dijo Lessa y, como si deseara exacerbar la desaprobación de R'gul, rió burlonamente.

—Tendrá que ser así, si queremos mantener los cielos libres de Hebras —declaró R'gul.

—Ahora, eso no es ningún problema —le aseguró F'lar tranquilamente.

—¿Ningún problema? ¿Con sólo ciento cuarenta y cuatro dragones?

—Doscientos dieciséis —le corrigió Lessa. Ignorándola, R'gul preguntó:

—¿Ha encontrado ese Maestro Herrero un lanzallamas que funcione?

—De hecho, lo tiene —le aseguró F'lar, con una ancha sonrisa.

Los cinco Weyrs habían traído también su material. Fandarel había entrado ya en acción y, sin duda, todos los herreros del continente estarían en condiciones de fabricar lanzallamas a la mañana siguiente. T'ron le había contado a F'lar que, en su época, cada Fuerte disponía de lanzallamas para todos los hombres. Sin embargo, durante el Largo Intervalo, los lanzallamas habían sido fundidos o habían sido desechados como aparatos incomprensibles. D'ram, particularmente, estaba muy interesado en el rociador de agenothree de Fandarel, considerándolo mejor que el lanzallamas, puesto que podía actuar también como fertilizador.

—Bueno —admitió R'gul de mala gana— un par de lanzallamas significarán una

ayuda pasado mañana.

—Hemos encontrado algo que ayudará mucho más —observó Lessa, y luego se disculpó apresuradamente, precipitándose hacia el dormitorio.

Los sonidos que llegaron del otro lado de la cortina eran risas o sollozos, y R'gul frunció el ceño a las dos posibilidades. Aquella muchacha era demasiado joven para ser Dama del Weyr en una época como ésta. Carecía de estabilidad.

—¿Se ha dado cuenta de lo crítica que es nuestra situación? ¿Incluso con los refuerzos de F'nor? Es decir, suponiendo que puedan volar —insistió R'gul—. No tenías que haberle permitido que saliera del Weyr para nada.

F'lar ignoró aquello y empezó a servirse una copa de vino.

—En cierta ocasión me dijiste que los cinco Weyrs de Pern vacíos apoyaban tu teoría de que no existirían más Hebras.

R'gul carraspeó, pensando que las disculpas —aunque se ofrecieran al mismo caudillo del Weyr— eran muy poco eficaces contra las Hebras.

—Pues bien, había algo valioso en aquella teoría —continuó F'lar, llenando una copa para R'gul—, aunque no como la interpretabas tú. Los cinco Weyrs estaban vacíos porque... porque han venido aquí.

R'gul, con su copa a medio camino de sus labios, miró fijamente a F'lar. Este hombre era también demasiado joven para soportar sus responsabilidades. Pero... parecía creer realmente en lo que estaba diciendo.

—Puedes creerlo o no, R'gul, aunque no tardarás en creerlo, pero los cinco Weyrs ya no están vacíos. Están aquí, en los Weyrs, en esta época. Y se unirán a nosotros, mil ochocientos dragones, pasado mañana en Telgar, con lanzallamas y con su larga experiencia de combatientes.

R'gul contempló estólidamente al pobre hombre durante largo rato. Luego depositó cuidadosamente su copa sobre la mesa y, girando sobre sus talones, salió del weyr. Se negaba a que le tomaran el pelo. Lo mejor que podía hacer era planear el modo de asumir el caudillaje del Weyr al día siguiente, si tenían que combatir a las Hebras un día después.

A la mañana siguiente, cuando vio la bandada de grandes dragones bronce transportando a los caudillos de los Weyrs y a sus jefes de escuadrón a conferenciar con F'lar, R'gul se emborrachó silenciosamente.

Lessa dio los buenos días a sus amigos y luego, sonriendo dulcemente, salió del weyr, diciendo que tenía que alimentar a Ramoth. F'lar la contempló pensativamente mientras se alejaba, y después fue a saludar a Robinton y a Fandarel, que habían sido invitados a asistir a la conferencia. Ninguno de los dos Maestros Artesanos habló mucho, pero ninguno de los dos se perdió una sola palabra de las que allí se pronunciaron. La enorme cabeza de Fandarel giró incesantemente de un orador a otro, y sus ojos parpadearon ocasionalmente. Robinton permaneció sentado con una beatífica sonrisa en el rostro, maravillado por la presencia de aquellos visitantes ancestrales.

La propuesta de F'lar de ceder el mando que le correspondía en su calidad de caudillo del Weyr de Benden, alegando su inexperiencia, fue rechazada rotundamente.

—Lo hiciste muy bien en Nerat y Keroon —dijo T'ron—. Realmente bien.

—¿Consideras hacerlo bien terminar con veintiocho hombres o dragones fuera de combate?

—¿Tratándose de una primera batalla, con todos los dragoneros tan bisoños como un dragón recién nacido? No, llegaste a tiempo a Nerat, al margen de cómo llegaste —

y T'ron sonrió maliciosamente a F'lar—, que es lo que un dragonero debe hacer. No, aquello estuvo muy bien, digo yo. Muy bien. —Los otros cuatro caudillos de Weyr murmuraron su absoluto acuerdo con aquel cumplido—. Sin embargo, tu Weyr no cuenta con fuerzas suficientes, de modo que te prestaremos los jinetes necesarios hasta que logres devolver al Weyr toda su potencia. ¡Oh, a las reinas les gustan estos tiempos! —y su ensanchada sonrisa indicó que también les gustaban a los caballeros bronce.

F'lar devolvió aquella sonrisa, pensando que Ramoth estaba casi a punto para otro vuelo de apareamiento, y esta vez Lessa... oh, aquella muchacha estaba mostrándose demasiado engañosamente dócil. Haría bien vigilándola estrechamente.

—Ahora —estaba diciendo T'ron— dejaremos en el taller de Fandarel todos los lanzallamas que hemos traído para que los hombres de tierra estén armados mañana.

—Muy agradecido —gruñó Fandarel—. Construiremos otros nuevos en un tiempo que batirá todas las marcas y os devolveremos los vuestros muy pronto.

—No te olvides de adaptar aquel agenothree para rociar el aire también —intervino D'ram.

—De acuerdo entonces —dijo T'ron, mirando a los otros jinetes—. Todos los Weyrs se encontrarán, con sus formaciones completas, tres horas después del amanecer, encima de Telgar, para seguir después la dirección del ataque de las Hebras hasta Crom. A propósito, F'lar, esos mapas tuyos que me ha mostrado Robinton son soberbios. Nosotros nunca los tuvimos.

—¿Cómo sabíais cuándo se producirían los ataques?

T'ron se encogió de hombros.

—Se producían de un modo tan regular, incluso cuando yo era un jovencuelo, que uno terminaba por aprenderse el horario —rió el caudillo del Weyr de Fort—. Pero este sistema es mejor, mucho mejor.

—Más eficaz —añadió Fandarel en tono de aprobación.

—Pasado mañana, cuando todos los Weyrs se hayan exhibido sobre Telgar, podremos pedir todos los suministros que necesitemos para abastecer a los Weyrs vacíos —sonrió T'ron—. Como en los viejos tiempos, exprimiremos a los Señores de los Fuertes, exigiéndoles diezmos extraordinarios. —Se frotó las manos con anticipada satisfacción—. Como en los viejos tiempos.

—Disponemos del Weyr Meridional— sugirió F'nor—. Hace seis Revoluciones, contadas desde nuestro tiempo, que salimos de allí, y dejamos los rebaños. Se habrán multiplicado, y hay una gran abundancia de grano y de fruta.

—Me gustaría ver continuar esa aventura meridional —dijo F'lar, asintiendo.

—Sí, y que Kylara continuase allí también —añadió F'nor, con los ojos chispeantes de indignación.

Discutieron el envío de algunos suministros inmediatos para ayudar a los Weyrs nuevamente ocupados, y luego levantaron la sesión.

—Produce una extraña impresión —dijo T'ron mientras compartía vino con Robinton— descubrir que el Weyr que el día anterior se ha dejado limpio y ordenado se ha convertido en una cuadra. —Rió burlonamente—. Las mujeres de las Cavernas Inferiores estaban desesperadas.

—Nosotros limpiaremos aquellas cocinas —replicó F'nor en tono indignado. Una noche de descanso en un clima más fresco había eliminado la mayor parte de su fatiga.

T'ron carraspeó.

—Según Mardra, ningún hombre puede *limpiar* nada.

—¿Crees que mañana estarás en condiciones de cabalgar, F'nor? —preguntó F'lar solícitamente.

A pesar de la mejoría que había experimentado desde la noche anterior, en el rostro de su hermanastro se notaban aún las huellas de la tensión a que había estado sometido. Pero aquellas agotadoras Revoluciones habían sido necesarias, aunque pudieran parecer inútiles con la llegada de mil ochocientos dragones procedentes del pasado. De todas maneras, cuando F'lar había enviado a F'nor diez Revoluciones atrás para ayudar a resolver el apremiante problema de los refuerzos, ignoraba la existencia de la Canción Pregunta y del tapiz.

—No me perdería ese combate por nada del mundo, aunque no tuviera dragón —declaró F'nor rotundamente.

—Lo cual me recuerda —observó F'lar— que necesitamos a Lessa en Telgar mañana. Puede hablar con cualquier dragón, ¿sabéis? —explicó, casi en tono de disculpa, a T'ron y a D'ram.

—Oh, ya lo sabemos —le aseguró T'ron—. Y a Mardra no le importa. —Al ver la expresión intrigada de F'lar, añadió—: En su calidad de Dama del Weyr más antigua, Mardra acaudilla el escuadrón de reinas, desde luego.

La incompreensión de F'lar se acentuó.

—¿Escuadrón de reinas?

—Desde luego —y T'ron y D'ram se miraron el uno al otro, extrañados ante la sorpresa de F'lar—. Supongo que vuestras reinas también luchan, ¿no?

—¿Nuestras reinas? T'ron, en Benden hemos tenido *una* sola reina a la vez desde hace tantas generaciones, que no faltan los que denuncian las leyendas de las reinas combatientes como negra herejía...

T'ron suspiró.

—Hasta este momento no me había dado cuenta cabal de lo reducido que es vuestro número. —Pero su entusiasmo se impuso—. No importa, las reinas son muy útiles con los lanzallamas. Alcanzan a racimos de Hebras que otros jinetes podrían dejar escapar. Vuelan debajo de los escuadrones principales. Ese es el motivo por el que D'ram está tan interesado en el rociador de agenothree. No chamuscaría los cabellos de las cabezas de los habitantes de los Fuertes, por así decirlo, y no perjudicaría los campos cultivados.

—¿Quieres decir que permitís a vuestras reinas volar... contra las Hebras? —insistió F'lar, ignorando el hecho de que F'nor estaba sonriendo, y también T'ron.

—¿Permitir? —aulló D'ram—. ¿Acaso podríamos impedirlo? ¿No conoces nuestras Baladas?

—¿Te refieres a la de Moreta?

—Exactamente.

F'nor se echó a reír ante la expresión del rostro de F'lar mientras apartaba de sus ojos el rebelde mechón de cabellos. Súbitamente, el caudillo del Weyr de Benden empezó a sonreír.

—Gracias. Eso me ha dado una idea.

Acompañó a sus compañeros caudillos hasta sus dragones, y despidió alegremente a Robinton y Fandarel, más ligero de corazón de lo que había imaginado que estaría la mañana anterior a la segunda batalla. Luego le preguntó a Mnementh dónde podría estar Lessa.

Bañándose, respondió el dragón bronce.

F'lar volvió la mirada hacia el vacío weyr de la reina.

Oh, Ramoth está en el Pico, como de costumbre, añadió Mnementh en tono enojado.

F'lar oyó cómo cesaban súbitamente los chapoteos en la sala de baños, de modo que encargó *klah* caliente. Disfrutaría mucho lo que iba a seguir.

—Oh, ¿ha marchado bien la reunión? —preguntó Lessa amablemente mientras salía de la sala de baños, con una tela de secar prácticamente pegada a su esbelta figura.

—Estupendamente. Desde luego, Lessa, te das cuenta de que serás necesaria en Telgar...

—Soy la única Dama del Weyr que puede hablar con cualquier dragón —replicó Lessa altivamente.

—Es cierto —admitió F'lar—. Y ya no serás el único jinete de una reina en Benden.

—¡Te odio! —exclamó Lessa, incapaz de escapar del cerco de los brazos de F'lar alrededor de su cuerpo.

—¿Aunque te diga que Fandarel tiene un lanzallamas para ti a fin de que puedas unirte al escuadrón de las reinas?

Lessa dejó de agitarse entre los brazos de F'lar y le miró fijamente, desconcertada ante aquellas palabras.

—¿Y que Kylara será instalada como Dama del Weyr en el sur... en esta época? Como caudillo del Weyr, necesito paz y tranquilidad entre batalla y batalla...

La tela de secar cayó al suelo mientras Lessa respondía ardientemente al beso de F'lar.

*Desde el Weyr y desde el Cuenco,
Bronce y pardo y azul y verde,
Se elevan los dragoneros de Pern,
Arriba, en escuadrón, visibles, luego invisibles.*

Formados encima del Pico del Weyr de Benden, casi tres horas después del amanecer, planeaban doscientos dieciséis dragones mientras F'lar, sobre el bronce Mnementh, les pasaba revista.

Debajo, en el Cuenco, estaban reunidos todos los habitantes del Weyr y algunos de los heridos en la primera batalla. Es decir, todos los habitantes del Weyr menos Lessa y Ramoth, las cuales se habían marchado al Weyr de Fort, donde se estaba reuniendo el escuadrón de las reinas. F'lar no pudo evitar una especie de sobresalto ante la idea de que Lessa y Ramoth tomarían parte en la lucha. Una secuela de los días en que Pern había tenido una sola reina, desde luego. Si Lessa era capaz de saltar cuatrocientas Revoluciones *inter* y traer cinco Weyrs con ella, podría cuidar de sí misma y de Ramoth contra las Hebras.

Se aseguró de que todos los hombres estaban provistos de las bolsas de pedernal correspondientes, de que cada uno de los dragones se encontraba en buenas condiciones físicas, en especial los que habían llegado del Weyr meridional. Desde luego, los dragones estaban bien, pero los rostros de los hombres mostraban aún las huellas de las tensiones temporales que habían soportado. Pero se estaba demorando, y las Hebras estarían cayendo en los cielos de Telgar.

Dio la orden de marchar al *inter*. Reaparecieron encima y al sur del Fuerte de Telgar, y no fueron los primeros en llegar. Al oeste, al norte, y, sí, ahora también al este, llegaban escuadrones hasta que el cielo quedó prácticamente cubierto de alas. F'lar oyó débilmente el repique de la campana de la Torre del Fuerte de Telgar, mientras la inesperada formación de dragones era aclamada desde el suelo.

—¿Dónde está Lessa? —le preguntó F'lar a Mnementh—. La necesitamos ahora para transmitir órdenes...

Se está acercando, le interrumpió Mnementh.

Encima mismo del Fuerte de Telgar apareció otro escuadrón. Incluso a aquella distancia, F'lar pudo captar la diferencia: los dorados dragones resplandecían bajo los rayos del brillante sol de la mañana.

Un zumbido de aprobación brotó de las filas de los dragones, y a pesar de su fugaz preocupación F'lar sonrió con orgullosa indulgencia ante el hermoso espectáculo.

En aquel preciso instante los escuadrones orientales ascendieron casi verticalmente: los dragones acababan de captar instintivamente la presencia de su antiguo enemigo.

Mnementh irguió la cabeza, haciendo coro al estruendo metálico del grito de guerra. Volvió la cabeza al mismo tiempo que la volvían centenares de dragones para recibir

pedernal de sus jinetes. Centenares de grandes quijadas masticaron la piedra, la tragaron, y sus ácidos gástricos transformaron la piedra seca en gases productores de llama, que se encenderían al entrar en contacto con el oxígeno del aire.

¡Hebras! F'lar podía verlas claramente ahora contra el cielo primaveral. Su pulso aceleró su ritmo, no con aprensión, sino con una alegría salvaje. Su corazón latió desordenadamente. Mnementh pidió más pedernal y empezó a sacudir con más fuerza sus alas en el aire, preparándose para saltar hacia arriba cuando recibiera la orden.

El Weyr que iba en cabeza vomitaba ya llamas rojoanaranjadas contra el cielo azul pálido. Los dragones subían y bajaban, eructando fuego.

Las grandes reinas doradas volaban a menor altura, para eliminar a las Hebras que podían haberse deslizado entre los dragones.

F'lar dio entonces la orden de ganar altura para sorprender a las Hebras a mitad de camino en su abortivo descenso. Mientras Mnementh salía disparado hacia arriba, F'lar sacudió su puño retador al parpadeante Ojo Rojizo de la Estrella.

—Algún día —gritó— no permaneceremos mansamente aquí, esperando vuestra caída. Seremos nosotros los que caeremos sobre vosotras y os liquidaremos en vuestro propio hogar.

Por el Huevo, se dijo a sí mismo, si podemos viajar cuatrocientas Revoluciones hacia atrás y cruzar mares y continentes en un abrir y cerrar de ojos, hemos de ser capaces también de viajar de un mundo a otro.

F'lar sonrió para sí mismo. Sería mejor no mencionar aquella audaz idea en presencia de Lessa.

Racimos delante, le advirtió Mnementh.

Mientras el dragón bronce cargaba, llameante, F'lar apretó sus rodillas contra el macizo cuello. ¡Madre del Universo, cómo se alegraba de que, de entre todas las épocas concebibles, él, F'lar, caballero del bronce Mnementh, fuera ahora un dragonero de Pern!